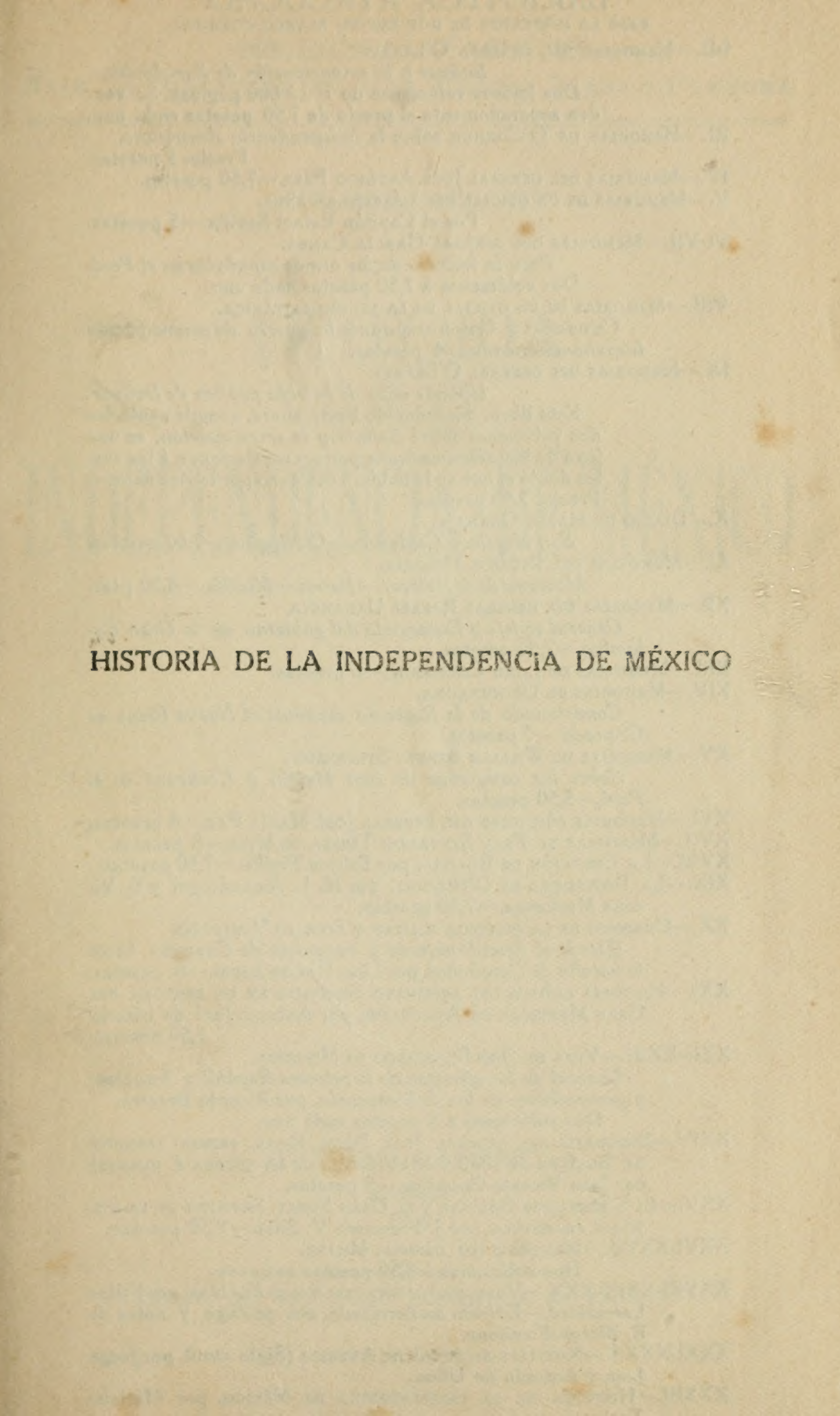

UNIVERSITY OF TORONTO
3 1761 01526320 5

Imprenta de Juan Pueyo, Luna, 29; teléf. 14-30.—Madrid.



HISTORIA DE LA INDEPENDENCIA DE MÉXICO

BIBLIOTECA AYACUCHO

BAJO LA DIRECCIÓN DE DON RUFINO BLANCO-FOMBONA

I-II.—MEMORIAS DEL GENERAL O'LEARY:
Bolívar y la emancipación de Sur-América.
Dos lujosos volúmenes de 700 á 800 páginas. Se venden separadamente al precio de 7,50 pesetas cada uno.

III.—MEMORIAS DE O'CONNOR sobre la *Independencia Americana.*
Precio: 5 pesetas.

IV.—MEMORIAS DEL GENERAL JOSÉ ANTONIO PÁEZ.—7,50 pesetas.

V.—MEMORIAS DE UN OFICIAL DEL EJÉRCITO ESPAÑOL.
Por el Capitán Rafael Sevilla.—5 pesetas.

VI-VII.—MEMORIAS DEL GENERAL GARCÍA CAMBA.
Para la historia de las armas españolas en el Perú.
Dos volúmenes á 7,50 pesetas cada uno.

VIII.—MEMORIAS DE UN OFICIAL DE LA LEGIÓN BRITÁNICA.
Campañas y Cruceros durante la guerra de emancipación hispano-americana.—4 pesetas.

IX.—MEMORIAS DEL GENERAL O'LEARY:
Ultimos años de la vida pública de Bolívar.
Este libro, desconocido hasta ahora, complementa los dos volúmenes sobre *Bolívar y la emancipación;* es una joya de historia americana por sus revelaciones, á las cuales debió el que se le hubiera ocultado por tantos años.—Precio: 7,50 pesetas.

X.—DIARIO DE MARÍA GRAHAM.
San Martín.—Cochrane.—O'Higgins.—7,50 pesetas.

XI.—MEMORIAS DEL REGENTE HEREDIA.
Monteverde.—Bolívar.—Boves.—Morillo.—4,50 ptas.

XII.—MEMORIAS DEL GENERAL RAFAEL URDANETA.
General en jefe y Encargado del gobierno de la Gran Colombia.—7,50 pesetas.

XIII.—MEMORIAS DE LORD COCHRANE.—6 pesetas.

XIV.—MEMORIAS DE URQUINAONA.
Comisionado de la Regencia española al Nuevo Reino de Granada.—7 pesetas.

XV.—MEMORIAS DE WILLIAM BENNET STEVENSON.
Sobre las campañas de San Martín y Cochrane en el Perú.—5,50 pesetas.

XVI.—MEMORIAS PÓSTUMAS DEL GENERAL JOSÉ MARÍA PAZ.—8 pesetas.

XVII.—MEMORIAS DE FRAY SERVANDO TERESA DE MIER.—8 pesetas.

XVIII.—LA CREACIÓN DE BOLIVIA, por Sabino Pinilla.—7,50 pesetas.

XIX.—LA DICTADURA DE O'HIGGINS, por M. L. Amunátegui y B. Vicuña Mackenna.—7,50 pesetas.

XX.—CUADROS DE LA HISTORIA MILITAR Y CIVIL DE VENEZUELA
(Desde el descubrimiento y conquista de Guayana hasta la batalla de Carabobo), por Lino Duarte Level.—8 pesetas.

XXI.—HISTORIA CRÍTICA DEL ASESINATO COMETIDO EN LA PERSONA DEL GRAN MARISCAL DE AYACUCHO, por Antonio José de Irisarri.
7,50 pesetas.

XXII-XXIII.—VIDA DE DON FRANCISCO DE MIRANDA.
General de los ejércitos de la primera República francesa, y generalísimo de los de Venezuela, por Ricardo Becerra.
Dos volúmenes á 8 pesetas cada uno.

XXIV.—BIOGRAFÍA DEL GENERAL JOSÉ FÉLIX RIBAS, PRIMER TENIENTE DE BOLÍVAR EN 1813 Y 1814 (ÉPOCA DE LA GUERRA Á MUERTE) por Juan Vicente González.—5 pesetas.

XXV.—EL LIBERTADOR BOLÍVAR Y EL DEÁN FUNES. REVISIÓN DE LA HISTORIA ARGENTINA, por J. Francisco V. Silva.—8,50 pesetas.

XXVI-XXVII.—MEMORIAS DEL GENERAL MILLER.
Dos volúmenes á 8,50 pesetas cada uno.

XXVIII-XXIX-XXX.—VIDA DEL LIBERTADOR SIMÓN BOLÍVAR, por Felipe Larrazábal.—Edición modernizada, con prólogo y notas de R. Blanco-Fombona.

XXXI-XXXII.—NOTICIAS SECRETAS DE AMÉRICA (Siglo XVIII), por Jorge Juan y Antonio de Ulloa.

XXXIII.—HISTORIA DE LA INDEPENDENCIA DE MÉXICO, por Mariano Torrente.

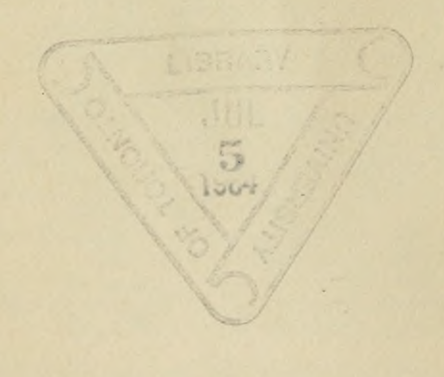
BIBLIOTECA AYACUCHO
BAJO LA DIRECCIÓN DE DON RUFINO BLANCO-FOMBONA

MARIANO TORRENTE

HISTORIA
DE LA
INDEPENDENCIA DE MÉXICO

EDITORIAL - AMÉRICA
MADRID
1918

CONCESIONARIA EXCLUSIVA PARA LA VENTA:
FERRAZ, 21: SOCIEDAD ESPAÑOLA DE LIBRERÍA


LIBRARY
JUL
5
1964
UNIVERSITY
OF TORONTO

Don Mariano Torrente, español, publicó en 1829 su Historia de la Revolución hispano-americana. *De ella sacamos lo que se refiere á la revolución de México. En esto damos, nos parece, una prueba de imparcialidad, recogiendo en la* Biblioteca Ayacucho *todas las opiniones de la época, aun las más adversas á nosotros los americanos.*

La obra de Torrente, pagada por la Corte de España, para combatir y desacreditar á los patriotas de América, no es, á pesar de su título, una historia. A veces linda con el libelo; y los escrúpulos, en punto á veracidad, no entraban al autor. Con todo, tiene su mérito, como obra de un contemporáneo, enemigo nuestro; y á ese título publicamos el presente volumen sobre México, y los que irán saliendo respecto á las demás naciones de América.

Editorial-América.

CAPITULO PRIMERO

(1809)

Causas que prepararon la revolución de México.—Pretensiones de su Ayuntamiento á ejercer la soberanía durante el cautiverio del Monarca español.—Celebración de una junta popular contra el acuerdo de la Real Audiencia.—Vacilación del virrey Iturrigaray.—Su deposición por influjo de los europeos y delegación del mando en el general Garibay.—Salida de Iturrigaray para la Península.—Posición de Nueva España á fines de 1809.

Se hallaba á la cabeza del virreinato de Nueva España D. José Iturrigaray, cuando en 8 del mes de Junio de 1808 llegaron á aquel país las noticias de las ocurrencias de Aranjuez del 19 de Marzo. El advenimiento al trono de nuestro augusto actual Monarca, y la caída de D. Manuel Godoy, gran privado en el reinado anterior, causaron las más vivas sensaciones de placer y alegría; pero no fueron estos sentimientos tan intensos de parte del virrey, más bien al parecer por gratitud á su decaído protector que por falta de amor al nuevo Soberano. Estas consideraciones, ó tal vez el estupor que se apoderó del ánimo de Iturrigaray, y la irresolución que se notaba en sus providencias, en la que se echó de menos aquella manifestación pública que suele acompañar á todos los actos expresivos de grandes y faustos acontecimientos, arrojaron los primeros síntomas de la desconfianza hacia dicha autoridad.

Igual trepidación se observó al arribo de las noticias de las transacciones de Bayona; de aquí las diversas conjeturas y el perderse la imaginación de los políticos observadores sin atinar la verdadera causa de tan misteriosa conducta.

Los mejicanos no se habían contaminado todavía con las doctrinas revolucionarias, ni habían formado más aspiraciones que por sostener el poder del Monarca español y el imperio de la religión. Un indio que alegó derechos á la corona de México, como descendiente por linea recta del emperador Moctezuma, fué tratado como merecía su insensato proyecto. El Ayuntamiento de la capital, en cuyo seno habían principiado á sembrarse las primeras semillas de la discordia, aparentando el mismo falso celo que los demás de la América española, de gobernar al país durante el cautiverio del Sr. D. Fernando VII, trató de aprovecharse de la vacilación del virrey para presentarse el 18 de Julio en palacio, representando "que el derecho de soberanía había recaído en el pueblo, á quien dicho Cuerpo representaba, y que habían de cesar todas las autoridades en su ejercicio hasta que hubieran recibido nueva investidura". La inexcusable perplejidad de dicho virrey dió nuevo aliento á los capitulares para insistir en sus pretensiones, á pesar de no verse apoyados por el pueblo, el que lejos de prestar un razonado motivo para que se tomase su voz, daba con sus aclamaciones al Rey y á la España evidentes pruebas de que su fidelidad á aquellos dos venerables objetos era su única divisa.

Habiendo ya dado Iturrigaray, desde el principio de aquellas rebeldes escenas, señales de una reprensible indecisión, pidió el voto de la Audiencia sobre el partido que debía tomarse en tan críticas circunstancias: ésta se opuso vigorosamente á las ilegales miras del Ayuntamiento, y dejó con sus solemnes protestas sumido al virrey en mayor confusión. Las lisonjeras noticias que llegaron en 29 de Julio de la heroica resistencia que preparaba la España al coloso de la Europa, llevaron al último grado

de exaltación el júbilo de los mexicanos, de cuya boca no se oían más que expresiones de una acendrada lealtad, y votos por la conservación del Rey y por la prosperidad de las armas de la Metrópoli.

Cualesquiera que pudieran ser las ideas del Ayuntamiento y del virrey, hubieron de tomar parte en este simultáneo pronunciamiento de la opinión; pero calmada ya la efervescencia, y pasados los primeros arrebatos del entusiasmo, hizo el Cabildo otra nueva representación por el estilo de la primera. Cita al virrey el Real Acuerdo, propone la formación de la junta; los oidores la resisten, el virrey se esfuerza en manifestar la necesidad de tomar aquella medida; protéstase de nuevo la Audiencia; pero aquélla se lleva á efecto admitiendo en su seno á un crecido número de europeos y americanos distinguidos, inclusos los mismos oidores y alcaldes de corte.

Conociendo el virrey lo poco grata que había sido generalmente aquella alteración gubernativa, anduvo muy detenido en sus deliberaciones, ni se discutieron otros principios que los de la pronta jura de Fernando VII. Esta se verificó el 13 de Agosto, no habiendo sido menor la decisión del pueblo en la celebración de este acto solemne, ni menos ardientes sus sinceros votos por el Monarca español.

Algunos movimientos que se notaron posteriormente en la plebe, cuyo origen y objeto eran desconocidos; la contradicción de sus mismos procederes vitoreando al virrey, é insultando al mismo tiempo á los blancos, aumentaba las dudas y confusión de los amantes del orden. Se emprendió la guerra de pasquines entre europeos y criollos, y parece que una mano oculta iba preparando los medios de barrenar la íntima unión y fraternidad que desde tanto tiempo había existido entre los hijos de ambos continentes.

En medio de estas fluctuaciones, no es de extrañar que algunos llegasen á sospechar de la fidelidad del virrey, en cuya conducta se observaba á lo menos la falta de

aquel vigor y energía que se requiere para contener las conmociones populares. De tal modo prevalecía la idea de que Iturrigaray estaba muy distante de reconocer el gobierno establecido en la Península, que deseosos algunos sujetos acaudalados é influyentes de auxiliar á la España sin chocar de frente con las ideas que se atribuían á dicha autoridad, se adelantaron á designarle como primer jefe del reino en caso de sucumbir la Metrópoli, excitándole á desplegar su energía en el entretanto para enviar cuantos socorros estuviesen á su arbitrio hasta ver el fin de aquella lucha.

El mismo entusiasmo que se había observado en México para la proclamación de Fernando VII, había cundido de tal modo por todas las provincias, que se verificó al momento aquel acto solemne, en algunos puntos de noche, y en otros á despecho de los intendentes ó subdelegados, que deseaban verse autorizados por órdenes superiores.

Parece que el virrey tenía muy poca confianza en los heroicos esfuerzos que pudiera hacer la España contra el dominador de Europa. He aquí la sola y verdadera causa de la traición que injustamente se le atribuyó. No fueron pocos los que pensaron de igual modo, y que sufrieron un desengaño, tan poco conforme con los detenidos cálculos de la política.

Llegaron á esta sazón el coronel D. Manuel de Jáuregui y el oficial de Marina D. Juan Jabat, comisionados por la Junta de Sevilla para hacerla reconocer en aquellas regiones. Reunióse inmediatamente una Junta, y aunque se tocaron algunas dificultades para dicho reconocimiento, se convino la mayoría, sin embargo, en lo concerniente á guerra y hacienda. Se hizo traslucir por algunos el proyecto de reunir un congreso de todas las provincias de Nueva España, nombrar un consejo igual al supremo de Indias, y poner el reino en estado de defensa. El auditor de Guerra D. Miguel Bataller se opuso abiertamente á estas ideas que descubrían el germen de

la independencia; sus razones fueron apoyadas por otros individuos, y los conspiradores hubieron de desistir por entonces de aquel prematuro proyecto.

Convocada otra Junta á consecuencia de haber recibido el virrey algunos pliegos de la de Asturias, relativos á manifestar sus primeros convenios con la Inglaterra, y acompañados con fuertes excitaciones para que se declarase contra el Gobierno francés, desenvuelve en ella nuevas dudas, fundadas en la multiplicidad de poderes que se habían creado en la Península. Fluctuando siempre el virrey entre el temor y la incertidumbre, se decide por llamar representantes de todos los pueblos del virreinato; la Audiencia resiste, según costumbre, la adopción de aquellas peligrosas teorías; el virrey se irrita al ver una tan terca como laudable oposición, y trata de hacer renuncia de su mando. El Real Acuerdo se dispone á admitirla, y se conviene en que el mariscal de campo D. Pedro Garibay tome interinamente las riendas del gobierno. La mayoría del pueblo celebra con alborozo esta prematura noticia, pero su gozo fué de poca duración. Estrechado el virrey por los individuos del Ayuntamiento, desiste de su proyectada renuncia, hace venir más tropas á la capital, nombra á D. Félix Calleja gobernador de Veracruz, manifiesta desconfianza de los europeos y despliega una energía desconocida hasta entonces.

Creció la inquietud pública; nadie podía adivinar el resultado de la violenta posición de los negocios; no era menor el desasosiego que reinaba en las provincias; la animosidad entre criollos y europeos estaba echando profundas raíces; el descontento se iba generalizando, los europeos desacreditaban al virrey, y éste trataba de sujetarlos, bien convencido de que habían de ser sus enemigos irreconciliables. Unos y otros representaban á la Metrópoli pintando la tortuosa conducta de sus respectivos antagonistas. Fácil era prever que esta agitación y este choque violento de los partidos había de tener una terminación fatal al bienestar del país. Los que habían de-

cretado la deposición del virrey necesitaban de un hombre de opinión y respeto para dar el golpe. Todos fijaron la vista en el español D. Gabriel de Yermo, sujeto de bien conocida probidad y sano patriotismo. Apenas supo Yermo que en él se fundaban las esperanzas de los que deseaban conservar la indisoluble unión entre Nueva España y la Metrópoli, aunque no se le ocultaba que los medios de la ejecución habían de parar por un momento el curso regular de las leyes, y que tal vez aquel acto violento aflojaría los resortes de la subordinación, se decidió finalmente por la arrojada empresa de atentar contra la primera autoridad. Para hacer más suave y menos escandalosa esta tropelía, prescribió ciertas condiciones que ponían en claro sus virtudes, capaces de hacer su apología, si alguna vez pudo merecerla el desacato y la violencia.

En la noche del 15 de Septiembre se dió el golpe funesto contra el primer jefe del Estado; se desenvolvió el plan con la mayor felicidad, no se derramó sangre, y éste fué el triunfo principal de aquel movimiento. Consecuente Yermo al espíritu de desinterés que se había propuesto en aquella ocasión, tanto más apreciable cuanto que su profesión de contratista y especulador debía alejarle de tan generosos desprendimientos, se retiró al seno de su familia, tan pronto como hubo instalado el nuevo gobierno en la persona del ya citado D. Pedro Garibay.

El 21 del mismo mes salió el Sr. Iturrigaray para Veracruz con sus dos hijos. El pueblo, cuya tendencia es la de atropellar al caído sin indagar las causas de su desgracia, y pronto siempre á segundar los impulsos de la capital, mostró su encono contra el depuesto virrey por todos los puntos de aquel tránsito; pero la resuelta escolta á la que estaba confiada su persona, lo salvó de todo peligro.

Salió la virreina de México el 6 de Octubre, y reunida en San Juan de Ulúa toda la familia, se hizo á la vela para España en el mes de Diciembre, á bordo del navío San Justo, donde se habían embarcado 8.000.000 de pe-

sos, procedentes de donativos y rentas de la Real Hacienda, para socorrer á los ejércitos españoles.

Apenas hubo cesado Iturrigaray en sus funciones, se ocuparon los innovadores en recoger pruebas luminosas que justificasen la necesidad de aquel atentado. Muy agitada ha sido esta delicada cuestión; las opiniones han estado divididas acerca de la conducta del expresado virrey; el ataque contra su persona no ha sido menos vigoroso que su defensa. El Gobierno anduvo muy detenido en su juicio, ni se atrevió á dar un fallo injurioso á aquel individuo. Según los informes que han sido presentados con un carácter más positivo de imparcialidad, parece que Iturrigaray no hizo traición ni á su rey ni á su patria; pero que su gobierno no estuvo exento de faltas y de errores: su débil condescendencia en lo interior de su familia comprometió más de una vez su autoridad por la escandalosa prevaricación de algunos de sus individuos; la falta de energía en los momentos que más se necesitaba; la tibieza y desconfianza con que recibió las primeras noticias de la revolución de España; su intempestiva aprensión de no ser posible contrarrestar las victoriosas armas de Bonaparte; la impolítica intimidad con que se estrechó con las personas más influyentes entre los americanos; su falta de previsión en favorecer el sistema de juntas populares, y su torpeza en haberse estrellado con el respetable partido de europeos, sin cuya cooperación era imposible salvar la nave del Estado, son tantos lunares que aparecen en la vida pública del Sr. Iturrigaray.

No hay acontecimiento más fatal en las sociedades cultas que el despojo violento del jefe del gobierno. Por más que Hobbes y otros publicistas sancionen estos principios, seré yo su constante impugnador. El abuso de la fuerza, ó la torpeza en ejercerla, acarrea á veces males muy serios, pero pueden remediarse. La relajación de los resortes de la obediencia, la insurrección contra la autoridad legítima, el fatal ejemplo dado á un pueblo de ver premiada su rebeldía, deja terribles impresiones que difí-

cilmente sabe borrar el curso de los tiempos. Los europeos de México obraron indudablemente en el sentido de salvar la soberanía del Sr. D. Fernando VII. Si en ellos hubo algún desbarro, fué hijo del error y no de la malicia; pero ¡cuânto más glorioso habría sido su triunfo si lo hubieran conseguido por otros medios, y cuánto más mérito refluiría sobre su celo y decisión, sin un choque tan violento y de tan pernicioso influjo!

Estos fueron los pasos preliminares de la revolución que se desenvolvió en el año siguiente, de la que trataremos á su debido tiempo.

CAPITULO II

(1810)

Administración de D. Pedro Garibay.—Nombramiento del M. R. arzobispo de México para virrey.—Conspiración de Valladolid, descubierta oportunamente.— Traslación del gobierno á manos de la Real Audiencia.—Planes subversivos.—Conducta de dicho Cuerpo. Insurrección del cura Hidalgo: su entrada, acompañada de excesos, en San Miguel el Grande y en otras poblaciones.—Arribo del nuevo virrey el teniente general D. Francisco Javier Venegas y sus primeras disposiciones para contener el fuego de la revolución.—Entrada de los insurgentes en Guanajuato.—Horrores cometidos en aquella ciudad.—Hipocresía religiosa y política del cura Hidalgo.—Decisión de los sencillos indios.—Enérgicas disposiciones del virrey para destruir al cura Hidalgo.—El intendente de Valladolid y los coroneles Casa-Rul y García Conde caen en poder de los enemigos, y á su consecuencia sucumbe aquella ciudad, abandonando su guarnición las banderas realistas.—Marcha de los enemigos contra la capital de México.—Energía del virrey para rechazar el ataque.—Derrota de los insurgentes en Querétaro y en el monte de Las Cruces.—Retirada del enemigo y su nueva derrota en San Jerónimo de Aculco.—Progresos de los disidentes en las provincias del Norte.—Entrada del ejército realista en Guanajuato.—Horribles estragos cometidos por los revolucionarios contra los europeos.—El puerto de San Blas cae en poder de los enemigos.—Victoria del general Cruz en Huichapan.—Combinación de los jefes realistas para dar un golpe decisivo al cura Hidalgo.—Alzamiento del cura Morelos hacia las provincias del Sur.—Bloqueo por éste de la plaza de Acapulco.—Ventajas del teniente coronel Andrade en Tepecuacuilo. Sorpresa de la división de D. Francisco Paris por Morelos.—Acción

de Toluca, ganada por el realista D. Juan Sánchez.—Preparativos para la sangrienta batalla del puente de Calderón.

La poca importancia de los sucesos en el año 1809 nos dispensa de destinar un largo capítulo para esta época, y, por lo tanto, después de haber marcado sus principales sucesos, procederemos al 1810, y señaladamente al mes de Septiembre de dicho año, que fué cuando principió el gobierno del benemérito virrey Venegas, desde cuya entrada en Nueva España datan los principales destellos de la revolución, que se hallaba preparada ya muy de antemano. ¡Ojalá hubiera podido aquel esforzado general anticipar la llegada dos ó tres meses á lo menos, y no habríamos llorado tal vez tantos desastres que sobrevinieron á este desgraciado país!

Eran los principios del año 1809, y apenas transcurridos tres meses de estar confiada la dirección de los negocios públicos á la decrépita mano de Garibay, cuando comenzaron á esparcirse algunos síntomas de insurrección. Como en aquel gobierno mandaban más los agregados y subalternos, en particular los que habían tenido una parte más activa en la deposición del virrey Iturrigaray, todas las operaciones se resentían de la flojedad del nuevo jefe y de la violencia de los que se creían con derecho para abusar del poder. Se sostuvo, sin embargo, el reino de Nueva España en bastante tranquilidad, si bien al abrigo de aquellas perniciosas desavenencias tomaban más aliento los ocultos agentes de la sedición para preparar sus maquinaciones.

Penetrado el Gobierno español de la necesidad de poner á la cabeza de los negocios de México una persona respetable, capaz de conciliar la opinión que tanto se había extraviado con la furiosa pugna de españoles y criollos, fomentada por los pasquines de ambos partidos, nombró á mediados de 1809 por virrey de aquel Estado á su M. R. arzobispo D. Francisco Javier de Lizana. Se

persuadió este virtuoso prelado de que con apostólicas pastorales y con medidas llenas de lenidad y condescendencia se desvanecería la exaltación de los ánimos y se fortalecería la íntima unión que hasta aquella funesta época había reinado constantemente entre los habitantes de dicho reino; pero muy pronto hubo de desengañarse de que no siempre la dulzura es el mejor correctivo de los revoltosos y obstinados. A fines del mismo año 1809 se descubrió oportunamente un plan de conspiración en la capital de Valladolid, dirigido á renovar las vísperas sicilianas, acabando en una noche con todos los españoles residentes en aquellos dominios: fueron presos el capitán Obeso, D. Mariano Michelena y otros varios sujetos; pero á poco tiempo de haber sido conducidos á la capital se les puso en libertad bajo fianza, menos Michelena, que fué enviado á España bajo partida de registro.

Excitada la Metrópoli por vivas representaciones de los realistas para que depusiera del mando al virtuoso arzobispo, cuya religiosa y pacífica conducta habria sido muy á propósito para gobernar el Estado en tiempo de serenidad y calma, mas no en circunstancias críticas y apuradas, en las que se requería mayor energía en las providencias y doble vigor en la ejecución, fueron trasladadas las riendas de aquel gobierno á la Real Audiencia á principios de 18.0.

Aunque éste era un cuerpo colegiado, en el que las providencias no suelen ser tan rápidas y ejecutivas como se necesita para contener el fuego insurreccional, tuvo sin embargo bastante tino y acierto en la dirección de los negocios hasta los meses de Julio y Agosto. Llegaron á este tiempo á su noticia avisos muy oportunos y exactos de un plan de conspiración, al que si desde sus principios se hubiera prestado una atención más seria se habrían podido evitar acaso unos males tan terribles que llenaron de sangre y luto aquellos países. No es mi ánimo mancillar la buena opinión á que son acreedores los miembros que componían la Real Audiencia en la citada

época: todos ellos reunidos, y cada uno en particular, dieron las más relevantes pruebas de su fidelidad al Rey y de su aversión á las innovaciones políticas; sus virtudes públicas y privadas los hicieron altamente recomendables, y el solo defecto que algunos les atribuyen, de no haber cortado de raíz los primitivos planes de los insurgentes, se desvanece ante la calidad y distintivo de la carrera de aquellos gobernantes, y ante las mayores dificultades que experimenta un cuerpo colectivo para comunicar la debida celeridad á la ejecución de empresas militares.

Dicho plan de insurrección había sido fraguado por los capitanes del regimiento de Dragones provinciales de la Reina, D. Ignacio Allende, D. Juan Aldama y D. José Mariano Abasolo, de acuerdo con el corregidor de Querétaro y con D. Miguel Hidalgo, cura del pueblo de Dolores. En este último punto se verificó, á mediados de Agosto, el rompimiento, debido al intrigante manejo y elocuente predominio de Hidalgo en el ánimo de aquellos naturales, en quienes había sabido excitar un vivo resentimiento contra los españoles, á los que designaba como instrumentos de su opresión, y activos resortes de la Francia para entregar aquellos dominios al emperador Napoleón, privándolos por este medio de una religión benéfica, cuya conservación formaba todo el objeto de sus ansias.

Verificada ya la sublevación, aquellas masas informes, capitaneadas por los citados corifeos y apoyadas por el expresado regimiento de Dragones, se dirigieron á la villa de San Miguel el Grande, en donde conmovida la hez de la población y deseosa de tener parte en el furioso botín que ya estaban saboreando con todo el afán de gentes que ven los alborotos por el prisma de la rapacidad y del brutal desahogo de sus indómitas pasiones, se lanzaron como lobos rabiosos contra todos los europeos y contra sus propiedades, sin perdonar á sus mismos compatriotas, dando á la resistencia en unirse al partido insurgente todo el carácter de criminalidad, para cu-

brir en apariencia el violento despojo de sus riquezas.

El pueblo de Chamacuero, la ciudad de Celaya y la villa de Salamanca, varias haciendas y poblaciones de la comarca sufrieron asimismo el fuego devorador de estos fieros revolucionarios. Este incendio hizo rápidos progresos, excitó una alarma general, abatió los ánimos de los buenos realistas, y habría introducido el mayor desorden y confusión sin la bizarría, entereza, inteligencia y acierto del nuevo virrey, que había llegado á la capital el 14 de Septiembre, y era el único al que creían capaz de salvarlos en tan espantosa borrasca. No se engañaron los buenos españoles en el alto concepto que tenían formado del Sr. Venegas. Conociendo este digno jefe la necesidad de cortar oportunamente los vuelos á aquella temeraria insurrección, desplegó una actividad poco conocida en aquellos pueblos y tomó las providencias más eficaces para que sus bien combinados planes fueran coronados de un feliz suceso.

Es innegable que el virrey Venegas, cual nave combatida por las olas en un océano desconocido, tuvo que luchar con la bravura de los elementos políticos, y que sufrió los más horrorosos contrastes; pero al favor de su tesón y constancia llevó á salvamento la nave del Estado.

Fueron sus primeras medidas ordenar en 17 del mismo Septiembre al brigadier D. Félix Calleja su pronta traslación á Querétaro con toda la tropa de que pudiera disponer, sin que hiciera falta á la guarnición de la ciudad de San Luis de Potosí, y la salida con algunas tropas y artillería del coronel conde de la Cadena, que se hallaba accidentalmente en la capital de México, para que obrando en combinación y á las órdenes de Calleja y reunidas las tropas de ambos con las de Querétaro, sujetasen á los enemigos.

La celeridad con que se desarrolló el germen revolucionario frustró los primeros efectos de tan sabias disposiciones; así es que antes de franquear aquellos bizarros

cuerpos la distancia que los separaba del teatro de la guerra, pudieron los sediciosos extender el veneno de la seducción, halagar la muchedumbre, sorprender á los incautos y dar á su causa un fomento rápido é inesperado.

Con tan favorables elementos penetraron hasta la ciudad de Guanajuato, é intimaron la rendición al intendente corregidor D. Juan Antonio Riaño. Este jefe había tomado las más vigorosas medidas para defender aquella ciudad, fundando toda su esperanza en la ventajosa posición de la Alhóndiga nueva, parecida á una fortaleza; y juzgando, finalmente, que el honor es el premio más digno de disputarse por los hombres, se decidió con empeño y constancia á sostenerlo, y á perder la vida antes que permitir la profanación de aquella ciudad por las hordas forajidas.

Desengañados los insurgentes del ningún fruto que podían prometerse de sus comunicaciones parlamentarias, dieron el 28 de Septiembre un furioso ataque con 20.000 hombres, animados por el afán del botín y sed de la venganza. El bizarro Riaño se abrió las puertas de la inmortalidad. Una bala homicida destruyó á este valiente realista á la hora y media de sostener con el esfuerzo de su brazo y con su popular elocuencia el honor de las armas españolas. ¿Pero qué puede la más acendrada lealtad y decisión de un jefe militar cuando en sus mismas filas se abrigan seres desnaturalizados que asestan sus reos tiros contra los que debieran ser objetos de su amor y veneración? Este digno jefe y un hijo suyo sucumbieron al furor de aquella desenfrenada muchedumbre, doblemente irritada con su terca y desesperada resistencia. Aquella desgraciada ciudad quedó entregada á la desolación y exterminio.

Dos mil víctimas de la fidelidad y constancia á la madre patria fueron sacrificadas á la saña y venganza de los furiosos revolucionarios; otras dos mil fueron sepultadas en estrechas prisiones. Millón y medio de pesos fueron el

fruto de la victoria. La ciudad presentaba el aspecto más horroroso. Grandes habían sido los desacatos cometidos en los primeros puntos en que había estallado la insurrección, especialmente en Celaya y Acámbaro; pero nada igualó á la ferocidad que dirigió la mano de aquellas sacrílegas gentes contra la desgraciada ciudad de Guanajuato. El cura Hidalgo, cual otro Nerón, presenciaba la ruina y devastación de uno de los pueblos más ricos é industriosos de Nueva España. Con una hipocresía sin igual y con un fingido celo religioso trataba de convencer á la desenfrenada plebe de que aquellos ejemplares y terribles castigos eran necesarios para desagraviar la ira de Nuestra Señora de Guadalupe de México, cuya venerable imagen llevaba en un estandarte, vitoreando al mismo tiempo su santo nombre, el de nuestro augusto monarca Fernando VII y el de la patria, é invocando tan sagrados objetos como testigos de sus impías profanaciones y horribles carnicerías.

Conociendo el astuto Hidalgo que le sería dado entregarse libremente al ejercicio de sus licenciosas pasiones si salvaba en apariencia el respeto á la religión católica, de la que han sido constantemente los devotos mexicanos el apoyo más firme, trató de deslumbrarlos con un engañoso acatamiento á sus rîtos y preceptos, oyendo misa todos los días, salvando los templos de su misma furia, excitando en todos un fervor fementido, que estaba en contradicción abierta con sus alevosos sentimientos.

Usando de igual fingimiento en la parte política, hizo los esfuerzos posibles por generalizar su maléfico influjo, persuadiendo á los pueblos que sus aspiraciones no tenían más objeto que asegurar la independencia nacional bajo el nombre de Fernando VII, de cuyo legítimo dominio querían despojarle los europeos; y para cubrir sus horribles extorsiones, daba á entender la dura posición en que lo constituía la necesidad de dar vigor á la causa que se había propuesto defender, añadiendo que trataría del modo más generoso á los que de buena fe se adhiriesen

á ella, y aun á los que se mantuviesen pacíficos espectadores sin mezclarse en aquellos disturbios á favor de los europeos.

Alucinados algunos con estas falsas alocuciones, deseosos otros de mejorar de fortuna, y comprometidos los más por el aliciente del robo, se difundió presto el fuego revolucionario por las provincias de Guadalajara, México y por las del Norte. Cada día iba engrosándose el ejército rebelde. Los sencillos indios, creyendo de buena fe que iban á defender á nuestro augusto Monarca, que el astuto Hidalgo les había hecho creer llevaba oculto en su coche, salieron de su natural estado de apatía é inercia, y desplegaron en aquel sangriento teatro un vigor y una valentía desconocida hasta entonces, llegando á tal grado su serenidad en arrostrar la muerte, que en algunas acciones se les vió abalanzarse contra los cañones, cuyas bocas intentaron tapar con sus sombreros.

Alarmado el virrey Venegas por el triunfo de los revoltosos conseguido en Guanajuato, vió la necesidad de desplegar todos los recursos de su ingenio y valor para contrarrestar aquel furioso torrente. Con esta mira dispuso la pronta salida para Querétaro de la columna de granaderos compuesta de mil plazas, y del regimiento de dragones de México; aquélla al mando del coronel D. José María Jalón, que desde Jalapa había llegado á Puebla, y éste al de D. Miguel José de Emparan, reforzando dichos cuerpos con cuatro piezas de artillería, y haciendo las más enérgicas prevenciones al comandante en jefe conde de la Cadena para que de acuerdo con el brigadier Calleja se determinase á dar un golpe decisivo á los enemigos. Aunque las órdenes comunicadas á Calleja habían sido interceptadas por las tropas de Hidalgo, había tomado sin embargo aquel distinguido jefe todas las medidas necesarias para cooperar al exterminio de los rebeldes, y se había adelantado con un cuerpo de tropas á cinco ó seis leguas de San Luis de Potosí.

Empero como el conde de la Cadena no tuvo conoci-

miento de este movimiento militar, y como por otra parte no habían llegado todavía las tropas de refuerzo, no se atrevió á operar en aquel estado de aislamiento en que se hallaba, valiéndose los insurgentes de esta forzada posición para dirigir sus pasos á la ciudad de Valladolid, á cuyos habitantes habían sabido conmover con sus intrigas revolucionarias.

Noticioso el virrey del inminente peligro que corría dicha ciudad, hizo salir de México á su intendente D. Manuel Merino, al coronel de aquel regimiento provincial, conde de Casa Rul, y al coronel D. Diego García Conde, á quien confirió el mando de las armas, encargando á todos el mayor celo y decisión para preservar aquella ciudad del incendio insurreccional. Salieron juntos de México estos tres jefes deseosos de sacrificarse por el Rey en la defensa de Valladolid; pero informados los rebeldes de su viaje, los sorprendieron junto al pueblo de Acámbaro, y después de haberlos maltratado gravemente los llevaron prisioneros á Celaya.

Esta infausta noticia introdujo el temor y el desaliento en el ánimo de los realistas: ya se figuraban al cura Hidalgo entrar triunfante en aquella ciudad con los rayos vengativos, atributos de su soberania; ya se figuraban oir los lastimeros quejidos de las palpitantes víctimas, y ya veían el momento fatal de que desapiadadas tropas consumasen las mismas extorsiones y atrocidades que habían distinguido las primeras empresas revolucionarias. Despavoridos con esta idea, abandonaron toda medida de defensa y ya no pensaron sino en su propia conservación.

Huyen todos los europeos y fieles americanos; crece la osadía de muchos partidarios que tenía allí el cura Hidalgo; cree esta ciudad haber adquirido nuevos blasones con haber dado estudio y nombre literario á aquel genio bullicioso, designado por jefe del Estado mexicano; el celoso obispo es insultado insolentemente por sus mismos párrocos, y sus excomuniones y edictos, mirados con el más alto desprecio; trata sin embargo de que la guarnición,

compuesta del regimiento provincial de los dragones de Pátzcuaro y de 1.500 lanceros, salga de aquel punto para incorporarse con el ejército del Rey; pero todo es inútil. Se presentan los insurgentes; dichos regimientos, de quienes se había tenido una justa desconfianza, los reciben con aplauso; vitorean al cura Hidalgo muchas gentes de aquel vecindario iniciadas en sus planes, entra éste á caballo con estandarte y espada en mano. El repique general de campanas y las voces de júbilo que resonaron en los templos prostituyendo la majestad de aquellos sagrados recintos á los ecos de la revolución, manifestaron que el Dios de los ejércitos quería por sus inescrutables juicios dar á esta ilegítima causa una elevación mayor, para que su desplome y horroroso estruendo dejase impresiones más duras y permanentes del desagrado divino.

Viendo el Sr. Venegas los rápidos progresos de aquel fuego devorador, que amenazaba comunicar sus estragos á todo el virreinato, puso en acción los últimos esfuerzos de su talento, bizarría y arrojo. La obediencia á Su Majestad fué inculcada por todos los medios imaginables; en los papeles públicos, en elocuentes proclamas y en os púlpitos, resonó la profesión de aquellos principios políticos y el presagio de los terribles males que debían ser la consecuencia y el fruto de la infidencia y del desorden. Los cuerpos literarios, los prelados de comunidades y de otras corporaciones, los diputados elegidos para las Cortes, y, finalmente, cuantas personas eran conocidas por su popularidad é influjo, fueron invitadas eficazmente por el virrey para sostener el espíritu público y preservar el extravío de la opinión.

La larga distancia de más de cuarenta leguas que hay desde Querétaro á Valladolid, y la total incomunicación producida por las maniobras de los enemigos del orden, ocultó á los jefes de nuestras tropas los movimientos de Hidalgo, contra cuyo caudillo se dirigieron á San Miguel el Grande; pero ya el generalísimo de los ejércitos rebeldes había evacuado aquel punto para caer sobre Valla-

dolid. El conde de la Cadena se dirigió en seguida al pueblo de los Dolores, en donde se reunió en 28 de Octubre con el brigadier Calleja. Mientras que aquel ejército estaba combinando los planes de batir al insurgente, reforzado éste con la defección de los dos regimientos situados en Valladolid, trató de avanzar hacia la capital, haciendo de paso un amago engañoso sobre Querétaro. El arrojo de los rebeldes en esta ocasión fué superior á los cálculos de la previsión, y el mismo carácter de temeridad que llevaba aquella empresa les daba nuevo aliento é inspiraba justos temores á los realistas.

Sin embargo de lo inverosímil que parecía la dirección de los insurgentes hacia la capital de México, dejando á sus espaldas las valientes tropas de Calleja y del conde de la Cadena, se ocupó, sin embargo, el activo virrey Venegas en hacer los preparativos más vigorosos de defensa. Para calmar la fermentación de la numerosa é inquieta plebe de la capital, formó con increíble celeridad tres batallones de infantería y un escuadrón de caballería con el título de Patrióticos distinguidos de Fernando VII, en cuyos cuerpos se alistaron á porfía, y sin distinción alguna, europeos y americanos, á los que fueron conferidos los grados con igualdad, excepto el de coronel, que se reservó el virrey para excitar mayor entusiasmo y decisión.

Los grandes genios se conocen en los extremados apuros. La proximidad del peligro daba nuevo vigor é impulso á las operaciones del Sr. Venegas, y comunicaba nuevo aliento á la impavidez de su ánimo. Los cuerpos de milicias estaban escasos de oficiales, y los más de sus jefes, en estado pasivo ó inhábiles para dirigirlos; pero la actividad y energía desplegada por el general realista dió un rápido brillo á aquellos cuerpos, supliendo con sus acertadas providencias la carencia de los medios que constituyen la verdadera fuerza. Los hacendados contribuyeron á la defensa pública con sus dependientes y caballos; el celo de la primera autoridad se comunicó á

todas las clases. Aun los enemigos encubiertos tuvieron que tomar una parte activa en los armamentos guerreros. México presentaba el aspecto de una nueva Cartago, y se observaba en ella igual movimiento, empeño y decisión al que desplegó aquella antigua y floreciente ciudad cuando se vió amenazada por las victoriosas armas del gran Escipión.

Los insurgentes iban caminando hacia la capital, creyendo que todo debería ceder á los rayos exterminadores de 80.000 combatientes. La derrota de un destacamento que habían enviado contra Querétaro, mandado en aquella sazón por el bizarro coronel D. Ignacio García Rebollo, fué el anuncio precursor de los grandes laureles de que habían de estar ceñidas bien pronto las sienes de los jefes realistas.

Informado el virrey Venegas por el mismo Rebollo de la proximidad de los enemigos á aquella capital, dispuso la salida de su ayudante general, D. Torcuato Trujillo, con el regimiento provincial de Las Tres Villas y con varias partidas sueltas de tropa veterana y de milicias que deberían situarse en Toluca, distante diez y seis leguas de México, para observar los movimientos del enemigo. A pesar de la grande escasez de tropas, se le enviaron de refuerzo una compañía de patriotas de á caballo, mantenida á expensas del comercio, y una porción de lanceros formados por D. Gabriel del Yermo y por D. Jaime Selvet, de entre los dependientes de sus haciendas.

Avisado el esforzado Trujillo de la entrada de los insurgentes en Ixtlahuaca y del inmenso número de gente armada que iba á caer sobre él, no tuvo por conveniente esperarlos en Toluca, en donde podía ser fácilmente cortado, si una parte de aquéllos se avanzaba por Lerma; y se retiró, por lo tanto, al puente que creía ser un punto ventajoso para resistir al ataque. Empero, noticioso de que los enemigos vadeaban el río, con la mira de cortarlo, se vió precisado á emprender su retirada y tomar posición en el áspero monte llamado de las Cruces, punto

fortificado por la Naturaleza y tan sólo accesible por el sitio que él ocupaba. Habiendo recibido oportunamente dos cañones, esperó á pie firme las hordas forajidas, por las que se vió acometido en la mañana del 30 de Octubre su corto ejército, compuesto de unos 1.200 hombres de todas armas.

La intrepidez de este puñado de valientes, su pericia militar, especialmente del regimiento de Las Tres Villas y partida de Dragones de España; el denuedo de un destacamento de voluntarios patriotas, mandado por el bizarro capitán de dragones D. Francisco Bringas, y el buen uso que supo hacer de los dos cañones el teniente de navío D. Juan José Ustáriz, que dirigió sus fuegos, dieron en este brusco ataque un grado de lustre y brillantez á las armas del Rey, de que se hallan pocos ejemplos en las historias. Los insurgentes sufrieron una pérdida considerable de muertos y heridos. El combate fué tan desigual que se calculó sostenido por uno contra ochenta. Si bien entre estos últimos había muchos indios y gente colecticia sin orden y sin disciplina, se contaban sin embargo algunos regimientos que habían desertado de las filas realistas, entre ellos los de infantería de Celaya, Valladolid y Guanajuato, los dragones de Pátzcuaro, Reina y Príncipe y los Lanceros de Valladolid. No se sabe, por lo tanto, cómo explicar las causas de tan brillantes victorias, sino elevando al último grado la inteligencia y decisión del nuevo Milciades y el esfuerzo de aquellos modernos atenienses. Pocos ejemplos de imitación ofrece la batalla de Maratón, comparables con la del Monte de las Cruces; la gloria de que se cubrieron las armas españolas en aquella ilustre jornada será eterna en los fastos de la historia.

Aunque Trujillo contuvo todo el día 30 la marcha del enemigo contra la capital, al pasar la revista del corto ejército vió que le faltaba una tercera parte de sus valientes soldados y trató, por lo tanto, de retirarse después de haber anochecido. Engreídos los insurgentes con

aquel soñado triunfo, se adelantaron á la mañana siguiente hasta la venta de Cualximalpa, distante unas dos leguas de aquella ciudad. Ya desde el día 28 habían sido acampadas las tropas en sus inmediaciones y avenidas, se habían establecido baterías, cubierto varios flancos fuera del alcance de la artillería del campamento, hecho varias cortaduras, abierto zanjas y practicado cuanto podían sugerir la previsión, la entereza y los últimos recursos del esfuerzo. No fueron menos activas las providencias para que el regimiento de Toluca, que se hallaba en Puebla, se dirigiese á marchas forzadas hacia la capital, y para que el capitán de navío D. Rosendo Porlier, comandante de la fragata *Atocha*, saliese en posta para Veracruz á traer toda la gente disponible de los buques que allí estuviesen surtos.

No dejaba de dar alguna inquietud al valiente Venegas la exaltación del populacho de la capital, porque si bien en todas las conmociones, que eran frecuentes en aquellos días críticos, resonaban con entusiasmo los vivas á nuestro augusto Monarca, el hombre público y experimentado debe siempre temer el movimiento de las masas de un pueblo desordenado.

Jamás se vió la capital de México en mayor conflicto. En medio de la confianza que aparentaban los jefes realistas, no podían disimularse la justa aprensión de que estaban sus ánimos poseídos, ni desconocer el terrible trance en que se veían envueltos. Los insurgentes que se hallaban al frente de la capital, si hubieran tenido buen manejo y disciplina, habrían podido reducirla á cenizas en breves instantes; las tropas que la guarnecían eran escasísimas; los nuevos cuerpos que se habían levantado no podían inspirar una confianza de que serían tan firmes en el ataque como decididos en sus sentimientos; los 20.000 léperos (populacho) que se abrigaban en aquella ciudad, en medio de su aparente entusiasmo dejaban traslucir sus deseos de enriquecerse con el botín; entre los mismos habitantes se había difundido el fuego revolucionario y

no se ignoraba de que abundaban los emisarios de los corifeos de la independencia. Todo concurría á inspirar fundados temores y una justa desconfianza de salir triunfantes en tan terrible lucha.

No se ocultó al previsivo virrey lo apurado de su situación cuando al escribir á Trujillo para que contuviera al orgulloso enemigo, se explicaba en su carta confidencial de un modo tan elocuente, expresivo y heroico, que merece ocupar un lugar de preferencia en la presente historia. "Trescientos años de triunfos y conquistas de las armas españolas en estas regiones nos contemplan; la Europa tiene fijos sus ojos sobre nosotros; el mundo entero va á juzgarnos; la España, esa cara Patria, por la que tanto suspiramos, tiene pendiente su destino de nuestros esfuerzos, y lo espera todo de nuestro celo y decisión. Vencer ó morir es nuestra divisa. Si á usted le toca pagar este tributo en ese punto, tendrá la gloria de haberse anticipado á mí de pocas horas en consumar tan grato holocausto; yo no podré sobrevivir á la mengua de ser vencido por gente vil y fementida."

Dispuesto el benemérito Venegas á sacrificarse en las aras de la fidelidad antes que permitir la profanación de la capital de México por las huestes enemigas, aguardó con imperturbable serenidad sus violentos ataques. Estas esperaban que la misma plebe de México, estimulada por el afán del saqueo, les facilitaría con su sublevación la entrada libre en aquella ciudad. Con esta mira se suscitaron varias alarmas anunciando la llegada del ejército contrario á las mismas puertas; pero viendo malogradas por este lado sus maliciosas intrigas, y á esa misma plebe (naturalmente dada á la vagancia y al vicio) insensible á los vivos estímulos de entregarse al despojo violento de los que sostenían la causa del Rey; observando la decisión con que todos estaban resueltos á sepultarse en las ruinas de México; desengañados del poco fruto que podían prometerse de los artificiosos manejos de sus emisarios; informados del desprecio con que había sido recibido don

José Mariano Jiménez, titulado teniente general de los revoltosos, que había sido enviado por ellos con credenciales para intimar la rendición; y temerosos de ser flanqueados por las tropas del brigadier Calleja, que á marchas forzadas se dirigía en auxilio de la capital, renunciaron por entonces á sus gigantescos proyectos y emprendieron su retirada.

Dicho cuerpo de Calleja, compuesto de 3.000 caballos y 600 infantes, además de las fuerzas del conde de la Cadena, que se había reunido el 28 en el pueblo de Dolores, llegó á Querétaro poco después de haber sido derrotados por el comandante Rebollo los insurgentes que habían tenido la osadía de atacar aquella ciudad. Reforzada esta guarnición para evitar otro golpe de mano, se dirigió Calleja contra el prófugo cuerpo del enemigo, al que alcanzó en San Jerónimo de Aculco. Verlo, atacarlo, derrotarlo y ponerlo en desordenada fuga, cogerle toda la artillería, municiones, bagajes, rescatar al coronel D. Diego García Conde, al conde de Casa-Rul y al intendente Merino, fué obra de una sola hora.

Esta importante victoria, debida al brillante genio militar y al esforzado valor de D. Félix Calleja, reanimó el abatido espíritu de los realistas, y aterró de tal modo á los rebeldes, que huyeron despavoridos en todas direcciones, sin orden, sin plan y sin concierto.

Mientras que el victorioso Calleja se hallaba en Querétaro dando algún descanso á su tropa, un cuerpo de insurgentes apoyado por los pueblos, y en particular por el conde de la Laguna de Tayagua, se había apoderado de Zacatecas, Aguas Calientes y de otras poblaciones; y finalmente de San Luis de Potosí por infidencia de las mismas tropas destinadas á guarnecer aquella ciudad; y por culpable descuido de los jefes, á cuya falta de precaución se debió la fuga de los presos de las cárceles, la pérdida de la artillería y armas, la confusión y desorden que se introdujo en las mismas filas y en el pueblo. La muerte de muchos dignos europeos, el saqueo de sus

casas, la del mismo Calleja, la dilapidación de millón y medio de pesos que había en las cajas reales, fueron el resultado de aquel fatal golpe de mano, en que tuvo la ignorancia más parte que la malicia y el torpe manejo todavía más que la deslealtad.

Un convoy que, escoltado por 140 lanceros de San Luis de Potosí, había salido de la capital el 12 de Noviembre, fué interceptado á los cuatro días por 70 lanceros y 300 indios de Huichapan, al mando del rebelde sanguinario D. Julián Villagrán; llenos de cobardía los lanceros realistas se entregaron á una fuga vergonzosa, abandonando al auditor D. José Ignacio Vélez y á tres oficiales civiles, á quienes servían de escolta, que fueron asesinados á sangre fría. Toluca y su territorio habían hecho algunos movimientos á favor de la revolución, pero fueron sofocados al momento que se presentó una expedición de 700 hombres, que el virrey Venegas había enviado al mando del teniente coronel D. Juan Sánchez.

Todos estos fuegos parciales, sin embargo, daban poca aprensión al ejército realista: el nervio de la revolución se hallaba principalmente en Valladolid, Guadalajara y Guanajuato. En la primera de estas ciudades había tenido origen y había llegado á echar profundas raíces. Su clero secular y regular mostró desde el principio una decidida adhesión á los subversivos principios del cura Hidalgo. La de Guadalajara participó de la misma aberración de ideas, especialmente las clases bajas de la población, á cuyo apoyo debió el cabecilla Torres su entrada triunfante el 12 de Noviembre.

Guanajuato fué uno de los puntos en que dejaron los revoltosos mayores y más horribles manchas de la crueldad y barbarie que presidía á todas sus acciones. Como en esta ciudad se habían abrigado los principales corifeos, conoció el sabio Calleja la necesidad de evitar con la oportunidad de sus medidas el incendio que se iba preparando. Con esta mira emprendió su marcha el 16 hacia aquel punto, é imponiendo de paso algunos castigos sobre

los principales revoltosos de la culpable Celaya, para que sirviendo de escarmiento le evitaran la efusión de otra sangre más preciosa, entró en dicha ciudad de Guanajuato, cuyas calles halló todavía empapadas en sangre de inocentes víctimas, sacrificadas á la ferocidad de la plebe y de los rebeldes al tiempo de tomar la fuga.

Exigiendo la vindicta pública un terrible escarmiento en los culpados, aplicó el jefe realista la pena de muerte á 53 individuos de los más comprometidos en la sublevación. La toma de esta ciudad y el indulto que se dió á su continuación á los que abandonando su temeraria empresa se acogieran bajo el manto de la Real Clemencia, produjo los más saludables efectos en la mayoría de los pueblos alucinados, mas no por eso se desarmó el furioso brazo de Hidalgo, Allende y demás corifeos. Habían tomado éstos posición en San Felipe y en León, y mientras que Calleja preparaba un ataque general que cortase de un golpe el vuelo á sus quiméricas esperanzas, despechados los revoltosos por sus anteriores derrotas, juraron el exterminio de los europeos y lo llevaron á efecto con tanto furor y barbarie que no se salvó uno de tan cruel decreto. Se vaciaron las cárceles de Valladolid y todos sus detenidos fueron cobardemente asesinados en los caminos. En San Felipe fué derramada la preciosa sangre de 130 mártires del honor y de la fidelidad, y el número de éstos llegó en Guadalajara y en otros varios puntos á más de 600. Noticioso el virrey Venegas de tan horribles ultrajes, dió las órdenes más eficaces para que á toda costa se acabasen de destruir aquellos tigres sedientos de sangre humana. Los comandantes militares y autoridades de Durango, Cohahuila, y de otros varios puntos, así como las de Guadalajara, que se habían refugiado al puerto de San Blas, recibieron órdenes perentorias para que acudiesen con la celeridad del rayo en apoyo del ejército de operaciones, mandado por los brigadieres Calleja y Cruz: este último obtuvo grandes ventajas en Huichapan, debidas á su celo é inteligencia

Calleja salió el 10 de Diciembre de Guanajuato para Lagos y Aguas Calientes. Este movimiento, y el que hizo contemporáneamente el brigadier Cruz sobre Celaya, produjo la retirada del enemigo hacia Guadalajara, donde se propuso hacer su última y desesperada defensa. Hubo en el entretanto algunas acciones parciales, favorables á las armas realistas, mas ninguna de ellas decisiva. El honor de este triunfo, el total exterminio de los rebeldes, estaba reservado para el año siguiente.

El estado de los negocios á fines de 1810 no dejaba de ser alarmante; era preciso arriesgar una gran batalla; y aunque no se dudaba del éxito, daba sin embargo algún cuidado la sola idea de algún imprevisto revés, demasiado frecuente en los anales militares, en los que parece que una inexplicable fatalidad se deleita á veces en trastornar los planes más bien combinados. Se hallaba sublevado el país en todas direcciones, y difundido el espíritu de independencia por todas las clases; sus principales corifeos, aunque escarmentados por las distinguidas acciones de las Cruces y Aculco, de ningún modo estaban abatidos, sino por el contrario, se habían vuelto más osados y furiosos; sus ejércitos, aunque faltos de disciplina, ascendían á 100.000 hombres, con cuyo número excesivo trataban de igualar la diferencia que les llevaban las aguerridas tropas del Rey. Todo, pues, anunciaba que los revolucionarios no cederían el terreno sin haber ensayado antes los últimos esfuerzos de la intriga y de la desesperación.

Deseosos los jefes realistas de asegurar un triunfo completo á sus armas, concibieron planes militares en los que sobresalía la inteligencia y previsión á la par de su bizarría y fidelidad. D. José de la Cruz pasó á tomar posesión de Valladolid; D. Torcuato Trujillo se adelantó desde Toluca hasta Acámbaro con la idea de que, sostenidas ambas divisiones por las tropas de Calleja, pudiesen todas reunirse el 15 de Enero de 1811 en el puente de Guadalajara, distante sólo seis leguas de aquella ciudad,

considerada por los revoltosos como el gran baluarte, en el que cifraban su principal confianza al favor de sus inmensas masas, y de 100 piezas de artillería con que se hallaban apoyadas.

El Sr. Venegas desplegó en esta ocasión la mayor actividad y energía, y previniendo oportunamente todos los azares é incidentes, dió nuevas pruebas de su sagacidad y de los recursos de su vasto ingenio: su benéfico influjo alcanzaba hasta los puntos más remotos. De todas partes se iban reuniendo poderosos refuerzos para cortar de una vez la cabeza á la hidra revolucionaria. Cuando D. Antonio Cordero, gobernador de Cohahuila, estaba ya cerca de San Luis de Potosí con un cuerpo respetable y con algunas piezas de artillería, creyó Venegas que había llegado el tiempo de que emprendieran su combinado movimiento las tres divisiones realistas; y á virtud de sus animosas disposiciones, segundadas heroicamente por los jefes respectivos, señaladamente por los esforzados Calleja, Cruz y Trujillo, se pusieron en marcha todas las tropas, para dar un día de gloria y de honor eterno á las armas de Castilla.

Antes de concluir este capítulo, haremos mención del primer levantamiento de un jefe insigne, que sucesivamente adquirió la mayor nombradía en los anales de la revolución, y que causó las mayores extorsiones en los pueblos del Sur. Este fué el licenciado D. José María Morelos, cura de Caráguaro, quien desde principios de Noviembre había formado una expedición en Valladolid contra el puerto de Acapulco. Apoyado por algunos genios díscolos y bulliciosos, y por la plebe ignorante, á la que había sabido seducir con su hipócrita lenguaje, había emprendido la ejecución de su atrevido plan, cuando encontrada su vanguardia en Arroyo Moledor por D. Francisco Paris el día 1.° de Diciembre, fué puesta en desordenada fuga con la pérdida de 100 muertos y de varios prisioneros. A pesar de este golpe se rehizo aquel sedicioso eclesiástico, y logró presentarse á formalizar el blo-

queo de la citada plaza. Aunque los comandantes Paris y Pareja, de acuerdo con aquella guarnición, combinaron un ataque para el día 6, en el que lograron algunas ventajas, volvió aquél sin embargo á sus mismas posiciones; pero por más que usó de todos los ardides propios de la seducción y engaño, estaba muy lejos la plaza de ceder por flaqueza y menos por falta de fidelidad.

El 13 del mismo mes fué atacado nuevamente Morelos por los comandantes Paris y Pareja, sin que hubieran conseguido el objeto propuesto de arrojar al enemigo de sus atrincheramientos, y sí sólo el de causarle pérdidas de bastante consideración. Las tropas que Venegas había enviado á Cuernavaca al mando del teniente coronel Andrade con órdenes de que superando toda clase de dificultades se dirigiesen desde aquel punto á reforzar las divisiones de Acapulco, se habían adelantado hasta Tepecuacuilo, distante 41 leguas de la capital, para atacar á una reunión de sediciosos, á los que derrotó tan pronto como los hubo avistado. Continuaba Andrade en su marcha cuando la noticia de otra numerosa gavilla de insurgentes, que se había reunido en el pueblo de Iguala, le obligó á retirarse 15 ó 20 leguas, y á situarse en la hacienda de San Gabriel, sin atreverse á dar un paso en cumplimiento de las eficaces órdenes que se le habían comunicado.

Viendo el Sr. Venegas paralizada esta fuerza, tal vez por falta de arrojo de su comandante, envió desde México al sargento mayor D. Nicolás Cosío para que, puesto á su cabeza con algunos refuerzos que le había suministrado, supliese con una extraordinaria actividad la falta que debía haber hecho aquella columna para dar un golpe decisivo á los revolucionarios de Tierra Caliente. Este nuevo jefe dió dos acciones brillantes, en las que tomó 15 cañones á los enemigos; y engreído con tales triunfos, y no menos ufano por el apoyo de varios pueblos que á su paso por ellos se habían declarado decididamente por la causa del Rey, había emprendido una marcha rápida so-

bre Acapulco para combinar sus operaciones con las tropas que estaban allí observando al enemigo.

Mientras que el sabio virrey Venegas se entregaba á las más lisonjeras esperanzas de que quedaría bien pronto exterminado el genio del mal por la parte del Sur, recibió la infausta noticia de haber sido sorprendida por el cura Morelos en la mañana del 4 en el campo de los Tres Palos la 5.ª división mandada por D. Francisco Paris, sufriendo una pérdida considerable, que se hizo mayor por haber abandonado el comandante Pareja el punto de los Coháulotes, donde deberían haberse reunido. A fin de neutralizar el mal efecto que debía producir aquel fatal suceso, fueron enviados desde la capital 100 dragones escogidos para que á marchas forzadas llegasen pronto á incorporarse con el comandante Cosío; y al mismo tiempo se dieron órdenes al coronel Bonavia, comandante de la 7.ª brigada, para que hiciera salir rápidamente á reforzar las divisiones del Sur al batallón provincial de aquella ciudad y varias compañías sueltas de la misma intendencia.

Casi al mismo tiempo se divulgó con certeza la noticia de haberse apoderado los insurgentes del puerto de San Blas por capitulación con los jefes realistas que lo guarnecían. En esta inesperada desgracia, que fué atribuída generalmente á impericia ó mal manejo, y tal vez á una infundada desconfianza, tuvieron una parte activa el comandante de la plaza La Ballen, el del bergantín *Activo* D. Antonio Cuartara, y el del bergantín *San Carlos* don Jacobo Murfi; cuyos jefes parece no hicieron la resistencia que podía esperarse de su posición y de sus recursos. En medio de estos contrastes lograron las armas del Rey, mandadas por D. Juan Sánchez, disipar los rebeldes indios de Toluca, que en número de 3.000 hombres se habían aproximado á aquella ciudad, á cuya consecuencia pidieron el indulto varios pueblos de los muchos que se habían alzado contra el gobierno.

El mal había cundido casi por todo el reino; hormi-

gueaban las gavillas rebeldes desde las provincias del Norte, Río Verde y Nuevo Santander hasta Zimapan, Cadereita, Ixmiquilpan y otros puntos. Sólo en las intendencias de Veracruz, Oajaca y Puebla no había sido turbada la tranquilidad, si bien era de temer que al menor contraste de los ejércitos realistas sería la explosión general.

No se ocultó al Sr. Venegas lo apurado de su situación: conocía que tenía que luchar con enemigos despechados, con todas las artes de la seducción y del engaño, con el genio de la discordia, y finalmente con el extravío general de la opinión; mas nada era capaz de arredrarle en su laudable empeño de sostener á todo trance la autoridad del Rey en aquellos dominios. Su imperturbable serenidad se comunicó á todos los jefes militares, Calleja, Cruz, Trujillo, el conde de la Cadena, y cuantos oficiales y soldados empuñaron las armas del Rey, todos se cubrieron de gloria en el desempeño de los bien combinados planes desenvueltos en el año 1811, de los que se tratará en su respectivo lugar.

CAPITULO III

(1811)

Estado crítico de los negocios en Nueva España.—Batallas de Urepetiro y Calderón.—Crueldades cometidas por el cura Hidalgo.—Reconquista del puerto de San Blas.—Defección de las tropas de Cohahuila.—Brillantes acciones de Zitácuaro, de Zapotlan, del Real de Tasco y otras.—Crítica situación del virrey Venegas.—Convulsión general del reino.—Influjo de algunos eclesiásticos en la revolución.—Aprehensión en Chihuahua de los principales corifeos de ella.—Obstinación y terquedad de los revoltosos á pesar de los muchos golpes que recibían de las armas del Rey.—Defección de un cuerpo de tropa insurgente.—Horribles estragos cometidos contra los europeos.—Ataques de los rebeldes contra Guadalajara.—Derrota de éstos en varias acciones, sin que cedan de su despechado empeño.—Aumento del fuego sedicioso en Valladolid, á cuya provincia se habían refugiado varios cabecillas, y entre ellos el famoso Rayón.—Se fortifica este último en la ciudad de Zitácuaro.—Destrucción de una columna realista mandada por Latorre.—Ataques obstinados contra la ciudad de Valladolid, y heroica defensa de Trujillo.—Creación de una Junta soberana por Rayón.—Inútiles tentativas de los realistas contra el punto de Zitácuaro.—Batalla de Tixtla, favorable á Morelos.—Conjuración del 3 de Agosto contra la vida del virrey.—Ventajas obtenidas por los realistas, mezcladas de algunos reveses.—Progresos de Morelos.—Expedición del general Calleja contra Zitácuaro.—Acciones ganadas por las tropas del Rey en las provincias del Norte.—Victoria del brigadier Porlier en el cerro de Tenango.

El estado de los negocios era el más alarmante á principios del año 1811. El genio de la revolución parece que

renacía de sus mismas cenizas. Cuantos más golpes recibían los insurgentes, era tanto mayor el empeño de la clase viciosa y corrompida, que tanto abunda en este país, para engrosar sus filas. Sus derrotas en las Cruces, Aculco y en otros varios puntos, debieran haber cortado las esperanzas de los rebeldes; pero era muy diferente el estado de la opinión. No bien había salido el ejército del Rey victorioso de un combate, cuando ya debía prepararse para otro, tal vez más terrible que el primero.

Tres meses hacía que se había dado la batalla de Aculco, cuando fué preciso que los realistas reuniesen todos sus esfuerzos para sostener la importante de Urepetiro, pueblo distante dos leguas de la villa de Zamora y la notable de Calderón. Fué dada la primera en 14 de Enero por el benemérito brigadier D. José de la Cruz, comandante general del ejército de reserva, y tan completa la derrota de los 6.000 hombres, la mayor parte de caballería, de que se componía el ejército contrario, sostenido por 30 piezas de cañón, que dejando el campo regado con más de 500 muertos, su artillería y otros muchos trofeos, huyeron todos en el mayor desorden y confusión.

Este primer triunfo, ilustrado con la dispersión de 1.500 facciosos, capitaneados por el cura Navarrete, causada por las bien combinadas maniobras del citado brigadier Cruz, fué el anuncio de los brillantes laureles de que iban á ser coronadas las sienes de los jefes realistas en la sangrienta batalla del 17.

El ejército rebelde se componía de 93.000 hombres, entre los que se distinguían siete batallones de los regimientos de infantería de Zelaya, Valladolid, Guadalajara y Guanajuato; y diez y seis escuadrones de dragones de la Reina, Príncipe, Pátzcuaro y Nueva Galicia, ocho batallones de nueva creación, y 20.000 caballos, que si bien no estaban sujetos á la táctica militar, eran manejados diestramente por buenos jinetes del Bajío, acostumbrados al uso de la lanza. Su artillería se componía de 44 piezas de varios calibres, traídas de San Blas y servi-

das por artilleros de la misma plaza, y de 51 cañones fundidos por ellos mismos, entre los que había algunos de 18 y 24. El ejército del general Calleja contaba escasamente 2.000 infantes, 4.000 caballos y 10 piezas de artillería.

Una loma escarpada de bastante elevación, que se extendía como tres cuartos de legua, y terminaba en un plano inclinado bastante espacioso, en el que se hallaban reunidas las principales fuerzas de los rebeldes; una gran batería en la parte superior, que apoyaba su espalda á una profunda barranca, flanqueada por otras dos baterías menores que abrazaban toda la circunferencia del terreno por donde había de penetrar el ejército de Calleja, intermediando además otro arroyo profundo que se dirigía de Este á Sudoeste, sin otro paso que el puente, descubierto al fuego de todas las baterías: he aquí los terribles obstáculos que se opusieron al general realista. Cualquiera otro jefe que no hubiera tenido un temple de alma tan fuerte y decidido, se habría arredrado al solo tender la vista sobre aquel imponente aparato; pero Calleja había nacido para grandes empresas; su bélico ardor se electrizaba cuando era llamado para ejecutar acciones que á los genios comunes parecían impracticables.

Al reconocer el campo enemigo se llenó de complacencia y dió por segura la victoria. "Esas inmensas masas de caballería, en las que se pierde la vista como en un vasto océano—dijo el sabio y previsivo Calleja—, han de asegurar mi triunfo: yo sabré introducir el desorden en sus primeras filas, y su fuga ha de precipitar la ruina de tan orgulloso ejército". El resultado justificó lo acertado de aquella predicción. Dispuestas sus tropas en tres columnas, procedió al ataque con paso firme y arreglado. El conde de la Cadena, segundo en el mando, dirigía el ala izquierda; y aunque le había sido prevenido no franquease la línea que debían seguir uniformemente las demás divisiones, engreído, sin embargo, con algunas ventajas que obtuvo en las primeras cargas, se adelantó más

allá de los límites que se le habían prescrito, cuyo imprudente arrojo le habría comprometido si el general en jefe, viendo el peligro que corría aquella columna, no le hubiera reforzado con una pequeña división que condujo el entonces primer ayudante D. Bernardo Villamil, quien desempeñó bizarramente esta importante comisión, cargando vigorosamente á la bayoneta.

En el entretanto se cubría de gloria la columna de la derecha, mandada por D. Miguel de Emparan; y el general Calleja, colocado en el centro, dirigía con el mayor acierto el brazo de todos los combatientes. El ataque se había hecho general: al primer esfuerzo vigoroso de los granaderos y patriotas, mandados por D. José María Jalón, y por los tenientes coroneles Oviedo y D. Joaquín del Castillo y Bustamante, se debió la ocupación de una batería de siete cañones: este último, en particular, se cubrió de gloria, rechazando una impetuosa carga de caballería enemiga. No bien habían concluído estos valientes aquel bizarro choque, cuando hubieron de volar en auxilio de Emparan, sobre el que había cargado una fuerza muy superior, la que fué disipada con facilidad, adquiriendo aquí nuevos laureles.

Hallándose todavía la acción indecisa, creyó Calleja que había llegado el momento de desplegar todos los recursos de su genio y de dar el último golpe: para lograr su intento era preciso apoderarse de la gran batería defendida por 67 piezas que enfilaba el puente por donde había de penetrar. La empresa no podía ser más arriesgada; pero nada era capaz de contener el ardor de los realistas: atacaron á un tiempo 20.000 caballos el flanco izquierdo, la infantería el derecho, y el general, con la fuerza principal, se dirigió por el centro, con tan impetuoso valor y confianza, que se aterró el enemigo; las masas de caballería principiaron á remolinarse y á confundirse; todos creían ver sobre sus criminales cuellos las vengadoras espadas; nadie pensó sino en su propia conservación; los más fuertes atropellaron á los más débiles;

interceptóse el camino, y llegó en un instante á tal grado el desorden de aquellas tropas, que, formando en el acto de la fuga unas masas compactas é inamovibles, no pudo la caballería realista ir en su persecución hasta que, ya más desembarazado el camino, se hallaron algunos claros, por donde penetró sin riesgo de estrellarse. Empero el conde de la Cadena, que, arrebatado de su ardor, se introdujo, con 20 dragones, por uno de aquellos grupos más peligrosos, halló una muerte cruel, que llenó de aflicción á aquel ejército, que tantas veces había sido testigo de su inimitable valor y distinguidas hazañas.

No es fácil describir la confusión de esta batalla: el brazo de los realistas estaba ya cansado de descargar mortíferos golpes sobre aquellos rebeldes; fué inmenso el número de sus muertos y heridos; cayeron en poder del vencedor todos sus cañones, infinitas armas de fuego y corte, municiones, pertrechos, equipajes y toda clase de despojos. Los dos principales cabecillas, Hidalgo y Allende, fueron los primeros en fiar la seguridad de sus personas y caudales á la celeridad de sus caballos, dejando abandonadas aquellas gavillas, á las que tan villanamente habían seducido.

Los trofeos conseguidos por el Sr. Calleja en esta ilustre jornada fueron de los más importantes. El valor de dicho jefe compitió con su pericia militar; su actividad y energía, con lo acertado de sus maniobras; su sagaz previsión, con su serenidad, y su bélico ardor, con su acendrada lealtad.

Pocas victorias nos ofrece la historia de América tan brillantes como la de Calderón: para perpetuar su memoria, y para recompensar el extraordinario mérito del general que ciñó su frente con tan esclarecidos laureles, fué creado un título de Castilla, con el nombre de Calderón, y conferido al que tan digno se había hecho de aquel noble distintivo.

En este día se afianzó la autoridad real; era de temer que, si hubiera sido vencido aquel ejército, todo habría

cedido á los exterminadores rayos de Hidalgo. Los negocios públicos cambiaron de aspecto con tan importante victoria; se rectificó la opinión; se desalentaron los amantes de la independencia; acabaron de enfriarse los tibios, y se decidieron por la causa del Rey los indiferentes, que esperaban el desenlace de aquella lucha para agregarse al partido victorioso.

Comunicadas estas lisonjeras noticias, por el benemérito y ansioso virrey, á todo el reino, excitaron una indecible alegría y un consuelo vivificador en todos sus habitantes, y especialmente en los de la capital y en más de 50.000 españoles que se hallaban en la inquietud más alarmante sobre el éxito de aquella batalla.

La calma, sin embargo, estaba muy distante de quedar restablecida en aquel agitado país. Los golpes más decisivos desconcertaban por el momento á los revoltosos; mas pronto volvían éstos de su estupor; y, obrando ardientemente en ellos el deseo de enriquecerse con los despojos de los europeos, cuyo exterminio habían jurado, volvían luego á reunirse para dar nuevo impulso á su sacrílega causa, esperando someter con su terquedad á la misma fortuna.

Así veremos al benemérito Calleja continuar activamente sus operaciones, con tan infatigable celo y constancia, que contó el número de sus triunfos por el de sus movimientos militares.

Los primeros que emprendió á consecuencia de la citada victoria, fueron sobre Guadalajara, en cuya ciudad entró en el mismo día que la división del brigadier Cruz, que fué el 21. Noticioso de que el despechado cura Hidalgo había desfogado su saña y venganza contra más de 500 europeos inermes de aquella ciudad, á cuya bárbara suerte habían podido sustraerse, con el apoyo de algunos honrados vecinos, otros 200, y entre ellos el brigadier D. Roque de Abarca y el intendente D. Francisco Rendón, creció su justo furor de exterminar aquellas tropas desapiadadas que habían huido, con el mayor desorden,

hacia Zacatecas, á reforzarse con otro gran trozo de insurgentes mandados por el cabecilla Iriarte.

Mientras que Calleja recomponía su armamento en Guadalajara y tomaba medidas eficaces para continuar la campaña con mayor tesón y firmeza, había salido D. José Cruz en dirección del puerto de San Blas contra el cura Mercado, que se había fortificado en el sitio llamado la Barranca, con 14 piezas de artillería, algunas de ellas de á 24. Fueron tan felices los esfuerzos de este digno jefe, que arrojado de aquel punto el enemigo con pérdida de 8 cañones, se habian levantado en masa los pueblos inmediatos á San Blas, los que, dirigidos por el celoso párroco D. Nicolás Santos Verdín, se habían apoderado de dicho puerto, dando muerte al bullicioso Mercado, causante de aquellos desórdenes.

Estas lisonjeras noticias fueron contrapesadas por la defección en el pueblo del Saltillo de las tropas de D. Antonio Cordero, comandante de Cohahuila, quien se había visto precisado á retirarse, abandonando aquella provincia. Desde aquel momento se ocupó el gobierno con el mayor empeño en enviar tropas á este punto para impedir la fuga de los dispersos hacia los Estados Unidos, á cuyo efecto se despacharon asimismo algunos buques que se opusieran á su embarco por cualquiera de los puntos de aquella costa, la que deberían recorrer desde Tampico hasta la bahía del Espíritu Santo.

Al regresar D. José de la Cruz de su feliz expedición contra el puerto de San Blas fué encargado de la presidencia y comandancia militar de Guadalajara, de cuya ciudad había salido ya el brigadier Calleja con dirección á San Luis de Potosí, adonde habían pasado los enemigos desde Zacatecas. Los sediciosos que infestaban la provincia de Guanajuato fueron escarmentados por el teniente coronel urbano D. Fernando Romero Martínez. El capitán de dragones D. Francisco Izquierdo, correspondiente á la división del teniente coronel Trujillo, se encontró en Zitácuaro con 10.000 insurgentes mandados por un fraile fran-

cisco del convento de Toluca, por los que fué batido con alguna pérdida, si bien pudo salvar la fuerza principal al favor de su celo y decisión.

Mientras que Calleja sazonaba los planes de dar el último golpe á los principales caudillos de la revolución que se habían situado en el Saltillo, salían á sus espaldas infinitas guerrillas sueltas, que tenían en continua alarma á las tropas del Rey. Toda la grande actividad que desplegó el imperturbable Venegas en este vasto teatro de sangre y horror, era insuficiente para cortar de raíz aquel pestífero germen: las esperanzas de los buenos estaban cifradas en los felices resultados que debían esperarse de la expedición del referido brigadier Calleja, sin cuya presencia no era posible restablecer el orden en provincias tan distantes. Hacer una prolija relación de tantos choques como empeñaron las armas del Rey en estos días, sería molestar la atención del político observador que desea recorrer el cuadro de los sucesos con amenidad. Para evitar, pues, su monotonía, instruyéndolo sin fastidio, recorreremos con rapidez las acciones poco importantes, fijando principalmente nuestra atención en las que han podido tener un influjo decisivo en la opinión.

El segundo de la división de Cruz, D. Rosendo Porlier, capitán de navío, dió una brillante prueba de su distinguido mérito, arrojándose contra un cuerpo de 120.000 insurgentes en la cuesta de Zapotlan, matándoles más de 1.000 y poniendo en confusa dispersión á los demás. Es también digno de honorífica mención el arrojo del capitán D. Mariano García, quien atacando á los insurgentes el 3 de Marzo cerca del Real de Tasco, se apoderó de 19 piezas de artillería. Fueron asimismo ilustres las acciones sostenidas por D. Juan Bautista de la Torre en Santiago del Cerro y en San Mateo y Amanalco.

Empero la gavilla que se sostenía con mayor esfuerzo era la del cura Morelos, compuesta de 40 hombres medianamente organizados, que, á pesar de algunos golpes recibidos por las armas del Rey, continuaban en el sitio

de Acapulco, si bien se esperaba que el sargento mayor de dragones de España D. Nicolás Cosío rescatase aquella población de la desgraciada suerte que la amenazaba.

La situación del celoso virrey Venegas era la más embarazosa; y lo que contribuía más á agravarla era su incomunicación con la mayor parte de los puntos de operaciones. Por el Sur vagaban, desde el territorio de Huichapan hasta Tlalpujagua, los Villagranes y Anayas interceptando correos, robando pueblos y cometiendo toda clase de insultos. Entre Veracruz y México, y entre esta capital y las provincias del Norte, hervían las partidas, que se disipaban en caso de ser perseguidas con la misma facilidad con que se reunían. Bastaba que un cura ó un fraile les perorase para que todos le siguiesen, alucinados con el halagüeño y falso brillo de sus doctrinas revolucionarias.

Increíble parece que una guerra civil, sostenida con tan horribles manchas de obstinación y furor, haya sido conducida casi exclusivamente por el brazo eclesiástico, cuyo instituto es dirigir las almas por el sendero de la salvación y de la virtud. Es doloroso confesar que el clero católico, tan abundante en virtudes y piedad, ofrezca esta desgraciada excepción en Nueva España. Una gran parte de los generales de aquella bárbara revolución pertenecían á aquel ramo; lo fueron asimismo los jefes de partidas, y se debió, finalmente, á su maléfico influjo el extravío general de la opinión.

Hubo sin embargo respetables y virtuosos eclesiásticos, y entre ellos el benemérito padre fray Diego Bringas, de la Orden de San Francisco, que condenaron aquellas ideas subversivas, y que hicieron resonar en los púlpitos la caridad cristiana y la obediencia á las autoridades constituídas, esmerándose en disipar las tinieblas de los sediciosos; pero los esfuerzos de su celo fueron infructuosos. La parte viciada de aquella respetable corporación, que aunque infinitamente menor en número era la más osada, prestaba demasiados incentivos á las pasiones de la des-

enfrenada muchedumbre para que dejase ésta de adherirse á un partido que le abría las puertas del libertinaje, de la licencia, del saqueo y de la devastación. Una parte de estos mismos eclesiásticos rebeldes pertenecían á la clase de los mulatos ó de los indios, cuya afinidad y contacto era la más á propósito para granjearse el aura popular; así, pues, no debe extrañarse la simultaneidad de fuegos que aparecían por todas partes, y que mantenían en perpetua inquietud á las tropas del Rey, y en la mayor agitación á sus dignos jefes.

El brigadier Calleja se desvivía por cortar los vuelos á los cabezas de aquella horrorosa revolución, figurándose que éste sería el único medio de calmar el desorden general. Con esta mira dividió su ejército en varias columnas, que dirigió á la provincia de Guanajuato, á Río Verde, al Real de Pinos, por el rumbo del Oeste, y hacia el Norte para cubrir la avenida principal del Saltillo. La inquietud general crecía por momentos; la insurrección se fomentaba considerablemente; el cura Calvillo levantaba nuevas fuerzas por la parte de Juchipila y Taltenango; igual aumento habría tomado la sedición en Zapotlan y Zacoalco sin la oportuna presencia del comandante Porlier.

No era menor la conmoción en la provincia de Valladolid, mandada entonces por el bizarro Trujillo, á pesar de las ventajas obtenidas por D. Juan Sánchez en las inmediaciones de Puruandiro. Estos ilustres triunfos sin embargo, así como los obtenidos por D. Juan Bautista de la Torre contra los rebeldes del valle de Temascaltepec, y por otros jefes realistas, estaban muy distantes de hacer renacer la calma en aquellas desgraciadas regiones. La expectación pública estaba fija en las operaciones del ejército del Norte: todos esperaban con la mayor ansiedad el resultado de los planes de aquel jefe, cuando se recibió la plausible noticia de haber sido aprehendidos en Chihuahua el 21 de Marzo, en el paraje llamado Acatita de Bajan, cerca de la villa de Monclova, los corifeos principales de la insurrección.

Hostigados éstos por las tropas realistas, habían determinado retirarse á los Estados Unidos para gozar en ellos descansadamente del fruto de sus rapiñas. Poco les faltaba para franquear la línea divisoria de aquella república, cuando una emboscada realista dirigida por Elizondo, que habiéndose fingido del partido independiente había sabido atraer á sus ideas á Menchaca, Carrasco, Borrego y otros oficiales, se colocó en el mismo camino por donde había de pasar la pomposa comitiva. Bien distante ésta de hallar su muerte en aquella fuerza, que creía destinada á su defensa, fué cayendo incautamente y sin ruido en sus manos, á medida que llegaba á aquella posición, quedando ocultos en un recodo que formaba el terreno los primeros presos para que los de la retaguardia continuasen su marcha sin desconfianza.

Por este medio ingenioso consiguieron las armas del Rey el más ilustre de sus triunfos, cuyos trofeos fueron el arresto de 1.500 hombres, 60 oficiales de plana mayor, entre ellos el cura Hidalgo, los generales Allende, Giménez, Aldama, Camargo, Lanzagorta, Zapata, Santa María, Abasolo y Carrasco, además de otros brigadieres y coroneles, seis clérigos y tres frailes, que fueron fusilados sucesivamente, habiéndose contado entre lo más importante de aquella presa los inmensos tesoros, que algunos hicieron ascender á tres millones de pesos, 13 coches, una volanta y todos sus ricos equipajes.

Los realistas se entregaron á las más lisonjeras esperanzas, creyendo que, cortada la cabeza á la hidra de la revolución, serían muy efímeros los esfuerzos que hicieran sus nuevos secuaces; pero desgraciadamente fué muy diverso el resultado. Redoblando los principales atizadores del fuego insurreccional su empeño en dar vigor á aquella ilegítima causa, se valieron de sus mismas desgracias para reanimar el espíritu de los alucinados, haciendo que la publicación de los triunfos de Acatita fuera considerada como los últimos é impotentes esfuerzos de la intriga para conseguir con la falsedad lo que no les era dado con

la espada. Lejos, pues, de extinguirse la rebeldía en los países del Sur y del Centro, tomaba nuevo impulso y vigor y hacía ver la urgente necesidad de desplegar los medios más enérgicos para reprimirla. Creció de tal modo la osadía de los revoltosos, que en el mes de Abril llegaron á aproximarse á la misma capital de México, á atacar, aunque infructuosamente, á las tropas que se hallaban acantonadas en Tula.

Otro de los golpes importantes, que debería haber desconcertado á los revolucionarios, si hubieran sido capaces de retroceder de su criminal empresa, fué el reconocimiento de la autoridad real por un cuerpo de tropas de la provincia del Nuevo Santander que había abrazado el partido de la insurrección y la prisión y entrega del lego Fr. Luis Herrera, que los acaudillaba, así como la de 400 individuos, inclusos 56 oficiales con 10 cañones de varios calibres, algunas municiones y un considerable número de armas de chispa y de corte. No eran tan favorables las noticias por otros puntos: los sanguinarios y vengativos facciosos se cebaron en la sangre de los europeos, asesinando una gran porción de ellos en las inmediaciones de Acapulco, en Salamanca y hasta en Calpulalpan, que tan sólo dista doce leguas de la capital del virreinato.

Se agolparon al mismo tiempo las bandas de los insurgentes con tanta terquedad sobre Guadalajara, que se habría visto precisado el brigadier Cruz á evacuar aquella ciudad si no hubiera llegado oportunamente la división del teniente coronel D. Celestino Negrete, jefe valiente, que había dado repetidas pruebas de su inteligencia y acierto. El comandante Ochoa en su marcha al Saltillo derrotó en Aguanueva un cuerpo numeroso de enemigos, cuyos restos, que todavía ascendían á 6.000 hombres, protegidos por 17 piezas de artillería, atravesaron el paso que media hasta Zacatecas, de cuya ciudad se apoderaron de nuevo, así como de su corta guarnición, que mandaba el capitán Zambrano. Calleja salió á recobrar la

ciudad de San Luis de Potosí, de la que huyó el enemigo con anticipación; pero fué éste alcanzado y batido por las tropas, que habían sido destacadas el 1.º de Mayo á las órdenes del coronel de dragones D. Miguel Emparan.

La insurrección se desplegó en este tiempo con mayor furia en la provincia de Valladolid por dirección de los dos curas Navarrete y Garcilita. El licenciado Ignacio Rayón, ex secretario de Allende, que había quedado en Cohahuila cuando fué preso el cura Hidalgo, se retiró con su gente á Zacatecas, cuya ciudad hubo de abandonar apenas supo que Calleja salía contra él desde San Luis de Potosí; y evadiéndose de los movimientos de Emparan, pasó á situarse en la citada provincia de Valladolid.

Un hombre rudo y salvaje, llamado Benedicto López, de acuerdo con Ortiz, sobrino de Hidalgo, reunió algunas reliquias de las tropas que se habían batido en el puente de Calderón, y guarneció con ellas la ciudad de Zitácuaro, figurándose que aquella escabrosa situación le defendería de la afortunada espada del ejército realista. Creció el orgullo de estos facciosos con el triunfo conseguido en 22 de Mayo sobre el capitán D. Juan Bautista de la Torre, quien fué muerto con la mayor parte de sus oficiales y soldados que habían ido á atacarlos, quedando enteramente deshecha aquella columna.

Engreídos los insurgentes con este golpe, que fué de los más importantes que consiguieron contra las tropas del Rey, se atrevieron á atacar la ciudad de Valladolid, defendida por el bizarro Trujillo. Los principales jefes de esta expedición, Muñiz, Torres, Rayón, Liceaga, Huidobro, Salto, Carrasco y Ramos, trataron de hacer el último esfuerzo para dar vigor á su causa. No bajaban de 8.000 hombres los que tuvieron sitiada cuatro días aquella ciudad; pero sus ataques, aunque impetuosos, fueron recibidos con la mayor impavidez. La oportuna llegada de la columna de D. Antonio Linares reanimó el espíritu de los sitiados, y desconcertó los planes de los enemigos, quie-

nes hubieron de retirarse con pérdida muy considerable.

Rayón, que había pasado á establecerse en Zitácuaro, pudo atraer á su partido la mayor parte de aquellos facciosos, con cuyo apoyo se propuso derrocar á los que allí ejercían la principal autoridad. Para dar mayor peso á la suya, erigió una Junta de tres miembros con el título de Soberana; y para quedar solo en el mando asesinó á Ortiz y alejó á Benedicto con vanos pretextos, haciendo en seguida una aparente elección popular en su misma persona, con las firmas de aquellos miserables que seguían ciegamente su propio impulso. Para deslumbrarlos nombró dos colegas despreciables, que fueron Liceaga y Verdusco, arrogándose la presidencia perpetua. Conociendo el sabio y activo virrey Venegas la necesidad de deshacer en su origen aquella peligrosa reunión, dispuso la pronta salida de una expedición á las órdenes del coronel D. José Miguel de Emparan, cuya fuerza, reunida á la que mandaba el teniente coronel D. José Castro, ascendía á cerca de 2.000 hombres.

Después de haber superado este digno jefe la cañada que forma una serranía fragosa y elevada, llegó el 22 de Junio á las inmediaciones de Zitácuaro, y á pesar de los grandes obstáculos que le opuso el enemigo atacándolo por los cuatro frentes y por la retaguardia, logró al principio algunas ventajas y les tomó cinco cañones; pero las profundas zanjas que habían hecho los insurgentes á fin de evitar el asalto, la falta de víveres y las copiosas é incesantes lluvias le obligaron á retirarse á Toluca con bastante pérdida en hombres y bagajes. Hallándose Emparan inhábil para continuar la campaña á causa de habérsele abierto la herida que recibió en Calderón, fué enviado el conde de Alcaraz á tomar el mando de aquellas tropas.

La ciudad de Valladolid recibió á este tiempo y en el día 22 de Julio un nuevo é impetuoso ataque. Diez mil insurgentes con 40 cañones de metal se arrojaron con el mayor furor contra sus esforzados defensores, y llegaron

á penetrar por las mismas calles; el fuego duró desde las diez y media de la mañana hasta las seis de la tarde, á cuyo tiempo, viendo los facciosos la tenaz resistencia de aquellos valientes, se retiraron con pérdida de 500 hombres, 18 cañones, muchas municiones, armas y caballos. El bizarro Trujillo, puesto á la cabeza de algunos caballos, se arrojó con el más decidido empeño sobre el orgulloso enemigo, al que desconcertó completamente, fijando por este atrevido y aun temerario golpe la suerte de aquella ilustre jornada que lo cubrió de gloria; y el triunfo habría sido completo si el cansancio de las tropas hubiera permitido ir en persecución de los dispersos.

A pesar de la derrota del enemigo, temió Trujillo alguna sorpresa de aquellas mismas masas que se reunían con la misma facilidad con que se desbandaban; y no pudiendo contar siempre con los dones de la caprichosa fortuna, pidió nuevos refuerzos, que le fueron enviados desde Toluca. Estos sublimes rasgos de heroísmo reflejaban el mayor lustre sobre las armas españolas; mas no alteraban en modo alguno el estado crítico de los negocios. La insurrección seguía su curso, y para sofocarla se necesitaban fuerzas mayores. Las atenciones preferentes del general Calleja en destruir las primeras reuniones, y en asegurar las dilatadas provincias de Zacatecas, Guanajuato y San Luis, y las de la Colonia y Nuevo Reino de León, dieron á los gobernantes de Zitácuaro algunas treguas para recrearse en la ostentación de su poder quimérico. Empero conociendo Rayón que la opinión no estaba preparada para sacudir de un modo absoluto la dependencia de la metrópoli, conservó todavía para todos sus actos el augusto nombre del Sr. D. Fernando VII. Dicho insurgente se erigió en capitán general de todos los ejércitos americanos, y se constituyó al mismo tiempo en ministro de sí mismo, ofreciendo los desvaríos de aquel insensato un fenómeno raro en política, "de que un mismo individuo pueda ser presidente de un estado y su ministro universal".

En tanto que se creaba el descabellado gobierno de Zitácuaro, seguían las tropas realistas en su infatigable celo por desbaratar las infinitas partidas que hervían por todas partes: lo fueron, con efecto, cerca del pueblo de Tepetitlan, en Atotonilco, en el cerro del Zepo, y en todas las provincias del Norte, en las que se distinguieron los comandantes Andrade, Arredondo, García Conde y Madera; mas no fueron las armas del Rey tan afortunadas hacia la parte del Sur. El cura Morelos, con un cuerpo de 2.000 hombres, bien armados y adiestrados por un anglo-americano, fué atacado en Tixtla por la columna del teniente coronel D. Juan Antonio Fuentes, compuesta de 900 hombres; pero el éxito estuvo tan lejos de corresponder á las esperanzas del jefe realista, que, derrotado completamente por los sediciosos, quedaron éstos dueños de las provincias de Oajaca y Puebla. Acapulco, en el entretanto, se hallaba en los mayores apuros y próximo á capitular por falta de víveres. Estos golpes desgraciados influían considerablemente en el desaliento de los realistas: amaestrados los insurgentes en el arte de la guerra, no eran ya aquella clase de bandidos que abandonaban el campo á las primeras descargas: era otra su decisión y firmeza, y se necesitaba, por lo tanto, doble esfuerzo y precaución para burlar sus ataques.

Aunque el número de personas de consideración no era tan grande como antes de ser aprehendidos los primeros corifeos, tenían más orden y más práctica los que tomaron posteriormente el mando de las partidas. Además de las que estaban situadas en Zitácuaro, en Chilapa y en Acapulco, había otras infinitas que, á manera de las guerrillas de España, inundaban el reino, trayendo en continuo movimiento á las tropas del Rey, é interceptando de tal modo las comunicaciones, que sólo en grandes convoyes se atrevían los comerciantes á conducir sus efectos.

Villagrán, situado á la entrada de la Huasteca, tenía

en continua alarma á Zimapan, Pachuca, Ixmiquilpan y Mextitlan; y posesionado del Real del Rector, trabajaba una buena mina, con cuyas platas y con la impenetrabilidad del terreno, se mantenía al abrigo de todo ataque. Cañas, colocado en la serranía de la villa del Carbón, se paseaba libremente por Chapa de Mota, Gilotepec y Tepexi, extendiéndose hasta Cuautitlan, Huehuetoca é Ixtlahuaca. Aldama se había estacionado en los llanos de Apan, donde había principiado á turbar la tranquilidad de que había gozado el obispado de Puebla, interrumpiendo sus comunicaciones con Veracruz, y extendiéndose hasta las inmediaciones de Tezcuco; pero habiendo sido arrojado de allí por los realistas, apareció muy pronto en San Juan de los Llanos y en las cercanías de Perote.

Para completar las tristes sombras de este cuadro, se anunció una terrible conjuración, que debía estallar el 3 de Agosto, designándose como víctimas que habían de sacrificarse al furor revolucionario el mismo virrey y las principales autoridades. Este plan de refinada perversidad debía producir á los rebeldes los más favorables resultados: con la aprehensión del primer jefe y con su traslación á Zitácuaro, se proponían desconcertar todas las operaciones de los realistas, introducir el desorden y la confusión, y valerse de su firma para mandar la entrega de las armas á todos los comandantes de cuerpos y plazas. Los buenos realistas que conocieron el grave peligro de que plugo á la divina Providencia libertarlos con una oportuna revelación de aquellos devastadores proyectos, se esmeraron en demostrar á porfía su júbilo y satisfacción: se redoblaron las medidas precautorias, se estableció una superintendencia de policía, se hicieron varias prisiones, y seguidas sus causas por los trámites legales, sufrieron el último suplicio el abogado D. Antonio Ferrer, los cabos Ignacio Cataño y José Mariano Ayala, y los individuos Antonio Rodríguez Longo, Félix Pineda y José Mariano González. Fueron aplicadas asimismo otras penas,

aunque más benignas, á varios sujetos, y entre ellos á algunos religiosos que resultaron cómplices en aquella horrible conspiración.

Con tan feliz descubrimiento se reanimó el espíritu de los realistas, y sus armas adquirieron el mayor lustre en varias acciones que se trabaron en el mismo mes de Agosto: tales fueron las que dieron los capitanes Zarzosa y Collado en las inmediaciones de Querétaro; las del capitán Güelbenzu en el llano de las Ánimas junto á Aculco; la del capitán Argumosa defendiendo el pueblo de Ixmiquilpan contra el bárbaro caudillo Villagrán; la del capitán Menezo sostenida en Pénjamo contra 2.000 rebeldes mandados por los cabecillas Cleto Camacho, el cruel Albino García y un tal Nájera, y en particular las del comandante D. Manuel del Río en el mes de Septiembre en la villa de Colima, de la que fueron desalojados los rebeldes con pérdida de cuatro estandartes, cinco cañones, todas sus municiones, fusiles, armas, equipajes y caballos, dejando tendidos en las calles más de 300 hombres, y en poder de las armas del Rey la mujer del cabecilla Sandoval, que se titulaba emperatriz. El mismo jefe realista adquirió nuevos laureles en otra acción que sostuvo contra el cabecilla Ricardo Ruiz de Esparza, alias el Inglesito, á quien causó la pérdida de 600 hombres.

No fueron menos importantes las seis acciones sostenidas por el capitán de fragata D. Ciriaco del Llano, uno de los quince oficiales que el capitán general de la Habana había remitido al virrey Venegas, habiéndose cubierto de gloria aquel digno jefe en todas ellas, y en otras muchas escaramuzas y bruscos ataques que sufrió desde 3 de Septiembre hasta 5 de Octubre, en cuyo tiempo anduvo 180 leguas entre ásperas montañas y quebradas, que dejó teñidas con la sangre de los rebeldes.

Contribuyeron asimismo á dar lustre á las armas del Rey las acciones que se dieron á este tiempo en Guanajuato por la división del coronel García Conde, y en particular la que sostuvo el teniente coronel D. José López

por el rumbo de Zacatecas contra tres ó cuatro mil insurgentes, á quienes derrotó completamente, cogiéndoles toda su artillería, que se componía de diez piezas, sus municiones y cargas con varios prisioneros. Fué asimismo distinguido el ataque que dió el capitán Salazar al Real de Asiento, adonde se habían refugiado los rebeldes, á los que derrotó completamente con pérdida considerable de oficiales y soldados.

El combate de Tenango á las inmediaciones de Toluca, sostenido por el bizarro Porlier, tuvo un resultado favorable, si bien fué acompañado de bastante pérdida que sufrieron las tropas del Rey. El teniente coronel D. Joaquín del Castillo y Bustamante se cubrió de gloria en dos acciones que dió en el mismo mes de Septiembre, habiendo contado entre los trofeos de la primera 1.200 rebeldes tendidos en el campo, 12 cañones de todos calibres, y un gran repuesto de municiones y pólvora, muchas lanzas y más de 300 arcabuces, y como resultado de la segunda la destrucción de mayor número de enemigos y la toma de 20 cañones, y la de todas las municiones que le restaban.

Esta terrible época forma una serie no interrumpida de lances guerreros, en los que la victoria no estuvo siempre encadenada á las armas del Rey. El comandante D. José de Céspedes, que desde México había salido á reemplazar á Columna, jefe de una división, fué sorprendido, con su escolta, por los insurgentes, conducido á Zitácuaro y sacrificado á su bárbara venganza; el teniente de fragata D. José Ruiz de Cárdenas, segundo en el mando de aquella fuerza, puesto á la cabeza de algunos infantes y dragones, quiso vengar la muerte de su nuevo jefe y volver por el honor de las armas españolas; pero, habiéndole sido esquiva la fortuna, pagó aquel noble arrojo con su misma vida y con la destrucción de su tropa.

El comandante Soto derrotó un cuerpo de 3.000 rebeldes, apoyados por tres cañones, á las órdenes del feroz Villagrán; les causó la pérdida de 500 hombres y de dichas tres piezas, municiones y efectos. D. Francisco

Guizanortegui, capitán de dragones de Puebla, derrotó, en las provincias internas en la hacienda llamada de la Cebada, un cuerpo de 2.000 bandidos, acaudillados por Bernardo Guacal y por otros cabecillas, á quienes causó la pérdida de 450 hombres.

En los últimos meses de 1811 se complicaron los sucesos militares y políticos en este vasto teatro: ya los insurgentes habían ido engrosando sus divisiones y adquiriendo algunos elementos de orden é inteligencia, de que antes carecían, á los que debieron principalmente los progresos de sus armas en algunos puntos.

Dichos facciosos habían reunido en Chilapa 4.500 hombres, con más de 900 fusiles y 29 cañones; también en Tlapa se habían fortificado contando con el apoyo de la provincia, que había sido seducida por el cura Tapia. Morelos se dirigió sobre Chautla, cometiendo mil atrocidades y asesinando al teniente coronel D. Mateo Musita y á cuantos europeos cayeron en sus manos. Envalentonado con estos cobardes triunfos se adelantó hasta Izucar, y trató de aproximarse á Puebla. Alarmado el virrey Venegas, dió las órdenes convenientes para que una parte de la división del brigadier Llanos se adelantase á tomar posición en Atlixco, punto intermedio entre Izucar y Puebla, á fin de que contuviese al osado eclesiástico.

Deseosos los jefes realistas de venir á las manos con aquel formidable enemigo, le atacaron, en el referido pueblo de Izucar, con el más denodado valor; pero la herida mortal que recibió el teniente de fragata D. Miguel Soto, que mandaba aquella fuerza, y las de otros valientes oficiales, hicieron variar el curso de la fortuna, que se había presentado con aspecto risueño; se vió, por lo tanto, obligada la división realista á emprender su retirada, que fué dirigida, con la mayor inteligencia y bizarría, por el moribundo Soto, cuyo indomable valor no le abandonó hasta que hubo exhalado el postrer aliento.

A pesar de este sensible golpe, había sufrido demasiados descalabros la gavilla de Morelos para que insistiese

en su dirección contra Puebla; así, pues, volvió sus miras á ocupar aquellos puntos en que no habia fuerzas que pudieran resistirle. Uno de ellos fué el de Tasco, cuya corta guarnición hizo el último esfuerzo, si bien hubo de sucumbir á la inmensa superioridad del enemigo y al desaliento que se introdujo con la muerte del comandante, capitán de milicias, D. Mariano García y Ríos. Los rápidos progresos de este infame cabecilla introdujeron la mayor confusión, hasta en los pueblos inmediatos á la capital. Más de 2.000 individuos emigraron de Cuernavaca y se refugiaron en San Agustín de las Cuevas. Otra columna del mismo insurgente invadió las Amipas, arruinando las ricas haciendas de cañas, de que abunda aquel territorio.

La osadía de los rebeldes había llegado á tal grado, que hizo ver al impávido virrey la necesidad de reconcentrar las fuerzas de las provincias del Norte para destruir las considerables de Morelos, atacando el punto de Zitácuaro, en el que se abrigaba la pomposa Junta nacional, que fomentaba la rebelión con sus proclamas, despachos y títulos, librados á sus más adictos partidarios. A este fin dió orden al general Calleja para que pasara, con su ejército, á la provincia de Valladolid y al lugar de Acámbaro, á fin de ejecutar el plan de ataque, combinado con un movimiento que debía hacer sobre Tenango la división que se hallaba en Toluca, allanando por este medio aquel obstáculo á Calleja. Era de presumir que tan pronto como las tropas del Rey saliesen de Guanajuato cobrarían nuevo aliento los rebeldes en aquella parte; á pesar de las enérgicas disposiciones para reforzar con tropas de San Luis de Potosí y Guadalajara aquellos puntos que más pudieran necesitarlo, atacaron los rebeldes la expresada ciudad de Guanajuato, de la que fueron rechazados por la corta guarnición y por la bizarría de algunos honrados habitantes.

Habiéndose reunido aquéllos de nuevo en número de 5.000 hombres, bajo la dirección de los caudillos Albino

García, Tomás Valtierra y Toribio Nájera, dieron el segundo ataque á la referida ciudad en 26 de Noviembre; y apoyados por el populacho, que se les había agregado por el afán del botín, se trabó un sangriento combate, prolongado desde las ocho de la mañana hasta la una de la tarde, en que por un esfuerzo extraordinario lograron los tropas y el paisanaje apoderarse de un cañón y de las municiones del enemigo, con cuyo suceso se aterró y se puso en precipitada fuga, quedando desvanecidas las esperanzas de los amantes del desorden, pero desconsolados los realistas, aunque victoriosos, por la pérdida considerable que sufrieron de personas del más alto mérito.

Los refuerzos de la Nueva Galicia calmaron los recelos de aquella ciudad, que á pesar de sus triunfos no se creía segura de las intrigas de los revoltosos. Las tropas del general Cruz se cubrieron de gloria en otra porción de acciones que dieron á los rebeldes en Octubre, Noviembre y Diciembre: merecen entre ellas particular mención la de D. Juan Rulfo en Zapotlan contra 600 rebeldes; la de Teúl, contra 400; la del Rancho del Capulin, ganada por el capitán Linares, contra 400, á quienes quitó 130 caballos; la de Acaponeta, sostenida por el teniente Espinosa con 200 contra 2.000, salvando así aquel vecindario de la destrucción á que había sido condenado por haber aprehendido á varios cabecillas, que fueron pasados por las armas; la de Jiquilpan, sostenida por el capitán Mora; la de Jalostotitlan, en la que 25 patriotas contuvieron á 500 rebeldes; la de San Diego en la Sierra, sostenida por el capitán Arbizu, quien con 240 soldados mató la mitad de los 500 hombres de que se componía la columna de los facciosos; la de la hacienda del Pozole, cerca de Tepic, cuyo comandante, el capitán Gurrea, mató 100 hombres de la numerosa gavilla de Cecilio González; la toma de Coallomarta por los capitanes Cuéllar y Mora, al favor de sus bien combinados movimientos, en cuyo pueblo, que era la madriguera de los rebeldes, hallaron seis cañones, muchas cureñas, herramientas y má-

quinas; 1.000 arrobas de hierro fundido, 500 del llamado bergajón, y mucha madera de construcción; y la de Arandas, cuyo solo vecindario rechazó á 800 revoltosos. Con tales golpes, y con la actividad de las siete columnas en que el general Cruz había dividido sus tropas, quedó Nueva Galicia libre de enemigos, y se rectificó de tal modo el espíritu público, que los patriotas solos bastaban para tener enfrenado el genio del mal.

Siguiendo en el entretanto su marcha el general Calleja, llegó en 12 de Diciembre á San Felipe del Obraje, distante quince leguas de Toluca, en cuyo punto halló abundancia de víveres y municiones, con algunos refuerzos que el celoso virrey había proporcionado á fuerza de los mayores sacrificios, á fin de asegurarse el éxito de aquella importante campaña.

Había acordado dicho virrey que, siendo tres los puntos por los que se podía penetrar á Zitácuaro, debería acercarse la división de Porlier para cubrir la entrada llamada de San Mateo; otra parte del ejército ocuparía la de Turopan, y Calleja, con el nervio de sus tropas, tomaría posesión de la tercera, más accesible que las otras, para que, verificado el ataque por este lado, hallasen los insurgentes obstruída su retirada y se lograse aprehender á los individuos de aquella quimérica Junta, con cuyo golpe se esperaba cortar enteramente los vuelos á la rebelión.

Este sabio y acertado plan, que hacía el elogio del jefe que lo había concebido, fué alterado sin embargo por el general Calleja, deseoso al parecer de suplir la tardanza que se había notado en sus marchas; y llevado de su celo por llegar á las manos con el enemigo antes que pudiera ponerse fuera de su alcance, se resolvió á atacarlo en 29 de Diciembre por la parte de San Mateo, que había sido confiada á Porlier, y éste fué destinado al mismo tiempo contra los rebeldes, situados en el fortificado cerro de Tenango. El resultado de la empresa del benemérito Porlier fué de tanto brillo y esplendor, que, arrojado el ene-

migo de su posición, dejó nueve cañones, todas sus municiones, banderas, gran número de ganado, muchos efectos y un crecido número de muertos. El de otra acción que dió este mismo jefe en Tecualoya y el de la batalla de Zitácuaro se verá en la siguiente época de 1812, á la que pertenecen.

CAPITULO IV

(1812)

Batalla de Zitácuaro y derrota completa de los insurgentes.—Acciones de Tenango y de Tecualoya.—Retirada de Rayón á Tlalpujagua.—Elementos de discordia entre los individuos de la Junta suprema.—Arribo de nuevas tropas de la Península.—Pastorales del reverendo obispo de Puebla para pacificar el país.—Varias acciones parciales gloriosas á las armas del Rey.—Expedición de Calleja contra Cuautla.—Sitio y abandono de esta plaza.—Invasión de la provincia de Oajaca por Morelos.—Nuevas disensiones entre los facciosos.—Indisposición del general Calleja.—Hechos de armas del coronel D. Joaquín del Castillo y Bustamante, de D. Agustín de Iturbide y de otros varios jefes.—Ventajas conseguidas por las tropas del Norte de México.—Insurrección de la costa de Veracruz.—Fatales efectos producidos por la libertad de la imprenta.—Serios alborotos en México y grande exaltación en los ánimos.—Suspensión de dicha libertad de imprenta.

La atención pública de los habitantes de Méjico estaba fija en el resultado de la batalla que iba á darse en Zitácuaro, en cuyo punto se hallaba reunida la fuerza principal de los revoltosos, apoyados en aquella quimérica forma de gobierno que habían establecido. Las ventajas conseguidas por el brigadier Porlier en el cerro de Tenango el día 1.° del año, daban lisonjeras esperanzas de que la victoria coronaría los esfuerzos de las armas realistas. La empresa de Zitácuaro era de las más difíciles que se hubieran presentado: los facciosos habían fortificado aque-

lla posición con baluartes, zanjas, fosos y con todos los medios de defensa que sugieren los ardides de la guerra. El terreno, por otra parte, les era favorable. Una sierra de doce á quince leguas de extensión circuía el citado pueblo. Elevadas y espesísimas arboledas por las que difícilmente penetraban algunos débiles rayos del sol; sendas que aun en tiempos comunes ofrecían un penoso y difícil tránsito por sus empinados cerros y profundas barrancas y que en aquella ocasión habían sido obstruídas por innumerables y robustos pinos; un horizonte cubierto de densas nieblas, que alternativamente producían vientos, nieves y hielos formando resbaladeros en las laderas y atolladeros en los bajíos; pueblos y haciendas abandonadas, forrajes incendiados, campiñas asoladas: éste era el camino que se ofrecía al valiente Calleja para llevar sus tropas contra el enemigo. Empero por grandes que fueran estos obstáculos, los superó bizarramente el ejército del Rey, el que campó el 1.° del año á legua y media del mencionado pueblo de Zitácuaro.

Ocupado aquel día el general Calleja en reconocer las posiciones de los rebeldes, vió con la mayor sorpresa veinte baterías colocadas del modo más ingenioso, todas con merlones de cuatro varas de espesor, excepto una que lo estaba á barbeta. Otro de los medios vigorosos de su defensa era una profunda barranca, que circunvalaba dicho pueblo á medio tiro de cañón y una zanja más inmediata llena de agua, de tres varas y media de profundidad y cuatro de anchura, que rodeaba todas sus fortificaciones y un gran cerro, en cuya cúspide se habían colocado diez y seis piezas de artillería. El número de los enemigos que había que combatir no bajaba de 30.000 hombres y entre ellos 12 000 de caballería: no podía ser más arriesgado el empeño del general realista en atacar á pecho descubierto una posición tan respetable, defendida por gente despechada aunque colecticia, que no tenía más alternativa que la victoria ó la muerte.

No se le ocultó á este esforzado jefe lo crítico de su

situación, pero ya no era tiempo de retroceder: su honor estaba comprometido; lo estaba asimismo la opinión de su ejército, y la salvación ó la ruina del reino dependía del resultado de aquella batalla. Los grandes genios cuentan el número de sus hazañas por el de los tropiezos y contrariedades, y recreándose con el mayor punto de gloria que pueden merecer cuanto son menores los recursos y elementos, redoblan heroicamente sus refuerzos para que se deba á éstos exclusivamente lo ilustre de sus empresas. Esta idea bizarra ocupaba enteramente el ánimo de Calleja y disipaba el temor que podía inspirar el terrible aparato de los enemigos á otros pechos menos varoniles, que sujetándolo todo al cálculo prudencial no quieren fiar nada á los prodigios del valor. Para salir, sin embargo, de aquella ansiedad, determinó el ataque para el día siguiente á las seis de la mañana.

Embestido el enemigo en todas direcciones por variaa columnas, en que había sido dividido el ejército realista y que obraban en una perfecta combinación; forzadas sus líneas y desmontadas sus baterías por los fuegos de artillería que dirigió con el mayor acierto el entonces comandante de aquella arma D. Ramón Díaz de Ortega, empezó á remolinarse y á presentar todos los síntomas del desorden y de la confusión: estrechado ya más de cerca por los rápidos movimientos de las valientes tropas de Calleja, perdió su formación y se desbandó, fiando la defensa de sus vidas á la celeridad de sus pies. Todos corrían en tropel, arrojándose por fosos y despeñaderos y precipitándose unos sobre otros para evitar el alcance de los soldados victoriosos. A las dos de la tarde ya no había en aquel recinto un solo enemigo vivo, excepto el corregidor y diez y ocho personas más, que fueron pasadas por las armas. Los cabecillas Rayón, Liceaga y Verdusco se sustrajeron también con la fuga al justo furor de los realistas. Esta insigne victoria, que costó á los insurgentes de 3 á 4.000 muertos, 43 cañones, infinidad de pertrechos de guerra, dos fundiciones de artillería de bronce, varias

maestranzas y laboratorios, una inmensa cantidad de víveres, 6.000 carneros, gran porción de bueyes y otros muchos despojos y equipajes de tan numerosa gavilla, no produjo en el ejército del Rey más pérdida que la de cinco muertos, siete heridos y cuatro contusos. Increíble parece que un triunfo tan glorioso para las armas españolas fuera comprado con tan poca sangre.

Conociendo Calleja la necesidad de hacer un escarmiento terrible que dejara indelebles señales del fin que podían prometerse los que, guiados por sus depravadas pasiones ó alucinados por su misma torpeza ó ignorancia, intentasen reproducir las escenas sangrientas de Zitácuaro, en cuyas calles se habían visto colgadas las cabezas de varios beneméritos soldados realistas, y en donde el furor revolucionario había llegado al extremo de armar el brazo del débil sexo y de los tiernos niños, dió un decreto solemne de que dejara de existir aquel pueblo rabioso, concediendo el término de seis días para que sus habitantes se trasladasen con sus intereses á los países inmediatos, y adoptando otras medidas de rigor contra los que más se hubieran señalado en aquella bárbara revolución.

El mismo Porlier, que tanto se había distinguido en la acción del día 1.°, atacó nuevamente el día 3 al enemigo, que se hallaba situado á la otra parte de la profunda y escabrosa barranca de Tecualoya. A pesar de la excelente posición que ocupaban los bandidos, fué tan impetuosa la carga de los realistas, que se dispersaron aquéllos en varios rumbos, por los que fueron perseguidos con gran mortandad. Entre los trofeos de esta sangrienta acción se contaron algunos cabecillas, tres cañones, muchas escopetas, lanzas y otras armas, gran cantidad de víveres, azúcar, caballos y mulas, y la destrucción total de la fábrica de pólvora, que tenían en el mismo pueblo de Tecualoya.

Con tan furiosas derrotas se desvanecieron por el momento todos los proyectos de los visionarios de la Junta

soberana; pero como su ciega obstinación no cedía ni aun á los más fieros desastres, se refugiaron en el Real de Sultepec, para resucitar sus insensatos proyectos. Siendo el más terco y ambicioso de todos los vocales el indomable Rayón, promovió fácilmente la desavenencia de los demás, con la idea de separarlos, para que encargándose cada uno de ellos de la organización de un distrito, se mantuviese en pie á lo menos en apariencia su junta ó congreso, en la que ellos hacían estribar la garantía principal de la devoción del pueblo.

Situado Rayón, á consecuencia de este proyecto, en Tlalpujagua, su patria, lugar de la áspera serranía de Angangueo, mientras que sus cosoberanos vagaban por las provincias del Norte y Poniente, conservó en sus manos las riendas principales del gobierno, á pesar de los esfuerzos para disputárselo, cuyo acalorado empeño produjo una funesta enemistad entre todos ellos.

El apóstata Morelos, que á esta sazón se había colocado en Cuautla de Amilpas, distante veintidós leguas de México, después de haber conseguido varias ventajas en las costas del Sur, observó la debilidad de la Junta establecida en Sultepec, y continuó, por lo tanto, en obrar con independencia absoluta, reconociéndose superior en fuerzas á los individuos de aquel gobierno. Viendo éstos lo peligroso que podía ser para sus ambiciosas pretensiones un enemigo tan osado cual era Morelos, depusieron por un momento su animosidad, y se convinieron en incorporarlo á su Junta, nombrándole vocal de ella y confirmándole la investidura de general del Sur que él mismo se había arrogado.

Suspendiendo por un momento la relación de las altas disposiciones gubernativas dictadas por los llamados jefes supremos de la nación, retrocederemos á dar un bosquejo, aunque rápido, de los principales sucesos de las armas realistas.

No bien había descansado el valiente Porlier de las dos distinguidas acciones trabadas por los insurgentes en

el 1.º y 3 de Enero, cuando ya debió prepararse para la tercera en 17. Dióse ésta en la misma barranca de Tecualoya contra una numerosa reunión de bandidos pertenecientes al cura Morelos, y entre ellos varios prófugos de Zitácuaro. A pesar de la inferioridad numérica de las tropas del Rey, fueron batidos los rebeldes con gran mortandad y con la pérdida de siete cañones, varios fusiles, lanzas, municiones y otros pertrechos.

El desembarco de los batallones de Asturias y Lobera, verificado el 13 del mismo mes de Enero en Veracruz, produjo las más puras sensaciones de alegría, manifestadas en todas partes, especialmente en el citado puerto, en el que fueron recibidos con triunfo y en medio de las más ardientes aclamaciones.

Sería demasiado prolijo referir los infinitos choques que se trabaron en todas direcciones en esta época: para conciliar, pues, la parte instructiva de la historia con la amenidad y fluidez de su redacción, nos vemos precisados á omitir un gran número de combates parciales que no son del mayor interés, sin que pretendamos por este silencio defraudar el mérito que contrajeron todas las partidas sueltas que tuvieron parte en ellos.

En tanto que éstas llenaban sus deberes á satisfacción de sus jefes se había derramado á manos llenas por todo el reino una circular del reverendo obispo de Puebla, que con la aprobación del virrey había dirigido á los curas de su diócesis, manifestándoles los insignes triunfos de las armas del Rey, el arribo de nuevas tropas de la Península y la indispensable necesidad de que fueran sucumbiendo gradualmente á su fatal destino todos los sediciosos, á quienes ofrecía un indulto generoso si abjurando sus errores políticos se acogían bajo el manto de la Real clemencia.

Entre las varias acciones dignas de particular mención sobresale la del teniente de lanceros Godinet, quien con la sola escolta que prestaba al correo de Puebla se defendió en la venta de Chalco de dos mil bandidos que le tu-

vieron sitiado dos días, pasado cuyo tiempo llegó á la capital, sin más pérdida que la de un soldado muerto, tres heridos y algunos contusos. Porlier volvió á ser atacado en la mañana del 22 de Enero en su posición de Tenancingo, y después de haber resistido denodadamente las impetuosas cargas del cura Rabadán, hizo una salida, en la que se apoderó de seis cañones y de todas las municiones: todo aquel día y noche continuó un fuego horrible de cañón y fusilería en medio del incendio de las casas que circundaban la plaza; y á fin de salvarse de los peligros que le rodeaban, dispuso en la mañana del 23 la salida del teniente de navío Michelena, para apoderarse de dos cañones que los rebeldes habían colocado sobre un cerro, con los que le causaban bastante daño.

Ya el valiente Michelena había forzado la posición y arrebatado á los enemigos una de estas piezas, y se preparaba á tomar la otra, cuando una emboscada, que él no había podido descubrir, cayó repentinamente sobre su columna, la desconcertó y la obligó á replegarse á la plaza luego que sucumbieron á su mismo arrojo y decisión este digno jefe y los oficiales D. Pedro Toro, D. García Revilla, D. Antonio Daván, D. José María Beitia y no pocos de sus soldados. Engreídos los enemigos con este pequeño triunfo, y todavía más con poderosos refuerzos que estaban para llegarles, celebraban con algazara la ruina del bizarro Porlier, cuando conociendo éste lo crítico de su posición, determinó evacuar aquel punto, como lo verificó en la noche del mismo 23, clavando la artillería é inutilizando las municiones y pertrechos que no podía conducir.

Al mismo tiempo aprehendió el comandante Paris en la parte del Sur al sanguinario cabecilla P. Talavera, que se decía mariscal de campo del ejército de Morelos; y en otra acción derrotó la misma gavilla, causándole la pérdida de 200 hombres.

El brigadier D. Diego García Conde sostuvo dos brillantes acciones en 13 y 14 de Febrero contra un cuerpo

de rebeldes capitaneados por el atroz Albino García en él valle de Santiago y sus inmediaciones, causándole pérdidas de la mayor consideración.

Habiendo hecho el cura Morelos varios movimientos sobre los puntos de Tenancingo, Tecualoya, Chalco, Izucar, Cuautla y Tasco, dispuso el virrey Venegas que el ejército de Calleja volviese á la capital para emprender desde allí una nueva campaña, ya que la destrucción de Zitácuaro, lejos de enfriar el espíritu de aquel osado eclesiástico, le había dado nuevo impulso y vigor, y aun la opinión de invencible, entre los pueblos alucinados. Dicha derrota, que había hecho perder todo el prestigio á los vocales de la Suprema Junta, fortalecía considerablemente el partido de Morelos, quien, por lo tanto, llegó á concebir, en el delirio de su imaginación, el gigantesco proyecto de apoderarse de la capital de México, y de vincular en sus manos el poder absoluto de aquel reino.

Combinado el plan de dar un golpe decisivo á dicho Morelos, salió Calleja de México para Cuautla, y el brigadier D. Ciriaco de Llanos para Izucar. Llegó el primero el 17 de Febrero al campo de Pacurco, distante cinco cuartos de legua del referido punto de Cuautla; y, no habiendo hallado, en el reconocimiento que hizo al día siguiente, sitio alguno proporcionado para el ataque, acampó en la loma de Cuatlixco, en donde fué atacada su retaguardia, con tanta mengua de parte de los facciosos, que se dejaron en el campo más de 200 cadáveres. Deseoso Calleja de superar con la celeridad de sus planes los obstáculos que ofrecía el terreno, dió un brusco ataque al día siguiente, del que fué rechazado con bastante pérdida, más sensible todavía por la calidad que por el número de los muertos, entre los que se contaron cuatro oficiales y el coronel del provincial de Guanajuato, conde de Casa Rull, con otros varios heridos y contusos.

El arrojo de Calleja no tuvo un resultado tan favorable en esta ocasión como lo había sido en Zitácuaro; este revés, sin embargo, fué muy útil para sus ulteriores dispo-

siciones, pues que creció en él la previsión, á la par de sus precauciones para el acierto. Ni debe parecer extraño que las armas del Rey sufrieran aquel contraste al examinar las terribles fortificaciones que había hecho en la citada posición de Cuautla el perseverante celo del indomable Morelos. Estaba, pues, circunvalada de cortaduras, parapetos y baterías amerlonadas, y defendida por 30 piezas de varios calibres, por 2.000 hombres armados de fusil y por 8.000 más con lanzas, flechas, hondas y otros instrumentos hostiles.

Para asegurar el virrey el éxito de esta empresa con el posible ahorro de una sangre tan preciosa como era la de cuantos defendían la sagrada causa del Monarca español, dispuso que, tan pronto como Llanos hubiera completado su operación contra Izucar, si aquélla podía efectuarse en poco tiempo, pasara á reforzar á Calleja con los 1.600 infantes y 400 caballos que mandaba. Como se hubiera presentado delante de dicho pueblo de Izucar el 23 de Febrero, y plantado su artillería en el monte del Calvario, del que había desalojado á los facciosos, trató de apoderarse de la plaza dando repetidos é infructuosos ataques en los dos días siguientes; pero, conociendo que esta conquista era obra de más tiempo, abandonó aquel punto y pasó á reunirse con el referido Calleja, superando los infinitos tropiezos que le opusieron los enemigos en su retirada.

Hasta el 10 de Marzo estuvo ocupado este brillante ejército en preparativos para formalizar el asedio, en la construcción de tres reductos y en la interceptación del agua que surtía la población. Resueltos los sitiados á defenderse con aquel ciego valor que inspira la misma desesperación, hicieron todos los esfuerzos de que son capaces los hombres poseídos del último grado de furor y despecho: abrieron pozos para suplir la falta del agua corriente; sufrieron con la mayor constancia toda clase de privaciones y escaseces; intentaron varias veces romper las obras de los sitiadores y forzar sus líneas, haciendo

que maniobrasen al mismo tiempo, por retaguardia, cuantas partidas se hallaban en aquellas inmediaciones, que fueron constantemente batidas por las tropas destinadas á contenerlas.

Ocupado sin cesar el celoso virrey en tomar las disposiciones para asegurar el triunfo de sus tropas, situó un cuerpo de dragones en el pueblo de Chalco, distante ocho leguas de la capital, y mandó que Calleja guarneciese con otro el punto de Ozumba, que distaba siete de su campamento, con el objeto de escoltar los convoyes de provisiones de guerra y boca que salían de dicha capital para los sitiadores. Con estas disposiciones, y con el apoyo de las compañías de Patriotas de Cuernavaca, del mismo Chalco, y de las haciendas de D. Gabriel del Yermo, se tenía expedita la comunicación y libre de las guerrillas, que pagaron cara la osadía de sus primeros ataques, en particular el 28 de Marzo, en que un cuerpo de 2.000 hombres perdió 200 muertos y 67 prisioneros, entre ellos 17 jefes y oficiales, y se les tomaron 250 fusiles, un cañón y 200 caballos.

Mientras que aquel respetable ejército estrecha el sitio de Cuautla y recibe artillería gruesa de Perote, que el ardiente celo del virrey había sabido dirigir, á pesar de sus muchos obstáculos y tropiezos, con el fin de que pudiese batir las fortificaciones de los rebeldes, haremos la debida mención de varios choques importantes que sostuvieron las tropas del Rey en los diversos puntos de aquellas dilatadas regiones.

Una parte de las tropas de Rebollo, comandante de Querétaro, mandada por D. Ildefonso de la Torre y Cuadra, destruyó en el mes de Febrero, en el santuario de Atotonilco, una gavilla de 3.000 insurgentes, quienes dejaron el campo sembrado de cadáveres, entre ellos varios de sus jefes y oficiales, banderas, cajas, armas de fuego, lanzas y otros pertrechos de guerra. El teniente D. José Fuentes se distinguió asimismo en una acción, aunque menos importante, en la hacienda de San Pedro,

á poca distancia de Jerecuaro. El teniente coronel don José María Regules Villasante sostuvo un brillante choque en San Juanico Tepescolula, en el que mató 50 insurgentes y les hizo una considerable porción de prisioneros.

El bizarro Trujillo rechazó victoriosamente otro furioso ataque que los rebeldes dieron á la ciudad de Valladolid en número de 8 á 10.000 hombres, mandados por los cabecillas Muñiz, Piedra el canario, P. Navarrete y Albino García, habiéndoles cogido 16 cañones, é ido en su persecución por varias leguas, hallando el campo sembrado de cadáveres. Los brigadieres Rebollo y García Conde se cubrieron de gloria en un golpe combinado que dieron en San Miguel el Grande á 4.000 rebeldes, capitaneados por los caudillos Reyes, P. Pedrosa, Negro Habanero y otros, matándoles 400 hombres, tomándoles toda su artillería, municiones y muchas armas y pertrechos, sin más pérdida de parte de las tropas del Rey que la de un dragón muerto y pocos heridos.

No fué menos ilustre respectivamente el combate del teniente de fragata D. Rafael Casasola contra los facciosos de Alfajayucan, á quienes mató 150 hombres y cogió varias armas y provisiones. Las armas de los rebeldes consiguieron un momentáneo triunfo el 19 de Marzo en Huamantla, matando 38 soldados del Rey, hiriendo otros muchos y haciendo varios prisioneros: para vengar esta desgracia salió de Puebla el teniente coronel D. Antonio Conti, quien atacado por otra gavilla en Nopalucan, rechazó sus violentas cargas en los días 21 y 22, causándoles la pérdida de 50 muertos y muchos heridos, y tomándoles 800 caballos y mulas.

El teniente coronel Regules, comandante de la división de la Misteca, dió un ataque sangriento á los rebeldes con el pueblo de Yanguiran el día 15 de Marzo, matándoles 300 hombres y asegurando con esta victoria la tranquilidad de la provincia de Oajaca, cuya suerte quedó decidida en la citada refriega. Los destacamentos del

general Cruz, á las órdenes inmediatas de D. Pedro Celestino Negrete, D. Juan de la Peña y del Río, y D. Angel Linares, sostuvieron en varios puntos de la provincia de Guadalajara tres acciones muy honrosas á las armas del Rey.

Como las fuerzas principales de los realistas estaban ocupadas en el sitio de Cuautla, pudieron maniobrar con más libertad las partidas que se hallaban fuera de aquel recinto, aproximando el teatro de sus correrías hasta las mismas puertas de la capital. La provincia de Puebla experimentó los males producidos por la falta de tropas para sostenerla: los tres vocales de la farsante Junta Suprema, Rayón, Verdusco y Liceaga, pusieron estrecho sitio á Toluca, en donde se había encerrado Porlier con 1.000 hombres. Aprovechándose los facciosos de las referidas ventajas de hallarse ocupada la mayor parte de las tropas del Rey en el empeñado cerco de Cuautla, y deseosos por otra parte de llamar la atención por varios puntos á fin de frustrar aquella empresa, redoblaron los recursos de su ingenio y los esfuerzos de su brazo.

Proclamas incendiarias, anónimos introducidos en la capital, amenazas de envenenar al virrey y la práctica de toda clase de intrigas para introducir el terror y la desconfianza, fueron las armas pérfidas de que se valieron los ocultos agentes de la independencia, que abundaban en todas las poblaciones.

No era menor la actividad de las partidas armadas, las que en medio de sus reveses no dejaban de conseguir algunos triunfos; entre ellos debe contarse la toma de Huamantla, que defendía el capitán de patriotas D. Antonio García del Casal, y la del Real de Pachuca, cuya guarnición, compuesta de tres compañías de patriotas, no se condujo con aquel honor y bizarría de que tenían dadas tantas pruebas las tropas realistas, pues que pasado á los rebeldes el oficial Andrade con 20 caballos, fugados otros y desanimados los restantes, si bien resistieron al primer ataque dado por el cabecilla Serrano á la cabeza

de 1.500 hombres, sucumbieron al segundo, rindiendo por capitulación las armas al fementido enemigo, quien faltando á lo más sagrado de sus empeños saqueó el pueblo, se apoderó de más de 200 barras de plata que había en las cajas reales, y sacrificó sucesivamente en Sultepec á los europeos que había conducido á aquel punto.

Lo funesto de estos acontecimientos se mitiga al tender la vista sobre el brillante campo de Calleja. Uno de los destacamentos que estaba sobre Cuautla, destinado á atacar la gavilla del cerro de Malpaís, camino de Ozumba, pasó en 30 de Marzo á destruir los atrincheramientos que habían construído los rebeldes en la falda y cúspide del cerro, y regresó al campo á las ocho de la noche.

Una hora después salieron los facciosos de la guarnición creyendo que sus compañeros estaban todavía en la punta de dicho cerro, y atacando con desesperado valor el reducto del Calvario arrollaron la avanzada compuesta de 25 granaderos: inflamados los negros con el mucho aguardiente que se les había dado para infundirles un temerario arrojo, rodearon dicho reducto por todas partes, y asaltándolo por los merlones y embrasuras, se agarraron de las bocas de los cañones y de las puntas de las bayonetas realistas, arrojando granadas de mano y haciendo un vivo fuego con espantosa gritería y continuo toque á degüello. Los 350 granaderos que guarnecían aquel punto necesitaron de dos horas para desembarazarse de los furiosos, quienes dejaron el campo sembrado de cadáveres, salvando algunos sus vidas al favor del vivo fuego que hacían las demás tropas rebeldes desde un espeso bosque que se hallaba inmediato.

Apurado el enemigo por la falta de agua, hizo el día 2 de Abril una salida para romper una de las presas del río, lo que consiguió en su primer empeño; mas muy pronto se le hizo perder aquella ventaja. Al día siguiente volvió á romper la misma presa y aun logró construir un torreón cuadrado y un espaldón para comunicarse con el bosque que se hallaba pegado á dicho río. Penetrado el

general Calleja de la necesidad de destruir aquellas obras, dispuso dos ataques contra sus defensores, que no tuvieron el resultado que se prometían.

Empero escaseando más cada día los víveres y abrumado el enemigo con el gran número de heridos y enfermos, de los que morían diariamente de 25 á 30, determinaron hacer una salida dos de los principales cabecillas, el clérigo Matamoros y el coronel Perdiz, para reunir los facciosos que se hallaban por las inmediaciones del campo realista, y dar, en combinación con los sitiados, un ataque impetuoso á los sitiadores. Aunque de los 100 caballos que escaparon de la plaza quedaron tendidos en el campo 36, y entre ellos el coronel Perdiz, y aunque de los restantes fueron aprehendidos los más en los cañaverales y quebradas en que se habían ocultado, se salvaron algunos sin embargo, y entre ellos el emprendedor y esforzado Matamoros.

Ya el día 26 supo el general Calleja que, excitadas aquellas masas rebeldes por las urgentes necesidades de la guarnición de Cuautla, se habían reunido en Tlayacac, pueblo fuerte por su localidad, y próximo á Sacatepec; y tomó en su virtud las disposiciones necesarias para recibirlos. Al romper el día 27 fué atacada una de las posiciones de la derecha por 4.000 ó 5.000 hombres, los más de caballería; otros 2.000 atacaron por el frente atravesando el río; y se presentaron muy luego á la espalda del campo realista 1.500, haciendo un vivo fuego de fusilería.

Desempeñó el general Calleja con tanto tino los planes de la defensa, que fueron completamente arrollados todos los facciosos de dentro y fuera de la plaza, á pesar del encarnizamiento con que pelearon para socorrerse mutuamente. La pérdida de 800 insurgentes, comparada con la de 15 hombres, que fué tan sólo la de los realistas, hizo ver la superioridad de éstos en el acierto de sus maniobras; tan notable diferencia, que se observó generalmente en todas las acciones, no podía ser atribuída sino al desarreglo, indisciplina, desorden y confusión que reinaba

en las filas de los rebeldes, si bien no carecían de valor personal, mientras que en las tropas realistas se observaba la mayor subordinación, seguridad en los movimientos, y destreza en el manejo de las armas.

Viéndose ya el cura Morelos reducido á los mayores apuros, hostigado por las enfermedades que le habían arrebatado más de 3.000 hombres, y perdida la esperanza de ser socorrido, emprendió su retirada de la plaza en la madrugada del 2 de Mayo, abriéndose paso por entre las columnas de los realistas al frente de 1.000 fusileros, á los que seguían 2.500 caballos y 4.000 ó 5.000 honderos y lanceros, y en retaguardia una numerosa turba de paisanaje.

Mientras que una parte del ejército del Rey entraba en Cuautla picando la retaguardia al enemigo, se dedicaba otra á atacar á su vanguardia con la idea de apoderarse del indomable Morelos y de sus principales caudillos, que se hallaban apoyados por los fusileros; éstos, sin embargo, se rehicieron varias veces para sostener las impetuosas cargas de la caballería realista; y comprando cada paso que daban en su retirada con la sangre de aquellos infelices descarriados, conservaron algunos su formación por el espacio de seis ó siete leguas, desde cuyo punto debieron retirarse las tropas de Calleja por hallarse ya sus caballos sin aliento para perseguir á los últimos prófugos, que era la plana mayor de Morelos, la que, como se hubiera podido proporcionar caballos frescos en aquel tránsito, burló con la celeridad de su fuga los bien concertados movimientos de sus contrarios.

Empero fué tal el desorden de las turbas que acompañaban á la poca tropa reglada del citado Morelos, que todo el campo por donde pasaron los soldados realistas en persecución de los facciosos, quedó sembrado de cadáveres, armas, bagajes y objetos de parque. Un gran número de muertos, 700 prisioneros, 30 piezas de artillería, municiones, cajas y pertrechos de guerra, banderas y cuanto poseía aquella inmensa gavilla fueron los trofeos

que ganaron en esta importante jornada las armas del Rey.

No publicó la fama con tanto entusiasmo el mérito contraído por el general Calleja en esta campaña como lo había hecho en las anteriores. Parece que pudo apoderarse de este asilo de la rebelión en mucho menos tiempo si se hubieran puesto en obra todos los recursos que ofrece la ciencia militar; ni el osado corifeo de aquella empresa debiera haberse sustraído al justo castigo, si se hubiera establecido la necesaria vigilancia.

Ambas faltas, que en la opinión de muchos merecen esta calificación, fueron muy fatales á los realistas. Por influjo de la primera se perdió la base de operaciones desde que se dejó arraigar la insurrección en las provincias de Puebla y Veracruz, ni se volvió á restablecer de un modo estable hasta el año 1815 en que lograron tan importante objeto los brigadieres D. Luis del Aguila y D. Fernando Miyares después de haber sufrido los mayores trabajos y quebrantos. De la fuga de Morelos, á que se refiere la segunda falta, emanó un conjunto de males con los que por muchos años estuvo agobiado el país, siendo innumerables las víctimas sacrificadas por aquella furia infernal.

Así, pues, aunque habían triunfado las armas del Rey, no por eso se abatió el ánimo de los facciosos. La gloria que éstos se atribuían de haber sabido resistir, por el espacio de tres meses, á las mejores tropas del reino, y la de haberse salvado los más el día en que quisieron abandonar el sitio, les comunicó una arrogancia que fué muy funesta á la ardua empresa de la pacificación. Morelos fomentaba este falso brillo y se valía de tan favorables elementos para comprometer de nuevo en su pérfido partido á los ilusos y malvados.

Así tomó la guerra un carácter más activo y feroz: un sinnúmero de caudillos, puestos á la cabeza de diversas gavillas, vagaban, robando, de punto en punto, ó se hacían fuertes en aquellos parajes adonde no habían podido llegar las tropas del Rey. Creció, pues, el desorden y la

desenfrenada libertad de aquellas indómitas partidas, que obrando sin sujeción á nadie se burlaban también de la Junta soberana y de sus miembros, con tal descaro y arrogancia, que el cabecilla Villagrán, fortificado en Huichapan, se atrevió á sorprender la persona de Rayón.

Repuesto entretanto de sus pérdidas el audaz Morelos, porque la estación, lo impenetrable de su retiro y la ocupación de las demás tropas realistas en otros puntos impidieron su persecución, adquirió de nuevo un gran predominio y resucitó los antiguos celos y desconfianza de los vocales de dicha Junta, quienes vieron con sorpresa la pretensión de aquel atrevido revolucionario para el aumento de un quinto vocal, en lo que insistió con la mayor altanería y empeño.

Como á este tiempo se hallasen sus colegas envueltos en animosas discordias, hasta el punto de proscribirse mutuamente, se esforzó cada uno de ellos en atraerlo á su partido respectivo, invocando su auxilio y protección para entronizarse sobre la ruina de los demás; pero Morelos, que aspiraba al mando absoluto y que veía con desagrado la formación de un gobierno en territorios donde él no tenía todavía la influencia necesaria para hacerse un partido dominante, se mantuvo pasivo en las desavenencias de aquellos sediciosos, y, obrando con total independencia de ellos, continuó afirmando su poder por el Sur y reforzando su derrotado ejército, hasta que logró invadir la provincia de Oajaca, que á aquella sazón se hallaba corrompida y exhausta de tropas, y apoderarse de su capital.

Engreído Morelos con tales ventajas, descubrió sin rebozo sus planes de despotismo y manifestó á los demás vocales su firme resolución de reforzar la Junta y de celebrar un congreso general. En vano se opuso Rayón á este proyecto, cuyas consecuencias no podían ser sino fatales á su ambición; su rival estaba decidido á vincular el mando exclusivamente en sus manos, y no desistió, por lo tanto, de su primera idea, por más que el citado Rayón

se esmerase en probar la necesidad que había de redactar una Constitución antes de hacer innovación alguna en la forma de gobierno que tenían establecida.

Si bien aquél halló justo este reparo y se convino en que Rayón la formase, la tardanza de éste, sin embargo, en evacuar dicha comisión, fué causa de contestaciones animosas entre ambos y de que, despreciando Morelos toda clase de miramientos y consideración, se determinase á expedir la convocatoria para la reunión del enunciado congreso en Chilpancingo, pueblo de la provincia de México.

Vivamente ofendido Rayón al ver insultada su autoridad y vulnerados los derechos que él creía tener, como presidente de la primera Junta Suprema, para que á lo menos fuera convocado el citado congreso á su nombre, alzó el grito contra la arbitrariedad y tropelías de su antagonista, á quien escribió agriamente reprobando su conducta; pero tuvo que humillarse y sofocar su rencor, al ver que sus anatemas se estrellaban en el inexpugnable baluarte de aquel furioso campeón, el que ya tenía reunida la mayor parte de la asamblea cuando debió presentarse el mismo Rayón, con sus compañeros, á rendirle un forzado homenaje.

Después de haber recorrido las fases del ambulante gobierno insurgente, y de haber dado una idea del modo con que se vió contrastar su impotencia y desunión con la misma terquedad y desesperados esfuerzos, pasaremos en revista las principales operaciones del ejército realista. No bien había tomado posesión el general Calleja de la importante posición de Cuautla, cuando un ataque bilioso, de cuyo mal adolecía desde mucho tiempo, y que se presentó en esta ocasión con mayor furia, á causa del visible desagrado del virrey Venegas por no haber llenado sus deseos en el referido sitio de Cuautla, dió lugar á que dicho virrey dividiese las tropas en dos cuerpos principales, que deberían situarse en México y Puebla, designando este último punto para que Calleja pudiese restau-

rar en él sus débiles fuerzas, sin perder de vista la persecución de las cuadrillas que infestaban aquella demarcación.

Empero, manifestando este general la imposibilidad de encargarse de aquel mando, ó más bien su resentimiento por las serias contestaciones que habían mediado, se le autorizó á pasar á la capital, quedando á la cabeza de dicha provincia el brigadier D. Ciriaco de Llanos, en cuya actividad, decisión y arrojo se tenía la mayor confianza. Desde los dos citados puntos de México y Puebla salían de continuo destacamentos en todas direcciones, que empeñaron choques parciales, siempre ventajosos á las armas del Rey.

Trabajando sin cesar el benemérito Venegas por conciliar la opinión y desarmar el brazo de los facciosos, dirigió su proclama de indulto á los curas del arzobispado, para que lo concediesen á cuantos lo solicitasen; y á fin de dar mayor peso á aquella filantrópica medida, se circuló por todas partes una carta pastoral del venerable cabildo, á falta de prelado, reducida á inspirar confianza en las generosas ofertas del vicerregente del monarca español.

Viendo el poco efecto que obraba aquella benigna disposición en los despechados ánimos de los rebeldes, fué preciso redoblar los esfuerzos de las armas, únicos medios de restablecer la tranquilidad. Entre las varias distinguidas acciones que se dieron en este tiempo, merecen una mención particular la resistencia que, en 29 de Mayo, hicieron 36 lanceros de San Luis de Potosí, en el monte de las Cruces, á más de 500 facciosos, á los que batieron completamente y dispersaron, con tanto desorden como mengua de sus armas. En el mismo día hizo una brillante defensa en el Real de Tasco el capitán de patriotas D. Miguel de Ortega y Moya, rechazando con gloria al general insurgente Manuel Lizalde y á otros muchos cabecillas, á los que mató 80 hombres, tomó 6 cañones, sus municiones, mulas, caballos y otros efectos.

Uno de los principales cuidados que ocuparon al señor Venegas después de la victoria de Cuautla, fué la destrucción de D. Ignacio Rayón, que se había situado, con sus tropas y con 25 piezas de artillería, en el célebre cerro de Tenango. A este tiempo habían podido adquirir los facciosos una buena imprenta, con la que, trasladada á Sultepec, residencia de su Junta nacional, empezaron á publicar un periódico incendiario, con el título de *Ilustrador Americano*, redactado por el doctor D. José María Cos, ex párroco de San Cosme de Zacatecas, y por don Francisco Lorenzo de Velasco, canónigo de Guadalupe, ambos de perversas costumbres, pero de imaginación muy viva y de genio fecundo.

Los muchos ejemplares de dicho periódico que se introducían furtivamente en la capital, á pesar de la vigilancia de la policía, pero aún más la proximidad de las tropas de Rayón, inspiraban confianza á los ocultos sediciosos, quienes se fugaban diariamente para reforzar las filas contrarias, al paso que, con su hipocresía y fingido celo, introducían el mayor desaliento en el ánimo de los buenos realistas, á los que, con su seductora elocuencia, presentaban el aspecto de los negocios de un modo tan lastimoso, que daban á entender iba á ser inútil toda resistencia al pronunciamiento general de una nación que había jurado ser libre é independiente.

Estos ocultos manejos excitaron la mayor alarma en el ánimo del virrey; y para destruir oportunamente la base principal sobre que se fundaban aquellas aserciones, que era el sitio de Toluca, á causa de su aproximación á la capital, resolvió poner en actividad todos los recursos de su ingenio. Como el general Calleja, á quien se dirigió el Sr. Venegas para la ejecución de este plan, luego que hubo salido victorioso de Cuautla, alegase que sus tropas estaban demasiado cansadas para poderlas empeñar con acierto en tan importante campaña, determinó dicho virrey formar la expedición con las de su misma guarnición y con alguna caballería del referido ejército de Ca-

lleja, confiando aquella empresa al coronel del regimiento de Tres Villas, D. Joaquín del Castillo y Bustamante.

Salió este bizarro jefe de la capital en 18 de Mayo, y habiéndose presentado el 20 delante de la ciudad de Lerma, ocupada por los enemigos y defendida por anchos fosos y parapetos, así como por una laguna que la rodeaba por todas partes, sin dejar más acceso que el de una calzada, se arrojó á dar un ataque impetuoso sin haber reconocido antes las dificultades de la posición.

El fatal resultado de su temeridad y la considerable pérdida de 24 muertos y 84 heridos, habiéndose contado entre los primeros 8 oficiales y entre los segundos el mismo jefe, hicieron ver que el valor debe estar sujeto á las reglas del arte, y que si bien es la prenda más recomendable para la guerra, se hacen las más veces ilusorios sus efectos si no se ve apoyado en acertadas maniobras y en previsivas disposiciones.

Repuesto ya Castillo de aquel descalabro con tropas, que el celoso virrey le envió desde la capital, temió el enemigo otro nuevo ataque del jefe realista, á quien suponían ya amaestrado con sus primeros contrastes y doblemente empeñado en volver por el honor de sus armas, y abandonó por lo tanto aquella posición, habiendo hecho lo mismo las tropas que sitiaban á Toluca apenas se aproximaron las que mandaba el citado Castillo. Dirigiéndose éste sin pérdida de tiempo hacia Tenango, sin que la herida de bala de metralla recibida en la cabeza ni la contusión en una espaldilla hubieran abatido su elevado espíritu, dió la brillante acción del 6 de Junio, que vengó completamente la ilustre sangre de los realistas que perecieron en la calzada de Lerma.

El inaccesible cerro de Tenango, coronado de cañones y guarnecido con millares de hombres, provistos de toda clase de armas, cayó en poder de las armas del Rey, al mismo tiempo que el pueblo de aquel nombre, que también estaba defendido por 12 cañones, por fosos y parapetos. A la buena dirección que dió á este ataque el co-

ronel Castillo se debió la incomprensible fortuna de que sin pérdida alguna por su parte se apoderase de todo el campo enemigo, en el que se hallaron más de 1.000 cadáveres, y entre ellos el cuñado de Rayón, los coroneles Camacho, Alvarez y González, los licenciados Jiménez y Reyes, el padre Tirado y otros muchos sujetos que llevaban en su aspecto señales indudables de pertenecer á la clase distinguida de la población. Parece que también tuvo una parte no pequeña en el terror pánico que se apoderó de los rebeldes en esta ocasión el sonido de las cornetas del regimiento europeo de Lobera, que llegaba por la primera vez á sus oídos.

El capitán D. Agustín de Itúrbide, ese genio ambicioso, ese fenómeno de la revolución, que, elevado sucesivamente al cúmulo del poder, fué arrojado de él por la embriaguez que le causaron los vapores de la adulación; ese hombre atrevido y emprendedor que llegó á ocupar el primer rango entre los corifeos de América, dió en el valle de Santiago el día 5 de Junio una brillante prueba de aquellos sobresalientes talentos militares, que habrían ennoblecido el país que le había dado el ser si los hubiera empleado siempre en servicio del Rey con el mismo esmero y fidelidad con que lo hizo en los primeros años de su carrera.

El atroz cuadrillero Albino García y su hermano Pachito, que habían sido perseguidos con tanto empeño como inutilidad y cuyo exterminio era de la mayor importancia á costa de cualquiera sacrificio, fueron sorprendidos á las dos de la mañana por el esforzado Itúrbide, en cuyo poder cayeron otra gran porción de cabecillas, armas, municiones y efectos, habiéndose contado entre los muertos unos 300 facciosos y 150 entre los prisioneros, que fueron muy pronto pasados por las armas, quedando así libre el Bajío del desorden y confusión en que tenían envuelto aquel país los citados caudillos.

Los elogios tributados al capitán Itúrbide por el jefe de aquella división, brigadier D. Diego García Conde, se re-

pitieron el 16 del mismo mes, cuando el citado oficial atacó á los insurgentes en el puerto de Calpulalpa, matándoles 80 hombres, haciendo ocho prisioneros y tomándoles dos cañones y otras armas, habiéndose debido al esfuerzo de su brazo la salvación del convoy que escoltaba para la capital, á la que llegó sin tropiezo con 1.600 barras de plata de las minas de Guanajuato, y con otros efectos de tierra adentro.

El teniente coronel comandante de lanceros de Veracruz D. José Manuel Pomes, que había evacuado á Orizaba, abandonando 100 infantes y 30 caballos que defendían el paso del foso, salvó la mengua de aquella precipitada retirada, rechazando en Córdoba siete asaltos que le dió el enemigo desde 29 de Mayo hasta 13 de Junio. El sargento mayor D. Diego Clavarino atacó el 24 de Junio á los insurgentes en la venta de Iroro, les mató 100 hombres y les tomó cinco cañones, muchas municiones, armas de fuego y corte, caballos y mulas.

Es asimismo digna de especial recuerdo la valentía con que D. Eusebio Moreno, coronel en la actualidad, cruzó con solos 70 dragones de su regimiento el camino de Veracruz, que estaba interceptado desde fines del año anterior: después de repetidos encuentros se halló el arrojado Moreno rodeado en 10 de Julio por más de 800 hombres en los callejones de Buenavista; pero comunicando á sus dragones el mismo ardor y entusiasmo de que estaba poseído, se abrió paso por entre las reforzadas masas rebeldes, y llevó á cabo su comisión perdiendo 35 muertos y 21 heridos, y habiendo sacado ilesos tan sólo 14 individuos.

Fué altamente recomendado este rasgo de bravura y firmeza, que produjo el feliz resultado de que á los pocos días se hubiera presentado el mismo Moreno de regreso en Puebla con cinco cajones de correspondencia que se hallaba detenida en dicho punto de Veracruz, y con auxilios de tropas y de municiones.

En medio de otras muchas acciones bizarras, con las

que se distinguía el ejército del Rey, y que omitimos por evitar la monotonía y fastidio que produce la continua repetición de unos mismos sucesos, la imparcialidad que debe regir la pluma de todo historiador nos obliga á referir algunos de sus reveses: tales fueron el de Huajuapa, pueblo de la Misteca, que cercado por el teniente coronel Regúlez, y socorrido por Morelos, se vió obligado el primero á levantar el sitio con pérdida de dos cañones y de la mayor parte de las fuerzas que ocupaban la altura llamada del Calvario, habiendo perecido asimismo el bizarro oficial que las mandaba, teniente coronel D. Juan Antonio Caldelas.

La segunda desgracia, todavía más sensible por la cantidad de víctimas sacrificadas á la lealtad y al honor, se verificó en San Agustín del Palmar, pueblo intermedio de Puebla y Orizaba. Se hallaba allí una columna de 300 hombres para recibir un convoy de harinas; y como el bizarro general conde de Castroterreño, por falta de acémilas no pudo concurrir en el día que había convenido con el comandante de Orizaba, coronel D. José Antonio Andrade, fueron cercados aquellos 300 hombres por un cuerpo numeroso de Morelos, al que hubieron de sucumbir después de haber hecho una defensa obstinada por el espacio de dos días.

Otro de los golpes sensibles para el celoso virrey fué la pérdida considerable que sufrió otra columna de 200 hombres, mandada por el capitán del regimiento de Tlascala D. Francisco Maza, tanto por la epidemia que acometió á una parte de aquel cuerpo á su entrada en Veracruz, como por los ataques que sufrió á su regreso á Córdoba, de los que tan sólo 50 pudieron salvarse.

No era, pues, la posición de los negocios tan lisonjera cual podía esperarse de tantos esfuerzos que hacían diariamente las columnas realistas en todas direcciones. El fuego revolucionario estaba muy lejos de apagarse. La desgracia de haber escapado Morelos de Cuautla en disposición de volver á obrar enérgicamente, el fomento

que su irritado espíritu dió en las costas del Norte y Sur de Veracruz, y las citadas ventajas obtenidas por los insurgentes, agravaban considerablemente los cuidados del virrey, quien á pesar de su heroica decisión é infatigable celo llegó á persuadirse de que sólo la cooperación de las tropas peninsulares que se aguardaban podía decidir de la suerte de aquel reino.

Otros creían que la publicación de la constitución que había sido remitida de Cádiz contribuiría poderosamente á desarmar los partidos; mas pronto se desengañaron de la falacia de sus cálculos y de los graves perjuicios que ésta produjo.

Ocurrió á este tiempo una violación de territorio por los Estados Unidos de América, cuyas tropas se apoderaron del punto de Nacogdoches. Este inesperado acontecimiento, y la urgente necesidad de enviar fuerzas para rechazar aquellas hostilidades, estrechaban más y más los apuros del esforzado virrey, cuyo ánimo, lejos de arredrarse con tantas contrariedades, recibía en su vez nuevo vigor y energía.

Los refuerzos que llegaron de España en el mes de Agosto, compuestos del regimiento de Castilla, batallón de Zamora, de una compañía de artillería volante de 102 hombres y de un destacamento de 74 plazas pertenecientes á los batallones de Castilla y Lobera, así como 1.300 hombres, procedentes de Campeche, dieron mayor impulso á las operaciones militares, si bien dichas tropas sufrieron alguna pérdida al desembarcar en el mortífero clima de Veracruz, y tuvieron que superar infinitos obstáculos que les opusieron los insurgentes en su tránsito.

Se reanimó asimismo el espíritu de los realistas con la brillante victoria que consiguió el 20 de Septiembre el coronel D. Pedro Celestino Negrete sobre el cura Verdusco, uno de los vocales de la quimérica Junta Suprema que se hallaba con una gran gavilla en el cerro de Tancítaro, á quien causó la pérdida de 1.200 muertos, muchos

heridos y prisioneros, 10 cañones y gran número de armas.

Fueron asimismo importantes las cincuenta y cuatro acciones que sostuvo el ejército de Nueva Galicia desde 23 de Marzo hasta 27 de Agosto, cuya enumeración particular se omite por su prolijidad. El teniente coronel don Saturnino Samaniego se batió en la mañana del 5 de Octubre en el rancho de la Virgen, tres leguas distante de Tepeaca, contra 600 bandidos de las mejores tropas de Morelos, mandadas por el sanguinario coronel Valerio Trujano.

Nueve horas duró este encarnizado ataque que ambas partes sostuvieron con el mayor empeño; pero sucumbieron los rebeldes, fué muerto Trujano, y todas sus tropas se entregaron á una fuga desordenada, quedando cubiertos de gloria los realistas, aunque afligidos por la grave herida que recibió el mismo Samaniego, y por la sensible pérdida de 40 soldados entre muertos y heridos.

Don Agustín de Itúrbide, que ya á este tiempo habia adquirido por sus hazañas el grado de teniente coronel, volvió á derrotar á los enemigos el 24 de Julio en el valle de Santiago, limpiando el camino de las gavillas que habían salido á interceptar el rico convoy que conducía su jefe el brigadier García Conde, y les dió otro golpe terrible cerca de la hacienda de Corralejo, matando á los cabecillas brigadieres José Valtierra y Francisco García, y al coronel Rafael Ruiz con otros muchos revoltosos, habiendo estado á pique de aprehender á los dos principales corifeos de la revolución, doctor Cos y al vocal Liceaga.

Es también digna de ocupar un lugar en esta historia la acción que el teniente coronel D. Luis del Aguila dió á los insurgentes al tiempo de retirarse desde Méjico á Veracruz el brigadier D. Rosendo Porlier con la tripulación de su fragata. Excitado este digno jefe por el virrey para que reforzado con otro grueso destacamento apoyase la marcha del batallón de Zamora que debía sa-

lir de Perote, fueron atacados el 18 de Septiembre en San José de Chiapa por el cura Morelos, que mandaba una numerosa gavilla de 6.000 hombres, inclusos 2.000 caballos; pero las tropas realistas desplegaron en esta ocasión tanto valor, serenidad é inteligencia, que dispersaron aquellas hordas forajidas, tomándoles tres cañones, dos carros de municiones y una gran porción de armas, y matándoles mucha gente, entre cuya turba se halló el rebelde cura Tapia.

A pesar de los muchos laureles con que ceñían sus sienes los jefes realistas, contribuyó no poco á empeorar la situación de los negocios la insurrección de la costa del Norte de Veracruz y el sitio que pusieron á Tuspán los rebeldes, en número de 3.000 hombres, á fines de Julio. Éstos, sin embargo, fueron batidos completamente por los sitiados, quienes lograron desalojarlos de sus ventajosas posiciones y atrincheramientos, tomándoles toda la artillería y municiones.

Después que Morelos fué batido en San José de Chiapa por el brigadier Porlier y por D. Luis del Aguila, se retiró á San Andrés Chachicomula, donde pernoctó el 24 de Octubre y se le incorporó el cura Matamoros con más de 2.000 hombres bien armados que había sacado de Izucar.

Habiendo reunido 7.000 con dicho refuerzo y con la agregación de otras gavillas colecticias, se dirigió á atacar la villa de Orizaba, que defendía el coronel Andrade, con una guarnición de 500 hombres. Aunque el jefe realista trató de pedir auxilio á los comandantes más inmediatos, no pudieron sus emisarios franquear la interceptación general de los caminos.

Viéndose el esforzado Andrade reducido á salvar el honor de sus armas con el heroico empeño de aquella corta fuerza, recibió el 29, con impavidez, la impetuosa carga que le dieron los orgullosos enemigos; pero á pesar de la decisión y arrojo de sus valientes tropas, no pudo sostener mucho tiempo un combate tan desigual; se apo-

deraron los rebeldes de las bocacalles y de muchos tejados, causando tales descalabros á los fieles realistas, que se vieron precisados á emprender la retirada para la villa de Córdoba, llevando á sus alcances una gruesa columna de 1.500 caballos, que acabaron de desconcertarlos.

Viendo entonces el fiel Andrade precipitarse por las barrancas á la Infantería, buscando su salvación en la misma ruina, hubo de entregarse á la fuga y sustraerse por este medio al furor de sus perseguidores, con solos 70 caballos que pudo reunir á su lado en medio de aquel terrible desorden y dispersión.

Luego que D. Ciriaco de Llanos, gobernador de Puebla, recibió por conductos extraordinarios la noticia de la expedición de Morelos contra Orizaba, envió una división, mandada por D. Luis del Aguila, en auxilio de aquella villa, y aunque marchó con la posible velocidad, no pudo llegar oportunamente á evitar la destrucción de Andrade. Noticioso Morelos de la aproximación de aquellas tropas, había determinado evacuar á Orizaba y retirarse con rapidez hacia Tehuacan, llevándose los tabacos y demás efectos que había robado; mas habiéndose encontrado con Aguila en la cuesta de Aculcingo, formó su ejército en dos líneas para rechazar los ataques de aquel esforzado oficial.

No obstante su serenidad y buenas disposiciones militares, fueron derrotadas ambas líneas, con pérdida de mucha gente, artillería, cuatro banderas y de su segundo Galiana. Llegó Morelos, sin embargo, á Tehuacan, y reuniendo muy pronto sus dispersos, hizo salir á su vanguardia, mandada por Matamoros, siguiendo él con el resto de sus gavillas y dejando para guarnecer aquella ciudad al cura Sánchez, con alguna gente y seis cañones. Por disposición del virrey fué enviada dicha división de D. Luis del Aguila contra el referido Sánchez, y como hubiera huído á la aproximación de las tropas del Rey, fué ocupada la ciudad el día 20 de Noviembre, con toda

la artillería, efectos y víveres que habían dejado en ella los insurgentes.

El esforzado D. Luis del Aguila, que dirigió estas empresas, de las más importantes que se hayan acometido en Nueva España, adquirió tanto mayor lustre cuanto las llevó á cabo á la sola edad de veintiséis años, y con fuerzas incomparablemente menores de las que había pedido el general Calleja para asegurar el resultado. La opinión que aquel jefe adquirió con tan gloriosos triunfos se fué cimentando con otros no menos brillantes que se debieron sucesivamente á su inteligencia y acierto.

El cura Morelos, que cual negra y tempestuosa nube que tala y destruye campos, montes y poblaciones por donde arroja su inflamado electricismo, había caído impensadamente en Oajaca el 25 del mismo mes de Noviembre, desfogó su saña y despecho sobre aquella desprevenida ciudad, entregando á un saqueo general todas las casas y haciendas de europeos y aun de los criollos que no se hubiesen declarado abiertamente á favor de su bárbara revolución; y no bien satisfecha todavía su feroz venganza, sacrificó del modo más inhumano tres víctimas ilustres, tan preciosas por la elevación de su rango como por lo acrisolado de sus virtudes; fueron éstas el teniente general D. Antonio Saravia, y el teniente coronel don José Regules Villasante, que rindieron su cuello á la feroz cuchilla de aquel desalmado caudillo en el día 2 de Diciembre, y el bizarro coronel D. Bernardino Bonavía, comandante de la séptima brigada, que sufrió igual desgracia y bárbara suerte cinco días después.

El capitán D. Domingo de Ortega y Moya, comandante de una de las partidas destinadas á cubrir la marcha del convoy de más de dos millones y medio de pesos, que el virrey Venegas había hecho salir de Méjico para Veracruz en 15 de Diciembre, trabó un serio combate con los insurgentes en la hacienda de Jostla; y superando con su valentía y constancia los obstáculos que le ofrecía el río, bajo cuya protección operaban los contrarios, llegó á po-

nerlos en desordenada fuga y dejó expedito el camino para que siguiera el convoy su destino sin ningún tropiezo.

La última y más importante de las 19 acciones ó choques que tuvo en este año Iturbide á la cabeza de la columna destinada por el brigadier García Conde en persecución de los facciosos, fué la toma por sorpresa del fuerte de Liceaga en la noche del 31 de Octubre. Las acertadas disposiciones de este jefe, su sagaz previsión, su serenidad para emprender el ataque, la celeridad de sus movimientos y el valor que supo inspirar en el ánimo del soldado al acometer la arrojada empresa de apoderarse de una isla, defendida por excelentes fortificaciones, y por una numerosa guarnición, cuyo despechado compromiso no le dejaba más alternativa que la victoria ó la muerte, acabaron de dar al citado Iturbide aquella fatal opinión que fué causa de su misma ruina.

Fué brillante el mérito contraído por tan bizarro oficial; y entre los trofeos de aquella insigne jornada se contaron la prisión del comandante de dicha isla, Juan José Ramírez; del mayor de la plaza, José María Santa Cruz; del comandante de artillería Tomás Moreno, del ingeniero inglés Pablo Nelson, y la de todos los insurgentes que guarnecían aquel punto, sin que hubieran podido escapar de las tropas apostadas á las salidas de aquella posición, ni aun aquellos miserables que se arrojaron al agua, pues quedesprovistos de auxilios exhalaron en ella su postrer aliento. Cayeron asimismo en poder del vencedor ocho cañones, todo el parque de artillería, pertrechos, víveres y cuanto habían reunido los facciosos en aquel punto para su manutención y defensa.

Otros muchos combates gloriosos á las armas del Rey se trabaron en este mismo año; pero suspendiendo por ahora la narración de sangrientas escenas, pasaremos á tratar de los efectos que produjo la constitución en Nueva España. Fácil era prever que esta forma de gobierno, aplicada á un país sin ilustración y sin virtudes, había de

convertir en veneno lo que se presentaba como antídoto específico para remediar unos males cuya radical curación no podía hallarse sino en la entereza del poder, y en la ninguna tolerancia de actos que indicasen una relajación de la acostumbrada obediencia.

Al favor de la libertad de imprenta, que protegía aquel sistema, comenzaron á aparecer escritos sediciosos, que, resucitando las antiguas rivalidades y disturbios, fomentaban descaradamente el espíritu de sedición, manifestándose en sus principios un gran acatamiento á dicho nuevo gobierno en cuanto favorecía á sus intentos, y de ningún modo en la parte de consolidar la confraternidad de ambos mundos.

El sabio virrey conoció bien pronto los inicuos designios de los que aparentaban haber recibido con el mayor entusiasmo aquel nuevo orden de administración: se traslucía en ellos el decidido empeño de desprenderse de los europeos, é ir formando un cuerpo ó junta nacional por el estilo de la que se celebró en tiempo de Iturrigaray. El acto, pues, de las elecciones, se verificó en 29 de Noviembre, con tantas ilegalidades é ingeniosos amaños, que los veinticinco electores designados por la ley salieron del partido antiespañol, y en gran parte de los mismos que habían dirigido los primeros movimientos populares del tiempo del año de 1808.

Engreídos los sediciosos con el triunfo de sus maquinaciones, se entregaron á una descompasada alegría, fomentada por un bullicioso motín, al que hubo de sucumbir el corregidor, permitiendo el repique general de campanas, y el ejercicio de otros actos tumultuosos, que aumentaron la alarma de los buenos realistas por la misma circunstancia de ser muy entrada la noche, bajo cuyo manto podían perpetrarse más fácilmente los desórdenes tan comunes en semejantes asonadas.

Grande fué la agitación del virrey al oir la forzada tolerancia de dicho corregidor; mas ya era tarde para corregir aquellas primeras emociones, y se dedicó, por lo tan-

to, con todo el celo de que era susceptible su elevado espíritu, á tomar las más firmes precauciones para evitar los fatales resultados de aquella tentativa desleal y sediciosa. No contentos los alborotadores con los primeros pasos que habían dado para celebrar su triunfo, se pasearon por la ciudad en gruesos pelotones con multitud de hachas encendidas, se agolparon á las puertas del palacio empeñándose en sacar los cañones situados en el patio, para hacer salvas de artillería, y llegaron á atropellar las centinelas sin que el capitán de la guardia se atreviese á hacer fuego sobre el pueblo por temor de romper una sangrienta lucha, cuya terminación no era fácil calcular.

Varias veces estuvo el impávido virrey para salir á contener con la fuerza á aquella insensata muchedumbre; pero como sus gritos llevasen á lo menos el aparente designio de imitar á la metrópoli en la celebración de aquel mismo acto, del que habían tenido noticias por cartas particulares, fué preciso refrenar la justa indignación de que estaban poseídos los ánimos de los buenos.

Todo fué un continuado desorden hasta las once de la noche, en que multiplicadas las patrullas y preparadas las tropas en sus cuarteles, pudo conseguirse que se disipasen las reuniones. Las gentes sensatas estaban llenas del mayor sobresalto; todo anunciaba que sería irremediable la efusión de sangre; si no llegó este momento de terror y alarma, se debió al juicioso tino y á las ocultas medidas de la primera autoridad, así como á la circunstancia de no hallarse todavía corrompida la ínfima plebe, ni dispuesta á seguir los criminales impulsos de los agentes revolucionarios, que habían principiado á conducirla en la carrera de sus excesos.

Algunos gritos descompasados y sacrílegos que salieron confusamente de entre aquellas masas desordenadas contra el augusto Monarca español y contra sus fieles vasallos, no produjeron más resultado que el desaire y compromiso de los mismos que los habían proferido: el pue-

blo los oyó con indignación, ó á lo menos con temor y desconfianza.

Los revoltosos preparaban para el día siguiente la renovación de sus tropelías; y para allanar el camino á la perpetración de planes más subversivos, hicieron celebrar una misa en acción de gracias por las elecciones, é influyeron en el predicador, á quien fué confiado el sermón sobre aquel acontecimiento, para que vertiese algunas atrevidas proposiciones con tendencia á inflamar los ánimos de los mexicanos.

Siguiendo en sus mismas ideas de dar algún desahogo á su fementido regocijo, empezaron de nuevo los repiques, cohetes, vivas y demás signos demostrativos de una encubierta malignidad para alarmar aquella población. Repitiéronse los conatos para sacar la artillería de palacio, y los excesos en recorrer la ciudad en grupos numerosos, embriagados con el pestífero veneno de las modernas teorías.

El celoso virrey vió que había llegado ya el tiempo de contener á costa de cualquiera sacrificio unos excesos que amenazaban envolver la destrucción del país: temiendo que la aproximación de la noche ofreciese medios más fáciles para llevar adelante aquel empeño tumultuoso, tomó las últimas medidas de precaución y vigilancia, mandando por carteles la cesación de los alborotos y la dispersión de los grupos, conminando con severas penas á los que transgrediesen aquellas providencias. Esta energía, apoyada en gruesas patrullas de infantería y caballería, restableció la calma en aquella agitada capital, y salvó esta vez más el reino de México, que ya en otras varias, y señaladamente en el día de la batalla de las Cruces, había estado al borde del precipicio.

Para evitar en lo sucesivo la repetición de tamaños inconvenientes se celebró un acuerdo pleno, presidido por el virrey, en el que por unanimidad de votos se resolvió la suspensión temporal de la libertad de imprenta, como que había sido el principal instrumento de la fermenta-

ción sediciosa, y se confió á la Junta de Seguridad y á la Real Sala del Crimen la investigación de los principales motores de aquellos alborotos.

Los fieles realistas recibieron con el más puro regocijo la noticia de tan interesantes disposiciones, porque conocían que no de otro modo podían conservarse aquellos dominios unidos á la metrópoli. Los sediciosos quedaron desconcertados por un golpe tan inesperado, y aún más por el tesón y firmeza desplegado por el benemérito virrey, en cuyo escudo de bronce veían estrellarse todas sus locas aspiraciones.

Bien conocía dicho virrey lo arduo de aquella empresa y los infinitos escollos en que había de tropezar; no eran los menores los que temía de parte de las Cortes instaladas en Cádiz, de cuya desaprobación no dudaba al figurarse el empeño que habían de tener los individuos que las componían en sostener lo que habían presentado como parto portentoso de su profundo ingenio; mas nada arredraba á dicho jefe, quien prefirió correr todos los riesgos de una severa responsabilidad antes que dejarse escapar de las manos por una torpe condescendencia el timón de la nave que había sido confiada á su talento y decisión.

No se engañó este digno general en ninguno de los cálculos que había formado al dar aquel golpe de forzada política. Las Cortes, con efecto, lo recibieron con el mayor desagrado; pero le quedó la consoladora satisfacción de que el mismo Consejo de Estado constitucional, al que parece presidía mayor pulso y circunspección, aprobase su conducta casi por unanimidad, y de que se oyese el voto de uno de aquellos miembros (D. Antonio Romanillos) para que se suspendiese en Nueva España la citada constitución en su totalidad, según proponía el virrey Venegas, como medida necesaria para contener el desplome de aquel edificio.

CAPITULO V

(1813)

Estado de obstinación de los rebeldes, cuyo indomable espíritu no cede á los más terribles contrastes.—Entrega del mando del virreinato al general D. Félix Calleja.—Méritos contraídos por el virrey saliente.—Prestigio del entrante.—Su vigor y energía en sus acertados planes.—Discordias entre los individuos del Congreso rebelde y ambición de Morelos.—Infinitas acciones trabadas por las tropas de Calleja, siendo las más distinguidas las de Huichapan, Tlalpujagua, Zacatlan, Zimapan, Tejas y Valladolid.—Progresos de la opinión á favor del Rey.

El ardor de los revolucionarios no cedía por más golpes que recibiesen de las tropas realistas; jamás se ha visto mayor tesón y constancia, ni más desesperados esfuerzos que los aplicados por los revoltosos de México para renacer de sus mismas cenizas. La adversidad no los abatía, la muerte no los arredraba; las tropas del Rey necesitaban, por lo tanto, de un decidido heroísmo para continuar esta mortífera lucha.

Entre los varios choques que se dieron en los primeros meses de este año, merece una mención particular el que sostuvo en 29 de Enero el comandante de las armas de Pachuca, D. Carlos Llorente, de acuerdo con el capitán D. Alejandro Alvarez de Güitian contra el fuerte de Jihuico, defendido por 2.000 insurgentes. Las tropas realistas se cubrieron de gloria en esta jornada, causando al

enemigo una pérdida de cerca de 1.000 hombres, entre ellos 17 cabecillas y 24 oficiales, y apoderándose de 8 cañones de bronce, muchas armas de fuego y corte, y gran cantidad de uniformes, pertrechos y caballos.

En el mismo mes habían dado los rebeldes un ataque impetuoso á la villa de Zelaya, que ocasionó bastantes quebrantos é introdujo el mayor desaliento en la guarnición; pero habiendo enviado en su auxilio los jefes García Rebollo y Trujillo 100 caballos, reforzados por algunas partidas de patriotas, derrotaron completamente á los enemigos á cuatro leguas de dicha ciudad, matándoles 90 hombres y tomándoles un cañón de á cuatro, un pedrero, una porción considerable de armas blancas y de fuego, muchas municiones y caballos.

Fué todavía más ilustre la acción que tuvo en 31 del mismo Enero el teniente coronel Linares, comandante de Valladolid, con los rebeldes de Pátzcuaro, que habían ido á atacar aquella ciudad. Viéndose Linares apurado por el vivo fuego de cañón y fusil, que duró sin interrupción por el espacio de seis horas, hizo una salida con resultados tan felices, que el enemigo huyó desordenadamente, dejando en poder del vencedor 20 cañones, cantidad de escalas, puentes levadizos, objetos de parque y otras máquinas, y 1.000 cadáveres tendidos en el campo y en el tránsito que recorrieron los realistas en su persecución.

El capitán general D. Francisco Javier Venegas entregó el mando de Nueva España al nuevo virrey D. Félix Calleja, el día 4 de Marzo. El Sr. Venegas había desplegado durante su gobierno los más brillantes talentos políticos y militares. Su celo y decisión por la causa del Rey, su sagaz previsión para evitar las asechanzas de sus enemigos, su acierto en las disposiciones gubernativas, la profundidad de sus consejos, la entereza de su carácter, su actividad y energía en la ejecución de sus bien combinados planes y su infatigable celo y constancia por destruir el germen revolucionario y asegurar la obedien-

cia de aquellos vastos dominios, le hicieron altamente recomendable y dejaron en los amantes del orden y de la madre patria dulces recuerdos de su recta y sabia administración. Sus heroicos esfuerzos, sin embargo, no fueron suficientes para exterminar el genio de la rebelión: tan grande empresa parecía superior á los esfuerzos humanos; si sus sucesores llegaron á enfrenarlo por algún tiempo, se debió al fruto producido por las buenas disposiciones de aquel bizarro general, al cansancio de los pueblos y á la necesidad dictada por la acción del tiempo, por repetidos desengaños, y por los mismos desórdenes, prolongados al extremo de desear ver terminados á todo trance tan horrendos males.

La actividad de los rebeldes era, por lo tanto, á principios de Marzo un objeto de alarma, no sólo por su número, sino por su arreglada distribución y por las brillantes posiciones que ocupaban. Morelos se hallaba situado en Oajaca, en cuyo punto se había fortificado de modo que, para batirlo, se necesitaba organizar una respetable división, que franquease la distancia de 85 leguas que hay hasta la capital, exponiéndose á la insalubridad del país que era preciso recorrer, y llevando los víveres necesarios para no sufrir las privaciones y apuros que eran consiguientes en el tránsito de unos pueblos arruinados por los sediciosos; pero á pesar de estas desventajas, podía esperarse un feliz resultado, atendido el descalabro que había sufrido dicho Morelos en las dos acciones anteriores de San José de Chiapa y cumbres de Aculcingo, y á causa de la baja de más de 600 hombres que había tenido aquel sedicioso en la epidemia de la citada ciudad de Oajaca.

En Tlalpujagua, perteneciente á la provincia de Valladolid y distante 33 leguas de la capital de México, se hallaba D. Ignacio Rayón con una gavilla de 1.500 hombres, y con bastantes piezas de artillería colocadas en parte sobre un cerro atrincherado que cubría el pueblo. Contra esta fuerza se hallaba la división de Toluca, com-

puesta de 3.000 hombres á las órdenes del brigadier don Joaquín del Castillo y Bustamante.

En Huichapan y Real del Doctor estaban los Villagranes, padre é hijo, con otra reunión de 1.000 á 2.000 hombres, amenazando al camino real de Querétaro, si bien eran contenidos en sus incursiones por 600 hombres de infantería y caballería con tres piezas de á cuatro, pertenecientes á la mencionada división de Toluca.

Entre Valladolid y Guadalajara vagaban las cuadrillas de Muñiz, antiguo capitán de milicias, y del clérigo indio Navarrete, que ejercía grande influjo con los de su casta, distinguiéndose no menos por la disolución y libertinaje que por su carácter sanguinario y feroz. La principal defensa de estos facinerosos consistía en la protección de las gentes del país y en los impenetrables y desconocidos auxilios que sabían hallar en la sierra madre.

El Dr. Cos, vicario general del ejército de la Junta, Liceaga, uno de sus vocales y otros de menor nota extendían sus correrías por San Miguel el Grande, la congregación de Dolores y otros puntos del Bajío.

Por el rumbo del Norte se hallaba en Zacatlan la gavilla de Osorno, interceptando el camino de Veracruz, y obligando á emplear numerosas fuerzas para seguridad de los convoyes. En San Juan Coscomatepec, á 20 leguas de la citada plaza, tenía otra división D. Nicolás Bravo, puesta en comunicación con la anterior, formando ambas sus planes combinados, y fomentando la insurrección de las costas del Norte y Sur de aquel puerto.

Hacia la provincia de Tejas se había presentado el coronel insurgente Bernardo Gutiérrez con algunos aventureros de los Estados Unidos, quienes se habían apoderado de la bahía del Espíritu Santo y amenazaban extender su maléfico influjo por aquellos puntos.

La opinión pública seguía en su extravío á pesar de los excesos y quebrantos consiguientes al estado agitado del país. Los pueblos en general deseaban ver restablecida la calma, mas no por los medios de las autoridades

realistas, sino con el triunfo de la independencia. Las tropas españolas no podían contar sino con el terreno que pisaban; los partidarios del Rey gritaban por nuevos auxilios de la Península, pues que sólo con ellos, con extraordinarios esfuerzos y con un tesón perseverante se podía sostener aquella terrible lucha. ¡Tal era la posición de México cuando principió el gobierno del Sr. Calleja!

Ni se crea por este cuadro que acabamos de trazar que es nuestro ánimo rebajar el mérito contraído por el Sr. Venegas durante su mando. Sin el acierto de sus providencias y sin sus vigorosos esfuerzos habría sucumbido varias veces el poder real. Fué dicho benemérito virrey el escollo contra el que se estrellaron todos los conatos de una ardiente revolución, que se presentó á los principios con todos los caracteres de irresistible; y la sola circunstancia de haberla rechazado, y de haber sabido conservar la autoridad real en medio de tan terribles embates, fué un triunfo que bien puede compararse con el de los más felices conquistadores.

Es verdad que al terminar su misión dejó en pie gruesas partidas de insurgentes que hostigaban furiosamente al ejército del Rey; pero también éste se hallaba bajo el orden y arreglo más brillante, y capaz de resistirlas y aun de exterminarlas con la constancia y con sabias combinaciones.

Es asimismo cierto que no dejó fondos sobrantes; pero sostuvo por el espacio de tres años una guerra devastadora que arruinó los principales ramos de la riqueza pública, sufrió quebrantos, y tan considerables gastos extraordinarios que no bajaron de 1.000.000 de pesos solos los del sitio de Cuautla, y con todo no contrajo más deuda que la de 3.000.000.

Es innegable que no tuvo la dicha de sofocar la rebelión; pero acaso cualquiera otro que hubiera desempeñado este espinoso cargo en tan apuradas circunstancias habría hecho menos adelantamientos hacia el indicado fin.

Siempre son las revoluciones más furiosas en su primer período, y tal vez contrae más mérito quien puede contener entonces su ardor que los que logran sofocarlas completamente pasada aquella efervescencia en que los estragos cometidos y el exceso del mal hacen que los pueblos detesten aquellos movimientos subversivos que les han sido tan fatales. No había ejército en Nueva España: Venegas lo creó. Era corto el número de oficiales, y muchos de ellos carecían de instrucción: Venegas los formó y los amaestró en el arte de la guerra. Cuatro veces estuvo aquel virreinato á la orilla del precipicio: Venegas lo salvó.

El Gobierno español, que supo apreciar en su justo valor los distinguidos servicios de tan ilustre general, quiso perpetuar la memoria de ellos confiriéndole el título de marqués de la Concordia de Nueva España; y éste nos parece ser el testimonio más irrecusable para confundir á los que han tratado de deprimir el alto concepto que aquel digno jefe tiene bien asegurado en el tribunal de la imparcialidad y de la rigurosa justicia.

Apenas hubo entregado el Sr. Venegas el mando al nuevo virrey Calleja, dispuso su viaje para la Península, que emprendió el 13 del mismo mes de Marzo, saliendo á incorporarse con el convoy que había pasado la noche anterior en Ayotla, distante cuatro leguas de la capital. Los insurgentes iban picando la retaguardia sin atreverse á dar la cara, ciñendo sus correrías á lanzarse contra los infelices rezagados que por enfermedad ó descuido se alejaban de la columna.

Esta se componía, á su salida de Méjico, de 800 infantes, 70 caballos y 2.000 mulas de carga; y reforzada en Puebla con 200 infantes, 30 caballos, un cañón de á cuatro, 2.000 tercios de harina y otros muchos efectos, componía un total de 1.100 hombres y 3.000 acémilas. No se había extinguido todavía en este tiempo la furiosa epidemia de fiebres pútridas que había atacado á la provincia de Puebla con el mayor furor, habiéndose notado la sin-

gular anomalía de que su malignidad fuera mayor con los indios, menor con los criollos y de poca entidad con los europeos.

Al llegar dicho convoy al río Atoyac halló cortado el puente llamado Nuestra Señora de Guadalupe, y parapetados los insurgentes en la falda de un cerro; pero superando las tropas del Rey aquellos obstáculos los desalojaron de sus posiciones y continuaron su marcha sin tropiezo hasta el río Chiquihuite, distante media legua del punto anterior, en donde tuvieron que superar otra cortadura sobre su hermoso puente. Aunque huían los rebeldes á la aproximación de las tropas realistas, no dejaban sin embargo de hostigarlas y de causarles toda clase de daños y quebrantos para obstruirles el paso, pegando fuego á los bosques colaterales, y amenazando continuos ataques apoyados en las ventajas del terreno; otro de los tropiezos que retardaron dicha marcha fué el incendio del puente de madera de un arroyo llamado Paso del Macho, por cuya inesperada circunstancia quedó el convoy dividido entre las dos orillas del río hasta la mañana siguiente, que pudo quedar habilitado.

Fueron pocos los días en que dejase de haber algún encuentro parcial con los bandidos, quienes, semejantes á las aves de rapiña, estaban esperando que cayera en sus uñas alguna parte de tan preciosa presa; sus atrevidas maniobras se extendieron hasta dos leguas de Veracruz, en cuya última jornada redoblaron sus esfuerzos, sin más fruto que su mengua y deshonor, el malogro de sus planes y el sentimiento de saber que á los pocos días se había embarcado libremente para la Península el digno general Venegas, terror de la raza rebelde.

La época de Calleja fué asimismo del mayor lustre y esplendor. Los ocultos é insidiosos manejos empleados en Cádiz por los amigos de la independencia para evitar que el gobierno de Nueva España recayera sobre un jefe tan bizarro y astuto que había de pulverizar todas sus arterías y esfuerzos, no tuvieron más resultado que añadir

nueva importancia á la bien merecida opinión de aquel guerrero.

El arma más terrible del Sr. Calleja, y que causaba mayor aprensión á los disidentes mexicanos, era el conocimiento que tenía dicho general del país, y señaladamente del carácter doble, simulado é hipócrita de la mayoría de sus habitantes. Sabían que á este jefe no se le podía atacar sino cara á cara y en regla; y como sus elementos para esta clase de guerra eran muy inferiores á los que obraban en favor de la causa del Rey, empezaron á desmayarse y á renunciar á las quiméricas ideas de consolidar su independencia, de la que ellos no habrían dudado si á falta del celoso virrey Venegas se hubiera nombrado otro menos previsivo, inteligente y esforzado que el citado Calleja.

Las primeras disposiciones de este ilustre general fueron las de publicar un bando concebido en los términos más expresivos y eficaces para restablecer la calma é inspirar confianza á los mismos corifeos que desistiesen de sus criminales empeños; levantar un préstamo de millón y medio de pesetas, cuyas dos terceras partes entraron en caja á los pocos días, y situar dos cuerpos de ejército en los caminos de Veracruz y de tierra adentro, para mantener expeditas las comunicaciones. El de Veracruz, compuesto de 6.000 hombres, comenzó muy pronto las operaciones, imponiendo respeto á Morelos y á las demás cuadrillas.

Seguía en el entretanto la discordia entre los miembros de la ridícula Junta de Chilpancingo; estos hombres, tan ignorantes como orgullosos, habían tratado de imitar las voces, fórmulas y frases de las Cortes de España, haciendo de ellas las más extravagantes aplicaciones.

De estas confusas luces y del violento deseo de adquirir en pocos días lo que es obra de muchos años de estudio y de experiencia, resultó una Constitución la más monstruosa, que retocaba á su antojo el grosero y tosco Morelos, dirigiendo las voluntades de los demás repre-

sentantes, que todavía le superaban en ignorancia y torpeza; asi logró ser generalísimo y que se le confiase el Poder Ejecutivo. Creyendo, pues, los congregantes formar una Constitución liberal, crearon una despótica aristocracia y un tirano con facultades en contradicción con el cuerpo soberano.

Aunque Morelos se titulaba *Siervo de la Nación*, obraba, sin embargo, según le dictaba su capricho y su desenfrenada ambición; los trabajos, pues, de dicho Congreso no podían ser otros que la emanación del irresistible influjo del citado eclesiástico, y el solo acto que se presentó con la espontaneidad y acuerdo de todos los gobernantes fué la independencia absoluta de aquel reino, que se proclamó con el mayor entusiasmo; pero el inquieto Morelos, no bien satisfecho de haber adquirido una violenta preponderancia sobre los negocios, proyectó una ruidosa expedición, que llevó á cabo más adelante, para su propio daño.

Aunque se dieron en este año pocas acciones importantes que puedan merecer el nombre de batallas, hubo, sin embargo, choques muy ardientes, y en ellos los más brillantes rasgos de previsión, inteligencia, bizarría y constancia, que añadieron el mayor lustre á las armas del Rey.

El único contraste que sufrieron éstas á poco tiempo de haber sido colocado el Sr. Calleja á la cabeza del virreinato, fué la rendición á los rebeldes de la plaza de Acapulco, que por tanto tiempo había sabido rechazar los más encarnizados ataques; pero veremos ya al año siguiente tremolar de nuevo en sus murallas el pabellón de Castilla, y los brillantes triunfos que acompañaron á las tropas realistas en cuantas ocasiones hubo lugar de hacer uso de su bizarría y arrojo.

El movimiento que había hecho Morelos sobre la costa del Sur con 10.000 hombres, dejando tan sólo guarnición en Oajaca, y la retirada hacia las sierras de Valladolid del cabecilla Rayón, con otra división de 8.000, desconcertó

los atrevidos planes de Liceaga, Verdusco, Velasco, Sesma y otros caudillos, que con el mayor descaro recorrían los pueblos de las provincias de México y Puebla, introduciendo por todas partes la confusión y alarma.

De los 84.000 combatientes con que podía contar á esta época el virrey Calleja, entre tropa arreglada y milicia cívica, escasamente habría la décima parte de europeos; y siendo inmensa la muchedumbre de gavillas insurgentes que hormigueaban en todas direcciones, amplió su primitivo plan de formar dos cuerpos respetables para los caminos de Veracruz y de tierra adentro, subdividiendo éstos en una porción considerable de columnas sueltas, y éstas en destacamentos que cubriesen todos los distritos, para que, obrando en perfecta combinación, se auxiliasen mutuamente, á fin de dar golpes en grande siempre que ocurriese alguna reunión numerosa de los rebeldes.

Con esta general distribución de fuerzas por todo el país se conseguía el doble objeto de tener expedita su comunicación y seguros los convoyes, y el de imponer á los pueblos para que no se dejasen alucinar con los venenosos tiros de la seducción. La severa y oportuna policía, que se estableció con orden á los curas párrocos y alcaldes de que avisasen prontamente de cuantas novedades pudiesen ocurrir en la demarcación de su territorio, produjo el feliz resultado de que todo el país estuviera cubierto de espías y emisarios que obraban á favor del Rey; de aquí el malogro de cuantos planes concibiesen los rebeldes, y de aquí, finalmente, sus continuas derrotas y su desaliento.

Sería interminable la relación de tantos combates parciales trabados por los realistas en toda aquella vasta extensión de país; nos ceñiremos, por lo tanto, á enumerar los más importantes, sin que, por la omisión de los que lo fueron menos, pretendamos rebajar el mérito de las tropas que tuvieron la desgracia de no hallarse en igual posición para distinguirse.

Entre los varios choques que se dieron en el mes de Marzo, merecen que se mencionen con particular elogio los siguientes: la expedición del teniente coronel D. José de Santa Marina contra el pueblo de la Antigua, que había sido fortificado por los insurgentes, quienes fueron derrotados completamente, dejando en poder de los realistas cinco cañones, uno de ellos de á 24, varios fusiles y prisioneros; y siendo otro de los triunfos de esta jornada el rescate de dos oficiales y de un soldado que se hallaban detenidos en aquella posición; la victoriosa resistencia que hizo el capitán D. José Vicente Robles á una gavilla de facciosos que había tratado de introducirse en la villa de Orizaba, causándoles bastantes pérdidas; y como la más considerable, la del capitán Mejía, hombre del mayor influjo entre los sediciosos, que fué hallado en el número de los muertos; el choque sostenido por el teniente coronel D. Ildefonso de la Torre y Cuadra, que había salido en seguimiento de los cabecillas Cos y Rayón, situados en Santa Ana de los Lobos, y, sucesivamente, en San Luis de La Paz, quien no pudo alcanzarlos hasta las alturas de la villa de San Felipe, en donde les derrotó su retaguardia, con pérdida de 80 muertos y 22 prisioneros; otras dos acciones, contra los cabecillas Cos y Salmerón, en las orillas del pueblo de Dolores y en las inmediaciones de la hacienda del Tirado, cuyo resultado fué la muerte de 200 facciosos y un gran número de heridos; varios combates trabados en la parte de Nueva Galicia por las tropas del general Cruz, habiéndose distinguido en particular los comandantes D. José Julián Gutiérrez, D. Marcos García de León, D. Agustín de Itúrbide y D. Juan de Dios Ortega, y los capitanes D. Guillermo Limón, D. Pedro Pablo Fernández, D. Ignacio Millán y D. Francisco Gutiérrez.

Entre los individuos que adquirieron mayor mérito en las acciones parciales que se dieron en el mes de Abril, debe ocupar un lugar de preferencia el brigadier D. Juan José de Oleazabal, quien rechazó gloriosamente en Oco-

tepec los ataques del cabecilla Arroyo, dirigidos contra el inmenso convoy que escoltaba, habiendo sido el fruto de aquella refriega la salvación de dicho convoy, la muerte de más de 100 insurgentes, la toma de otros tantos prisioneros, de siete cañones, una bandera y la mayor parte de sus armas y municiones.

El teniente coronel D. Agustín de Itúrbide ganó otra acción importante sobre los Rayones y otros cabecillas, que, con una inmensa muchedumbre de facciosos de las provincias de Valladolid, de San Miguel el Grande y de Tlalpujagua, hasta el número de 4.000, se hallaban parapetados en la ciudad de Salvatierra, apoyados en la margen del río, sin más camino practicable para penetrar en ella que un desfiladero y el puente, defendido por cuatro cañones y por varios pedreros.

Aunque el número de los realistas era muy inferior al de los rebeldes, nada arredró á aquel bizarro jefe para lanzarse con el más desesperado valor sobre el enemigo, y para derrotarlo completamente. Más de 300 cadáveres que se hallaron en el campo de batalla, toda su artillería, fusiles, municiones y demás pertrechos, fueron los trofeos de aquella insigne jornada; el premio de tan denodado esfuerzo, un escudo á los oficiales y soldados que tuvieron parte en ella, para perpetuar su memoria, y el grado de coronel para su digno comandante.

El teniente coronel D. Pedro Antoneli atacó en la hacienda de San Antonio á los caudillos Verdusco y Liceaga, que habían tomado una excelente posición en Puruandiro: el espíritu marcial que animaba á las tropas del Rey las hizo triunfar bien pronto de sus contrarios, quienes se entregaron á la más desordenada fuga después de haber perdido varios muertos, 98 prisioneros, 2 banderas, 10 cajas de guerra, el parque de artillería, muchas armas de chispa, una gran porción de equipajes, dinero, mulas, caballos y demás efectos.

El comandante de Alvarado, D. Gonzalo Ulloa, resistió bizarramente á un furioso ataque dirigido por 700 in-

fantes y 800 caballos, mandados por los cabecillas Bravo, Bárcena y Machorro; y aunque la guarnición llegaba escasamente á 200 hombres, fué sin embargo tan heroica su defensa, que huyó el enemigo, dejando tendidos en el campo de batalla 35 muertos, varios heridos y prisioneros, armas y municiones.

En los varios choques importantes dados en este mismo mes por las tropas del general Cruz, adquirieron un mérito particular el teniente D. Anastasio Brizuela, persiguiendo á los bandidos en las cercanías de la Piedad; el capitán D. Benito Fernández López cerca del pueblo de Tarúmbano; el teniente D. Domingo Pacheco en el arroyo de la Bartolilla y en la hacienda de Chapitiro; el capitán D. Vicente Saravia en el pueblo de Pajacuarán; D. Bernardo de la Vega en el cerro de las Minas, y el teniente D. Valentín Jordán y Rivero en el arroyo de los Cuamilles cerca de Huanionoba.

Entre los muchos combates que dieron más lustre á las armas del Rey en el mes de Mayo fué la toma de Huichapan, verificada por el teniente coronel D. Pedro Monsalve, á cuyos bien combinados movimientos se debió la muerte de 287 facciosos, y la toma de 400 prisioneros, entre ellos José María Villagrán, alias el Chito, con otros cabecillas, y la de una culebrina, doce cañones, cinco pedreros y otras muchas armas y municiones.

Debióse asimismo á las acertadas disposiciones del brigadier D. Joaquín del Castillo y Bustamante la evacuación del fuerte que tenían los rebeldes en el cerro del Gallo de Tlalpujagua, dejando en él 24 piezas de artillería, mucha porción de pertrechos de parque, su fábrica de fusiles, con otras diferentes máquinas é inmensa porción de víveres. El comandante D. Juan Barrachina atacó á los insurgentes en las cercanías de Tecualoya, y aunque la fuerza de éstos excedía de 2.000 hombres dotados de extraordinario valor, fueron batidos sin embargo con pérdida muy considerable, no sin haber dado terribles pruebas de arrojo disputando á palmos el terreno.

Estas brillantes acciones y en particular la toma de los puntos fortificados de Huichapan y Tlalpujagua, habían derramado un bálsamo consolador sobre los buenos realistas, y dado nuevos timbres á la gloria del virrey Calleja, de cuyas acertadas disposiciones é infatigable celo emanaban aquellos ilustres triunfos.

El júbilo de los mexicanos subió de punto con la rendición ocurrida á este tiempo del pueblo de Zacatlan, que era otro de los atrincheramientos de los rebeldes. En los tres puntos indicados apoyaban éstos sus quiméricas esperanzas: mientras estuvieron en posesión del último, ejercieron las mayores tropelías sobre los desgraciados pueblos de la comarca, interceptando las comunicaciones con la ciudad de Puebla, robando á los trajinantes y arrieros, y aniquilando el territorio de Tlascala. Libres ya aquellas provincias de tan furiosos enemigos, llegaron á confiar en un porvenir más dichoso: el genio de Calleja formaba su principal garantía.

El ayudante de patriotas del pueblo de San Pedro Tolimán, D. Manuel Fernández Bocanegra, señaló su bizarría y esfuerzo en el ataque que dió con sólo 70 hombres á varios cabecillas insurgentes que se hallaban situados en las alturas de Huancoro, á los que derrotó completamente, matándoles 40 y cogiéndoles una bandera, varios fusiles, carabinas, trabucos, pistolas, lanzas, bombas de mano, municiones de guerra y caballos.

Don Pedro Rojas, con un puñado de valientes de la columna del teniente de fragata D. Bartolomé Argüelles, rechazó con tanta gloria como mengua de los rebeldes á 800 de éstos que fueron á atacarle en el pueblo de Tihuatlan, capitaneados por Félix Mesa, Terán, Gregorio Fresada, Pedro Vega, Téllez y otros caudillos.

Los choques parciales dados por las tropas del general Cruz merecen asimismo ser indicados, aunque rápidamente:

El comandante de armas de la jurisdicción de Ahuacatlan, D. Francisco Monroy, batió las gavillas de Juan

Severiano, Antonio Cañas y Patricio en la barranca del Naranjo, cerca del paso de Halica.

Itúrbide contribuyó poderosamente con su división á salvar un convoy que escoltaba el coronel Ordóñez y que había sido atacado á una legua de Salamanca.

El capitán Laberia derrotó en las alturas del cerro del pueblo de San Pedro 700 facciosos capitaneados por los cabecillas Mendoza y Macías, y si no fué completa la destrucción, se debió á la proximidad de las barrancas, en las que pudieron fácilmente ocultar su vergüenza.

El teniente coronel Casabal rechazó con gloria, en las cercanías del pueblo de Mexcala, los furiosos ataques dirigidos por una numerosa reunión de insurgentes refugiados en la isla del mismo nombre sobre la laguna de Chapala; el enemigo pagó cara su osadía, pues que dejando 100 cadáveres tendidos en el campo, se reembarcaron con precipitación los que pudieron y los demás se guarecieron en los bosques.

El cabecilla Domingo Segura fué derrotado cerca de León por una partida del teniente D. Esteban Rozas, perteneciente á la división del señor conde de Pérez Gálvez. Otro cabecilla llamado Salmerón fué asimismo derrotado por el capitán D. Gaspar Antonio López en las inmediaciones de la hacienda de Burras, en la provincia de Guanajuato.

Los combates que se trabaron en el mes de Junio entre realistas é insurgentes no dejaron de ser importantes. El principal fué el que sostuvo el comandante D. Pedro Monsalve en el cantón de San Juan, adonde el faccioso cabecilla Julián Villagrán había remitido toda la artillería que tenía en Zimapan; posesionados los rebeldes de las cumbres en número de 3.000 hombres, rompieron un vivo fuego de cañón y fusil, que fué recibido con impavidez por la columna de Monsalve, compuesta sólo de 300 infantes y 60 caballos: los capitanes D. José Barradas y don Simón de la Portilla fueron encargados de romper las dos alas del enemigo, quien valido de la aspereza del terreno

huyó con tanta precipitación como seguridad, abandonando 30 cañones de todos calibres, 34 fusiles, 178 cajones de cartuchos y otros varios objetos de parque, un repuesto considerable de víveres y de géneros, varias alhajas de plata robadas en las iglesias, alguna plata y 24.000 cabezas de ganado menor.

Los resultados de tan brillante expedición no fueron menos favorables á la causa del Rey que los de Huichapan, Tlalpujagua y Zacatlan: muchos facciosos se acogieron al goce del real indulto; José Antonio Trejo se presentó con toda su gavilla, compuesta de más de 400 personas y con 27.000 cabezas de ganado; hizo lo mismo el indio coronel Casimiro Gómez con 2.000 hombres, que ocupaban una posición fortificada con buena artillería.

El ya citado cabecilla Julián Villagrán, tal vez el más desalmado y protervo de todos los facciosos, á quien no pudieron mover para acogerse á dicho indulto ni los ruegos de su arrepentido hijo José María, ni la próxima muerte de que habría podido libertarle con haber cedido su indomable valor, ni otras consideraciones que coincidían con su propia utilidad y provecho, fué aprehendido en San Juan Amajaque por el teniente de fragata D. Rafael Casasola, con satisfacción general de todos los buenos y pacíficos habitantes, á quienes había llenado de terror con sus crueldades.

El benéfico virrey, que se valía de toda favorable coyuntura en la que adquirían sus armas algún triunfo glorioso para renovar las ofertas de un perdón tan generoso como sincero á los que desistiesen de sus criminales intentos, dió á esta sazón otra enérgica proclama en la que brillaba la nobleza de sus sentimientos á la par de su acendrada fidelidad y patriotismo; pero tan humanas providencias no fueron acompañadas de los felices efectos que debía prometerse. No se desarmó por ellas el brazo de los rebeldes, ni sus tropas pudieron descansar de sus fatigas.

Así es que debiendo recorrer una carrera de sangre y

luto, vemos á este mismo tiempo en medio de la sumisión de algunos cabecillas, entre ellos la de José Manuel Polo en San Juan del Río, y la del presbítero D. José Manuel Correa, cura de Nopala, batirse las tropas del general Cruz en varios encuentros en el mes de Julio; vemos al benemérito teniente de patriotas D. Mariano Loyo, perteneciente á la columna de D. Juan Topete, comandante de Tlacotalpan, destruir á los rebeldes en el paraje de Tierra Blanca (provincia de Veracruz), haciendo 41 prisioneros y apoderándose de varios efectos.

Vemos asimismo en el mes de Agosto empeñados los realistas en diversas acciones, la mayor parte felices, si bien hubo alguna de ellas desgraciada, especialmente la expedición del teniente coronel de dragones D. Francisco Antonio Salcedo, quien, arrebatado de su ardiente entusiasmo, se comprometió en la hacienda de Mal País, sobre las inmediaciones de Tezcuco, quedando envuelto por la inmensa superioridad del enemigo, perdiendo la mayor parte de su gente, sin más fruto de su arrojo que la gloria de haber exhalado su postrer aliento entre montones de cadáveres enemigos sacrificados por su mano.

Otro de los choques felices para las armas del Rey fué el que empeñó en Piastla el capitán D. Juan Bautista Miota con el cabecilla Ojeda, que mandaba 400 infantes y 200 caballos, sostenidos por dos cañones; en poco más de una hora quedaron completamente derrotados los rebeldes, y en poder de Miota los dos cañones con sus correspondientes municiones, más de 100 armas de chispa, 70 prisioneros, 3 cajas de guerra, un estandarte, muchas mulas y caballos y el campo cubierto de 300 cadáveres; siendo lo más prodigioso de esta acción reñida y sangrienta que las tropas del Rey no tuvieron más pérdida que la de 3 ó 4 caballos heridos.

No fué menos glorioso el ataque que dió el teniente coronel D. Francisco Carminati en el Llano de Huapan, en donde fueron batidos los caudillos Zenón, Vélez y Ma-

nuel León, dejándose tendidos en el campo 95 hombres, varios prisioneros, fusiles, mulas y caballos.

Ofreció asimismo el mayor interés la feliz expedición emprendida por el teniente coronel D. Carlos María Llorente con 323 infantes y 150 caballos contra 3.000 insurgentes, que capitaneados por Osorno infestaban el territorio de Tepeapulco, Otumba y Calpulalpan; si bien no pudo aquel bizarro jefe empeñarlos en una acción general, consiguió, sin embargo, el feliz resultado de haberle hecho huir cuantas veces pudo llegar á las manos, y de haberse apoderado del fortín bien artillado de San Miguel, que era el foco de la insurrección por aquella parte, y la madriguera de los que peleaban por tan impía causa.

Por la parte del Nuevo Santander adquirieron asimismo honor y gloria las armas del Rey: el coronel D. Benito Armiñán derrotó completamente los rebeldes en las cercanias del Moquete, matando una porción de insurgentes, entre ellos al cabecilla Marcelino García, tomándole varios prisioneros, caballos y armas, ahuyentando al rebelde Garibay, é infundiendo el mayor terror en todos los alzados.

No es menos digna de ser transmitida á la posteridad la bizarría del alférez D. José María de la Vega, quien con la sola fuerza de 40 hombres y los auxilios del cura de dicho pueblo, D. José Pablo Morán, y de unos pocos voluntarios, rechazó victoriosamente el brusco ataque que dieron 460 rebeldes contra el pueblo de Ojuelos, que aquél guarnecía, y los obligó á retirarse vergonzosamente, dejándose 50 muertos en el campo de batalla.

Los errantes y fugitivos Rayones, que en el mes de Septiembre se habían refugiado al islote de la laguna de Yurira, en donde habían dado principio á la fundición de cañones y otras armas, fueron causa de que se organizase una brillante expedición dirigida por los coroneles Itúrbide y Ordóñez, cuyos bizarros jefes, ya que no pudieron llegar á las manos con los enemigos, que huyeron despavoridos al primer aviso de su aproximación, lograron el

importante objeto de destruir aquellas fortificaciones y fábricas que tanto daño podrían haber ocasionado á la causa del Rey.

En el mismo mes de Septiembre derrotó el capitán don José Antonio del Callejo á 300 insurgentes, fuertemente parapetados cerca del pueblo de Tutotepec, en el distrito de Aculcingo, matándoles 40 hombres y poniéndolos en completa dispersión. Hacia el mismo tiempo deshizo el capitán D. Manuel Gómez de Teloloapan las gavillas insurgentes, que se estaban disponiendo á atacar el Real de Tasco, poniéndolas en una fuga desordenada, en la que se dejaron 25 muertos, un cañón de á dos, varios fusiles, lanzas, muchas municiones y tres cajas de guerra.

Entre los reñidos combates dados á esta época por las tropas realistas, merece ocupar un lugar distinguido en la historia el del brigadier D. Joaquín Arredondo en las inmediaciones de Tejas. Su división, compuesta de 735 infantes y 1.195 caballos, ansiosa por vengar los ultrajes cometidos en la acción del Rosillo, en la que fueron pasados por las armas dos coroneles españoles, y la tropa que estaba á sus órdenes, después de haber capitulado con el victorioso enemigo, llegó á las manos contra un brillante ejército insurgente compuesto de 3.200 hombres, constituídos en el mejor estado de armamento y organización, y formado en gran parte de aventureros anglo-americanos.

Esta sangrienta batalla coronó de inmarcesibles laureles las sienes del citado brigadier Arredondo: el mérito de sus soldados creció en proporción de la empeñada resistencia del enemigo; ambos ejércitos emplearon en esta jornada cuantos recursos sugiere el ardimiento, el compromiso, el coraje y la desesperación; mas todo cedió al irresistible brazo de los que peleaban por la mejor de las causas. Mil cadáveres tendidos en el campo, y entre ellos el hijo del general Wilquinson, el coronel Menchaca y otros varios jefes de la insurrección, con un gran número de heridos y prisioneros, 22 cañones de varios

calibres, 150 fusiles, 700 carabinas, 200 pistolas, 300 sables, 200 lanzas, porción considerable de municiones y pertrechos, cuatro cajas de guerra y otros muchos efectos de parque y equipajes, fueron los trofeos que ganó el bizarro Arredondo en tan memorable jornada, sin más pérdida por su parte que la de 55 muertos y 178 heridos.

La noticia de tan brillante suceso infundió el mayor consuelo en el ánimo de los buenos realistas; disipados los justos temores que habían concebido por una expedición tan bien concertada que amenazaba el incendio de todas las provincias del Norte, pudieron ya entregarse á las esperanzas más lisonjeras de que la hidra de la revolución sería sofocada con no menor facilidad y empeño en la parte del Sur, restableciéndose por este medio el orden y la tranquilidad. Uno de los jefes españoles que más se distinguieron en dicha batalla de Tejas fué don Ignacio Elizondo, quien con la columna de su mando había ya alcanzado varios triunfos antes de concurrir, con su bizarría y decisión, al éxito feliz de la acción general, y se hicieron asimismo acreedores á los mayores elogios cuantos tuvieron parte en tan reñida refriega.

Hacia el rumbo del Sur y pueblo de Tecolutla obtuvo el comandante de Papantla, D. Salvador Gregorio, una brillante victoria con un puñado de valientes contra la numerosa gavilla del caudillo Rincón, compuesta de 3.000 hombres llenos de una orgullosa confianza en su creída superioridad. Desechando las valientes tropas del Rey la altanera intimación de rendir sus armas, se prepararon para el combate; y á las acertadas disposiciones de su impávido jefe, así como á su esfuerzo y empeño, se debió la inesperada ventaja de que, superando todos los obstáculos de un ataque furioso sobre el citado pueblo, mordiesen muy pronto el polvo más de cien facciosos, y que los demás huyesen con la mayor precipitación, sin que tuvieran aliento para volver á la pelea ni aun después de haberse rehecho de su primer quebranto.

Sobre las acciones principales dadas por las tropas del Rey

en el mes de Octubre, debe ocupar un lugar de preferencia la del capitán D. García Revilla, quien, reuniendo su fuerza, de 100 infantes, con 60 dragones que mandaba el teniente D. Valentín Amador, y con 12 patriotas del padre Campuzano, atacó á los facciosos situados en Zitácuaro, matándoles 120 hombres, entre ellos dos cabecillas, y tomándoles siete cañones de varios calibres, algunas armas de fuego, porción de sables, caballos, mulas y ganado; pero con la irreparable pérdida de haberse volado dicho comandante con el parque enemigo.

Fué todavía más importante la que dió en Zacapot el comandante D. Domingo Landázuri, con 300 caballos, 200 infantes y 4 piezas de artillería, á los cabecillas Ignacio y Ramón Rayón, Villalongín, Nájera, Lobato, Navarrete, Arias y Lailsón, á los que derrotó completamente, causándoles la pérdida de 100 hombres, entre muertos y heridos, tomándoles siete cañones de varios calibres y dos obuses, varias armas de chispa y corte, porción considerable de municiones, mulas y caballos.

Entre los repetidos combates que dieron algún lustre á las armas del Rey en el mes de Noviembre, debe hacerse particular mención de los que trabó el capitán D. Gabriel de la Riva en la hacienda de la Escondida y en el puerto de Agutla (territorio de Jalpan), matando, en el primero, 50 insurgentes y al cabecilla Pedro Méndez, y en el segundo 35, y quedando prisionero el caudillo de estos últimos, Hilario Angulo, en cuyo equipaje, así como en el de Méndez, se halló una porción considerable de alhajas y ornamentos sagrados.

Merece igualmente ser recordada la brillante acción dada por el capitán D. Ramón García Reguera, en el Arroyo Quebrado, á las inmediaciones de la hacienda del Jaral, contra el cabecilla Ortiz, alias el *Pachón*, que mandaba 500 insurgentes, á los que derrotó completamente con la sola fuerza de 90 hombres, tomándoles un cañón, el parque, varias armas y pertrechos de guerra, y causándoles una pérdida considerable.

Fué asimismo brillante la resistencia que hizo en Diciembre el capitán D. Pedro García, en la hacienda de Chichimequillas, con un corto destacamento, contra una numerosa gavilla de 1.000 hombres, los que hubieron de retirarse vergonzosamente, después de seis horas de fuego, dejando el campo empapado en sangre.

El comandante D. Matías Martín y Aguirre, dependiente de la división del brigadier D. Ciriaco de Llanos, destruyó completamente las gavillas de los Rayones, en el cerro de Jerécuaro, matándoles 200 hombres y apoderándose de un cañón, de 70 fusiles y carabinas, 50 machetes, 8 cargas de municiones, 4 cajas de guerra, 100 caballos, algunas mulas, 5 tiendas de campaña y el equipaje del mismo Rayón.

Empero por ilustres que hubieran sido los triunfos adquiridos por los realistas en este año, ninguno es comparable, si se exceptúa el de Arredondo, con el que sostuvo el brigadier D. Ciriaco de Llanos sobre el formidable Morelos. El plan concebido en esta ocasión por el virrey Calleja hizo honor á su inteligencia y previsión.

Como el caudillo rebelde estuviera ejerciendo su terrible influjo en Tierra Caliente, al favor de sus atrincheramientos en el río Mexcala, y de las importantes fortificaciones del puente del Marqués, amenazando por su derecha á Valladolid, por su centro á México y por su izquierda á Puebla, dió orden para que se moviese el ejército del Sur, mandado entonces por el general D. Ramón Díaz de Ortega.

Las tropas de éste, juntamente con las del brigadier D. José Moreno, marcharon de frente sobre Morelos; el coronel D. Luis del Aguila remontó el río y flanqueó sus posiciones por la izquierda. Viéndose los rebeldes estrechados tan de cerca, no hallaron otro recurso para salir de aquel apuro sino el de marchar por la derecha sobre Valladolid en número de 8.000 hombres, á que ascendían aquellas desenfrenadas turbas.

Se presentaron el 23 de Diciembre en las lomas de

Santa María, próximas á dicha ciudad de Valladolid, defendida entonces por el teniente coronel D. Domingo Landázuri, y le intimaron la rendición del modo más altanero é irritante.

El citado brigadier Llanos, que había venido con su ejército del Norte en auxilio del del Sur, tuvo aviso en el mismo día de los apuros en que se hallaba Landázuri, y apresuró, por lo tanto, su marcha para socorrerle con sólo el escuadrón de México y 60 caballos de la columna del coronel Itúrbide; pero como al llegar á la cuesta del molino de Atapanco, distante dos leguas de Valladolid, oyese varios cañonazos de la plaza que indicaban haberse ya principiado el ataque general, hizo alto breves momentos para que se le incorporase el segundo batallón de la Corona y dos piezas que venían á muy poca distancia. Habiéndose aproximado á la referida ciudad, y observado que los enemigos tenían parapetada su infantería contra las cercas de la plaza, y formada su caballería dándole la espalda, dispuso que el coronel Itúrbide atravesase con 100 caballos la cerca del Penguato para cortar la derecha del enemigo, mientras que él con el resto de su fuerza atacaba por el frente.

Este bien combinado movimiento arredró al enemigo, y le hizo abandonar su posición avanzada y retirarse hacia el campamento principal, perdiendo mucha gente en aquella vergonzosa fuga. Entraron á su consecuencia las tropas del bizarro Llanos en la expresada ciudad en medio de los aplausos de su valiente guarnición, la que si bien se había defendido bizarramente de los primeros ataques, secundando las operaciones del general, conocía que sin el apoyo de éste habría debido sucumbir finalmente su arrojo y su constancia á las numerosas y bien organizadas fuerzas del indomable jefe rebelde.

Situado ya el brigadier Llanos en Valladolid, dió las órdenes más premurosas para que el teniente coronel don Martín de Aguirre, que se hallaba en Charo, se presentase al romper el día sobre las lomas del Zapote con la

compañía de marina, con la de cazadores del fijo de México y con un cuerpo respetable de caballería. En la misma mañana del 24 entró en Valladolid todo el resto de su ejército á la vista de Morelos, que conservaba sus primeras posiciones en las lomas de Santa María. Habiéndose notado por la tarde algún movimiento en el campo insurgente, salió el coronel Itúrbide con una columna á hacer un prolijo reconocimiento. Empeñóse una viva acción con las tropas que adelantaron los rebeldes; Morelos envió 1.000 caballos de refuerzo, y Llanos tres compañías de infantería y un escuadrón de caballería en auxilio de Itúrbide. Se hizo entonces el choque más sangriento y obstinado; era ya de noche y todavía duraba el fuego en las inmediaciones del campamento enemigo: á las ocho entró Itúrbide en la plaza con el mayor orden, satisfecho de la bizarra conducta de sus soldados en aquella jornada, pero con el sentimiento de que la obscuridad de la noche le hubiera privado de la gloria de exterminar las sacrílegas gavillas.

En la madrugada del día siguiente 25, se adelantó el sargento mayor D. Domingo Clavarino con 300 infantes, 150 caballos y dos piezas á hacer un reconocimiento preparatorio del ataque general. Colocado este cuerpo delante del enemigo, salió el brigadier Llanos con el resto del ejército y artillería por el camino de la hacienda de la Huerta para tomar la altura que se halla al frente de las mencionadas lomas de Santa María. Al ver este movimiento los rebeldes se llenaron de un pánico terror y se entregaron á la fuga en la más horrorosa dispersión. La caballería que fué en su persecución completó los triunfos de aquella batalla.

Mil quinientos facciosos puestos fuera de combate, 27 piezas de todos calibres, un inmenso repuesto de municiones, todo el campo enemigo, provisiones, equipajes y demás efectos fueron los trofeos adquiridos por las tropas del Rey en esta ilustre batalla, en la que los jefes, oficiales y soldados se cubrieron de gloria, rivalizando en

arrojo, decisión y patriotismo. La veleidosa fortuna, que en esta ocasión quiso lisonjear completamente el orgullo de los españoles, reservó para los rebeldes todos los estragos de la guerra sin permitir que probasen sus terribles efectos sino 82 realistas, entre los cuales tan sólo se contaron 25 muertos.

Este terrible contraste sufrido por Morelos fué precursor de otro todavía más importante que experimentó de allí á pocos días, y fué asimismo un anuncio anticipado de la terminación de su infame carrera.

Los infinitos golpes parciales que se habían dado en todo el curso de este año á las innumerables gavillas que inundaban el país por todas partes; la aprehensión de una porción de cabecillas, que eran los principales instigadores de la rebeldía; los buenos efectos que había producido en algunos puntos el indulto concedido por el virrey Calleja, y los bien combinados planes de este bizarro y sabio general, habían mejorado considerablemente el aspecto de los negocios, y habían producido un cambio notable en la opinión, fortaleciendo el partido español y desalentando el rebelde; pero era tal la terquedad y desesperado compromiso de otra porción de hombres desalmados, que fué preciso desplegar en el año siguiente un grado nada inferior de energía y decisión para afianzar el edificio monárquico, estremecido por los repetidos vaivenes y oscilaciones revolucionarias.

CAPITULO VI

(1814)

Derrota de Morelos en Puruarán.—Prisión del cura Matamoros.—Indulto concedido á consecuencia de la restauración del Monarca español.—Disensiones entre los principales corifeos de la revolución mexicana.—Varios combates gloriosos sostenidos por las tropas del Rey.—Toma por éstas de la ciudad de Oajaca, y del castillo y puerto de Acapulco.—Acción del Veladero.—Destrucción completa de los rebeldes.—Nuevas expediciones del citado Morelos y consecuentes discordias con los demás caudillos.—Victorias del brigadier Arredondo sobre los indios sublevados en las fronteras de la provincia de Tejas.—Nuevos triunfos parciales ganados por los realistas.—Toma de Nautla.—Consecuencias de la restauración del legítimo Monarca.—Estado de los negocios á fines de 1814.

La derrota de Morelos en las lomas de Santa María, ocurrida hacia fines del año anterior, parece que debiera haber desconcertado á este enemigo de la pública tranquilidad y haberle hecho renunciar á la continuación de sus desórdenes; mas no estaba todavía su alma feroz satisfecha de derramar sangre inocente, y siguió por lo tanto comprometiendo las sencillas turbas para llevarlas al matadero. Después de la citada derrota había tomado posición en la hacienda de Puruarán, distante veintidós leguas al SO. de Valladolid con todas sus fuerzas, capitaneadas por él mismo, por Matamoros, Muñiz, Rayón y otros cabecillas. El honor de este triunfo estaba reserva-

do al impávido brigadier Llanos, que con tanta gloria le había vencido pocos días antes.

Conociendo este digno jefe la necesidad de desplegar todos los recursos de su ingenio y los esfuerzos de su brazo para dar un golpe decisivo al ejército de dicho Morelos, que era el más numeroso y respetable, y el principal apoyo de la insurrección, tomó las medidas más oportunas que le sugirieron su celo y patriotismo.

Habiendo enviado una división de infantería al mando del sargento mayor D. Domingo Clavarino para que atravesase las penosas barrancas de la izquierda, y sorprendiese á los insurgentes emboscados, rompió Llanos la marcha con todo el resto de su división; y situado en una altura inmediata á la que ocupaba el enemigo, observó todo su campo, conoció sus flancos, y advirtió que otra altura que se hallaba al alcance del cañón dominaba sus puntos fortificados.

Ocupando aquella posición sin demora, y colocando en ella un obús y dos cañones, mandó romper el fuego, que fué contestado con viveza por el enemigo, bien preparado en todas sus líneas de defensa. El teniente coronel Orrantia, que fué destinado á este tiempo con dos batallones y una pieza contra las cercas y parapetos de los contrarios, no pudo conmover su entereza y ánimo resuelto; pero habiendo emprendido con un trozo de caballería un movimiento sobre la izquierda, y atacado de frente con la infantería, logró hacerse dueño de aquellos atrincheramientos. Desordenado entonces el enemigo, puesta en dispersión toda su infantería, y yéndole á los alcances los batallones realistas, dió orden el brigadier Llanos para que saliese toda la caballería en persecución de los prófugos, como lo verificó, especialmente la del mando de Itúrbide, que extendió sus correrías por el espacio de dos leguas.

Por más aliento que infundiese á aquellas gavillas la presencia de su general Morelos, llegaron á perderlo totalmente á la vista de unas tropas tan valientes, á las que

nada arredraba en la carrera de la gloria. Nadie pensó ya sino en la conservación de su vida, la que salvaron muchos con la celeridad de su fuga y al favor de la aspereza del terreno. Empero reconocido el campo de batalla, se hallaron más de 600 muertos, entre ellos muchos jefes, 700 prisioneros, 23 piezas de varios calibres, 626 fusiles, 325 carabinas y 150 cargas de municiones. Otro de los triunfos más importantes de esta jornada fué la prisión del clérigo Matamoros, teniente general y segundo de Morelos, y la de 18 coroneles, tenientes coroneles y capitanes.

Esta ilustre victoria, que sólo costó 5 muertos y 36 heridos á las tropas realistas, acabó de hacer perder al terrible caudillo de la revolución mexicana el resto de aquel prestigio que había sabido conservar todavía entre una porción de viciosos é ilusos, que se creían invencibles al lado de un hombre tan extraordinario por sus maldades como por su actividad, energía, valentía y arrojo.

La noticia de los dos irreparables golpes dados á Morelos en el corto espacio de diez días, derramó por todo el virreinato de México el mayor consuelo y satisfacción. El celoso virrey Calleja creyó ya desde entonces que el restablecimiento de la paz general sería todavía más rápido de lo que podía esperarse, especialmente si se lograba la fortuna de aprehender al genio errante de la rebelión, al que, si bien se creía sin fuerzas para volver á la pelea, no se le dejaba de temer, por aquella audacia y fiereza que le hacía mirar con desprecio los mayores contrastes y reveses.

Los realistas, pues, no se descuidaron en tomar eficaces medidas para exterminar tan formidable enemigo; y si bien no pudieron conseguirlo hasta el año siguiente, las operaciones de los rebeldes, sin embargo, se resintieron desde esta época de la adversidad que les perseguía, del descrédito en que habían caído y de los progresos que iba haciendo la opinión á favor de los reales derechos.

El caudillo Matamoros, hombre de mayor ingenio y travesura que su mismo jefe, á cuyas acertadas disposiciones había debido éste la mayor parte de sus ventajas, fué reservado por entonces de la muerte á que habían sido destinados en el acto los demás jefes insurgentes, con la idea de que hiciese revelaciones útiles á la causa del Rey, ó de que, con el prestigio de su nombre, desarmase el brazo de sus compañeros. La retractación sucesiva de sus errores, y la humildad religiosa con que imploró el perdón por sus enormes culpas, son dos testimonios auténticos que debieron haber separado de la senda del crimen á los fanáticos rebeldes, si la fiebre revolucionaria les hubiera dado lugar á reflexionar sobre su posición; pero, á pesar de la publicidad que se dió al arrepentimiento de aquel extraviado eclesiástico, y no obstante la cristiana conformidad con que sufrió el último suplicio á principios de Febrero, no depusieron las armas los principales cabecillas, y continuó la guerra, por lo tanto, con igual encono y animosidad.

Esta empezó, sin embargo, á ceder algún tanto desde que se supo de positivo la restauración del augusto Soberano legítimo al trono de sus mayores. Tan fausto acontecimiento, acompañado de un indulto generoso, y de toda la energía capaz de hacer respetar las amenazas á los que, empedernidos en el crimen, desoyesen aquel real llamamiento, obró maravillosos efectos en la opinión: fueron no pocos los que renunciaron á sus depravadas conexiones y que se retiraron al seno de sus familias á disfrutar de las gracias dispensadas por el benéfico monarca español; pero quedaron los más con las armas en la mano, dispuestos á morir con ellas antes que abandonar su infame profesión.

Así, pues, veremos empeñados los realistas en continuos ataques, que, si bien no fueron tan sangrientos como los del año anterior, no dejaron de ejercitar su constancia y sufrimiento. Daremos una rápida reseña de ellos, en honor de tan valientes tropas y de su bizarro jefe, que

con tanta inteligencia y tino dirigía sus operaciones desde la capital.

Desde el momento en que se supo la derrota de Morelos, algunos malcontentos del fantástico congreso insurgente, que con el mayor dolor habían visto arrebatada de sus manos la tiranía absoluta, conocieron era llegado el caso de sacudir toda dependencia de aquel formidable enemigo. Rayón, Liceaga y Verdusco, que jamás se habían reconciliado de buena fe, se unieron para derribar su prestigio, é influyeron en el citado Congreso, para que le despojase del Poder ejecutivo. Rayón fué comisionado, como capitán general, con las más amplias facultades para poner á cubierto de una invasión la provincia de Oajaca. El licenciado Rosains salió, con igual autoridad, para Puebla y Veracruz, y otros se esparcieron por diferentes rumbos á sostener aquella devastadora guerra, ó más bien, á prestar á las tropas del Rey ocasiones de ganar nuevos laureles.

Tales fueron los que logró el teniente coronel D. Francisco González derrotando completamente, en 21 de Enero, en las inmediaciones de Mexcala, á una gavilla de 500 insurgentes capitaneados por Víctor Bravo, quien pudo salvarse de aquella mortífera batalla con solos 20 de sus soldados, perdiendo todo el resto de su gente, dos cañones, muchos fusiles, caballos y equipajes.

Tres días antes había ganado el comandante D. Melchor Alvarez una acción, si no tan importante por los resultados, á lo menos tan gloriosa, por el vencimiento de obstáculos acaso mayores: 400 facciosos, al mando de los cabecillas Rincón, Juan Rafael, José Antonio, Bárcena y otros, se habían fortificado en la cumbre de una montaña, cerca del pueblo de Tomatlán, en el rumbo del Sur; mas despreciando los realistas el vivo fuego que salía de aquella terrible posición, treparon por la penosa subida, de tres cuartos de legua, sin disparar un tiro hasta que se hallaron encima de los parapetos. Aterrados los rebeldes al ver tan heroica decisión y empeño, abandonaron pre-

cipitadamente su campo, perdiendo 100 hombres en su fuga y la mayor parte de sus efectos.

Hacia el mismo tiempo habían sido derrotados en el distrito de Colima los cabecillas Regalados por D. Mariano Díaz, teniente de la columna del comandante Basavilbaso, matándoles cerca de 80 hombres y tomándoles 25 prisioneros, una porción de mulas y caballos, municiones, objetos de parque y varios de sus efectos robados. Por la parte de Zacatecas acababa de cubrirse de gloria el capitán D. Bernardo Díaz Cosío, quien, con solos 90 hombres que tenía de guarnición en la villa de la Encarnación, tuvo el arrojo de salir á media legua de dicho pueblo contra las numerosas gavillas de Amador, Segura, Santos Aguirre y otros cabecillas: habiendo formado su cuadro, no sin las mayores dificultades, á causa de la improvisa llegada de los facciosos en la madrugada, se rompió un vivo fuego, durante el cual se lanzaron cuatro veces á la bayoneta sin hacer mella en aquel impenetrable muro de bronce, cuyo terco y desesperado valor los hizo huir cobardemente, dejándose en el campo más de 200 muertos.

Cosío no juzgó oportuno salir en su seguimiento, porque su tropa estaba sin aliento y extenuada de fatiga. El coronel conde de Pérez Gálvez deshizo en las inmediaciones de León, de cuya villa era comandante militar, á las gavillas de Rafael Durán, José Antonio Segura, Juan Ríos y Simón Sánchez, mandando colocar en una de las calles de dicha población la cabeza del primero, que había sido hallada entre un montón de cadáveres.

Entre las acciones brillantes que se dieron en el mes de Febrero, merece particular mención el asalto de un cuartel fortificado por los insurgentes en el pueblo de Aculco, verificado por D. Juan Galopen, comandante de una columna perteneciente á la división del coronel don Cristóbal Ordóñez; 60 facciosos muertos y varias armas de fuego fueron el premio de tan arriesgada empresa. El bizarro oficial D. Manuel Lorensis, perteneciente á la di-

visión del Sur, sostuvo, con un puñado de valientes, tres ataques consecutivos en el pueblo de Huejocingo, haciendo ver á los rebeldes el heroísmo de que son capaces los que pelean por una causa legítima.

Otra partida de la división del Sur, al mando de don José de La Madrid, se apoderó á viva fuerza de las baterías de Río Frío, y de cinco cañones que las guarnecían, aumentando sus trofeos con la toma de varias armas de chispa y municiones, dos cajas de guerra, una bandera y algunos prisioneros, que, pasados inmediatamente por las armas, completaron el número de 40 muertos. El ya citado comandante D. Juan Galopen adquirió nuevos blasones exterminando en la villa del Carbón al regimiento de infantería fijo de Chapa, que á las órdenes del cabecilla Epitacio formaba parte de la división insurgente establecida en las cercanías de dicha villa: la destrucción de aquella guarida, desde la que emprendían los rebeldes sus continuas correrías por los caminos de Tula y Querétaro, restableció la calma por entonces y derramó un consuelo vivificador sobre todos los pacíficos habitantes de aquella comarca.

El teniente coronel D. José Gabriel de Armijo derrotó en Chichihualco á 2.000 insurgentes mandados por Nicolás Bravo, Sesma, Galiana y otros cabecillas, quienes perdieron una parte considerable de su gente, armas, municiones, ganados y otros efectos.

El comandante D. Francisco de las Piedras rechazó victoriosamente los impetuosos ataques que dieron al pueblo de Tulancingo 2.500 insurgentes acaudillados por los tres hermanos Osornos, Espinosa, Inclán, Serrano, Pozos, Mecón, Mariano Montaño, Diego Manilla y otros; el jefe realista desechó con el mayor desprecio la altanera intimación que le habían dirigido para rendir las armas dichos cabecillas, poseídos del más irritante orgullo fundado en la inmensa superioridad de su número, é hizo ver en la defensa de aquel punto lo poco que podían esperar los rebeldes de quien sabía apreciar en toda su extensión el pundonor militar.

El capitán D. Anastasio Brizuela, perteneciente á la división del general Cruz, sostuvo gloriosamente otro brusco ataque contra 2.500 facciosos capitaneados por los religiosos Torres, Navarrete y Uribe, y por los seglares Martín Martínez y Segura, quienes después de haber hecho un vivo fuego todo el día 16 de Febrero hubieron de abandonar el campo, dejándose varios muertos y llevándose 36 heridos.

No fueron menos ilustres los combates dados en el mes de Marzo. Después de haber tomado el teniente coronel Armijo el pueblo de Chichihualco, se dirigió con 300 infantes y 150 caballos para el pueblo de Tlacotepec con la esperanza de apresar al rebelde Morelos, que se hallaba en él con los cabecillas Galiana, Dr. Cos, Nicolás Bravo, Rosains, Sesma y otros; á pesar de las precauciones con que caminó Armijo por sendas intransitables, fué su marcha anunciada con anticipación á Morelos, quien había ya huído del citado pueblo cuando llegó la división realista.

Se sentía ésta, sin embargo, animada de tan ardientes deseos de dar nuevas pruebas de su valor, que sin tomar el menor descanso salió inmediatamente contra los prófugos, los que, alcanzados por la caballería, fueron puestos en la más completa dispersión, dejando el campo sembrado de cadáveres. Morelos, perseguido de cerca, pudo ocultar su vergüenza en la espesura de las montañas de Zacatlán; pero perdió todo su equipaje, correspondencias, planos, sellos, el archivo de la quimérica junta de Chilpancingo, la imprenta, el resto miserable de sus provisiones de guerra y boca y una parte de sus satélites más adictos.

Don Félix La Madrid, comandante de una de las columnas del Sur, señaló de nuevo su bravura en las inmediaciones de Chautlan, resistiendo brillantemente á un impetuoso ataque de 600 facciosos capitaneados por Miguel Bravo, Victoriano Maldonado y otros cabecillas, quienes dejaron 50 cadáveres tendidos en el campo, y en

poder de los realistas dos cañones, muchas municiones, dos estandartes y otros despojos.

A los pocos días de esta bizarra acción, tuvo este mismo jefe nueva ocasión de acreditar su valor, derrotando á los insurgentes en el pueblo de Chila y haciendo prisionero al cabecilla Miguel Bravo, al teniente coronel subdiácono Alducín y á otros varios, cuyas vidas salvó por entonces; mas no las del coronel Zenón-Vélez, del sargento mayor Herrera y de otros satélites que más se habían concitado el odio público por sus maldades. El teniente coronel D. Matías Martín Aguirre salió con orden del comandante general del ejército del Norte, D. Ciriaco de Llanos, á destruir las fábricas que tenían los insurgentes en una tremenda caverna, situada en la barranca de Cóporo, en cuyo profundo seno podían alojarse cómodamente más de 2.000 personas: el esforzado Aguirre desempeñó exactamente su comisión después de haber batido la gavilla de Francisco Rayón en Tuxpán, y la de su hermano Ramón en Jungapeo.

El teniente coronel D. Carlos María Llorente volvió á medir la espada con los rebeldes en los cerros de Acopinalco, cuyas posiciones forzó á pesar de sus formidables obras de defensa, adquiriendo nuevos timbres en esta jornada, de los que participaron asimismo el capitán D. Anastasio Bustamante y el sargento mayor D. José Barradas.

El comandante D. Saturnino Samaniego se hizo acreedor á los mayores elogios salvando un rico convoy que escoltaba de Veracruz á Jalapa en medio de los repetidos ataques y emboscadas que hubo de resistir por todo aquel tránsito infestado de insurgentes, quienes tuvieron la pérdida de 80 muertos, de varios heridos y prisioneros, sin más desgracias por parte de Samaniego que la muerte de 10 de sus soldados.

No bien había descansado el atrevido Llorente de la acción de los cerros de Acopinalco, cuando hubo de empuñar de nuevo la espada contra los rebeldes en el paraje nombrado Portezuelo entre Zacatlán y Chicnahuapan, en

cuyo punto batió completamente á 2.000 de ellos, capitaneados por el cabecilla Osorno y montados en buenos caballos.

Entre los hechos más gloriosos correspondientes al mes de Abril debe ocupar un lugar de preferencia la entrada de las tropas realistas en Oajaca, el dominio de cuya ciudad no había podido ser conservado por el insurgente Rayón, si bien había pasado á esta provincia con aquel solo objeto: los oajaqueños dieron en esta ocasión los más puros testimonios de júbilo y alegría al verse libres de aquella chusma devastadora, á cuya horrible presencia habían debido sofocar sus sentimientos de fidelidad al Monarca español y de amor á sus tropas.

Este golpe importante, y la ocupación ocurrida en el mes siguiente del castillo y puerto de Acapulco con todo lo que poseían los facciosos entre la costa del Sur y entre el Mexcala y el mar, con otras muchas acciones parciales dadas á este tiempo por los bizarros jefes Samaniego, Orrantia, Ordóñez, Alvarez, Villaescusa, Reguerra, Rivas, Brizundia, González, Landa, Portillo, Melgares y otros, introdujeron el mayor desorden en el partido insurgente, y fueron causa de que se disolviese por entonces su efímero congreso.

Empero lo que más contribuyó á mejorar el aspecto de los negocios fué la referida toma de Oajaca y Acapulco. El coronel Armijo, encargado de esta última expedición, la ejecutó del modo más brillante, llenando completamente las miras del celoso virrey Calleja, que era el alma de todas aquellas empresas. Temeroso el enemigo de no poder resistir á la esforzada división de Armijo que se iba aproximando, evacuó el citado pueblo y fortaleza de Acapulco, y reconcentró todas sus fuerzas en el Veladero: era éste un grupo de montañas bastante elevadas, situadas al NE. y O. de un extenso bosque cubierto de zarzas, espinos y otras malezas que se extendía hasta el mar por la circunferencia de cinco leguas. Fijando Armijo su cuartel general en el Ahuacatillo, y dejando el campo á

cargo del mayor Avilés, salió con 350 infantes y 60 caballos á reconocer la citada plaza y los flancos que presentaba por aquella parte la posición del Veladero.

Después de superar increíbles obstáculos para limpiar el camino de los muchos embarazos y cortaduras que habían opuesto los rebeldes, llegó por fin á presenciar el incendio de aquella desgraciada población, la ruina de su castillo y la destrucción de cuanto estuvo al alcance de aquellas hordas forajidas. Habiendo reconocido al día siguiente las posiciones de que era preciso apoderarse para exterminar el genio de la discordia, observó una porción de puntos fortificados que se protegían recíprocamente cruzando sus fuegos, de modo que en caso extremado podían sus defensores replegarse libremente hasta el último de ellos.

Aunque en esta curiosa exploración tuvo el acerbo dolor de ver todavía fresca la sangre de 21 prisioneros españoles que acababan de ser inmolados en el sitio llamado la Quebrada, y de saber el sacrificio de otros 39, 5 de ellos en el hospital y 34 en una de las barrancas inmediatas, logró sin embargo el importante objeto de adquirir conocimientos exactos de aquel terreno para formar un atrevido plan, cuya acertada ejecución hizo ver que los esfuerzos de su ingenio no eran inferiores á los de su brazo.

Habiendo dado orden al mayor Avilés para que se trasladase al pueblo de Tixtlancingo, trató Armijo de dirigirse sobre la costa de Zacatula, venciendo los puestos fortificados del Bejuco y del pie de la cuesta, bajo cuyos fuegos estaba situado el camino. Era el día 15 de Abril cuando á las dos leguas de Acapulco se encontró con el primero defendido por dos cañones y por 70 insurgentes, armados algunos de fusiles y los demás con lanzas y machetes.

Apenas vieron éstos la serenidad con que se dirigían los realistas á apoderarse de aquella posición, la abandonaron precipitadamente y pasaron á replegarse al segundo

reducto. Estaba éste defendido por una fuerte trinchera sobre la loma que daba vista al camino, en la que habían sido colocados dos cañones y 100 hombres con fusiles; dicha primera trinchera se veía apoyada por otra guarnecida con 200 hombres armados, dos culebrinas y siete cañones; mas este imponente aparato no arredró de modo alguno á las valientes tropas realistas; se lanzan, pues, con el mayor denuedo sobre el enemigo, que había roto un horroroso fuego desde sus parapetos; un tesón y esfuerzo tan inesperado le hace titubear, y al observar los preparativos del asalto se dispersa y huye hacia los bosques inmediatos y hacia las canoas que tenía preparadas en la gran laguna de Coyuca; van los realistas en su persecución acuchillando á cuantos tuvieron menos celeridad para salvarse; se apoderan de las baterías y de todas sus municiones y queda libre y despejado el camino.

Después de haber dado Armijo un breve descanso á su tropa, se dirigió por la playa hacia el pueblo que lleva el mismo nombre que la citada laguna, con la mira de salvar del furor de los prófugos algunas familias de Acapulco que en él se habían refugiado; fué esta marcha de las más penosas á causa de lo ardoroso del clima, de lo cansado de su piso arenoso, y aún más por haberse visto precisada la columna realista á vadear tres grandes lagos, uno de ellos con agua hasta los pechos.

Antes de verificar su entrada en dicho pueblo había dado órdenes terminantes al mencionado Avilés para que se situase en el Ejido viejo, dos leguas al Norte del Veladero, y dispuso asimismo que D. Juan Bautista Miota se dirigiese á Teipan con la mayor rapidez á fin de libertar de la furia de Morelos algunos prisioneros, cuyo exterminio había jurado aquel monstruo de barbarie.

Aunque ambos comandantes ejecutaron su movimiento con toda la celeridad posible, no pudieron evitar el sacrificio de 100 víctimas inocentes que cayeron bajo la feroz cuchilla del sacrílego jefe insurgente; pero pudieron salvar, á lo menos, de tan funesto trance otros 600 hombres

que habían sido condenados á la muerte, y entre ellos muchos prisioneros de Asturias, Fernando VII y de otros cuerpos.

Apenas había salido Morelos del citado pueblo cuando entró la columna de Miota á recibir los parabienes de de aquel vecindario y las demostraciones del más puro regocijo por verse libre de la vengativa espada de los protervos; el cabecilla Ignacio Ayala, socio y confidente de Morelos, fué aprehendido en su fuga para desagraviar con su sangre los manes de tanto benemérito proscripto. La mayor parte de la tropa que había entrado en Coyuca fué enviada á los Tepehuages, punto inmediato al Veladero por el rumbo del Ahuacatillo; y reunido Armijo con Avilés en el Ejido viejo, fué destacado este jefe con otra columna á ocupar el camino que conduce desde dicho Veladero á Texca y sierra de la Brea, quedando así cerrados todos los conductos por donde podían los rebeldes recibir algunos auxilios.

Viendo el coronel Armijo la necesidad de dar un pronto golpe de mano antes que llegase la estación de las aguas, y que se desarrollasen con más violencia las fiebres endémicas, que habían empezado á acometer á algunos de sus soldados, había principiado ya á tomar las disposiciones más activas, cuando el orgulloso enemigo se atrevió á atacar al capitán Moya, comandante de la columna situada en el punto de los Cajones, y sucesivamente al mismo Avilés en su nueva posición, y aunque estas temerarias tentativas se estrellaron en los invencibles pechos de las tropas del Rey, no por eso desistió el indómito Morelos de hacer otro ensayo de su desesperado valor.

El día 6 de Mayo estaba prefijado para el ataque general: todos los comandantes tenían las necesarias instrucciones para concurrir simultáneamente á este golpe decisivo; el capitán D. Ignacio Ocampo fué encargado de penetrar con 190 hombres por la montaña en que estaba situado el fuerte más elevado de los insurgentes, llamado

San Cristóbal; los demás jefes fueron á ocupar sus posiciones respectivas; pero una feliz combinación, que puso á Ocampo en la necesidad de romper el fuego una hora antes de lo convenido, decidió del éxito de aquella batalla. Tomado en menos de diez minutos el citado fuerte de San Cristóbal, que formaba la principal defensa de los demás puestos avanzados, quedaron los realistas dueños de todas aquellas fortificaciones, y los rebeldes no tuvieron más recurso que el de fiar á la celeridad de sus pies la salvación de sus miserables vidas.

Todo fué entre ellos confusión y desorden; el campo quedó cubierto de cadáveres; Galiana y los demás cabecillas se arrojaron por barrancas y precipicios huyendo de la afortunada espada de las tropas reales, que apenas habían oído romper el fuego por la columna de Ocampo, se habían arrojado con intrepidez por todas direcciones para envolver al enemigo en su completa destrucción; todo, pues, quedó en poder de los realistas; dos culebrinas, 14 cañones, varias armas de chispa, grandes repuestos de municiones y otros pertrechos fueron los ilustres trofeos de tan memorable jornada.

Cuando se creía que ya Morelos, falto de prestigio y opinión, habría renunciado á la espinosa carrera de la insurrección, en la que no hallaba sino disgustos, quebrantos y los riesgos de una desastrada muerte, se supo que, reunido con algunos de sus secuaces y con sus dos mayores rivales, Verdusco y Liceaga, se había amparado de las fragosidades de la sierra que corre desde Huétamo hasta las inmediaciones de Valladolid, y que al favor de la aspereza del terreno y de la estación de las aguas había erigido otra vez el Congreso, formando una complicada constitución, copiada en gran parte de la promulgada por las Cortes de Cádiz.

Empero duró muy poco esta aparente reconciliación entre los mandatarios insurgentes. Rayón, introducido en la provincia de Puebla, fué contrariado en sus proyectos ambiciosos por el licenciado Rosains, y éste, batido á su

vez á principios de Julio, así como sus compañeros Arroyo, Correa y Andrade, por el sargento mayor D. José Santa Marina, perteneciente á la división del brigadier D. Ramón Díaz de Ortega, en el pueblo de San Hipólito, con pérdida de muchos muertos y de 49 prisioneros.

A consecuencia de este contraste volvió Rayón á titularse ministro universal de la nación, y contando con el apoyo de Bustamante y de otros jefes adictos á su partido se atrevió á negar la obediencia al Congreso. Un nuevo cabecilla, llamado Guadalupe Victoria, situado entre Veracruz y Jalapa, se había declarado también contra el licenciado Rosains, y obraba de acuerdo con los hermanos Rayones, que se habían hecho fuertes en el cerro de Cóporo. Serrano y Gómez se batían en Calpulalpan; Morelos había vuelto á perder su influencia; Cos insultaba al Congreso después de haber concurrido á la formación de su constitución, y el Cuerpo soberano, siempre inquieto y alarmado, proscribía á cuantos creía que podrían atravesar sus miras, sin que los librase de aquellos decretos exterminadores la consideración de ser del mismo gremio, pues que eran reemplazados al momento por cualquiera individuo de las gavillas errantes.

En tanto que el Congreso iba vagando por los diversos parajes de la indicada serranía, siempre en discordia, confusión y desorden, no se descuidaban las varias columnas realistas en perseguir las partidas rebeldes en todas direcciones. En el mes de Junio había logrado grandes ventajas una expedición que había sido dirigida sobre el territorio de Huichapan, Zimapán, el Cardenal y sus contornos. El comandante de la Huasteca, D. Alejandro Alvarez Güitian, obtuvo iguales triunfos en su distrito, y entre los principales la prisión del presbítero Calderón, apellidado vulgarmente obispo de Papantla y el Morelos de la Sierra. A consecuencia de estos felices sucesos se presentaron hasta 4.000 insurgentes de la facción del coronel Peña, al goce del indulto, al que se acogieron asimismo los cabecillas Aldana y Osorno cuando vie-

ron los rápidos progresos que hacía la opinión á favor de los reales derechos.

El furioso cabecilla Galiana había entrado en acción á fines de Junio en las inmediaciones de Coyuca con don Juan Ignacio Ferraud, perteneciente á la columna del mayor Avilés; y aunque todas las apariencias obraban á favor de los 500 hombres de que se componía la fuerza contraria, todo cedió sin embargo al invencible brazo de los realistas: el mismo Galiana fué hecho prisionero con otros varios después de haber quedado en el campo bastantes muertos. Nicolás Bravo, Vázquez, Pineda y otros caudillos que capitaneaban una gavilla de 600 facciosos, fueron batidos en el pueblo de Tepecuacuilco por el comandante de Iguala D. Mariano Ortiz de la Peña, perdiendo mucha gente, más de 60 armas de fuego y una gran parte de sus bagajes y de los robos que habían hecho pocos días antes.

Hacia las provincias internas del Oriente se distinguía asimismo el bizarro D. Joaquín Arredondo, batiéndose en repetidos encuentros con las naciones bárbaras de los Cumanches, Tahuayaces, Tancahues, Tahuacanes y demás que habían tenido parte en los movimientos de Tejas. De 1.200 gandules que penetraron en el mes de Agosto por aquellas fronteras, tan sólo una tercera parte pudo volver á franquearlas; los demás quedaron, ó muertos ó heridos, en poder de las tropas del Rey. D. José Miguel Paredes, D. José Manuel de Zoraya y D. José Joaquín Muñoz de Terán fueron los jefes que más brillaron en este teatro de acciones gloriosas.

Algunos de los jefes insurgentes que habían sufrido la gran derrota de Tejas por el brigadier Arredondo, de la que se trató en la historia del año anterior, habían sido los principales motores de la sublevación de estas tribus; pero como hubieran tenido la imprudencia de ejercer algunas tropelías sobre la nación de los indios *Saetas*, reunieron éstos todas sus fuerzas y acabaron de destrozar en el mes siguiente las reliquias de aquel ejército, apode-

rándose de la artillería que habían traído de *Baton Rouge*, y causándole una horrorosa mortandad: el gran Cadó, á la cabeza de 3.000 indios armados, fué persiguiendo los prófugos por el río de Trinidad arriba para completar su exterminio; de este modo quedaron enteramente frustrados los planes de aquellos genios bulliciosos que trataban de cubrir con nuevas empresas la mengua de sus primeros reveses.

Continuaba al mismo tiempo el bizarro Armijo haciendo los mayores progresos por la parte del Sur contra los rebeldes de Silacayoapan, mandados por Terán, Mentado, Victoriano, Adán Sánchez y Juan del Carmen, que tuvieron el atrevimiento de atacar el pueblo de Tlapa: la fuerza de éstos consistía en 1.000 hombres, y la de los españoles en 170; pero esta excesiva superioridad numérica estaba abundantemente compensada con la imperturbable serenidad, inteligencia y arrojo de los que peleaban por la razón y por la justicia.

Las impetuosas cargas de los rebeldes fueron recibidas con la mayor impavidez, y se estrellaron en aquellos pechos de bronce: la pérdida de 150 hombres, entre ellos los cabecillas Chepito, Herrera, el capitán traidor de Saboya Canero, Chavarría y Mejía, y el abandono de una porción considerable de armas y pertrechos de guerra, fueron el fruto que sacaron los rebeldes de su temerario atrevimiento.

En el entretanto se había ido rehaciendo el prófugo Rayón en el pueblo de Zacatlán, y amenazaba tomar una preponderancia muy peligrosa á toda aquella comarca. Su venenoso influjo se extendía hasta la capital, á cuyas autoridades, corporaciones y sujetos más distinguidos dirigía sus pérfidas comunicaciones, por las que se esforzaba en probar que siendo tan lastimoso el estado de la Península, no se ofrecía otro medio más saludable para salvar el país de su ruina total que la fusión de partidos bajo el mando del mismo virrey, cuya vigilancia trataba de adormecer por este medio engañoso.

Varias veces había intentado el Sr. Calleja destruir aquel foco de la insurrección; pero como estos rebeldes se hallaban colocados á la entrada de una fragosa serranía, y bien servidos por sus espías, se escondían en sus impenetrables abrigos mientras duraba la persecución, y las tropas del Rey se veían precisadas á retirarse, ó por la falta de víveres que se experimentaba en aquellos despoblados, ó por acudir á otras atenciones, y entonces volvían los rebeldes al citado punto de Zacatlán.

Era, sin embargo, tan considerable el estrago que hacían aquéllos en la opinión, que el virrey juzgó necesario su exterminio á todo trance. Formada con esta mira una brillante expedición al mando del coronel D. Luis del Aguila, comandante general de los llanos de Apan, dió las órdenes más terminantes para llevar á cabo aquella importante operación.

Emprendiendo este jefe valiente la marcha en 25 de Septiembre por los sitios más ocultos y ásperos de aquel terreno, siempre fuera del camino, logró, á los dos días de tan penosa correría, sorprender completamente dichas gavillas.

A pesar de sus preparativos de defensa y de los obstáculos que ofrecían sus respetables posiciones, todo cedió al irresistible brazo de los españoles; el enemigo fué arrollado en breves instantes: más de 200 hombres quedaron muertos en las calles, y fueron infinitos los heridos; el pérfido Rayón pudo salvarse con la fuga, sin más acompañamiento que el de cuatro soldados de su gavilla; el doctor Crespo, vocal por Oajaca en el Congreso de Chipalcingo, fué herido y hecho prisionero; el coronel Pardo, varios jefes y oficiales fueron contados en el número de los muertos; la toma de 30 prisioneros, de 12 piezas de todos calibres, 200 fusiles y carabinas, 30 cajones de municiones, todos los equipajes de los rebeldes, y hasta del mismo sombrero y bastón del principal caudillo, coronó los triunfos de aquella brillante jornada. Fué sumamente distinguido el mérito de todos los individuos que tuvie-

ron una parte activa en este combate; aquél resalta de un modo más luminoso al observar que tan ilustres triunfos fueron conseguidos con la pérdida de un solo muerto y dos heridos; inconcebible ventaja que se debió al ímpetu y animosidad con que los realistas se arrojaron sobre el enemigo.

La división del coronel Armijo siguió asimismo su brillante carrera en el mes de Octubre; las partidas del subteniente D. Francisco Mancebo del Castillo y del alférez D. Manuel Navarrete lograron derrotar en el pueblo de Papalutla al cabecilla Cornejo, matándole más de 50 hombres, tomándole varios prisioneros, caballos, mulas y armas de fuego, y poniendo el resto de la gavilla en la más desordenada dispersión. Una partida de 50 hombres, al mando del capitán D. Calixto González Mendoza, perteneciente al ejército del Sur, sorprendió en el pueblo de Tecamachalco otra de facciosos, menos importante por el número, pues no pasaba de 21 individuos, que por su calidad é influjo.

Nueve de ellos, en particular, eran muy temidos en el país por sus maldades, por su desesperado valor y por la fama de sus hazañas: los nombres de Rafael Mendoza, *Buen brazo*, Isidro Limón, José Rosete, José Ramírez, José Sosa, Francisco Fernández, José Antonio Rodríguez y Santiago Castro, difícilmente podrán borrarse de aquel teatro de rapiñas y desolación. Todos ellos fueron pasados por las armas, quedando así limpio el país de tan terribles enemigos, y los demás facciosos que fueron aprehendidos en dicha sorpresa siguieron su destino para Puebla, á fin de ser juzgados con más benignidad.

Las tropas del coronel D. José Antonio Andrade se ejercitaron, con los más felices resultados, en perseguir sobre el distrito de Ario á los cabecillas Muñiz, Montaño, Cervantes, Lorenzana, Sánchez y Savariego, obligándoles á buscar su salvación en la fuga, sin dejar un momento de descanso á su Junta revolucionaria, la que, trasladada desde Santa Efigenia á la hacienda de Tomendán, y sucesiva-

mente á Uruapán, iba errante, sin domicilio fijo, y sin hallar punto alguno de defensa contra las victoriosas armas de los realistas.

Hacia el mismo tiempo estaban atacando á San Martín el Grande las gavillas de Fernando Rozas, Serapio Valdés, Tovar, Vargas, Sotero López, Brígido y otros varios caudillos que habían reunido hasta 600 caballos, 100 infantes y una gran chusma de honderos provistos de embreados para incendiar los puentes y los puestos fortificados; pero la bizarría y acierto con que el comandante americano D. José Castro dirigió la defensa, hizo que se estrellase la audacia del enemigo en los esfuerzos de sus valientes tropas. La línea de los realistas se mantuvo impenetrable á las repetidas cargas de los facciosos, quienes desanimados al ver una resistencia tan heroica, desistieron de sus criminales intentos abandonando una presa que daban ya por segura, y dejando más de 50 cadáveres en las avenidas de dicho pueblo.

El comandante D. José Santiago de Galdames, dependiente de la división del brigadier D. Diego García Conde, resistió con su acostumbrado valor á fuerzas muy superiores de los rebeldes, que indudablemente lo habrían envuelto en una completa destrucción si le hubiera faltado aquella entereza de ánimo que es tan propia del carácter español.

Había salido con 440 hombres para auxiliar al Real de Pinos; y al llegar á Buenavista descubrió á los insurgentes que se dirigían hacia la Jaula: sin reparar en tropiezos y sin examinar su número se lanzó contra ellos; pero conociendo por su empeñada resistencia que aquellas fuerzas eran muy superiores á lo que él se había imaginado, se vió precisado á formarse en cuadro para rechazar sus impetuosas cargas.

Habiéndose introducido, sin embargo, algún desaliento en aquella columna, se puso en fuga la mayor parte, quedando tan sólo un puñado de soldados á sostener el honor de las armas del Rey, jurando morir en defensa de

sus soberanos derechos antes que ceder el campo al altanero é implacable enemigo.

Con estos pocos valientes hizo el benemérito Galdames una resistencia tan obstinada y heroica, que el enemigo se vió precisado á retirarse, no sin la más furiosa irritación de los cabecillas Rosas, Pachón y Rosales, que repetidas veces se aproximaron á tiro de pistola, sin que su audacia y temerario valor hiciesen la menor impresión en aquellos impávidos pechos.

La pérdida de 22 realistas muertos y de 37 heridos fué inferior á la que sufrieron los facciosos; el imperturbable Galdames regresó á la Ciénaga de Mata, de donde había salido, salvando á estos últimos y á cuantos tuvieron la constancia de no separarse de sus filas. Esta acción, que se presenta como una derrota de los soldados del Rey, fué en su vez sumamente gloriosa en medio de sus mismos reveses y contrastes; y el mérito contraído por su bizarro comandante y por la tropa, que se mantuvo firme en tan graves peligros, admite pocos ejemplos de comparación.

Otro de los hechos más gloriosos de esta época fué la heroica defensa que hizo el capitán D. Anastasio Brizuela en el pueblo de la Piedad con sólo 80 hombres que tenía de guarnición contra 2.000 facciosos capitaneados por los PP. Torres, Sáenz, Navarrete, Sixto, Carrasco, Uribe y Saavedra, y por los seglares Cabeza de Vaca, Obregón, Velasco y otros.

Tres días consecutivos duró este porfiado combate, sin que las hordas devastadoras pudiesen forzar la citada posición, ni conmover la entereza de aquel puñado de valientes. Al llegar en su auxilio el brigadier D. Pedro Celestino Negrete huyeron los rebeldes con la mayor precipitación después de haber perdido en sus inútiles tentativas sobre 100 muertos, entre ellos el caudillo Fulgencio Rosales, dos coroneles y un eclesiástico y otros tantos heridos, con muy poco quebranto de parte de los bizarros defensores.

No fué menos ilustre la resistencia que hizo en el mes de Noviembre el sargento mayor D. José Barradas en el pueblo de Apan contra 1.700 bandidos acaudillados por Rayón, Osorno, Inclán, Espinosa, Serrano, Manilla, Ramírez, Bocardo, Benavides y el P. Lozano.

Doscientos cincuenta hombres, de que se componía la fuerza realista, destruyeron completamente aquellas gavillas, matándoles más de 100 hombres sin que hubieran conseguido otras ventajas sino las de incendiar algunas de las casas de aquellos habitantes, que por su fidelidad al Rey y adhesión á los que defendían tan justa causa habían llegado á hacerse acreedores á la más decidida protección. El valiente sargento graduado de oficial D. Francisco Montes y Ríos, con solos 35 dragones de Sierra Gorda y dos hijos suyos, derrotó en la hacienda de Turica á 500 rebeldes de caballería, matándoles 50 hombres y obligándoles á ocultar con la fuga la mengua de tanta cobardía.

El teniente coronel D. Felipe Castañón sorprendió al enemigo en el pueblo de Puruandiro del modo más honroso á su inteligencia y bizarría. Después de haber andado diez leguas de asperísimo camino, se arrojó de repente sobre el citado pueblo, y penetrando á toda carrera por sus calles, introdujo en los rebeldes tal terror y desaliento, que perecieron los que trataron de hacer alguna resistencia, y tan sólo salvaron sus vidas los que rindieron las armas: 70 muertos, entre ellos el mariscal de campo Manuel Villalongin y el coronel Antonio Pérez de la Busta; 113 prisioneros, 125 caballos, 61 fusiles y carabinas, pistolas, sables y varias monturas fueron el fruto de tan feliz jornada, en la que los realistas no tuvieron la menor desgracia.

El teniente coronel D. Francisco Orrantia, que trocando su profesión mercantil por la espinosa carrera de las armas, abandonando las ventajas de una vida cómoda para acreditar en medio de penalidades y riesgos su acendrada fidelidad y patriotismo; ese bizarro español que

tanta gloria había adquirido en las repetidas ocasiones en que había podido desplegar su impávido valor á las órdenes del coronel Itúrbide, á cuya división pertenecía, adquirió nuevos blasones en tres acciones consecutivas que dió á los rebeldes en el mes de Noviembre: deshizo en la primera 400 caballos mandados por Matías Ortiz en las lomas de la Deseadilla (provincia de Guanajuato), matándoles 60 hombres y tomándoles 12 prisioneros, 80 armas de fuego, muchas lanzas, machetes y caballos; en la segunda volvió á derrotar en las cercanías de la hacienda titulada de la Obra al mismo Ortiz, que había sido reforzado con otras partidas sueltas hasta el número de 1.500 hombres: otros 50 muertos, 4 prisioneros y varias armas de fuego fueron el resultado de este segundo empeño. El tercer hecho de armas ocurrió en las inmediaciones de San Luis de la Paz, donde los facciosos perdieron 150 hombres, más de 200 caballos, muchos fusiles, lanzas y machetes.

Las gavillas insurgentes de la provincia de Nueva Galicia se iban reuniendo con la intención de atacar á Zapotlán el Grande: estaba combinado este golpe entre las que se hallaban situadas en Cotija y las que se extendían desde la sierra de Teocuitatlan hasta Jiquilpan, valle de Mazamitla y río del Oro al mando de Vargas, Salgado, Mendoza, el Guaparrón y otros muchos cabecillas, á los que se habían agregado algunas de las tropas de Morelos. Noticioso el teniente coronel D. Luis Quintanar de los planes de estos perversos contra el citado pueblo de Zapotlán, les salió al encuentro y les presentó la batalla frente al pueblo de San Sebastián.

Aunque el enemigo había desplegado una fuerza de 800 infantes y 2.000 caballos, flanqueados por cuatro piezas de artillería, no se arredró de modo alguno el valiente Quintanar, ni dudó un momento de que la victoria había de coronar los heroicos esfuerzos de su pequeña columna. Lleno de esta confianza, propia de varoniles pechos, se arrojó contra el enemigo con la mayor firmeza

y decisión: una carga tan impetuosa no pudo ser resistida; desconcertado el enemigo huyó vergonzosamente en todas direcciones, abandonando el campo cubierto de 300 cadáveres, sus municiones y artillería, más de 100 fusiles y 82 prisioneros.

Se hallaba el enemigo fortificado en la Barra y pueblo de Nautla, desde donde causaba los mayores quebrantos; el virrey Calleja, cuyo celo y eficacia se extendía por todos los ángulos de su vasto gobierno, confió el encargo de apoderarse de aquel punto interesante al comandante D. Manuel González de la Vega, dándole los auxilios necesarios y oficiando al gobernador de Veracruz para que concurriese con sus esfuerzos al buen éxito de la operación. El acertado desempeño de este plan, debido á los movimientos estratégicos del referido Vega, puso en claro á un tiempo los recursos de su ingenio y la fortaleza de su ánimo: la toma de dicha posición, de los cañones que la defendían, piraguas, buques y municiones con porción de fusiles y carabinas, además de varios prisioneros, y muertos que tuvo el enemigo en aquella refriega, fueron el fruto de la constancia y arrojo de las tropas realistas.

No tuvo menor felicidad el sargento mayor D. José María Travesi en su expedición desde Veracruz á Jalapa, verificada en los primeros días del mes de Diciembre, cuyo resultado fué el de haber limpiado aquel camino de las gavillas que lo infestaban, y de haberles causado la pérdida de más de 50 hombres en varios encuentros que tuvo con las mismas.

Había quedado hacia aquel tiempo la provincia de Guanajuato libre de las reuniones de facciosos que con tanto empeño habían hostilizado las tropas de su comandante general D. Agustín Itúrbide; por todas partes habían adquirido considerables ventajas los realistas, y en igual proporción iba perdiendo terreno la causa de la independencia.

No contribuía poco al desaliento de este partido la fe-

liz perspectiva que ofrecía la madre patria con la restauración de su augusto Monarca. Esta plausible noticia había sido recibida generalmente como el arco iris que venía á serenar las borrascas políticas, y por lo tanto se esmeraron á porfía todas las provincias en celebrar tan fausto acontecimiento con las demostraciones más puras de su placer y regocijo.

Hasta los más ilusos y fanáticos llegaron á desengañarse de la insubsistencia de su ilegítima causa; ya no era tiempo de hacer creer á una muchedumbre insensata que el objeto del alzamiento era la sustracción de aquel reino á un dominio extranjero.

Ya era demasiado público que el legítimo Monarca se hallaba en el Trono de sus mayores, ejerciendo libremente todos los actos de su soberanía; ya no se podía dudar de ello desde que se habían recibido las órdenes para anular el régimen constitucional, que ni estaba en armonía con su decoro ni con las necesidades y conveniencia de sus pueblos.

Sólo la locura y desesperación podían empeñarse en sostener una lucha que se presentaba con todos los caracteres de ser acompañada de llanto y miseria. A pesar, pues, de estos inconvenientes, no faltaron genios díscolos y hombres viciosos que, no pudiendo capitular con la moral ni con las leyes, extendieron todavía su maléfico influjo hasta que fueron sucumbiendo gradualmente á su fatal destino.

Esta obstinación y terquedad de los rebeldes, si bien era causa de la desolación del país y de otros quebrantos que experimentaban los realistas, sirvió para acrisolar las virtudes de los que defendían tan noble causa, y para dar á su digno jefe nuevos timbres y blasones.

Era éste, con efecto, infatigable en buscar los medios para afianzar sólidamente la autoridad real: la profundidad de su ingenio, su fina penetración, el gran conocimiento del país, su larga práctica en el gobierno, y su extraordinario celo y eficacia, eran las mejores garantías del triun-

fo de su partido, y de que había de llegar al término de sus deseos, que era la destrucción del espíritu revolucionario. Así lo veremos en el año siguiente, en el que si no quedó del todo sofocado, quedó á lo menos reducido á un puñado de bandidos sin plan, sin concierto, sin apoyo en la opinión, sin más elementos que los del despecho y de la desesperación.

CAPÍTULO VII

(1815)

Continuación de los hechos de armas más brillantes sostenidos por los realistas en este año, entre los que se distinguen la expedición concertada por el coronel Itúrbide contra la Junta rebelde situada en Ario.—Mejora de los ramos de pública administración.—Nuevos refuerzos recibidos de la Península.—Feliz y arriesgada expedición del teniente coronel D Carlos María Llorente sobre Misantla.—Derrota del licenciado Rosains por Guadalupe Victoria.—Terribles discordias entre los principales caudillos insurgentes.—Prisión del feroz Morelos y destrucción de sus gavillas.—Progresos de la opinión á favor del Rey á consecuencia de tan importante suceso.—Muerte de aquel formidable enemigo en 21 de Diciembre, en cuyo día se concedió un indulto general.—Nuevos esfuerzos de los rebeldes para restablecer el Congreso, á cuya cabeza fué colocado el insurgente Terán.—Estado del virreinato de Méjico á fines de 1815.

Aunque en este año cedió considerablemente el espíritu de sedición, no por eso dejaron de darse tan sangrientos y repetidos combates, que la relación minuciosa de ellos sería tan pesada como poco necesaria; nos ceñiremos, por lo tanto, á indicar los más importantes. Los de esta clase, pertenecientes al mes de Enero, fueron los que concertó el comandante D. Luis del Aguila contra 900 insurgentes de caballería situados en la Antigua, provincia de Veracruz, en donde fueron completamente batidos con pérdida muy considerable, habiendo sido de la

mayor entidad la del cabecilla Viviano, segundo de Guadalupe Victoria.

Fué todavía de más lustre y esplendor el resultado de los acertados planes que el coronel Itúrbide había combinado con tropas de Apasco, Chamacuero, Celaya, Salamanca, Silao y Guanajuato contra las partidas rebeldes que se hallaban por aquel distrito. Parecía que de este golpe de astucia y arrojo no debía salvarse ninguno de los protervos: ¡con tanto esmero habían sido tomados todos los caminos y guarnecidos veintisiete puntos en la prolongación de diez y nueve leguas, y con tanta celeridad habían desempeñado todas las columnas los movimientos que se les habían confiado para cortar al enemigo todos los pasos!

Aunque el bizarro jefe que dirigió esta operación la vió ejecutada con felicidad, no quedó, sin embargo, satisfecho cuando supo que algunos de los principales caudillos que componían el fantástico Congreso se habían sustraído á la muerte.

Halló, sin embargo, los medios de templar su sentimiento al tender la vista sobre 800 facciosos que habían sido presa de aquella cacería guerrera, y cuando vió en su poder un obús, un cañón, algunas armas de fuego, dos costales de pólvora y unos 200 caballos.

Tuvo la satisfacción asimismo de contar entre los prisioneros á José Fulgencio Rosales, comandante general de los partidos del valle de Satiago, Salamanca, Santa Cruz y Celaya, al brigadier José Miguel Sainez, á los coroneles Andrés Lazcano y Juan Mata, á los tesoreros, al asistente del vocal Liceaga y á una porción de eclesiásticos y empleados en aquel quimérico gobierno.

El coronel de Lobera D. José Joaquín Márquez y Donallo, perteneciente al ejército del Sur, ganó una acción sumamente gloriosa en Huamantla contra los cabecillas Rosario, Ojeda, Velasco, Terán, Andrade, Sesma, Machorro, Benavides, Correa y otros que habían llegado á formar una reunión de 900 caballos y 400 infantes. Doscien-

tos muertos, otros tantos heridos, 14 prisioneros, 4 cañones, más de 100 fusiles y una porción considerable de pertrechos de guerra fueron los blasones con que ennobleció el escudo de sus armas el bizarro jefe realista, sin más pérdida por su parte que la de dos muertos y 25 heridos.

Entre las operaciones más notables del mes de Febrero merece ocupar un lugar en la historia la defensa que hizo el capitán D. José de Barachina en el pueblo de Acámbaro contra 800 rebeldes bien armados, que al mando de los cabecillas Torres, Obregón, Saucedo, El Jiro y Flores se lanzaron con tanto furor como confianza contra aquella débil guarnición. Ya habían logrado apoderarse de algunas casas y amenazaban la total ruina de la población, cuando una impetuosa salida de los realistas hizo variar totalmente la escena.

Al ver los facciosos la desesperación con que peleaban las tropas del Rey y los daños que sufrían por el bien dirigido fuego de las mismas, se retiraron precipitadamente con la baja de unos 100 hombres que fueron puestos fuera de combate, sin que la pérdida de los realistas excediera de 22 muertos y de algunos heridos. El comandante D. José Brilanti, correspondiente á la división del brigadier D. Diego García Conde, sostuvo un choque feliz en la hacienda de los Ranchos de la sierra de Comanja contra la gavilla de Morelos, causándole la pérdida de 50 muertos, 17 prisioneros, algunos caballos y armas de fuego.

Entre los hechos de armas que más brillaron en el mes de Marzo debe hacerse mención honorífica de la expedición del comandante D. Luis del Aguila, ejecutada entre inmensas gavillas, capitaneadas por el comandante Guadalupe Victoria, que se habían empeñado en obstruirle el paso. Aunque los rebeldes jamás se presentaron en campo abierto y sí sólo desde sus emboscadas y ventajosas posiciones, fueron, sin embargo, escarmentados en varias de sus correrías, en las que tuvieron bajas de la mayor consideración.

No fueron tan afortunadas las armas realistas en el ataque que dieron al fortificado cerro de Cóporo, del que hubieron de desistir al ver la tenaz resistencia de los sitiados y su favorable posición para sostenerse.

Si bien este choque puso fuera de combate á más de cien individuos de la división del brigadier D. Ciriaco de Llanos, se ejecutaron en él sin embargo tales rasgos de bizarría y arrojo, que se aumentó el catálogo de los brillantes servicios de aquellas tropas, haciéndose acreedoras á los mayores elogios á pesar del malogro de sus tentativas.

A los pocos días de haberse retirado del cerro de Cóporo el teniente coronel D. Matías de Aguirre, que fué uno de los que más se distinguieron en aquel ataque, tuvo nueva ocasión de ejercitar la valentía de sus tropas atacando en el puerto de las Milpillas á las gavillas del coronel Menchaca y á las del famoso Rayón, las que pudieron sustraerse á la furia de los realistas con una vergonzosa fuga, abandonando por el rumbo del Oro 250 caballos, que no pudieron internar á causa de las malezas y escabrosidad del camino que tomaron para hallar un asilo en su desgracia.

Las tropas del brigadier D. José Gabriel de Armijo obtuvieron repetidos triunfos contra las gavillas insurgentes en sus trincheras de Playa Grande, distrito de Petatlan, hacia la parte del Sur, de las que fueron desalojadas con la pérdida de cerca de 200 hombres, tres cañones de á cuatro, varios fusiles, porción considerable de municiones y otros pertrechos de guerra. Los prófugos de esta refriega fueron alcanzados á su continuación en el paraje de Pautla por el ayudante D. Cristóbal Huber, que acabó de exterminarlos.

Otro de los combates más reñidos que se recuerdan en esta época fué el que sostuvo el capitán D. José Vicente Robles con solos 80 infantes y un corto destacamento de caballería contra las gavillas de Guerrero y Herrera, que con triplicada fuerza se habían arrojado sobre

los realistas en el campo de Tlalistaquilla, distrito de Tlapa, después de haberles degollado varios de sus centinelas; el primer ataque del enemigo fué tan brusco é impetuoso que quedó arrollada la infantería, cercado el mismo Robles y obligado á saltar por una barranca con un oficial y siete soldados, para salvarse del furor de los facciosos.

Empero fué tan decidida la resistencia de aquellos valientes en medio de sus contrastes y reveses, que si bien hubieron de retirarse con los mayores riesgos y no pocos quebrantos, acreditaron en repetidos encuentros su denodado espíritu, y dieron á los rebeldes una terrible lección de lo que puede el entusiasmo y la fidelidad. Más de 50 cadáveres que se hallaron en el campo, sin contar los muchos heridos que fueron ocultados, según indicaban los rastros de sangre que se hallaron en varias direcciones, acibararon á los facciosos el placer de su decantada victoria.

Entre las acciones más ilustres ocurridas en el mes de Abril debe contarse la obstinada defensa que hizo la guarnición de Chamacuero á pesar de haber sido sorprendida por 300 rebeldes introducidos por traición del cabo Rodríguez, de quienes fué primera víctima el comandante de aquel punto D. Antonio Ormachea; pero el que le reemplazó en el mando, D. Isidro Granda, salvó el honor de las armas españolas, rechazando, con el apoyo eficaz de sus valientes soldados, al orgulloso enemigo, y obligándole á retirarse con gran pérdida de muertos y heridos.

El gobernador de Tlascala, D. Agustín González del Campillo, se vió atacado de improviso por las gavillas de Inclán, Cortés, Rojano, Montes, el Campanero y otros cabecillas hasta el número de 700 hombres: el decidido empeño de apoderarse de aquella población fué inferior al de la resistencia. Aunque los facciosos habían tomado posesión de algunas casas, y que iban taladrando otras para introducir el desaliento en aquella débil guarnición,

desplegó ésta sin embargo todos los esfuerzos de su brazo, al que sucumbieron 80 rebeldes entre muertos, heridos y prisioneros, y los restantes se vieron precisados, con tan inesperado contraste, á ocultar su vergüenza con la fuga.

El comandante D. Ignacio Ocampo, dependiente de la división del brigadier D. José Gabriel de Armijo, sostuvo un combate de los más sangrientos y gloriosos en el pueblo de San Cristóbal, inmediato á Ajuchitlan, con 300 hombres escasos contra 1.500 caballos capitaneados por los cabecillas Bravo, Galeana, Lizalde, Campos, Ochoa, Mora y Arines. Engreídos con la inmensa superioridad numérica y con la buena calidad de sus tropas daban por segura la victoria; pero los realistas, acostumbrados á superar con su heroísmo toda clase de obstáculos y tropiezos, no se desconcertaron con este imponente aparato, y en su vez se prepararon con el más denodado espíritu á salvar su sólida reputación á costa de los mayores sacrificios.

Cuatro horas duró este reñido combate en que cada cual empleó por su parte cuantos esfuerzos sugiere el más ardiente entusiasmo; mas una terrible carga que dió con su caballería el capitán D. José Joaquín de la Rosa Goicoa acabó de fijar la fortuna en las filas realistas. Trescientos cadáveres, muchos heridos, 36 prisioneros, dos cañones de grueso calibre, inmensa porción de armas y caballos, y el total desorden y vergonzosa dispersión de los insurgentes fueron el fruto de su temeridad.

Como pertenecientes al mes de Mayo se hallaban varias acciones consignadas en irrefragables testimonios que elevan al más alto grado el mérito de las tropas realistas en esta sangrienta y porfiada campaña: una de ellas fué la bizarra defensa del pueblo de Acatzingo hecha por su comandante D. José de Porras: despreciando con indignación este valiente oficial la intimación de rendirse que le había dirigido el cabecilla Terán, puesto al frente de 800 infantes con tres piezas de artillería, se dió principio

al ataque con el mayor ardor por ambas partes; mas viendo los rebeldes el poco fruto que sacaban de su terco empeño desistieron de él, y se retiraron con la baja de 100 hombres entre muertos y heridos, contándose entre los primeros el cabecilla Villasanz.

Fué todavía más importante la que ganó el coronel comandante de la sección de Tula, D. Cristóbal Ordóñez, contra una reunión de 1.200 facciosos, procedentes de Cóporo y Zitácuaro, al mando de Ramón y Francisco Rayón, Epitacio, Pascasio y Cañas: habiendo hecho una atrevida salida de Jilotepec el citado Ordóñez, logró desordenar la línea enemiga después de media hora de vivísimo fuego; y cargando entonces á la bayoneta obtuvo un triunfo completo, apoderándose de 120 prisioneros, de una gran cantidad de fusiles, así como de un cañón, un obús y otras varias armas y pertrechos de guerra, y de un campo cubierto de más de 160 cadáveres, entre ellos varios de sus cabecillas.

Merece particulares elogios la bizarra defensa que hizo el comandante de Teloloapan, D. Marcial de Arechaba, con sólo 80 hombres contra 600 rebeldes de caballería é infantería perfectamente armados, que al mando de los cabecillas Bravo, Galeana, Ursua, Pablo Ocampo, Pedro Talavera y otros se arrojaron inesperadamente y con la mayor furia sobre aquella débil guarnición.

Su ruina estaba decretada, y no parecía posible evitarla; mas fué tal la bizarría y decisión de este puñado de valientes, que recibiendo con sonrisa la muerte, más bien que rendirse á aquellas hordas desenfrenadas, supieron fijar á su lado la inconstante fortuna. En el cálculo más osado no cabía esperanza alguna de la victoria; los realistas sin embargo la obtuvieron rechazando tres ataques encarnizados, hasta que cansados finalmente los rebeldes, y desconfiando de debilitar el terco valor de sus contrarios, emprendieron la retirada á las nueve horas de haber roto el fuego, dejándose en el campo 40 muertos y una parte de los 100 hombres que salieron heridos de

aquella refriega, habiendo sido muy corta la pérdida de los bravos defensores de Teloloapan.

Era de la mayor importancia sorprender la Junta rebelde situada en Ario para destruir de una vez á aquella fragua de patrañas y seducción: el infatigable Itúrbide, que tantas veces había señalado su bizarría y decisión por los derechos del Rey, quiso agregar al catálogo de sus servicios éste que debía ser superior á todos los anteriores.

Tomadas las providencias más acertadas al objeto, hizo catorce jornadas de diez y aun de veinte leguas, sin más que un día de descanso para las valientes tropas, á las que sabía entusiasmar con su ejemplo.

Los méritos contraídos por esta división en tamaña empresa no admiten comparación: no podía ciertamente verificarse la sorpresa sin superar todos los obstáculos de una marcha rápida y penosa y de caminos impracticables por sus malezas, escabrosidades y barrancas.

Todo, sin embargo, estaba vencido, y el día 5 del mes de Mayo debía haber caído, á la madrugada, sobre los desprevenidos individuos del quimérico gobierno, cuando un inocente extravío, ocurrido en la noche anterior al franquear un monte espesísimo, frustró los planes combinados con el mayor acierto, y ejecutados, hasta entonces, con toda felicidad.

No habiendo podido llegar á dar el golpe en dicho día 5, fué preciso diferirlo hasta el siguiente.

Los rebeldes no habían tenido aviso alguno del movimiento de Itúrbide hasta el mismo día designado para la sorpresa, la que se habría verificado sin el indicado tropiezo, dejando envueltos en sus mismas ruinas á todos aquellos genios maléficos, instigadores principales de la guerra civil. Si bien no tuvo esta expedición el éxito feliz que se habían prometido, merecieron, sin embargo, todos los individuos que la componían los mayores elogios del virrey Calleja, por el esmero con que concurrieron al desempeño de tan importante y penoso servicio.

Conociendo dicho general los malos efectos que de-

bían producir en muchos ilusos de aquel reino los incendiarios papeles que salían de las prensas de Apatzingan y Taretan, por influjo del llamado Congreso mexicano, hizo publicar un bando, en el que probaba evidentemente la traición y rebeldía de aquellos hombres inmorales, reunidos sin ninguna clase de poderes de los pueblos, y mucho menos sin las facultades del soberano legítimo, que, restablecido felizmente al trono de sus mayores, estaba en el pleno ejercicio de su dominio sobre la América española.

Proscribió á su consecuencia del modo más terminante la circulación de dichos impresos, y declaró por traidores á todos los que abrazasen tan execrables máximas. El cabildo eclesiástico y gobernador en sede vacante dió una pastoral, no menos enérgica, para atraer al sendero de la virtud y de la obediencia á todos los descarriados por tan infames teorías. Los pueblos se apresuraron á desmentir, con actas públicas y solemnes, la atrevida usurpación de sus poderes por los titulados vocales de la Junta de la nación.

Parecía que estos auténticos documentos, que expresaban la verdadera voluntad de los mexicanos, deberían haber derribado el prestigio que habían principiado á adquirir en algunos puntos aquellos genios de la discordia; pero su terquedad y animoso empeño no cedía á los dictados de la razón y de la justicia; así, pues, los veremos, aunque errantes y proscriptos, perseverar en su desleal partido, hasta que el curso del tiempo y los repetidos esfuerzos de las tropas realistas hicieron desaparecer aquel simulacro de ilegítimo gobierno, ó más bien de deslealtad y protervia.

En medio de estos contrastes se observaba, sin embargo, una notable mejora en todos los ramos de la administración, cuyo estado, si no era tan pujante como el que ofrecía el país antes de la revolución, superaba de mucho al de los años de 1811 y 1812; en este último se habían acuñado en la Real Casa de Moneda 4.409.266 pesos, y

en el 14 había tenido un aumento de 3.214.939. La aduana, en dicho año de 1812, tan sólo había producido 1.091.123, y en el 14 se notó el aumento de 910.768; el de 1815 presentaba todas las apariencias de ser sus resultados más brillantes.

La energía desplegada por el gobierno para cortar de raíz el genio del mal, hacía esperar un rápido cambio en la opinión y que fuera calmando el furor revolucionario con el escarmiento de los principales corifeos y con el desengaño de las masas alucinadas. Se aumentaron todavía las esperanzas de los buenos luego que supieron la llegada á Veracruz, á mediados de Junio, del brigadier don Fernando Miyares, con 2.000 soldados españoles.

Este importante auxilio, al paso que servía para reforzar las columnas realistas, infundía nuevo aliento á las mismas, presentándose como un expresivo testimonio de la paternal solicitud del Monarca español y de la decidida atención que prestaba á aquellos sus dominios. Ya desde entonces se hicieron más dulces las fatigas de la guerra para todos los empleados en ella, al observar que sus esfuerzos y padecimientos merecían la singular protección del Soberano, por cuyo benéfico influjo habían de tener una pronta terminación, y sus servicios la debida recompensa.

A estas poderosas consideraciones se debieron los ilustres triunfos ganados sucesivamente por los realistas, mereciendo particular mención la bizarra defensa hecha en el mes de Junio por el comandante de Apulco D. Rafael Durán, contra 900 rebeldes de la gavilla de Zacatlan, Huauchinango y Sierra Baja, á las que obligó á retirarse después de haberles puesto 125 hombres fuera de combate.

Es también digna de honorífico recuerdo la feliz expedición de D. Cristóbal de Huber y Franco, correspondiente á la división de D. Gabriel Armijo, cuyo bizarro oficial tuvo varios encuentros con los insurgentes, aprehendió algunos de sus cabecillas, entre ellos á Mon-

toro, Julián Gutiérrez y Sota, mató á otros, les tomó 32 prisioneros, porción de armas y municiones.

No fué menos feliz otra expedición emprendida á este mismo tiempo por el teniente coronel D. Domingo Clavarino, dependiente del ejército del Norte: puesto este valiente jefe al frente de su división, compuesta de 450 hombres y dos piezas de á cuatro, recorrió la serranía de Tacámbaro, haciendas de la Loma, Chupin, Pedernales, cercanías de Puruarán, pueblo de Ario, Araparacuaro, Taretan, Tomendan, Santa Clara, Chearan, Nahuatcin y Páztcuaro, en persecución de las fuerzas que defendían la Junta revolucionaria, mandadas por varios cabecillas, entre los que se distinguían el P. Carbajal, Cervantes, Vargas, Sánchez, Vedoya, Flores, Cos y Lailson.

Tuvo con ellos varios encuentros constantemente felices y regresó á Valladolid á los cuarenta y dos días de penosas marchas, habiendo causado al enemigo considerables quebrantos con sus frecuentes sorpresas, sin más pérdida por su parte que la de cuatro dragones muertos y seis extraviados.

A este mismo tiempo brilló el distinguido mérito del teniente coronel D. Antonio Flon en tres ataques consecutivos que tuvo en el pueblo de Acatlán contra más de 1.000 rebeldes mandados por los cabecillas Sesma, Guerrero, Alarcón y Andrade: con su corto destacamento de menos de 100 hombres resistió el bizarro Flon las impetuosas cargas de aquella facción desorganizadora, la que cubierta de mengua y desdoro hubo de abandonar el campo sembrado de más de 200 cadáveres, sin que la pérdida de los realistas excediera de 10 muertos y 12 heridos.

El capitán D. Juan de Ateaga se defendió vigorosamente en Tetela, provincia de Veracruz, contra 1.000 facciosos capitaneados por Osorno, Inclán y otros cabecillas, cuyos vigorosos ataques rechazó con bizarría, causándoles la pérdida de 30 muertos y de un número mayor de heridos.

Por la parte de Guadalajara se distinguían asimismo las columnas ambulantes, y en particular la del capitán D. José Valleno, quien en varios encuentros que tuvo con los rebeldes de Tamasula, les tomó más de 200 prisioneros, les causó un quebranto considerable en muertos y heridos y se apoderó de mucho ganado, caballos, armas y otros efectos.

Entre las acciones que más brillaron en el mes de Julio merece ocupar un lugar distinguido la expedición del teniente coronel D. Eugenio Villasana, comandante de la sección de Teloloapan, quien tuvo varios choques con las gavillas de Galeana, Ocampo y Bravo, y el más importante, en la hacienda de San Juan á las cercanías de Tlachapa, en donde fué batida completamente la división del brigadier Lobato, dejando 45 muertos y 13 prisioneros en el campo de batalla.

El teniente coronel D. Carlos María Llorente se cubrió de gloria en la expedición que emprendió sobre Misantla: con solos 412 hombres anduvo 45 leguas de país el más escabroso del reino, y que por el espacio de cuatro años había estado ocupado por los rebeldes.

Entre los 1.000 que defendían este territorio había 300 milicianos, cuyos conocimientos y práctica de aquella impenetrable serranía parece debían frustrar cualquier ataque concertado contra ellos. Llorente, sin embargo, la recorrió en todas direcciones, les dió varios golpes y les convenció finalmente de que no hay obstáculo que detenga la bravura de los realistas cuando se trata de sellar la fidelidad á su Monarca legítimo. Esta expedición, que fué la primera por aquel rumbo desde que principió la guerra civil, fué ejecutada felizmente y sin más pérdida por parte de la división de Llorente que la de 17 muertos y 31 heridos.

Otro de los hechos gloriosos que más brillaron en esta época fué el terrible golpe que el esforzado Orrantia dió en el rincón de Ortega á las gavillas de Rojas, Encarnación Ortiz, Rosales y Moreno, que ascendían al número

de 1.400 hombres. La muerte de 300 de éstos, la prisión de 30, la pérdida de un cañón y de 200 armas de fuego fueron el fruto de tan importante jornada, con cuyos trofeos, ganados sin más pérdida que la de 10 muertos y 30 heridos, quiso la fortuna premiar la bizarría del benemérito comandante, bien conocido en aquel teatro de sacrificios y victorias.

Uno de los sucesos más notables del mes de Agosto fué la derrota del licenciado Rosains en las inmediaciones de Coscomatepec por su rival Guadalupe Victoria, y su fuga hacia la sierra de San Antonio de Arriba, con cuyo rápido movimiento había evitado el alcance del teniente coronel D. José Morán, que había tratado de sorprenderle en San Andrés ó en Tecolo.

Entre los hechos de armas más ilustres de esta época son dignos de honorífica mención los que tuvieron las tropas del comandante de Tulancingo, teniente coronel D. Francisco de Las Piedras, en los pueblos de Huauchinango, San Pedrito, Apulco y Tulancingo, en los que perdieron los rebeldes 133 muertos, 12 prisioneros que fueron pasados por las armas, 128 fusiles, 54 lanzas, 40 machetes, un cañón, una caja de guerra y 2.000 cartuchos: en estos empeñados encuentros se cubrieron de gloria, no sólo el teniente coronel Las Piedras, sino los comandantes de las varías columnas, D. Rafael Durán, D. José María Lubián, D. Rafael Asiaín y el alférez don Rafael Ricaño, así como cuantos oficiales y soldados tuvieron ocasión de desplegar su esfuerzo y bizarría.

El comandante general de las Villas, brigadier D. Fernando Miyares, se hizo altamente recomendable por su bien dirigida expedición desde Jalapa á Veracruz, batiendo en repetidos lances á todos los rebeldes de Tierra Caliente, que al mando de Guadalupe Victoria habían salido á interceptarle el paso y á apoderarse del rico convoy que escoltaba.

Fué asimismo importante el ataque que el capitán don Pedro de la Sierra, perteneciente á la división de Que-

rétaro, dió en las cercanías de Cadereita á 800 insurgentes, que favorecidos por el terreno y por sus buenos espías habían tratado de envolver á los 180 hombres de que se componía la columna realista y daban ya por segura la victoria; pero se debió á la bizarría de nuestras tropas que huyeran los facciosos desordenadamente, dejando 40 de ellos tendidos en el campo.

Como pertenecientes al mes de Septiembre deben citarse las gloriosas acciones del capitán D. Ramón Galinsoga, correspondiente á la comandancia general de los llanos de Apan, contra las gavillas de Espinosa, Inclán y Serrano, á las que batió constantemente, causándoles pérdidas de consideración; y la feliz sorpresa que el ya citado Orrantia hizo en el pueblo de Dolores sobre la gavilla de Encarnación Ortiz, compuesta de 350 caballos, quedando todos en su poder con sus sillas y armas, así como 40 facciosos muertos en la fuga, y pasados por las armas otros 53 que cayeron en las manos de los realistas; habiéndose podido substraer á la muerte el principal caudillo sobre un caballo en pelo, y los demás valiéndose de la misma confusión y desorden.

Este fué el momento de mayor agitación entre los rebeldes: el Dr. Cos, Rosains, Rayón, Navarrete, Morelos, Sánchez, Arriola y demás cabecillas se perseguían recíprocamente y sin piedad: huían unos desengañados de sus fatales errores á acogerse al generoso indulto de las autoridades españolas, y entre ellos el licenciado Rosains, D. José Guevara, y otra porción de antiguos insurgentes, los que lograron salir con las tropas reales á dar pruebas de su decisión por la justa causa, que ofrecían sostener con todo empeño, á fin de borrar la mengua de su antigua conducta: otros fueron víctimas de sus mismas discordias; y los demás cayeron gradualmente en poder del ejército del Rey.

Esta última suerte cupo al contumaz Morelos, quien amenazando abandonar la serranía con varias partidas que había reunido en Huétamo, ofreció una brillante

ocasión al teniente coronel D. Manuel de la Concha de hacer ilustre su nombre.

Como las primeras noticias que hubieran circulado acerca de este indomable insurgente indicasen que sus correrías teñian por objeto descolgarse por el rumbo de los Laureles ó el valle de Temascaltepec para internarse en las provincias de Puebla y Oajaca, atravesando los cerros de Apisco y Juchimilco, contiguos á la capital de México, ó bien cruzando por entre Tasco y Cuernavaca, dió orden el celoso virrey al referido Concha, que se hallaba mandando una división en el territorio de Toluca, para que se dirigiese sin dilación al indicado punto de Temascaltepec.

Ejecutado con puntualidad este movimiento, y reforzado Concha con 250 hombres, con los que llegó á completar una fuerza de 600, procedió á la orilla del Mexcala, dando por más segura la dirección de aquel caudillo sobre este punto, como que tenía en él mayor práctica é influjo, y menos obstáculos y tropiezos, que por el territorio de Ixtlahuaca. El teniente coronel D. Eugenio Villasana, comandante de una sección situada en Teloloapan, debía segundar los movimientos de esta expedición obrando en perfecta armonía con el jefe principal de ella.

La derrota sufrida á este tiempo al pie de Valladolid por las gavillas que se encontraron con el teniente coronel D. Domingo Clavarino confirmó el concepto de que Morelos seguiría el Mexcala para caer sobre Tehuacan. A fin de asegurar el territorio que antes cubría Concha, se mandó situar al teniente coronel D. Matías Aguirre con su columna en San Felipe del Obraje, y fueron puestas en movimiento las guarniciones del valle de Toluca, de Chalco, Cuautla, Cuernavaca y toda la línea al SO. de la capital. Como cuerpo de reserva se mandó tomar posición en Chalco á la división de Apan, para que acudiese al punto más necesario si Morelos por una marcha imprevista eludía el encuentro de Concha y Villasana. El virrey,

cuya vigilancia se extendía á todos puntos, mandó que otra división de las tropas del ejército del Sur partiese desde Huajuapan á reforzar el puesto de Tlapa, amenazado por varias gavillas, con cuya disposición el coronel Armijo, comandante general del rumbo de Acapulco, podía retroceder hacia Tixtla á fin de proteger un rico cargamento venido de la China, cuyo robo era de recelar fuese también uno de los objetos de Morelos.

Este complicado plan fué ejecutado con tanta felicidad y acierto, que los rebeldes se hallaron envueltos entre las fuerzas del citado Armijo, de Concha y Villasana. Acordada por estos dos últimos la final persecución de aquel formidable enemigo, no pudieron descubrir su retaguardia hasta la mañana del día 5 de Noviembre desde el pueblo de Temalaca: apoderados los rebeldes de la cumbre inmediata, aparentaron una resistencia que sólo duró hasta que los realistas se dirigieron sobre ella.

Replegándose á otras lomas no muy distantes, en las que se había situado su caudillo, y formándose en tres trozos mandados por él mismo y por los brigadieres Bravo y Lobato, afectaron una confianza que no podían tener en sí mismos, é hicieron ver á los realistas la necesidad de desplegar su acostumbrado arrojo é ingenio para destruir de un golpe al genio errante de la revolución.

No podía ofrecerse á estos valientes una perspectiva más agradable; había llegado el momento tan apetecido de poder venir á las manos con sus enemigos, que al favor de sus conocimientos topográficos y de su práctica en la guerra de montaña, habían burlado de continuo sus operaciones más bien combinadas. La existencia de aquellas gavillas se debía á la presteza de sus retiradas; era, pues, seguro el triunfo el día en que, perdiendo su criminal cordura, se atreviesen á esperar á pie firme á los que no tenían más deseos que los de medir sus victoriosas armas.

Tomadas por el comandante Concha las disposiciones del ataque, lo emprendió á las once de la mañana con

tal viveza, que adelantándose el bizarro capitán Gómez sin reparar en las dificultades que presentaba el terreno, se pusieron en precipitada fuga casi á un mismo tiempo las tres divisiones indicadas, contra las que se lanzaron los esforzados realistas que habían jurado su total exterminio.

Morelos, con uno de los pelotones principales de los dispersos, había tomado la dirección del gran cerro contiguo á la loma de su formación, sobre cuya cima pensaba hacerse fuerte con un cañón que había podido salvar de la refriega; pero tomado éste á mitad de la cuesta por la valiente caballería contraria, y acuchillada sin piedad aquella fuerza, fué aprehendido finalmente el prófugo Morelos en una de las cañadas, por el teniente de realistas de Tepecuacuilco, D. Matías Carranco.

Los últimos restos de los facciosos, sacando fuerzas de su misma desesperación, se formaron en una de las barrancas inmediatas al camino real de Coesala, para ofrecer nuevos laureles á sus implacables perseguidores; la pérdida de los rebeldes no bajó de 300 hombres, inclusive 30 prisioneros, que fueron fusilados en Atenango.

Tan sólo se sustrajeron á la muerte los que tomaron la fuga con mucha anticipación. Dos cañones con todas sus municiones, porción considerable de armas de chispa y corte, todo el equipaje de Morelos y de los cabecillas que lo acompañaban, y, finalmente, cuanto existía en su campo, contribuyeron á ilustrar el triunfo de aquella jornada. Morelos y su capellán mayor, Morales, fueron asegurados en estrechas prisiones para sacar de tan feliz detención todo el partido que proporcionaban las circunstancias.

Los buenos oyeron con placer tan fausta noticia, y se entregaron á las más lisonjeras esperanzas de ver terminada prontamente la revolución, faltando el genio inquieto que la fomentaba; los amantes de la independencia se esforzaban en desmentir aquellos sucesos, hasta que, desengañados por la misma comparecencia de aquel ídolo de su culto, quedaron sumidos en la más profunda triste-

za, y llenos de la más viva aprensión de que entre los papeles que le habían sido ocupados se hallasen indicios de complicidad. Temblaban, sobre todo, los disidentes establecidos en la capital, que conocían las dificultades de alucinar á un jefe tan experto y astuto, en cuya sutil penetración se estrellaban todas las asechanzas y artificiosos manejos de la intriga.

Cuando esperaban una providencia de rigor y proscripción, que no dudaban tendría efecto en el mismo día 21 de Diciembre, en que fué fusilado el citado Morelos, después de haber confesado sus horrendos crímenes, é implorado por ellos humildemente la misericordia divina (1), se dió en su vez un indulto generoso que, dando

(1) Aunque por no faltar á la verdad histórica haya sido preciso hacer mención de algunos eclesiásticos extraviados momentáneamente de la senda de la fidelidad y de la virtud, tenemos la satisfacción de observar que su número ha sido infinitamente menor, según hemos indicado en otro lugar, que el de los dignos ministros del altar; la mayor parte de aquéllos se lanzaron en la revolución por una falsa idea de que iban á defender al Monarca legítimo contra las miras ambiciosas de Napoleón; otros adoptaron la desleal divisa porque se figuraron que los pueblos de América habían de ser más felices gobernándose por sí mismos; pero los más han abjurado públicamente sus errores, y todos detestan en la actualidad al inmoral é irreligioso Gobierno insurgente, que tan funesto ha sido á la verdadera creencia. Convencidos, pues, de que sólo bajo el benéfico influjo del Soberano español puede la Religión conservar todo su lustre y esplendor, ansían por que llegue el dichoso momento en que se imponga el debido freno al vicio y á la impiedad.

No debe, por lo tanto, sufrir el menor desdoro la benemérita y respetable clase de los individuos dedicados al sacerdocio: uno, dos ó más casos de excepción á la regla general, no podrán jamás rebajar el alto concepto á que se han hecho acreedores por sus ejemplares virtudes, y por su celo verdaderamente apostólico, así como tampoco refluyó sobre el santo carácter de los discípulos de nuestro Divino Redentor la perversa conducta de uno de sus miembros. Nos ha parecido conveniente dar estas aclaraciones para evitar toda siniestra interpretación de parte de los que, no estando bien arraigados en la fe, pretendan valerse de estos hechos aislados para deprimir á esta distinguida clase, que forma el principal objeto de nuestro respeto y veneración.

nuevo lustre á las virtudes del jefe superior, llenó de confusión y vergüenza á los que, siguiendo el errado camino de la seducción y del vicio, llegaron á conocer finalmente la sinrazón de su rebeldía.

La prisión, pues, de Morelos fué uno de los triunfos más ilustres conseguidos por los realistas durante el período de la revolución hispano-mexicana: este terrible golpe acabó de desconcertar las esperanzas de los más obstinados. Ya desde este momento tomó la guerra un aspecto menos feroz, á pesar de que algunos de los principales cabecillas permanecieron todavía en su criminal protervia; los que se congregaron en Tehuacan para dar un sucesor á Morelos, no lograron ponerse de acuerdo sobre la elección; y, guiados exclusivamente por su peculiar interés, se dividieron en bandos, habiendo sido el más fuerte el que se declaró por Terán, quien llegó á aprisionar, y aun á amenazar con la muerte, á varios de sus compañeros.

Reunido, pues, el quimérico gobierno bajo la dirección del citado caudillo, tomaron los satélites que lo rodeaban el nombre ruidoso de supremo congreso mexicano, y tuvieron la avilantez de dirigirse á las naciones europeas como legítimos representantes de un pueblo libre.

Esta farsa, sin embargo, no mejoraba de modo alguno la crítica posición de su ilícito empeño; sus expirantes esfuerzos se estrellaban, como siempre, en la bizarría de los realistas; sólo la temeridad más indiscreta y el más rabioso despecho, podían hacer tener las armas en las manos á un puñado de proscriptos que, por doquiera que dirigían sus pasos, hallaban la espada vengadora de la justicia. Las tropas del Rey contaban el número de sus triunfos por el de las veces que llegaban á las manos con los últimos restos de aquella feroz revolución.

Así sucedió á las gavillas de Vargas, González, Mauriño y Herrera, que, en número de 500 caballos y 60 infantes, habían tenido el atrevimiento de atacar, á mediados de Noviembre, al destacamento de Tlayacapa, y se

hallaban cometiendo las mayores extorsiones; pero, como hubieran llegado á las manos con el capitán D. Vicente Lara, fueron completamente derrotadas, dejándose en el campo más de 30 muertos, y huyendo toda aquella chusma en la más horrorosa dispersión.

No habían salido menos escarmentados 2.000 facciosos que, pocos días antes, habían tenido la arrogancia de sitiar el pueblo de Tlapa, defendido por una débil guarnición; pues que, atacados por el bizarro Armijo, perdieron más de 200 hombres de sus mejores tropas, si bien su desesperada resistencia obligó á las del Rey á retirarse con 100 hombres puestos fuera de combate.

Ni tuvieron mejor suerte las gavillas que sitiaban al pueblo de Apan, ni las de Espinosa, Osorno, Inclán, Serrano, Vargas y Correa, que fueron batidas en varios encuentros por el sargento mayor D. Juan Rafols, y por el coronel D. Manuel de la Concha. Como una consecuencia de los reveses de los rebeldes, cuyo influjo se extendió por todas partes, entró asimismo el abandono de la terrible fortificación del Puente del Rey, dejando nueve piezas de artillería, una de ellas de á 18, gran porción de municiones, fusiles, morriones y víveres.

Esta azorada retirada fué producida por la alarmante voz de aproximarse las valientes tropas de los brigadieres Daoíz y Miyares, por las que había sido arrollada pocos días antes su caballería en las inmediaciones del rancho del Guaje, así como por el terror que les había infundido el teniente coronel D. José Joaquín Márquez y Donallo, quien, encargado de su persecución por el referido Miyares, se condujo con tanto honor y bizarría, que, causando á los facciosos la pérdida de más de 100 hombres, mereció los mayores elogios del virrey Calleja, y toda su división la más fina gratitud del gobierno y los más honoríficos recuerdos de sus compañeros.

Así se iba desmoronando la causa de la independencia sin que tuviera más apoyo que en el terco y desesperado valor de los cabecillas más comprometidos, quienes ha-

llaban siempre algunos secuaces entre la pillería y hez de las poblaciones, atraídos por el cebo del saqueo. No puede decirse, pues, que estuviera sofocada la revolución á fines del año 1815; pero se habían dado pasos agigantados para lograr este beneficio tan apetecido, como un resultado de los inmensos sacrificios prestados por los que defendían la causa de la razón y de la justicia.

CAPITULO VIII

(1816)

Estado abatido de los rebeldes á principios de 1816.—Brillante expedición del coronel Armijo sobre la Sierra Madre.—Otra del teniente coronel Güitian.—Varias acciones gloriosas á las armas del Rey.—Rendición de gran número de facciosos acogiéndose al indulto.—Entrada en Méjico del nuevo virrey D. Juan Ruiz de Apodaca.—Estado de los negocios cuando tomó el mando este benemérito general.—Nuevos esfuerzos de las tropas del Rey para completar la pacificación.—Progresos de la opinión á favor de la justa causa.—Desaliento de los campeones revolucionarios á consecuencia de sus repetidos contrastes, y su activa presentación á las autoridades realistas.

En todos tiempos había sido la aspereza de la Sierra Madre el asilo de los malhechores y de los enemigos del gobierno; después de las grandes derrotas que habían sufrido por las tropas del Rey, sólo entre aquellos riscos y quebradas podían hallarse libres de la persecución y del exterminio; pero como estos montes son tan dilatados, impenetrables por algunos puntos y faltos de población y de medios de subsistencias en los más, no es extraño que se pasease todavía por algún tiempo el genio de la revolución por aquellas profundas barrancas y empinados cerros.

Las valientes tropas realistas, que creían no haber hecho nada cuando les faltaba algo que hacer, y que abo-

rrecían el descanso mientras que hubiera enemigos que combatir en el territorio de su demarcación, siguieron su activa carrera por diferentes direcciones.

El bizarro Armijo dispuso con este fin hacer una penosa correría desde Tecpan, Teololoapan y Petatlan, destruyendo toda clase de recursos y concluyendo su expedición en el río de Mexcala, al frente de Acatlan, sobre Cerro Prieto, en donde el cura Herrera y el cabecilla Agüero habían construído fortines desde que se hubo aproximado Morelos á dichos puntos con objeto de obrar en combinación con las gavillas del rumbo de Tlapa.

Distribuyendo en siete secciones los 430 hombres de que se componía su división, y oficiando al mismo tiempo al coronel Villasana y al teniente coronel Pinoaga, para que ocupando el primero los pasos del río de Acatlan y el segundo los del Real del Limón, impidiesen la fuga de los rebeldes de Cerro Prieto, habían emprendido su marcha á mediados del anterior mes de Diciembre para Chichihualco, y siguió haciendo exploraciones sobre el terreno con muy pocos adelantos hasta el 5 de Enero del presente año, en que aproximándose al citado Cerro Prieto encontró 300 facciosos que lo guarnecían.

Apenas vieron éstos acercarse las tropas de Armijo abandonaron aquella posición, perdiendo alguna gente á manos de una descubierta de realistas que tuvo la felicidad de alcanzarlos. Al subir á la cima el jefe de la columna la halló coronada con más de trescientas casas de paja, con su comandancia, herrería, maestranza, fábricas de armas y otras oficinas. Fué inmediatamente destruída aquella fragua de la insurrección, y los varios destacamentos diseminados por aquel territorio se dedicaron á la persecución de los prófugos, con resultados felices, aunque parciales.

Con estos movimientos tan bien concertados se logró desembarazar de gavillas el extenso terreno de cerca de cincuenta leguas de ásperas montañas desde Coyuca, sobre la costa del Sur, Tetillas y Tlacotepec, hasta Acatlan,

á las orillas del río Mexcala, y treinta y tres al Poniente de este punto; se logró asimismo destruir el citado establecimiento de Cerro Prieto, que tenía aterrados á todos los habitantes pacíficos de los pueblos de aquella línea; privar á los rebeldes de los recursos de subsistencia; matarles alguna gente, hacerles 30 prisioneros, tomarles varios cajones de municiones y armas de fuego, 14 mulas y 200 cargas de maíz; y se obtuvo igualmente el feliz resultado de inspirar confianza á una multitud de familias emigradas y errantes para que regresaran á sus hogares.

Se habían fortificado otras gavillas de insurgentes en la escabrosa posición de Tlascalantongo, desde donde desafiaban todo el poder de las tropas realistas que se hallaban en aquellas inmediaciones. Era, pues, necesario destruir aquel baluarte de su insolencia: esta importante comisión fué conferida al teniente coronel D. Alejandro Alvarez de Güitian. Aunque la columna de este jefe se componía de solos 148 hombres, y la del enemigo ascendía á 400, no se paró un momento en las graves dificultades que se oponían al logro de sus deseos.

Midiendo en su vez la multiplicidad de los obstáculos por la extensión de los recursos de su ingenio y de su valor, se arrojó á aquella atrevida empresa, que habría desalentado á cualquiera otro que no hubiera poseído un grado tan sublime de firmeza y decisión. Su primitivo plan había sido el de obrar en combinación con los comandantes de Tulancingo y Tuxpan; mas como tardase á recibir avisos sobre los movimientos de estas columnas, á causa de la interceptación de correos, se decidió á dar el golpe por sí solo.

Amaneció el día 3 de Enero, que había de ofrecer al reino de México un digno modelo de valentía y empeño; habiendo emprendido su marcha el citado Güitian, se desembarazó de algunas emboscadas enemigas, y se situó á tiro de fusil de la referidas fortificaciones.

Rómpese un vivísimo fuego por ambas partes; el enemigo dirige sus balas sin tropiezo, al paso que las de los

realistas van á perderse en los parapetos; comprometido ya el jefe en aquella refriega, llega á dudar de la victoria; pero disponiendo que un destacamento de 50 hombres trepe por un peñasco tenido por inaccesible, desde cuyo punto podía hacerse una acertada puntería sobre los defensores de Tlascalantongo, se acobardaron éstos de tal modo, que ya no pensaron más que en salvarse con la fuga.

Fué, en su consecuencia, ocupado muy pronto dicho punto, que por falta de competente guarnición hubo de abandonarlo el vencedor, después de haber destruído todos sus parapetos, que tenían 368 varas de longitud y una y media de espesor. Esta brillante jornada, en la que los realistas pelearon algún tiempo á pecho descubierto, les costó la pérdida de 13 muertos y 27 heridos, muy inferior á la de los rebeldes, que se dejaron 48 cadáveres tendidos en el campo y 17 prisioneros, que expiaron sucesivamente en un suplicio sus horrendos crímenes.

El capitán D. José Brilanti atacó con su columna por la parte de Zacatecas, en la cañada llamada Ojo del Agua, al cabecilla Moreno, que con 200 hombres escogidos defendía sus posiciones con un terco y desesperado valor. Los realistas estaban muy distantes de desistir de su glorioso empeño á pesar de los mortíferos golpes recibidos en sus primeras cargas del ciego valor de unos malvados, cuyo despechado compromiso les ponía en la precisión de vender caras sus vidas; mas en esta ocasión tuvo más fuerza la prudencia de parte del jefe, que ordenó la retirada, hallando en estos valientes tanta sumisión en la disciplina como fiereza en los combates.

Cuando rehecho Brilanti y reforzado con algunas tropas del brigadier Negrete quiso volver á la pelea á los dos días, ya los facciosos habían abandonado precipitadamente sus fortificaciones, y en ellas un cañón, algunos fusiles, dos costales de pólvora y otros efectos. Esta expedición, si bien no fué coronada de un triunfo completo, sirvió á lo menos de terrible escarmiento á los rebeldes,

que tuvieron 100 hombres puestos fuera de combate, sin más quebranto por parte de los realistas que el de cuatro muertos, 20 heridos y varios contusos.

El comandante de Huejucar, dependencia de Zacatecas, D. Manuel Iriarte, tuvo ocasión de desplegar su bravura y de presenciar la de sus tropas, que escasamente llegaban á cien hombres, inclusas las milicias urbanas y los paisanos armados, resistiendo gloriosamente los impetuosos ataques que dieron contra el citado pueblo 700 facciosos capitaneados por Hermosillo, Magdaleno, Moreno, Valentín y otros cabecillas.

Llamada la atención de Iriarte por diversos puntos á un mismo tiempo, no era posible cubrirlos todos con la corta fuerza que tenía á su disposición. Prevalido el enemigo de esta ventaja llegó á saquear é incendiar la mayor parte de la población; mas no pudo penetrar por el fortín del Refugio ni por la iglesia, á cuyos puntos habían tenido que replegarse los realistas para salvarse del furor de la muchedumbre; pagó ésta, sin embargo, muy caro su momentáneo triunfo, pues que perdiendo 60 muertos, entre ellos al coronel Valentín, y mayor número de heridos sin lograr su principal intento, que era de hacer prisionera aquella guarnición, hubo de abandonar el campo con tanta mengua como irritación.

Los valientes defensores cantaron la victoria en medio de las humeantes ruinas de un pueblo tan decidido por la causa del Rey, y no bien enjutas todavía las lágrimas que la gratitud, el aprecio y el respeto que siempre infunden los guerreros esforzados habían hecho derramar por 24 de éstos, que con una inimitable decisión se habían abierto las puertas de la gloria.

No es menos recomendable la brillante expedición del coronel Armijo, principiada ya en Octubre del año anterior, y terminada á principios de éste con un reñido combate, sostenido en la cumbre de un cerro de la sierra del Camarón contra 600 rebeldes bien armados y resueltos á defender á toda costa sus ventajosas posiciones.

Aunque sólo contaba Armijo con 160 soldados, era tal el aliento que infundía á éstos la sola presencia de un jefe que tantas veces los había conducido á la victoria, que no titubearon un momento en lanzarse á la pelea; y aunque los esfuerzos de la resistencia fueron superiores á sus esperanzas, sirvieron tan sólo para aumentar el mérito del vencimiento.

Corrió la sangre de ambos lados como efecto consiguiente de un choque tan reñido, en que las respectivas posiciones caían alternativamente en poder de unos y otros; pero se dió finalmente la señal del triunfo al ver desistir á los facciosos de su encarnizado empeño.

Entre los sucesos más notables ocurridos en el mes de Febrero deben ocupar un lugar en la historia los progresos que hizo en la opinión una sección volante que el comandante de la división de Tula, D. Cristóbal Ordóñez, había enviado á las órdenes del capitán D. Francisco Manuel Hidalgo contra los insurgentes de la sierra de Monte Alto. Habiendo llegado á sorprender á la mujer é hijos del coronel faccioso Epitacio Sánchez, logró por este medio desarmar el brazo de aquel terrible enemigo.

Era éste por cierto de los más peligrosos por sus grandes relaciones en el país, por su práctico conocimiento de todo aquel territorio, por su fuerza descomunal, y por un arrojo tan extraordinario, que por estas relevantes prendas había llegado á adquirir la mayor celebridad entre los mismos disidentes. Convenido con el referido Hidalgo en el modo de acogerse al indulto, y de inspirar igual resolución á sus compañeros, estaba trabajando en la ejecución de tan noble proyecto, cuando la perversidad del doctor Magos se empleó en hacer los posibles esfuerzos para frustrarlo.

Su venenosa seducción obró efectos parciales; mas no consiguió paralizar los impulsos de aquel arrepentido insurgente; pues que á los seis días de su conferencia volvió á presentarse al jefe realista con un capitán y 13 soldados. Este triunfo, aunque insignificante al parecer,

produjo, sin embargo, las mayores ventajas á la causa del Rey. El influjo de un caudillo tan acreditado desalentó á no pocos de sus antiguos camaradas que perseveraban en su obstinación, de los que fué aquél su azote exterminador en varios encuentros, en que se condujo con una acendrada lealtad, que competía con su acostumbrado valor.

El teniente coronel D. Félix La Madrid con solos 60 infantes y 80 caballos ganó los más ilustres triunfos en la cañada llamada de los Naranjos, que se halla en el camino de Oajaca á Puebla, recibiendo impávidamente nueve ataques consecutivos que le dieron los insurgentes mandados por el famoso cabecilla Terán,con el objeto de apoderarse del rico convoy que escoltaba de 1.400 mulas. A pesar de un empeño tan terco y porfiado, fueron constantemente rechazadas aquellas gavillas, las que hubieron de abandonar finalmente el campo cubierto con 60 muertos, 3 prisioneros, varias armas de chispa y corte, monturas y caballos.

El coronel D. Agustín de Itúrbide tuvo á este tiempo una favorable ocasión de dar nuevos timbres á su fama. Se habían reunido todas las gavillas que existían en la línea de Lagos hasta Querétaro y todo el Sur de estas jurisdicciones, con más las de Tapia y Rincón, y cuantas había en la provincia de Valladolid desde Pátzcuaro inclusive por Zacapo, Parindícuaro y Angamacutiro hasta Puruandiro, bajo diferentes cabecillas presididos por el corifeo principal P. Torres.

Su número no bajaba de 1.400 hombres, la mayor parte acostumbrados á los más reñidos combates. Itúrbide contaba apenas con 8 artilleros, 200 infantes y 370 caballos; pero había sabido sujetar más de una vez á la misma fortuna y no tuvo por lo tanto el menor reparo en lanzarse contra aquella formidable reunión de gente desalmada y feroz, seguro de que la mejor disciplina de sus tropas había de compensar la desventaja del número.

Los facciosos por su parte, sumamente engreídos de su

preciado valor, habían tratado de aprovecharse de la separación accidental, por asuntos del servicio, de una parte de la división de dicho Itúrbide, y especialmente de la columna del valiente Orrantia, que se hallaba ocupada en la conducción del convoy de San Luis de Potosí, y por este medio no dudaban del triunfo, sin calcular que la decisión de sus contrarios, cualquiera que fuera su fuerza, se lo había de disputar con el mayor empeño.

Apenas había salido dicha división de Itúrbide del valle de Santiago, cuando fué sorprendida una de sus guerrillas por el grueso del ejército enemigo. Sin que se notase la menor alteración en el ánimo impávido del jefe realista, dispuso prontamente el ataque dividiendo su fuerza en varias secciones al mando de Monsalve, Pacheco, Reguera y Beistegui.

Ejecutado felizmente el movimiento general, aun antes de hacerse de día, se rompió un vivo fuego, que se extendió con igual furia por toda la línea, y en menos de ocho minutos fué decidida la acción, quedando arrolladas aquellas gavillas, puestas en dispersión y perseguidas algunas por el espacio de tres leguas.

Más de 100 facciosos muertos, entre ellos varios cabecillas de alta graduación, 37 fusiles, el parque enemigo, algunas armas blancas, un cajón de ornamentos y otros efectos fueron el premio de la constancia y bizarría de los realistas, conseguido con la sola pérdida de 15 hombres puestos fuera de combate.

El capitán D. Cayetano Rivera, correspondiente á la división del brigadier Miyares, sostuvo bizarramente diversos ataques dirigidos por triples fuerzas de los rebeldes á su regreso de la Antigua, á cuyo punto había conducido felizmente un convoy de víveres.

Grande fué la obstinación de los facciosos para obstruirle el paso, pero todos sus esfuerzos se estrellaron en los firmes pechos de aquella columna. Cuarenta muertos y 80 heridos que componían la tercera parte de la gavilla fueron el resultado de su temeridad.

El cabecilla Guerrero, ese fiero mulato que llegó por fin á tomar en su mano las riendas del gobierno mexicano, recibió un terrible golpe por la parte de Tulancingo del comandante D. Francisco de las Piedras, quien humilló por este medio la insolencia de quien pocos días antes había desechado con desprecio el indulto que le fuera ofrecido.

Entre las acciones de alguna importancia dadas en el mes de Marzo, debe hacerse mención de la que sostuvo el coronel D. Francisco Hevia en la barranca de Apapasco, sobre el rumbo del Sur, contra 500 rebeldes de á caballo. Atacados vigorosamente por la infantería realista fueron desalojados de aquel punto, y llegando en su auxilio el resto de la columna los persiguió hasta otra barranca, llamada de Ixtlahuaca, por la que se arrojaron, perdiendo muchos muertos, 5 prisioneros, entre ellos el insigne cabecilla Mateo Colín, varias armas de fuego y 90 caballos, sin la menor desgracia por parte de las tropas del Rey.

A los muchos rasgos de ferocidad y barbarie de que están llenas las páginas de la historia mexicana, debe añadirse el cruel destrozo que hizo el cabecilla González hacia este tiempo en el pueblo indio de Huichilac, distante tres leguas de Cuernavaca, degollando sin distinción de sexos ni edades á todos aquellos habitantes indefensos que pudieron haber á las manos, y que no bajaron de ciento. Se estremece el alma al referir unos ultrajes tan irritantes á la moral y á la religión; pero aquellos empedernidos corazones parece se recreaban con arrancar las palpitantes entrañas de las víctimas que habían destinado á saciar su natural sevicia.

Es asimismo digno de especial recuerdo el empeñado choque que sostuvo á diez leguas de Tecpan el teniente D. José Navarrete con su destacamento de 100 hombres contra 700 insurgentes mandados por los cabecillas Montes de Oca, Juan Galeana y otros; irritados éstos al ver una resistencia tan desesperada, se valieron del ardid de

arrojar combustible sobre las casas de Palma, alrededor de las cuales habían formado los realistas sus trincheras; mas ni el incendio que los devoraba, ni el horroroso tiroteo que se había aumentado para acabar de introducir el espanto en aquel puñado de valientes, hizo en ellos la menor impresión á pesar de haber recibido dos balazos su digno comandante.

Sería el medio día del 17 de Marzo cuando calmó la fuerza del fuego hasta las cinco de la tarde en que llegó el ayudante mayor del escuadrón del Sur con una partida de 150 hombres de infantería y caballería, habiendo ya de paso dispersado dos numerosas emboscadas que le aguardaban.

Alentados los defensores con este refuerzo hicieron una vigorosa salida que decidió de la acción, recibiendo por premio la precipitada fuga del enemigo después de haber perdido más de 100 hombres, un cañón, tres cajas de guerra, varias armas de fuego, flechas, caballos y mulas, si bien fué costoso el mérito de la victoria por la sensible baja de 9 muertos y de 22 heridos, que sufrió aquella bizarra columna.

Entre las importantes ventajas que tuvo el partido realista en el mes de Abril debe contarse la presentación al indulto de 4.790 facciosos, pertenecientes á la comandancia militar de Tutotepec y de Tulancingo, como resultado del bando publicado en Diciembre anterior; y entre los hechos de armas más gloriosos de esta época deben citarse los golpes dados por el comandante general de los Llanos de Apan, coronel D. Manuel de la Concha, á las gavillas de Osorno, Espinosa, Inclán y Serrano en las inmediaciones de Venta de Cruz y en la hacienda de Santa Inés, pueblo de San Felipe y llanadas de Ometusco, en cuyos últimos encuentros habían recibido ya refuerzos del cabecilla Gómez. La pérdida que tuvieron en estas acciones no bajó de 150 muertos y de un número mayor de heridos, habiendo sido muy corta la de las tropas realistas.

Merece ser recordada asimismo con elogio la fidelidad y bizarría de 150 indios de la sección de Tutotepec, quienes sin más armas que 2.000 jaras y 50 arcos resistieron en los llanos de Temascalillos dos ataques impetuosos de los rebeldes: el primero contra 60 de ellos, del que salieron victoriosos, y el segundo contra más de 300, á cuyo inmenso número hubo de sucumbir su ardiente entusiasmo después de haber dado las más terribles pruebas de su arrojo, de cuya gloria participaron también 20 mujeres que los acompañaban.

El teniente coronel D. Felipe Castañón, que mandaba una de las columnas de la Comandancia militar de Salvatierra, tuvo un encuentro sumamente feliz en el rancho de las Estacas contra los rebeldes P. Torres, Lucas Flores, Santos Aguirre, Hermosillo, Borja, Villarreal y otros. Como éstos se hallaban á la otra parte del río grande, fué preciso superar aquel obstáculo con agua hasta los pechos; pero ejecutaron sus tropas esta operación con tanto entusiasmo, que desconcertada aquella chusma se entregó á una fuga desordenada, dejando tendidos en el campo 31 hombres, perdiendo otros muchos en el paso de dicho río, por donde trataron de substraerse á la persecución de sus contrarios, además de 11 prisioneros, 53 caballos, 14 armas de fuego, porción de lanzas y machetes.

Los coroneles D. José Ruiz y D. Francisco Javier de Llamas, el teniente coronel D. Tomás Peñaranda y todos los oficiales y soldados que componían la columna que había salido de Veracruz escoltando un convoy para Orizaba y Córdoba, compuesto de más de 3.000 mulas, adquirieron un mérito extraordinario con haber salvado todas sus cargas de la rapacidad de los facciosos, que reunidos en gran número habían tomado los principales puntos de Chiquihuite, paso del Macho, puente de Atoyac, y que por todo el camino fueron tiroteando á las tropas realistas, lanzándose á cada momento sobre los flancos de tan numerosa caravana.

La pérdida que éstos sufrieron en muertos y heridos

fué muy inferior á la de los facciosos, quienes vieron estrellarse todas sus esperanzas en la impavidez de los españoles, sin que lo fuerte de sus posiciones y ventajas del terreno hubieran opuesto el menor tropiezo á los que estaban acostumbrados á despreciar todo peligro.

Como correspondientes al mes de Mayo debe hacerse mención de algunos empeños militares que, aunque parciales, dieron mucho lustre á las armas de Castilla: uno de ellos fué el que trabó el teniente coronel D. Vicente Lara, dependiente de la división del coronel D. Pedro Menezo con las gavillas de Vargas, González, Guadarrama, Carrión, Mariño, Roldán y Rojas, reunidas en la hacienda de Agua Amarga, componiendo una fuerza de 500 hombres bien montados, armados y vestidos.

A pesar de la gran desigualdad de fuerzas quedaron vencidos los facciosos, perdiendo más de 40 muertos, mayor número de heridos, muchas armas y caballos. Su dispersión fué tan horrorosa, que el mayor grupo no llegaba á 20 hombres. El capitán de Fernando VII, D. Joaquín Rivaherrera, que se unió á Lara en el cerro de los Ailes, participó del honor del triunfo, al que había contribuído con todo su esfuerzo.

El infatigable coronel Armijo, que se desvivía por restablecer la tranquilidad en el territorio del Sur, confiado á su mando, salió á batir una gavilla de rebeldes que se había atrincherado en el fértil valle de Huamustitlan. Distribuída su fuerza en tres trozos, el primero de los cuales puso bajo la dirección del capitán D. Juan Isidro Marrón; el segundo, bajo la del teniente coronel D. Manuel del Cerro, y confiando el tercero al teniente D. Felipe Gabarrado, se procedió á dar ejecución al plan de ataque concertado con la mayor maestría.

Estrechados los rebeldes por todas partes, y desconfiando de poder resistir al superior ingenio y fortaleza de ánimo de los realistas, se entregaron á la más torpe dispersión, pereciendo casi todos en esta fatal jornada. Cuarenta muertos y 55 prisioneros fueron el fruto de tan bien

combinado movimiento: tan sólo 20 pudieron substraerse á la muerte fugándose desde una eminencia en la que se habían colocado con anticipación; los restantes, hasta el número de 150, que era el total de la gavilla, se desplomaron por aquellas barrancas, en las que hallaron su sepulcro; 500 flecheros enemigos, situados en las cimas de aquellos montes, huyeron precipitadamente tan pronto como vieron la completa victoria de los realistas, cuya derrota esperaban en su vez para caer desordenadamente sobre el campo de batalla.

El capitán D. José María Luvián, comandante militar del distrito de Tutotepec, acreditó nuevamente su bizarría é ingenio en la feliz expedición que dirigió contra las partidas de Barrada, Leiva, Mendoza, Isla, Martínez y Ortiz, que se habían fortificado en el cerro de Tecolotla. A fuerza de marchas y contramarchas emprendidas artificiosamente con el objeto de sorprender al enemigo, se presentó á su frente, arrejándose sobre aquellas posiciones por donde menos lo aparentaba: de este modo logró apoderarse del fortín más elevado, matando en él á los cabecillas Mendoza y Trejo, que lo defendían con 15 de sus compañeros escogidos. Todos los demás facciosos que se hallaban por aquellas sierras fueron perseguidos vigorosamente, pereciendo muchos de ellos entre aquellos derrumbaderos y quebradas.

Á pesar de una derrota tan completa, tanto más importante cuanto mayor había sido su confianza de que las tropas del Rey nunca llegarían á tomar posesión de aquel cerro, reconocido por el más alto de la sierra, volvieron al día siguiente á obstruir la marcha al bizarro Luvián, apoyándose en las ventajas del terreno; pero la serenidad con que se formó al momento la columna realista, y la no menor prontitud con que se lanzó sobre aquella chusma, la aterró de nuevo y la puso en el mayor desorden y confusión; y, dando caza al mayor trozo, que se dirigía hacia Tlacuilo, llegó oportunamente á aquel pueblo para salvarlo de las extorsiones de las hordas forajidas.

Lejos de desistir éstas de sus criminales intentos, después de tantos y tan continuados desastres, se presentaron de nuevo al día siguiente á hostigar á las tropas del Rey desde los cerros más empinados, y continuaron en su terco empeño, aunque con ninguna clase de ventaja, hasta que Luvián regresó al pueblo de Tutotepec, que lo era el de su residencia militar.

A pesar de los muchos golpes que recibían los rebeldes, parece que renacían de sus mismas cenizas; momentos había en que se creía enteramente sofocada la insurrección, y á los pocos días hormigueaban por todas partes las gavillas; sería demasiado prolija la relación de los infinitos choques parciales que se dieron desde el mes de Junio hasta la entrada del nuevo virrey; apuntaremos, sin embargo, los que pueden empeñar mayormente la atención pública.

El teniente D. Felipe Guillén, dependiente de la quinta división, se apoderó del pueblo de Uruapan, matando 3 insurgentes y haciendo 78 prisioneros. El teniente D. Blas Magaña deshizo, en las inmediaciones de Irapuato, al cabecilla Camilo Lozano y á toda su partida. Don Manuel Ormigo, que salió á una expedición marítima del puerto de Veracruz, rechazó hacia la punta de Bernal los ataques de una goleta enemiga mejor artillada y tripulada, la que sufrió una pérdida considerable.

El capitán D. Luis Correa destruyó á una numerosa gavilla que se hallaba en una de las islas del Mexcala, al mando de Luis Chaves, causándole el terrible quebranto de 343 muertos, cuyo sangriento choque, si bien honroso á las armas del Rey, fué sumamente sensible, por haber sido puestos fuera de combate más de 100 hombres.

El alférez D. José Martínez, con solos 33 soldados de que se componía su partida, destrozó la de 200 facciosos mandados por cinco cabecillas, en el distrito de Yautepec, matándoles más de 30, apoderándose de 40 caballos y de muchas armas de chispa y corte, así como de algunos prisioneros. El teniente coronel D. Felipe Castañón

se apoderó de la isla de Jaricho, en la que los rebeldes habían formado una línea de circunvalación de 2.238 varas de extensión, 3 de altura y otras tantas de espesor, con más 5 fortines en los cinco ángulos que forma el cerro.

El día 24 de Septiembre lo fué de alegría y contento para todo México, por la entrada pública que hizo en la capital el nuevo virrey, teniente general D. Juan Ruiz de Apodaca. Como algunos enemigos de Calleja hubieran representado á la Corte de España contra la severidad y dureza de este jefe, á la que atribuían principalmente la causa de que no hubiera quedado ya destruída la revolución, fué nombrado para este alto destino el citado Apodaca, cuya dulzura de costumbres, afabilidad de porte, y un carácter pacífico y conciliador, de que estaba adornado, daban las más sólidas garantías de que aprisionaría la voluntad de los rebeldes mexicanos con la misma rapidez con que había sabido ganarse la confianza de los habitantes de la isla de Cuba, en la que había logrado restablecer con sus benéficas providencias la calma, que la insurrección de Aponte había hecho desaparecer en 1812.

Es incomprensible cómo después de tantos triunfos conseguidos por las tropas realistas durante el gobierno de los dos anteriores virreyes no se hubiera extinguido totalmente el espíritu de la sedición. El celo, la laboriosidad y los sacrificios empleados por ambos debieran haber producido tan brillante resultado. Resplandece sin embargo su distinguido mérito en haber sabido sostener la autoridad real en los momentos más críticos del ardor revolucionario.

La gloria de la completa pacificación estaba reservada para otro jefe más afortunado; éste llegó á recoger el fruto de la constancia y firmeza de sus antecesores. No es nuestro ánimo rebajar los brillantes servicios del señor Apodaca, ni manifestar que cuando tomó posesión de aquel virreinato no necesitara hacer todavía uso de los esfuerzos de su brazo é ingenio; la misma narración

de los sucesos indicará los tropiezos que hubo de vencer para lograr tan plausible resultado.

Sin embargo de que el país estaba aún infestado de guerrillas, no eran éstas tan formidables como lo habían sido en los tiempos pasados, ni sus caudillos podían igualarse en recursos guerreros á los muchos que habían ya sucumbido al brazo de la justicia. La gran resistencia que hicieron los nuevos campeones fué en las escabrosas sierras, en las que formaron infinidad de fortines, cuya destrucción por sí sola, independientemente de los demás hechos de armas, recomienda altamente los desvelos del jefe superior y los servicios de sus tropas.

Cuando el Sr. Calleja dejó el mando de México era la siguiente la posición de las principales gavillas: En Tehuacan de las Granadas se hallaban los Teranes, en comunicación con los rebeldes de Oajaca; en los llanos de Apan, Osorno y Serrano; en la provincia de México, el padre Izquierdo y el indio Pedro Asensio; en Cóporo, los Rayones; en la provincia de Guanajuato, los Pachones; en la sierra de Jalpa, inmediato á Querétaro, el padre Torres; por el rumbo del Sur guerrero, Zabala y otros, extendiendo sus correrías desde Zacátula hasta Acapulco; en la provincia de Veracruz, Guadalupe Victoria y otras muchas bandas, que de tal modo tenían interceptadas las comunicaciones, que el mismo Apodaca se vió asaltado por ellas al subir á México, y obligado á ponerse á la cabeza de su escolta para abrirse paso con la espada, quedando sumida su familia en el mayor sobresalto y consternación hasta que fueron allanados todos los obstáculos con la oportunidad de sus medidas y con el noble ejemplo de su valor.

ESTADO DE LA FUERZA ARMADA A ESTA SAZÓN

DEPARTAMENTOS	Nombres de los comandantes.	Número de hombres.
División de México........	El virrey....................	2660
Idem de Apan...........	Coronel D. Manuel de la Concha...................	1510
Sección de Huejutla.......	Teniente coronel D. Alejandro Alvarez de Guitian........	151
Ejército del Sur...........	Brigadier D. Ciriaco de Llanos.	6659
División de Veracruz....	Mariscal de campo D. José Dávila....................	6482
Tropas de Tabasco........	Coronel D. Francisco de Hevia.	968
Idem de la isla del Carmen...................	Coronel D. Cosme Ramón de Urquiola..................	339
División del rumbo de Acapulco..................	Coronel D. José Gabriel de Armijo.....................	2651
Sección de Toluca.........	Teniente coronel D. Nicolás Gutiérrez..................	282
División de Ixtlahuaca....	Coronel D. Matías Martín y Aguirre...................	787
Idem de Tula............	Coronel D. Cristóbal Ordóñez.	883
Idem de Querétaro........	Brigadier D. Ignacio García Rebollo..................	991
Ejército del Norte	Coronel D. Agustin de Itúrbide.	3803
Idem de Reserva..........	Mariscal de campo D. José de la Cruz..................	3363
División de San Luis Potosí.	Brigadier D. Manuel María de Torres...................	614
Idem de las provincias internas Orientales..........	Brigadier D. Joaquín Arredondo..................	3987
Idem de las Occidentales...	Mariscal de Campo D. Bernardo Bonavia.................	279
Antigua California........	Capitán D. José Argüello.....	109
Nueva California.........	Teniente coronel D. Pablo Vicente Sola.............	3665
		39436

La guerra, pues, continuó con bastante actividad, aunque ya había principiado á obrar prodigiosos efectos el

último indulto ofrecido á los rebeldes, muchos de los cuales se habían acogido á él antes de la entrada del nuevo virrey. Empero la favorable opinión que precedió á este digno general, la mayor confianza que inspiró á los disidentes por la sola circunstancia de no tener ofensas personales que vengar en el país, y el acierto con que las columnas ambulantes desempeñaron sus respectivas funciones, hicieron que insensiblemente fuera desapareciendo de aquellas regiones el genio revolucionario, y que á los pocos meses estuviera casi desarmado el brazo aun de los más obstinados, que habían jurado morir defendiendo su ilegítimo empeño.

Varios fueron, sin embargo, los choques que prepararon esta época feliz; y si bien todos ellos importantes, aunque ninguno merezca el nombre de batalla, nos limitaremos á pasar en revista aquellos tan sólo que más pueden empeñar la atención pública.

Como pertenecientes al mes de Octubre deben citarse el ataque que el teniente D. José García, de la división del coronel Orrantia, dió á los cabecillas Gutiérrez, Sánchez Chico, Jesús y Trinidad González, que con 500 hombres habían atacado el tiro de Rayas, nombrado Santa Rosa, en la mina de Santa Anita: la heroica defensa que el capitán D. Lucas del Valle hizo con 50 soldados, de que se componía su partida, en el pueblo de Tancoco, contra una numerosa reunión de 600 rebeldes, capitaneados por el coronel Caraballo, quien fué muerto en aquella refriega con otros muchos de sus compañeros: el combate que dió el teniente coronel D. Juan Francisco Luengas, en Puerto de Nieto, provincia de Querétaro, contra las partidas de Tovar y Vargas, á las que destruyó completamente, matándoles 20 hombres é hiriéndoles un número considerablemente mayor: el choque del capitán D. Higinio Suárez en la hacienda del Cubo, provincia de San Luis de Potosí, contra la partida del rebelde Ribera, quien, sorprendido al amanecer, huyó del modo más vergonzoso, dejando 8 hombres degollados en el acto, 18

prisioneros, 200 remontas y algunas armas: y los golpes que el teniente D. Antonio López Santa Ana dió en San Campus y Cotastla á toda la facción rebelde dirigida por Guadalupe Victoria, Francisco de Paula y otros cabecillas, cuyos resultados fueron la pérdida de unos 100 hombres, entre muertos, heridos y prisioneros, y el escarmiento y la precipitada fuga de aquellos miserables, pervertidos con el venenoso influjo de sus despechados caudillos.

Una de las acciones que más brillaron en el mes de Noviembre fué la destrucción del cabecilla Bravo, en la provincia de Puebla, por el capitán D. José Vicente Robles, á cuya consecuencia quedó libre de enemigos todo el rumbo de Jonacate, Teotlalco y Chautla. El coronel D. José Morán, de la división del brigadier Llano, sostuvo un glorioso combate en las lomas de Santa María con solos 300 hombres, contra 1.040 á que ascendían las partidas reunidas de Terán, Osorno, Gómez, Inclán y otros. Un obús, un cañón de á cuatro con todo su parque, 72 prisioneros, 46 muertos, bastantes armas y pertrechos, fueron el fruto de tan brillante jornada, conseguida con la sola pérdida de 4 realistas muertos y 7 heridos.

El coronel Márquez y Donallo desempeñó con el mayor acierto la expedición que el brigadier Llanos confió á su cuidado para que con 1.000 infantes y 220 caballos se apoderase del fuerte de Monte Blanco, situado en lo más áspero de la sierra de Orizaba. Después de haber superado todos los obstáculos del terreno y de una tenaz resistencia, se hallaba ya próximo á dar el asalto cuando los facciosos imploraron el real indulto que este generoso jefe se determinó á concederles, esperando ganar con un acto tan señalado de clemencia otros tantos fieles vasallos del Monarca español. Demolida aquella fortaleza que por tanto tiempo había sido el abrigo de la insurrección, entró el valiente Donallo en la villa de Orizaba, cargado de preciosos trofeos, entre las aclamaciones del pueblo.

Hacia el mismo tiempo se cubría de gloria el teniente coronel D. Saturnino Samaniego en la cañada de los Naranjos, distrito de Izucar y provincia de Puebla. Con solos 110 hombres de que se componía la partida de dicho jefe, fueron completamente derrotadas las numerosas gavillas que defendían aquellas posiciones bajo la dirección de los cabecillas Guerrero y Juan del Carmen. Sesenta rebeldes muertos y porción considerable de armas, pertrechos y caballos coronaron el triunfo de tan bizarra acción.

El capitán D. José María Luvian, comandante de Huauchinango, emprendió una expedición sumamente feliz contra el rebelde Aguilar, recorriendo los pueblos de Ocomantla, Tlascalantongo, Apapantilla, el cerro de la Canoa, la mesa de San Diego, Tihuatlan y Tuxpan, y penetrando por los lugares más ásperos de la serranía, en la que ejercía su devastador influjo aquel malvado con más de 600 hombres de su facción. El resultado de tan penosa marcha, en la que tanto brilló la constancia y decisión de los realistas, fué la pérdida de 51 insurgentes muertos en el campo de batalla, 11 fusilados, siete prisioneros y 100 indultados, sin más quebranto por parte de las tropas del Rey que la de un oficial muerto, cinco soldados heridos y algunos contusos.

El ya citado teniente coronel Samaniego se batió por tercera vez con los rebeldes con gloria nada inferior á la que consiguió en las acciones ya descritas. Habiendo sabido el rebelde Terán que dicho jefe realista se dirigía hacia el pueblo de San Jerónimo, distante cinco leguas de Acatlan, creyó que la superioridad de su partida, que no bajaba de 500 hombres, le haría triunfar de su formidable adversario, á quien deseaba dar un golpe decisivo que lavase la afrenta de sus recientes derrotas.

Salió con esta idea al paraje llamado de la Noria, que dista dos leguas del citado pueblo de Acatlan; preparado Samaniego oportunamente para el combate, hizo avanzar al capitán Zambrano, con una parte de la caballería, á re-

cibir el primer empuje del enemigo: venía éste muy ufano, aparentando una imperturbable serenidad y bizarría; pero nada era capaz de abatir la fortaleza de ánimo de los realistas.

El choque fué sangriento y obstinado; las acertadas maniobras de Samaniego acabaron de fijar la victoria. Puestos los facciosos en la más desordenada fuga, ya no pensaron sino en la conservación de sus miserables vidas á beneficio de la aspereza del terreno; fueron en gran número los fusiles que arrojaron á las profundas barrancas; perdieron asimismo un cañón de á cuatro, que los realistas llevaron á Huajuapan; 40 muertos, entre ellos el segundo de Terán, y 80 heridos completaron aquel cuadro de confusión. Contribuyó no poco á ilustrar tan precioso triunfo la poca pérdida experimentada por los realistas, que fué tan sólo de dos muertos y 12 heridos.

El comandante de Tuxpan, D. Carlos María Llorente, que había salido contra el cabecilla Aguilar, que había tomado nuevamente posición en Poloblanco, consiguió arrojarlo de aquel punto, causándole el mayor quebranto y apoderándose de muchos caballos y mulas, cabezas de ganado vacuno, armas blancas y de fuego, chaquetas nuevas de uniforme y la bandera del supuesto batallón de Papantla. Después de haber reducido á cenizas dicho cantón, con el parque de los rebeldes y otros efectos de penosa conducción, se dirigió á Palogordo, en donde se abrigaban asimismo algunos insurgentes, que huyeron á los montes tan pronto como vieron aproximarse las tropas realistas, sin que éstas pudiesen causarles más daño que el de incendiar aquellas infernales guaridas.

No fué menos feliz el capitán D. José Rincón en la expedición que emprendió desde la Antigua con 300 hombres sobre el punto llamado Boquilla de Piedras, en el que habían construído los insurgentes un fortín, que era el centro de sus correrías por la costa del seno mexicano; después de dos horas y media de un combate encarnizado logró arrojar al enemigo de aquella posición; 40 muer-

tos, 10 prisioneros, cuatro obuses, un cañón de á doce, siete de á seis, dos de cuatro, uno de á uno, 185 fusiles y carabinas, porción considerable de provisiones de guerra y boca y otros pertrechos militares fueron los trofeos con que ennobleció el escudo de sus armas aquel esforzado oficial, sin más pérdida por su parte que la de cinco muertos y 16 heridos.

Los repetidos choques que dieron las tropas del Rey á los insurgentes en la provincia de Guadalajara, si bien les añadían nuevos timbres, así como al general Cruz, que los dirigía con infatigable celo, demostraban, sin embargo, la existencia de un foco revolucionario, que no podía extinguirse por más esfuerzos que se aplicaban para lograr tan feliz resultado, si no se destruía la principal madriguera de los sediciosos, que eran las islas de Mexcala.

Consiguió tan importante triunfo el citado Cruz, estrechando con el más riguroso empeño el sitio de aquellas respetables posiciones, de modo que careciendo sus defensores de víveres y recursos, se rindieron á la intimación que les fué dirigida en 23 de Noviembre, y en su consecuencia tomaron las tropas del Rey posesión de ellas en el día 25, así como de 17 piezas de artillería y de cuantas municiones, armas y pertrechos se hallaban encerrados en aquel recinto de indomable valor y resistencia.

Las columnas que más se señalaron á fines de este año fueron la del teniente D. Santiago Mendoza, dispersando la gavilla de Moreno, que tenía interceptado el camino de Lagos á la Ciénaga; la del comandante D. José Ignacio Ortiz de Rosas y del capitán D. Manuel Campos, que adelantándose hacia el Comedero lograron sorprender al cabecilla Hermosillo, causándole la pérdida de 11 muertos, 18 prisioneros, 31 fusiles, 100 caballos, algunas pistolas, sillas, lanzas, machetes y una carga de municiones; la del teniente coronel D. Luis Quintanar, que se apoderó por capitulación del fuerte de Cuiristarán ó San Miguel, y de 11 cañones, dos obuses, 12.000 tiros de bala y metralla, 6.000 cartuchos de fusil y otras varias provisiones

de guerra y boca; y finalmente la del capitán de frontera D. Luis Correa, que derrotó completamente la gavilla de Rafael Rayón, causándole un horroroso quebranto, y la pérdida de porción considerable de caballos, cajones de parque y equipajes.

Estos brillantes hechos de armas rectificaron notablemente la opinión del país á favor de los reales derechos. Fué desde este momento numerosísima la presentación de facciosos al generoso indulto prolongado por el virrey Apodaca; no fué menor el empeño con que lo solicitaron los rebeldes de las demás provincias: entre éstos, debe hacerse particular mención del cabecilla Vicente Gómez, que rindió asimismo las armas con los 66 hombres de que se componía su partida.

El generoso perdón concedido á un hombre tan perverso, que había empapado repetidas veces sus sacrílegas manos en la inocente sangre de los españoles, haciendo mutilaciones, las más dolorosas é inhumanas, de las que tomó el epíteto por el que es conocido en los anales de aquella bárbara revolución; la religiosidad con que se cumplió la promesa de un total olvido por ofensas tan ultrajantes á la misma naturaleza, fué un nuevo testimonio de la magnanimidad del Gobierno español, y de la seguridad con que podían contar los que se entregaran ciegamente á su disposición.

Este fué el golpe principal que descoyuntó la hidra revolucionaria: el espíritu de reconciliación y fraternidad se propagó rápidamente por todas direcciones, y recorrió aquellos inmensos países con la misma presteza con que se había comunicado anteriormente el pestífero veneno de la sedición. Así, pues, habríamos visto á los pocos meses del año siguiente completamente desarmada la facción desorganizadora, si el aventurero Mina no se hubiera presentado á dar nuevo pábulo á aquel apagado fuego.

CAPÍTULO IX

(1817)

Brillante estado de los negocios á principios de este año.—Alarma por la expedición del aventurero Mina.—Acciones gloriosas á las armas del Rey.—Desembarco de Mina en Soto la Marina, y del general Liñán en Veracruz.—Construcción de un fuerte.—Destrucción de su escuadrilla.— Primeros combates con D. Felipe La Garza.— Su irrupción por la Sierra Madre.—Acción de la hacienda de Peotillos. Prestigio de este proscripto.—Toma de San Luis de la Paz.—Otras ventajas conseguidas por aquel genio emprendedor.—Expedición del general Liñán contra el mismo.—Acción de León.—Sitio y toma del fuerte de Camanja.—Sitio del fuerte de San Gregorio.—Acciones de San Miguel el Grande, de la Zanja, de Guanajuato y de la Caja.—Persecución de Mina por el coronel Orrantia y su aprehensión en el rancho del Venadito.—Situación del citado fuerte de San Gregorio, y esfuerzos del general Liñán para rendirlo.—Su evacuación, y derrota de los sitiados.—Observaciones sobre esta arrojada empresa.—Rendición del fuerte de Soto la Marina.—Acción del sitio de los dos Corrales.—Varios combates entre las tropas realistas y las guerrillas insurgentes.—Carácter de Bravo.—Situación de México á fines de 1817.

Las tropas realistas desplegaron en este año un nuevo grado de vigor y firmeza; la pacificación general era todo el objeto de sus ansias. La rendición del cerro de Cóporo por el teniente coronel D. Matías Martín y Aguirre con toda su guarnición, compuesta de 300 infantes, 45 artilleros, 1.000 paisanos, 300 fusiles y porción considerable de pertrechos; la toma de Tehuacan y de cerro Co-

lorado por el coronel D. Rafael Bracho, destruyendo las gavillas de los obstinados Teranes; la acción del trapiche de Ayotla, sostenida por el teniente coronel D. Manuel Obeso contra 500 infantes y 300 caballos; la ocupación del fuerte de Santa Gertrudis por las tropas del teniente coronel D. Saturnino Samaniego; la toma del convento fortificado de Tepexi con 10 cañones y muchas provisiones de guerra y boca por la bien combinada expedición del coronel D. Francisco Hevia; las brillantes victorias del brigadier Llano contra el fuerte de San Esteban, atrincheramientos de Ostocingo, Totopec, Alumbre y Tecolutla, de cuyos puntos se apoderaron sus valientes columnas, así como de las muchas piezas de artillería que los guarnecían y de más de 300 prisioneros, entre ellos los cabecillas Sesma y Alvarez de Almansa; las ventajas conseguidas por la bizarra división del brigadier Negrete, y señaladamente por tres destacamentos al mando de los capitanes D. Juan Antonio Brizuela, D. Andrés Galilea y D. Marcos García de León, batiendo el primero á las gavillas del rebelde P. Torres, el segundo á los cabecillas Villarreal, Rodartes, Ibarra y Tomás Rodríguez, y el tercero á Hermosillo, Rodríguez, Pío González, Ibarra y Molina; todos estos ilustres combates y otros muchos, igualmente gloriosos aunque parciales, que se dieron á este mismo tiempo en varias direcciones, introdujeron el mayor desaliento en las miserables reliquias de los tercos disidentes.

Conoció el celoso Apodaca ser este el momento más oportuno para acabar de destruir el genio de la revolución con la energía de sus proclamas y con la firmeza de sus providencias gubernativas. La que publicó con fecha 30 de Enero contenía los más sanos principios de razón y justicia; y estaba concebida en términos tan elocuentes y expresivos que llevaban la convicción al ánimo de los más incrédulos, al paso que les aseguraba un porvenir dichoso, libre de quebrantos y temores si de buena fe abjuraban sus erróneas doctrinas.

Empezaron á desengañarse por su parte los insurgentes de la inutilidad de sus esfuerzos al ver que en los últimos tres meses no habían tenido más que desgracias é irreparables pérdidas; que en el citado período de tiempo se habían apoderado los realistas de doce puntos fortificados, cuales fueron Janicho, Monteblanco, Ossitlán, islas de Mexcala, Cuiristarán, Boquilla de Piedras, Cerro de la Faja, Cóporo, Tepexi de la Seda, Teutitlán del Camino, Cerro Colorado, Tehuacan y otros de menor consideración, y que habían salido constantemente victoriosas dichas tropas de más de 180 ataques dados por toda la extensión de aquel virreinato.

Desconfiando, pues, de poder resistir á enemigos tan formidables, trataron de abandonar su infame profesión y de acogerse al generoso indulto que les ofreció por última vez el bondadoso virrey. Las armas de la religión no fueron menos eficaces para rectificar el espíritu público: el Ilmo. Arzobispo de México D. Pedro Fonte, sujeto adornado de las más acendradas virtudes, dió repetidas y amorosas pastorales para atraer á su grey las muchas ovejas extraviadas por la seducción y por la perfidia. Su apostólico celo se vió muy pronto premiado por los rápidos progresos que hizo la opinión en favor de la justa causa, por la que tanto se desvivían desde la primera autoridad hasta el último soldado.

Fueron asimismo de la mayor importancia los eficaces auxilios para conseguir tan laudable objeto, prestados por el entonces regente de la Real Audiencia, D. Miguel Bataller, antes auditor general de guerra del virreinato. Se debió, pues, á las acertadas medidas de la autoridad superior y á los bien combinados esfuerzos de todos los amantes de la Metrópoli el que llegase muy pronto á desarmarse casi enteramente el brazo de los rebeldes, concurriendo por todas partes con la más fina voluntad y franqueza á disfrutar del generoso é ilimitado indulto ofrecido por la clemencia del virrey, y garantido por su misma probidad y justificación.

El horizonte se iba despejando de las densas nubes que lo habían ofuscado; el aspecto de los negocios era sumamente lisonjero; rebosaban de placer los corazones de los leales al ver el próximo premio de sus inmensos padecimientos y sacrificios. Todos se entregaban á las más dulces esperanzas, de que el agonizante genio del mal no podría levantarse del abismo en que le habían sepultado las irresistibles armas del valor y de la política realista.

Empezábase ya á entonar el himno de la victoria y el de la reconciliación general, cuando un peligro, tanto más terrible cuanto menos esperado, vino á producir nuevas angustias, y á probar con testimonios todavía más positivos los varoniles esfuerzos de los vencedores de tantos combates.

Hablamos de un genio maligno y arrojado emprendedor, del rebelde Javier Mina, quien iba surcando los mares en busca de una fortuna, capaz de lisonjear sus gigantescas aspiraciones; de ese hombre atrevido, quien apoyado en una efímera celebridad, que desapareció apenas la había adquirido en el principio de la guerra de España contra Napoleón, cayendo prisionero á los pocos días de su noble pronunciamiento, había sabido excitar la codicia de algunos negociantes ingleses, y halagar la ambición militar de otros aventureros europeos y anglo-americanos; con cuyos medios había concebido el atroz proyecto de arrebatar de las manos de su Soberano y Señor los dominios que la Providencia le había confiado, y que la pacífica posesión de trescientos años había sancionado de un modo imprescriptible.

Empero antes de recorrer la historia de estos ruidosos acontecimientos, pasaremos en revista los que ocurrieron en dicho virreinato de México antes de la llegada de aquel revolucionario.

Los hechos de armas que dieron más lustre á las tropas del Rey en el mes de Febrero fueron la ocupación de Piaxtla por la división del brigadier Llano; la espontánea rendición del caudillo Osorno, que había sido el te-

rror del valle de Apam; las correrías de los capitanes don José María y D. Alejandro Luvián sobre Palo-Blanco, madriguera principal de los rebeldes del rumbo de Tulancingo; los ataques que dió en la provincia de Querétaro el teniente coronel D. Ildefonso de la Torre y Cuadra á las gavillas de Jalpa, mandadas por Méndez y Vargas; la vigorosa defensa que hizo el teniente D. Juan Alegre con una corta partida de 50 hombres en el pueblo de Huichilac, distrito de Cuernavaca, contra 500 facciosos capitaneados por los cabecillas Vargas y González; la acción brillante que dió el capitán D. Antonio Aldao en Santa Cruz de Itundugia, provincia de Puebla, al desalmado cabecilla Marcelino Sánchez; la feliz expedición del coronel D. José Ruiz sobre San Juan de Coscametepec, de la citada provincia de Puebla, contra las gavillas de José María Páez, Couto, Félix Luna, Rafael Pozo, Pedro Zamora, Matías Heredia, Simón Bravo y algunos de los fugados de Tehuacan; la derrota sucesiva de los cabecillas de Vargas, González, Reyes, Gómez, Rojas y otros, por las tropas de la sección de Toluca, al mando del teniente coronel D. Nicolás Gutiérrez; la toma de San Antonio Huatusco por la división del coronel D. Francisco Hevia; la reconquista de Nautla, Barra de Palmas, Barra-Nueva, Fuerte de la Casa y Fuerte del Estero, por las tropas del coronel D. Benito Armiñán; la ocupación del cerro de Chiquihuite y puente de Atoyac por los valientes soldados del citado coronel Hevia, y la bizarra defensa que hizo el teniente coronel D. Manuel Bezanilla con 210 hombres en el pueblo de Yurirapúndaro contra 1.000 caballos, dirigidos por los cabecillas Cabeza de Vaca, Cruz-Arroyo, Borja, Negrete, Huerta, Olivares y Lucas Flores.

Se habían propuesto las tropas realistas no descansar un momento hasta que hubiesen exterminado á los rebeldes y destruído todas sus madrigueras; el fuerte de San Miguel, conocido por la Mesa de los Caballos, era una posición muy importante, cuya toma ofrecía una brillante

ocasión de distinguirse. Cupo esta gloria el bizarro coronel D. Cristóbal Ordóñez, quien procediendo á su ataque en el día 10 de Marzo, vió coronados sus esfuerzos, no sin alguna pérdida, aunque muy inferior á la de los enemigos, que no bajó de 100 muertos; siete cañones, otras muchas armas y pertrechos de guerra concurrieron á ilustrar su triunfo.

Hacia el mismo tiempo señalaba su bravura el brigadier D. Ciriaco de Llano en unión con el de igual clase D. Melchor Alvarez, apoderándose de otro fuerte llamado Silacayoapan, de 200 hombres que lo guarnecían, de cuatro piezas de artillería y de porción considerable de armas y efectos de campaña. Otro de los jefes de su división, el teniente coronel D. Saturnino Samaniego, había agregado nuevos títulos á su fama en una acción que sostuvo pocos días antes contra los rebeldes defensores de los fortines de Jonacatlan, que habían salido de ellos á ofrecer á los realistas los medios de sellar su fidelidad y valentía.

El capitán D. José Cristóbal Villaseñor, de la división del brigadier D. Ignacio García Rebollo, obtuvo las mayores ventajas por la parte de Sierra Gorda, batiendo en varios encuentros á los insurgentes, pacificando los pueblos de Cieneguilla, Tierrablanca y Santa Catalina, y fortificando el punto de Jichú y la hacienda de Charcas.

La bizarra división del coronel Armijo tomó posesión en el mismo mes de Marzo de los fuertes de Jaliaca, con pérdida muy considerable de parte de los rebeldes. Igual felicidad tuvo el coronel D. Benito Armiñán en varios choques que sostuvo contra los rebeldes antes y después de haberse apoderado del fuerte de Misantla; y no fueron menos felices las armas de los tenientes coroneles don Saturnino Samaniego y D. Félix de La Madrid en el asalto del ya citado fuerte de Jonacatlan.

El teniente coronel D. Ildefonso de Latorre y Cuadra, perteneciente á la división del brigadier Rebollo, sostuvo el honor español en un choque sangriento que tuvo en

Montenegro, provincia de Querétaro, contra los cabecillas Francisco Pacheco, Francisco Vargas, Guadalupe González y Máximo Bustamante, habiendo logrado su completa destrucción y la muerte del primero por sus mismas manos.

Con tantos reveses recibidos por los rebeldes por todas partes iba cediendo el ardor de aquella guerra, y en igual proporción se aumentaba el número de los que se acogían al indulto, desengañados de la inutilidad de sus esfuerzos.

Aunque los hechos de armas correspondientes al mes de Abril fueron poco importantes, varios jefes realistas, sin embargo, tuvieron ocasión de distinguirse afianzando su sólida opinión en el acierto de sus disposiciones y en la felicidad de sus resultados: ocupan entre ellos un lugar de preferencia el teniente D. Manuel Tapia, los capitanes D. Antonio Amor y D. Mariano Vargas, el coronel Armijo y el capitán D. José Aguilera.

El primero llegó á las manos con los rebeldes por el rumbo de Ararón, provincia de Valladolid, matándoles 20 hombres y al cabecilla Evaristo. El segundo y tercero, dependientes de la división del brigadier Llano, contrajeron un mérito particular por la oportunidad de sus movimientos contra los facciosos mandados por Nicolás Espinosa y por la aprehensión del caudillo Calzada, tan favorable para la pacificación por el rumbo del Sur.

El coronel Armijo, no bien había terminado de rendir los fuertes de Jaliaca y Jonacatlan, hubo de dirigir sus armas contra el cerro del Fraile, ocupado por las gavillas de Anzures, confiando esta expedición al capitán D. Carlos Moya, quien logró apoderarse de tres fortines que en él habían construído.

El capitán Aguilera, dependiente de la misma división, hizo una feliz expedición, con 170 hombres, contra los cabecillas Montes de Oca y Mongoy, parapetados en Petatlan, distante 20 leguas de Tecpan: 250 hombres, de que se componían aquellas gavillas, trataron de hacer una

vigorosa resistencia; pero sus temerarios proyectos se desvanecieron á la vista de la impavidez con que fueron atacados por tres columnas distintas, en que había sido dividida aquella fuerza.

Veinte muertos, entre ellos el capitán Gallo y un teniente, 11 prisioneros, varias armas de chispa y corte, cajas de guerra, caballos, mulas y provisiones de guerra y boca fueron el fruto de aquella jornada. Huyeron los demás facciosos en el mayor desorden, favorecidos por el terreno y por sus buenos caballos. Otro de los trofeos de esta acción fué la prisión del capitán Guadalupe, que, por su osadía y espíritu devastador, había sido el terror de aquel distrito.

Vagaban todavía diversas guerrillas de suficiente fuerza para ejercitar la constancia y sufrimiento de los realistas: las de Vargas, padre Izquierdo, Ocampo y Ayala, reunidas en número de 500 á 600 hombres, atacaron en 10 de Mayo al pueblo de Coatepec de las Harinas, por el rumbo del Sur; y aunque lograron alguna ventaja en el primer momento de sorpresa, sin embargo el capitán don Hilario García de Tejada, que guarnecía dicho punto, supo rechazar aquel brusco ataque, entusiasmando á sus tropas con el noble ejemplo de su bizarría.

El valiente coronel D. Matías Martín y Aguirre, dependiente de la división del general Cruz, llevó á cabo una feliz expedición contra el cabecilla Víctor Rosales, titulado comandante general de las provincias de Mechoacan y Zacatecas, logrando por triunfo de sus afanes que el teniente coronel D. Miguel Francisco Barragán alcanzase á aquella gavilla en el rancho de la Campana, y de que se apoderase de la persona de tan formidable caudillo, causándole la pérdida de 200 hombres, entre muertos y heridos.

Pocos días antes se había distinguido del modo más recomendable el coronel Castañón, en las cercanías de Irapuato, provincia de Guanajuato, atacando al rebelde padre Torres, que había llegado á reunir un enjambre de

partidas, mandadas por diferentes cabecillas. Ochenta facciosos muertos, un número mayor de heridos, porción considerable de armas y municiones, fueron los trofeos de aquella empeñada refriega.

El comandante D. Anastasio Brizuela, de la división del brigadier Negrete, se hacía al mismo tiempo acreedor á los mayores elogios persiguiendo las gavillas de los Cabreras, de Rodríguez y de Florencio Dueñas, poniéndoles 56 hombres fuera de combate, y regresando al pueblo de la Piedad, que lo era el de su residencia, con varias armas de fuego y blancas que había tomado á los enemigos.

El capitán D. Ramón de Udias, de la división del coronel Armiñán, deshizo asimismo las gavillas insurgentes que infestaban el territorio de la Huasteca, apresando á los cabecillas Rocha y Vargas, causándoles una pérdida considerable en hombres, armas, municiones y caballos: el mérito de esta feliz combinación adquirió nuevo lustre á causa de las pesadas marchas que hubieron de emprender las tropas de Armiñán para efectuarla por caminos tan pantanosos é impracticables, que se veían precisados á subirse á los árboles si querían tomar algún descanso libres de humedades.

Las referidas acciones, aunque gloriosas á las armas del Rey, fueron de poca importancia comparadas con las que fué preciso empeñar contra el inquieto y ambicioso Javier Mina, que por algún tiempo tuvo en la mayor alarma á todo aquel virreinato. Esperando este genio errante adquirir en el Nuevo Mundo al favor de su quimérica fama, el encumbrado puesto que le fuera negado en Europa, había dirigido sus miras sobre este reino. Organizando en Nueva Orleans una división de aventureros, entre ellos muchos oficiales franceses procedentes de los reformados Cuerpos del emperador Napoleón, se había hecho á vela para el citado destino.

Envió anticipadamente á Boquilla de Piedras una goleta exploradora para ponerse de acuerdo con el cabecilla Victoria, á quien suponía todavía dueño de aquel puerto.

Frustrado este primer golpe de su intriga, expidió otro buque á Nautla, cuyo punto halló asimismo en poder de los realistas. A pesar de estos inesperados contrastes trató de saltar á tierra en el río Bravo ó del Norte; pero no habiéndole sido posible realizar su proyecto, se hizo á la vela para Soto la Marina, en donde desembarcó en 24 de Abril unos 600 hombres de todas clases y naciones, la mayor parte oficiales, de que se componía su expedición.

Alarmado el virrey por este acontecimiento, que temía volviese á encender de nuevo la llama de la revolución, que con la energía de sus providencias y con la bizarría de sus tropas había sabido extinguir casi enteramente en aquel inmenso territorio, dió las órdenes más terminantes al brigadier de la real armada, D. Francisco Berenguer, que acababa de llegar á Veracruz con el nuevo subinspector, el mariscal de campo D. Pascual Liñán, y con el regimiento de Zaragoza, de 1.600 plazas, para que destruyese la escuadrilla que había conducido á aquel infiel español á las costas de Méjico, y que había quedado al ancla en la barra del Nuevo Santander, como punto de reserva para salvarse en caso de no tener feliz ejecución sus malvados designios.

Tenía dicha escuadra en su principio dos fragatas, una corbeta, dos bergantines, dos goletas y una balandra; mas el pirata Auri y otros revolucionarios habían desaparecido con una parte de dichos buques, y tan sólo quedaban fondeadas una fragata, un bergantín y una goleta, al frente de un fuerte que habían ya construído los rebeldes en la misma costa, en el que habían dejado 300 hombres como punto de apoyo de sus operaciones, y entre ellos al apóstata P. Mier, fraile mejicano, uno de los genios más díscolos de América, y de una ambición tan desmedida, que había intentado arrogarse las funciones pontificias.

Apenas divisaron los insurgentes la escuadra española, compuesta de la fragata *Sabina* y de las goletas *Belona*

y *Proserpina*, se alejó uno de sus buques, contra el cual se dirigieron los dos últimamente mencionados, en tanto que el comandante atacaba con su fragata á los dos restantes; á los pocos tiros picó su cable el bergantín y fué á varar á la barra; la *Cleopatra* quiso hacer lo mismo, mas no pudo verificarlo tan pronto que no tuviese encima las barcas de los realistas con gente destinada al abordaje.

Aterrados sus cobardes defensores abandonaron dicha fragata precipitadamente y se refugiaron á la barra en sus barcos menores. Un recio temporal impidió sacar de aquella embarcación los vestuarios, armas, municiones, pertrechos, carnes y harinas que se hallaban á bordo del almacén general de los facciosos, que lo era el referido buque. Todo fué pasto de las llamas aplicadas por los realistas al ver la inutilidad de sus maniobras para apoderarse de aquellos despojos; y si bien quedaron aún los rebeldes dueños del fuerte indicado, su situación se hizo, sin embargo, muy crítica, y dió motivo para esperar que muy pronto habían de ser todos sus defensores víctimas de la decisión española.

El primero que tuvo la gloria de venir á las manos con estos bandidos fué el teniente coronel D. Felipe de la Garza, quien con 70 hombres que pudo reunir, entre milicianos y patriotas, detuvo á 200 de ellos que se dirigían hacia la villa de Aguayo, matándoles 10, entre ellos al segundo comandante, y tomándoles dos prisioneros y varias prendas de armamento y vestuario.

Sin embargo de este primer golpe, eran las tropas de Garza en muy corto número para que pudiesen rechazar los nuevos esfuerzos de los expedicionarios. Se habían apoderado éstos de unos 1.000 caballos que el coronel retirado D. José Quintero tenía preparados en su hacienda del Cojo para hacer un donativo de ellos al virrey. Con esta feliz circunstancia se habilitaron aquellos hombres desalmados para atravesar rápidamente la encumbrada y difícil Sierra Madre, recorriendo sin oposición más de 100 leguas de terreno.

El coronel D. Benito Armiñán, que tantos servicios había prestado á la causa del Rey en la provincia de Tejas, en la que estuvo veintidós meses, á fin de asegurar la pública tranquilidad, que había desaparecido de aquel país por la expedición de los anglo-americanos, ejecutada en 1813, había sido nombrado sucesivamente comandante general de la Huasteca.

Estando ejerciendo este delicado mando, y ya sosegada su provincia con la destrucción de numerosas partidas que hallaban un asilo en lo escabroso de aquel terreno, en la insalubridad de su clima, en lo impenetrable de sus caminos y en la insoportable plaga de insectos y reptiles venenosos, á cuyas penalidades y trabajos no habían podido acostumbrarse los europeos hasta la llegada del citado jefe, recibió los primeros avisos del desembarco de Mina, y urgentes excitaciones del referido brigadier Arredondo para que se pusiera en marcha contra aquel osado aventurero.

Como por todas partes por donde transitaba este activo jefe en desempeño de su comisión salían gentes armadas para concurrir al exterminio del invasor, incorporó á sus filas en el paso de la Tuna dos destacamentos de caballería mandados por D. Facundo Melgares y por D. Eusebio Moreno, y se reforzó con otro de los dragones de Sierra Gorda á las órdenes de D. Cristóbal Villaseñor, luego que se hubo internado en el valle del Maíz. Estas tres partidas reunidas componían una fuerza de 300 hombres, aunque no toda ella se hallaba en buen estado de servicio.

Otra división, llamada de realistas de Río Verde, compuesta de 800 caballos al mando de D. José María Terrazas, debía obrar bajo la dirección inmediata del citado Armiñán, si bien éste confiaba poco en un cuerpo formado de vaqueros sin disciplina, sin arreglo y sin la firmeza que sólo cabe en hombres acostumbrados á la guerra. Deseando, sin embargo, aquel celoso jefe sacar el partido posible de estas tropas auxiliares, las puso á

las órdenes del comandante D. Francisco de las Piedras para que se dirigiesen sobre el enemigo, en tanto que la infantería emprendía la marcha para dividir con ellas sus laureles.

Fué sumamente feliz el primer encuentro que tuvo en 14 de Julio en el sitio llamado el Rincón, en donde fué arrollado un destacamento de caballería enemiga. Al amanecer del día siguiente se presentó Las Piedras con toda aquella fuerza sobre la hacienda de Peotillos, de la que se había posesionado el proscripto Mina con unos 600 hombres de todas armas. Como era preciso dar tiempo á que llegase la infantería se dedicó á entretener al enemigo con escaramuzas hasta las nueve de la mañana, en que se reunió aquélla, compuesta en el principio de su marcha de 300 hombres del regimiento 1.º Americano, mandado accidentalmente por el teniente coronel D. Juan Rafols, de 140 de Extremadura y 40 del provincial de México, formando un total de 480 hombres, si bien en dicho día de la acción se notó una baja de una cuarta parte por lo menos.

Reunidas ya todas las tropas de que podía disponer el comandante general Armiñán, se dió la señal de ataque; y desplegando los realistas un decidido valor y entusiasmo, desalojaron á los rebeldes de las dos primeras posiciones, en las que habían tratado de hacer una obstinada defensa, especialmente en la segunda, cuyo triunfo se debió exclusivamente al arrojo é impavidez de los dragones de Nueva Vizcaya, Sierra Gorda y sección de Tulancingo.

Desconcertado Mina con este inesperado contraste, vió la necesidad de hacer los últimos esfuerzos que dicta la misma desesperación: puesto á la cabeza de su caballería, y comunicando á sus soldados el mismo ardor de que él estaba poseído, se lanzó denodadamente á la refriega para salvar la infantería de su inevitable ruina.

Aquella impetuosa carga, sin embargo, fué rechazada con el mayor empeño; y cuando los jefes españoles creían

haber llegado al punto de cantar la victoria, que parecía más asegurada con el destrozo que estaba haciendo sobre los rebeldes el valiente capitán D. Eusebio Moreno, con una parte de la caballería, se desordenaron los realistas de Río Verde por el imponente aparato del enemigo, y atropellando en su fuga á las demás tropas, hicieron perder en un momento todo el mérito de las ventajas conseguidas hasta entonces.

Si la infantería no hubiera tenido tanta serenidad y firmeza, habría sido segura su total destrucción; pero á pesar de aquel fatal incidente, sostuvo el campo con honor, y desconfiando el proscripto Mina del resultado de ulteriores combates, se retiró precipitadamente, quemando una porción considerable de efectos, que llevaba de regalo para los cabecillas insurgentes, á fin de valerse de las mulas empleadas en su conducción para cargar en ellas sus heridos, de los que todavía quedaron algunos de gravedad, que no pudieron resistir la violencia de aquella marcha.

Con esta pérdida y con la de 95 hombres que se hallaron tendidos en el campo de batalla, ganó Mina aquel falso triunfo que dió lugar á su engreimiento. Los realistas tuvieron asimismo el sentimiento de ver puestos fuera de combate 116 hombres, entre muertos, heridos y contusos; pero quedaron dueños del campo con fundadas pretensiones de pertenecer á ellos el honor de la victoria.

A consecuencia de esta refriega se atrevió Mina á internarse en el Bajío con la mira de reunirse á los cabecillas insurgentes P. Torres, Muñiz, Borja y otros que aun se conservaban con las armas en la mano, guarecidos en los escabrosos montes de Guanajuato y de Jalpa.

La suerte continuaba en contemplar con aire risueño al osado aventurero para que fuera más sensible su desplome y destrucción. Apenas supieron las referidas gavillas los falsos triunfos conseguidos por los invasores en Peotillos, salieron de sus madrigueras á prestar un fingi-

do homenaje, acompañado de descompasados elogios, hacia el héroe europeo que había sabido resistir á los orgullosos realistas. Los facciosos mexicanos llegaron á creer que el famoso Mina había de ser el azote de sus mismos paisanos y la mejor aldaba de la independencia.

Con tan felices auspicios empezó aquel genio emprendedor á engrosar su ejército y á presentarse de un modo respetable á las tropas del Rey.

El celoso Apodaca, lejos de despreciar á este nuevo enemigo, aunque simple y despechado aventurero, se ocupó en dirigir contra él fuerzas imponentes, desplegando un grado de vigor y energía que hizo honor á su previsión é inteligencia. Conocía aquel experimentado general la facilidad de destruir una revolución en sus principios, y la dificultad de parar su curso cuando ya el fuego ha llegado á propagarse demasiado. Aunque el enemigo que iba á combatir no había podido juntar más que 2.000 hombres á sus inmediatas órdenes, si bien obedecían á su voz las numerosas gavillas del Bajío y demás puntos inmediatos, el virrey, sin embargo, destacó contra él en varias direcciones hasta 10.000 soldados de sus mejores tropas, llevado de aquella sabia máxima de que no hay precaución que baste para cortar oportunamente un mal, que mirado con descuido en su origen puede precipitar la ruina del Estado.

Iba en el entretanto caminando el soberbio enemigo hacia el pueblo de San Luis de la Paz, situado en medio del dilatado llano de su nombre; pero como lo hubieran fortificado, aunque con débiles parapetos y simples cortaduras, los realistas mandados por el capitán D. Juan Nepomuceno Guajardo, fué preciso emprender vigorosos ataques para triunfar de tan bizarros defensores.

Ocho días sostuvieron éstos las empeñadas cargas de los rebeldes, hasta que la flojedad ó infidencia de un oficial del destacamento, á quien estaba confiado uno de los puntos de la defensa, les facilitó la entrada en la pobla-

ción y la rendición de aquel puñado de valientes. El desgraciado Guajardo, que debiera haber sido respetado por su misma decisión y valentía, fué sacrificado, sin embargo, á la irritación que causó en el cura Torres una resistencia tan obstinada.

Ejecutando puntualmente las columnas realistas las premurosas órdenes comunicadas por el virrey Apodaca, llegaron á amenazar á los rebeldes, quienes se retiraron á los cerros de Comanja y San Gregorio como puntos de su mayor seguridad. Como todavía pasaron algunos días hasta que los realistas hubieran reunido la fuerza necesaria para dar á dichos rebeldes un ataque general y decisivo, los emplearon éstos en fortificar aquellas posiciones formidables por naturaleza, abriendo profundos fosos y construyendo espesas murallas y sólidos baluartes, que coronaron de buena artillería.

Aunque la llegada y progresos de la facción de Mina habían causado una alarma general en todo el reino, y aunque sus primeras operaciones habían sido felices, especialmente en la ciudad de La Paz, en el Real de Pinos y en la sorpresa de una división que se retiraba de la villa de San Felipe, en la que perecieron los coroneles Ordóñez y Castañón, se mantuvieron, sin embargo, los mejicanos en la expectativa, excepto el valle de Santiago y la provincia de Guanajuato, que volvieron á inundarse de partidas capitaneadas por el referido cura Torres, que se titulaba teniente general y jefe de todas ellas.

El mariscal de campo y subinspector de infantería don Pascual Liñán, que acababa de llegar de la Península con el regimiento de infantería de Zaragoza, fué encargado por el Sr. Apodaca del mando de las tropas destinadas al exterminio del citado Mina. Aunque Liñán hizo algunas observaciones, nacidas de la ninguna práctica que tenía del terreno y del poco conocimiento de las tropas que habían sido confiadas á su mando, no fueron, sin embargo, atendidas, é insistió el jefe principal en probar los talentos de aquel general con una arriesgada campaña,

cuyos triunfos habían de elevar al más alto grado su distinguido mérito.

Conociendo Liñán que la suerte de aquel virreinato iba á decidirse en el citado fuerte de Comanja, llamado por otro nombre del *Sombrero*, y en el de San Gregorio; no ocultándosele por otra parte que su ejército y todo el reino tenía fija su vista en sus operaciones militares, procuró llevar á cabo aquella empresa con todo el vigor y entusiasmo de que es capaz un esforzado jefe que sabe apreciar en toda su extensión el pundonor militar.

Habiendo entrado dicho general Liñán en Querétaro el día 8 de Julio á tiempo que los habitantes de aquella ciudad estaban liando sus equipajes para huir del victorioso Mina, cuyo nombre tenía aterrado al partido realista, los tranquilizó al momento con su sola presencia; y se dedicó á organizar la tropa para entrar en campaña. Su detención hasta el 20 fué sumamente útil para asegurar el buen éxito de sus armas; aquí recibió al primer batallón del mismo regimiento que él había traído de España, 2 cañones de á ocho, sucesivamente 2 de á doce, y otros auxilios que le envió el virrey.

Emprendiendo de nuevo su marcha el día 20, llegó á Guanajuato el 24, y el 28 recibió la noticia de haber sido atacada vigorosamente la villa de León por el arrojado Mina con la mayor parte de sus gavillas. Aunque destacó al momento algunas tropas en socorro de dicho pueblo, llegaron después que la facción había sido batida con pérdida de muchos muertos, heridos y prisioneros, por el teniente coronel D. Francisco Falla, comandante de aquel punto, y por el coronel D. Antonio Andrade, que accidentalmente se hallaba en él con la mayor parte de la división del brigadier Negrete, y que selló su bizarría con las gloriosas heridas recibidas en la refriega.

Desde el día 29 en que el general llegó á León, se formó el plan de operaciones contra el fuerte de Comanja; y habiéndose aproximado á reconocerlo, se persuadió de que su rendición había de ser la obra de un estrecho si-

tio, ó de heroicos esfuerzos y costosos sacrificios. Deseoso de ahorrar la preciosa sangre de sus valientes tropas, se decidió por el primer partido, y con esta mira las situó el día 31 de Julio sobre aquel extenso cerro, que tenía cuatro leguas de circunferencia.

Se dividían dichas tropas en cuatro secciones, á cuál de ellas más brillante y animosa; eran los jefes que las mandaban el brigadier D. Domingo Estanislao Loaces, el de igual clase D. Pedro Celestino Negrete, el coronel D. José Ruiz y el teniente coronel D. Juan Rafols: su número no llegaba á 2.000 infantes y 1.500 caballos; su artillería consistía en 12 cañones y cuatro obuses. La sección de Rafols estaba encargada de hacer correrías sobre León, Silao y Guanajuato, para proteger los convoyes, y observar al rebelde P. Torres y demás gavillas, mientras que las fuerzas principales estuvieran empleadas exclusivamente en el sitio.

Fué estrechado éste con el mayor rigor, haciendo el infatigable Liñán continuos reconocimientos, y tomando las más acertadas disposiciones para hostigar á los rebeldes, privándoles de toda clase de recursos, y hasta del agua, que por no ser suficiente el único aljibe que tenían dentro del fuerte, se veían precisados á sacarla, con grande exposición, de un arroyo que corría á poca distancia de las fortificaciones.

Era ya el octavo día del sitio, sin que hubieran llegado los auxilios del P. Torres y demás cabecillas del Bajío, que les habían sido prometidos, y sin que hubieran tenido en todo aquel tiempo más ventaja que la de haber tomado un cañón de la posición del brigadier Negrete, de la que fueron, sin embargo, rechazados con el recobro de aquella pieza, á pesar de la felicidad de sus primeros ataques lanzados contra dicha columna.

Viéndose en tal desamparo, y teniendo ya por inevitable su ruina, trataron de abandonar el fuerte por el punto que ocupaba el citado brigadier Negrete; pero fueron completamente rechazados. Repitióse esta tentativa al

día siguiente por los cabecillas Mina, Borja y Encarnación Ortiz, sin más acompañamiento que el de dos asistentes: el poco número de los fugados, el recio viento y la obscuridad de la noche fueron circunstancias favorables para que, puestos fuera del alcance de los centinelas, pudieran verificar su evasión por una barranca inmediata.

A los pocos días de haberse reunido estos caudillos con las gavillas situadas en las inmediaciones del citado fuerte, trataron de hacer los últimos esfuerzos para introducir los víveres, de que empezaban á carecer los sitiados; pero fueron completamente arrollados por una sola compañía de Zaragoza. Un movimiento rápido que hizo al mismo tiempo el teniente coronel Rafols sobre las cercanías de Silao, disipó las que se habían reunido en aquel punto, é igual malogro tuvieron cuantos planes concibieron en lo sucesivo con aquel objeto.

Ya no quedaba, pues, á los sitiados más recurso que el de una pronta fuga: creció esta necesidad cuando vieron desechadas las proposiciones que dirigieron el día 13 para capitular, por el conducto de un cirujano inglés y de un vecino de Pátzcuaro que tenían prisionero. La circunstancia de garantir el general Liñán tan sólo la vida de los españoles si entregaban la plaza en el término de media hora, y de ningún modo la de los extranjeros, que debería quedar á la disposición del virrey, puso el cúmulo á su despecho.

Ansioso dicho general por apoderarse de toda la facción, especialmente de aquellos oficiales extranjeros de mayor celebridad que habían venido con el aventurero español, cuyos hombres, poseídos de un desesperado furor, habían de dar á la guerra un carácter de firmeza y tenacidad, mientras que conservasen las armas en la mano, determinó dar un ataque á la plaza en el día 15. El resultado de esta jornada no fué feliz; pero quedaron muy escarmentados los rebeldes, aunque persistían siempre en vender caras sus vidas y en disputar á palmos el terreno.

Repugnando al benéfico Liñán derramar más sangre en hacer nuevas tentativas, que indudablemente le hubieran hecho dueño del referido fuerte, se decidió á esperar que su misma obstinación les abriese su sepulcro. Convencidos los rebeldes de la imposibilidad de sostener más tiempo aquella posición, resolvieron evacuarla á todo trance en la noche del 19 al 20. Salen con ímpetu arrollando el primer puesto que quiso obstruirles el paso; los realistas hacen las señales prevenidas para anunciar su fuga; acuden prontamente de todas partes para impedirla; se apoderan de algunos de los prófugos; rechazan á la mayor parte contra la plaza, y tan sólo franquean la línea unos 50, que cayeron en gran parte en poder de los realistas destinados á su persecución.

Una densa niebla que amaneció con el día, impedía ver lo que sucedía en el fuerte; pero conociendo el bizarro Liñán la necesidad de aprovecharse de los primeros momentos de estupor y alarma, se dirigió hacia la puerta principal, y poniéndose á la cabeza de las tropas avanzadas por aquel punto, cayó sobre ella á pesar de la resistencia que quisieron hacer los rebeldes cuando vieron aquel arrojado movimiento; mas como fué tan rápido el asalto, y tan bien ejecutado por los cazadores de Zaragoza y Navarra, cedió todo á sus heroicos esfuerzos. Todavía trataron los rebeldes de hacerse fuertes en la segunda posición del mismo cerro, que presentaba obstáculos mayores á causa de una difícil angostura, única entrada para aquel recinto; pero la prontitud con que se arrojaron sobre aquel paso los soldados del Rey les aseguró un triunfo completo.

Todo cayó en poder del victorioso Liñán: 20 cañones de varios calibres, 400 fusiles, 250 lanzas, 600 sillas de montar y un gran surtido de municiones y pertrechos de guerra; 71 extranjeros muertos, además de otros 31 que habían perecido en el ataque de la villa de León y en la intentada fuga de la noche del 19 al 20; 615 facciosos del país con cuatro cabecillas entre muertos en acción y fu-

silados, fueron los trofeos de este empeñado sitio, ganados con la muy sensible pérdida de 272 soldados y 40 oficiales realistas puestos fuera de combate, entre ellos el comandante D. Gabriel Rivas, que murió en el campo de batalla, del que salió asimismo contuso el coronel del regimiento de Zaragoza D. Domingo Loaces. El teniente coronel mayor D. Manuel Sactor había muerto después de la acción en que fueron heridos los anteriormente descritos, por impulso de una bala de cañón que le dió mientras que estaba almorzando en la barraca con su ayudante, que también fué herido por la misma.

Terminada felizmente esta primera empresa se dirigieron las tropas realistas cubiertas de gloria á poner sitio al fuerte de San Gregorio, posición mucho más importante que la de Comanja. Aunque los rebeldes habían reunido en este punto sus mejores tropas con intención de emplear todos los esfuerzos que sugieren el despechado compromiso y la ciega desesperación, y aunque los infinitos recursos de que podían disponer para desafiar el poder de sus contrarios debieran haber inspirado al aventurero Mina la suficiente confianza para encerrarse en dicho fuerte, huyó, sin embargo, de aquel peligro, prefiriendo hacer correrías en campo libre para fomentar su partido con choques parciales.

Con esta mira se dirigió en 10 de Septiembre hacia San Miguel el Grande con 1.200 hombres, que había podido reunir de las dispersas guerrillas; y á pesar de haberse apoderado en el primer momento de sorpresa de una casa fuerte y elevada que dominaba uno de los reductos de aquella villa, fué rechazado gloriosamente por el comandante D. Ignacio del Corral y por la brillante guarnición que tenía á sus órdenes, distinguiéndose sobre todos el intrépido capitán D. Antonio Alfaro.

Malogrado este primer golpe, proyectó otra expedición contra la hacienda de la Zanja, defendida por el comandante D. Antonio Alvarado. Reunidos sobre 600 hombres á las órdenes de los cabecillas Lucas Flores, Encar-

nación Ortiz y Trinidad Magaña, se presentó el referido Mina á intimar la rendición al bizarro Alvarado, suponiendo que no sería tan temerario que quisiera sostener con un puñado de valientes un choque que tenía todas las apariencias de serle muy funesto; pero la respuesta de aquel digno jefe merece ser esculpida en caracteres de bronce. "Tengo pocas armas y poca tropa; pero me sobran los cartuchos y los deseos de emplearlos para quemar el corazón de los traidores: á la disposición de éstos jamás dejan los leales sino sus cadáveres yertos; mi tropa morirá, pero no se rinde."

Viendo Mina que sólo la fuerza podría hacerle triunfar de aquellos valientes soldados, tomó sus disposiciones para el ataque: roto el fuego en la tarde del 16, era difícil decidir si tenía más mérito la firmeza de los sitiados que el arrojo de los sitiadores; se suspendió el combate con la oscuridad de la noche; los trabajos de los rebeldes durante ésta para cegar los fosos tenían alarmada aquella benemérita guarnición, cuando á las dos de la siguiente mañana se aproximó la división volante al mando del capitán D. Manuel Díaz de La Madrid que el teniente coronel D. Antonio Larragoiti enviaba desde Salvatierra.

Encendida de nuevo la pelea, abandonaron el campo los rebeldes, y los auxiliadores entraron á abrazarse con los defensores en medio de públicas aclamaciones. Reconocido el campo de batalla se hallaron 20 muertos, y entre ellos el cabecilla Magaña, que había sucumbido en la tarde anterior en una de las mismas correderas del puente del fortín. Otros 12 muertos se dejaron en el valle de Santiago, cuyo número, agregado el de sus heridos y dispersos, dió una pérdida efectiva de 100 hombres, sin que en las filas realistas se hubieran contado más que dos heridos.

No bien escarmentados todavía los rebeldes se atrevieron á esperar á los realistas, mandados por el bizarro coronel D. Francisco de Orrantia en la hacienda de la Caja, situada en el referido valle de Santiago. El obstinado

Mina tenía reunidos en 10 de Octubre 1.500 facciosos capitaneados por los cabecillas Lucas Flores, los Ortices, Pedro Moreno, Pío el del rincón de León, Huerta el de Coeneo, y otros jefes de partidas de la provincia de Valladolid.

Aunque Orrantia llevaba tan sólo 600 caballos y 236 infantes, no dudó un momento de la victoria. Al aproximarse á dicha posición halló formada aquella chusma en seis trozos y algunos grupos apoyados á las casas y cercas de la referida hacienda. Formado el plan de ataque marchó Orrantia en columna por la derecha para flanquear el costado izquierdo de los rebeldes; apenas vieron éstos aquel movimiento se destacaron 600 de ellos contra la izquierda y retaguardia de los realistas, estrellándose contra el teniente coronel Bustamante, que mandaba aquella fuerza; acude prontamente en su auxilio la reserva á las órdenes del capitán Moreno; salen nuevos refuerzos de la hacienda y en pocos minutos se generaliza la acción.

No pudiendo los insurgentes sostener las vigorosas cargas de los realistas, se ponen en precipitada fuga, y son perseguidos con igual ardor por el espacio de dos leguas: 150 muertos, muchos heridos, 157 caballos, porción de fusiles, lanzas y machetes fueron los timbres de aquella ilustre jornada ganados con la sola pérdida de 10 realistas muertos, 6 heridos y 2 contusos.

Esta derrota acabó de hacer perder al indómito Mina el poco prestigio que aun le quedaba con los partidarios de la independencia y con algunos ilusos; ya desde este momento renunció á sus atrevidas empresas, y sólo se ocupó en salvarse con la fuga de las manos de los realistas.

El coronel Orrantia, que había sido escogido por el celoso general Liñán para esta delicada é importante comisión, no descansó un momento hasta verla terminada á satisfacción de sus jefes. Ya desde el 21 de Octubre iba siguiendo las huellas al famoso aventurero, y estrechándole tan de cerca que daba por seguro su triunfo.

Habiendo sabido que aquél había pasado el río grande por Santiaguillo, emprendió Orrantia la marcha para Salamanca, y se dirigió en seguida por Pueblo Nuevo á la hacienda de Cuchicuato, siguiendo la misma dirección de los rebeldes, que ya habían llegado á reunirse en número de 700 caballos y 60 infantes.

Salió al día siguiente para Guanajuato, haciendo una marcha forzada de trece horas, á fin de salvar dicha ciudad, que creía hallarse en gran peligro, según lo indicaban los cañonazos y el mucho humo que vió salir del tiro general de Valenciana.

No fueron equivocados los cálculos del astuto Orrantia, porque sabiendo los rebeldes la rápida marcha que hacía contra ellos, abandonaron aquel punto á las pocas horas de haber principiado el ataque, retirándose para la sierra ó mina de la Luz, después de haber ofrecido al coronel D. Antonio Linares, comandante de la citada ciudad de Guanajuato, la favorable ocasión de cubrirse de gloria, batiendo con su escasa pero esforzada guarnición á los forajidos, y poniéndoles cerca de cien hombres fuera de combate. En la noche siguiente se dispersó en trozos aquella facción, y se dió por muy probable que su formidable caudillo habría tomado el rumbo de la hacienda de la Tlachiquera con 200 hombres.

Como Orrantia llevaba por objeto principal la persecución y exterminio del citado bandido, se dirigió al momento hacia aquel punto, y llegó á Silao á las cinco de la tarde. A las dos horas de su llegada tuvo noticias de que iba á pasar aquella noche en el rancho del Venadito, distante nueve leguas del mencionado pueblo; poseído su corazón del más puro gozo al considerar ya en sus manos la presa que formaba todo el objeto de sus ansias, salió á las diez de la misma con 500 caballos escogidos, entre ellos 200 que por disposición del general le habían sido enviados para reemplazar los más cansados, y fiando la felicidad de la empresa á la rapidez de su marcha.

A las siete de la mañana siguiente se hallaba sobre el

indicado rancho de Venadito sin haber sido sentido por las avanzadas enemigas, cuya vigilancia supo burlar caminando por veredas extraviadas. Cuando se presentó la descubierta, compuesta de 120 hombres al mando del teniente coronel D. José María Novoa, fué tal la sorpresa y terror de los rebeldes, que sin tener lugar para tomar sus caballos ni aliento para ponerse en defensa, huyeron todos á ocultar su vergüenza entre los trigos y en el bosque inmediato.

Entran en su seguimiento los realistas, destruyen cuanto se les presenta al frente, dejan tendida en el campo la mitad de la gavilla, inclusos el cabecilla Pedro Moreno y tres extranjeros, y logran, finalmente, apoderarse de la persona de Mina y de 25 de sus compañeros, entre ellos un francés que le servía de asistente. Tres cajas de guerra, un clarín, 29 fusiles, 38 lanzas, varios sables y pistolas, 207 caballos, 160 sillas de montar y algunas municiones concurrieron á ilustrar el triunfo de los esforzados Orrantia y Novoa.

Se hallaba en el entretanto el general Liñán agotando todos los recursos de su ingenio para destruir prontamente el último baluarte de la insurrección, que lo era el fuerte de San Gregorio. En sus primeros reconocimientos hechos en 1.° de Septiembre había penetrado por la cumbre de la cruz del Sauce al cerro del Bellaco, que dominaba á tiro de pistola la fortificación más alta de los rebeldes, llamada Tepeyac, y se había apoderado de una casa-fuerte á la que los rebeldes habían puesto el nombre de la Garita, que defendía la entrada de la cañada por el llano de San Gregorio.

Habiendo trepado al día siguiente á la citada cumbre 200 hombres, rompieron inmediatamente el fuego contra una de las cortinas del citado baluarte de Tepellac; pero sus progresos fueron muy lentos, aun después de haber colocado en batería dos cañones de á 8, hasta la llegada de otros dos de á 12 y uno de á 4, que fueron subidos á la citada loma del Bellaco, con gran sorpresa de

los sitiados, que tenían por impracticable aquella maniobra.

Los cañones de á 12 rompieron el fuego el día 13, con tan buen resultado, que á las dos horas habían derribado ya dos ángulos del Tepeyac, y en el ataque á aquel punto, que se llevó á efecto el 17, llegaron á apagar todos los fuegos contrarios, sin que se llenase el objeto de franquear las tropas aquellas elevadas murallas.

Si nos detuviéramos á hacer una relación circunstanciada de los infinitos lances y accidentes de este terrible sitio, prolongado cuatro meses por la obstinación y despecho de los sitiados, incurriríamos en una notable incoherencia con el plan que nos hemos propuesto para trazar la historia general; nos ceñiremos, por lo tanto, á dar cuenta de sus resultados, y por ellos se podrá graduar el distinguido mérito del jefe que lo dirigió y de las bizarras tropas que segundaron con el mayor acierto su heroico empeño.

El fuerte de San Gregorio era denominado enfáticamente por los facciosos *baluarte de la independencia mexicana*. El escabroso monte sobre el que estaba situado tenía más de diez leguas de circunferencia; sus avenidas consistían en profundas barrancas, murallas de roca viva cortadas á pico, espesos bosques, impenetrables caminos, zanjas, parapetos, malezas y toda clase de obstáculos y tropiezos; la naturaleza se presentaba en esta posición bajo las formas más horribles; las variaciones atmosféricas eran rápidas y extremadas; sus estaciones sumamente molestas, en particular la que sufrieron los sitiadores, que fué la de las aguas; parecía finalmente que todos los elementos se habían conjurado contra los bravos realistas.

En aquella formidable posición se habían practicado fortificaciones de mampostería con todas las reglas del arte; abundaban los cañones de grueso calibre, las armas de chispa y corte, las provisiones de guerra y boca y hasta el agua de manantial, las maestranzas, las fraguas y toda clase de pertrechos y utensilios guerreros. La guar-

nición se componía de hombres desalmados, que no tenían más recurso que la victoria ó la muerte. Un enjambre de partidas circundaba á las tropas sitiadoras, y hacía continuas correrías y temerarias tentativas para introducir en la citada plaza cuantos auxilios pudiera necesitar.

Aunque Liñán había llegado á reunir una brillante división, era todavía muy escasa para cubrir una línea tan extensa: era preciso, pues, vivir en perpetua alarma y replegar todas las noches por el espacio de un mes, hasta que fué preso Mina, una parte de las tropas empleadas en el sitio por temor de que fueran arrolladas en razón de su debilidad, usando el ardid de dejar grandes fogatas para deslumbrar á los sitiados; pocos eran los momentos destinados al descanso de aquellos sufridos guerreros.

Los repetidos combates provocados por las guerrillas de afuera y de adentro; las obras necesarias para estrechar el sitio, como fosos, minas, caminos cubiertos, baterías y reductos; los frecuentes ataques dados á la plaza para hostigar á sus defensores; la construcción de barracas; la penosa conducción de la artillería y de las provisiones de guerra y boca; las operaciones de fragua, que se extendieron hasta poner oídos á los dos cañones de á 12 que se habían desfogonado; y, finalmente, los extraordinarios servicios exigidos por el infatigable celo de Liñán, ejercitaban de continuo la constancia y la bizarría del soldado, en cuyos firmes pechos se estrellaban todas las tentativas de los rebeldes.

La última que éstos proyectaron con el carácter de ofensiva fué el brusco ataque dado en la noche del 28 de Diciembre á la posición del *Tigre.* Trescientos hombres, capitaneados por el caudillo Cruz Arroyo, se arrojaron, al arma blanca, con el mayor ímpetu sobre aquellos parapetos, dentro de los cuales pudieron penetrar en el primer momento de alarma y sorpresa y apoderarse de un cañón de á 4; pero esta primera ventaja sirvió tan sólo para hacer más amarga su derrota; era su intención forzar el sitio por aquella parte, para introducir un convoy de 20

cargas de víveres y medicinas que habían aproximado con aquel objeto; pero cayó en su vez en manos de los realistas victoriosos.

Aunque los despechados insurgentes dieron cuatro cargas vigorosas, fueron constantemente rechazados, y hubieron de retirarse á la plaza, dejando 30 muertos en el campo de batalla, llevándose un número mayor de heridos, y abandonando, embarrancando y clavando el cañón que acababan de tomar de los españoles.

Ya los sitiados habían perdido toda esperanza de socorro y se había introducido entre ellos un desaliento general, producido por sus continuos reveses y por la tenacidad de los sitiadores.

El subterráneo estruendo de los barrenos en la mina, que tenían ya muy adelantada hacia la plaza; su aproximación á medio tiro de pistola de ella sobre un camino cubierto; una batería situada á tiro de fusil, que alcanzaba á todas sus habitaciones, las que por tal razón hubieron de ser abandonadas, sin que quedase más abrigo á aquellos miserables que los peñascos y las cuevas, y, finalmente, la desesperación, que había llegado á su último grado, les hizo acometer á toda costa la empresa de abandonar aquella funesta madriguera, prefiriendo morir con las armas en la mano á implorar el perdón de los jefes españoles.

Entre nueve y diez de la noche del 1.° de Enero (1) emprendieron la salida 1.000 hombres, de que todavía se componía su guarnición, con una porción considerable de mujeres y niños, dejando algunos de sus compañeros en los puestos principales, para que, pasando la palabra de unos á otros, pudiera conservarse más tiempo oculto su designio.

Informado el general de la fuga de los rebeldes por

(1) Aunque este suceso pertenece al año de 1818, nos ha parecido oportuno insertarlo en este capítulo, por no dejar pendiente para otro el último desenlace de la ruidosa expedición del aventurero Mina, que forma una parte tan importante de la historia mexicana.

uno que se le pasó poco antes de verificarla, cuyos avisos se confirmaron por el incendio de la palizada de la primera brecha, por la que se metieron las bizarras tropas de Ruiz y Rafols, que estaban más inmediatas, destacó 300 hombres de refuerzo al punto ocupado por Soto; envió otros 200 á apoderarse del Tepeyac, que fueron las primeras tropas que pisaron aquel fuerte; dió órdenes rápidas á la caballería para que hiciera los movimientos oportunos, y en menos de cinco minutos recibió aquel vasto campo el concertado impulso del poder y de la fuerza.

Uno de los ardides de guerra que dieron mayor lustre al benemérito Liñán fué la feliz invención de señales telegráficas, expresadas por las cornetas, por cuyo medio se transmitían en un momento sus órdenes de una á otra extremidad de aquella extensa línea. Estos armoniosos sonidos, cuyos marciales ecos resonaban por todas aquellas cumbres; la multiplicidad de hogueras que fueron encendidas en el acto en todos los puestos ocupados por los realistas, según órdenes que á este fin habían sido comunicadas previamente por el general; los estrepitosos vivas que salían del mismo fuerte, cuyas chozas y empalizadas habían sido incendiadas por las primeras compañías que tuvieron la gloria de franquear los parapetos; los vivos fuegos que hacían las tropas empeñadas con los prófugos, y la alegría y entusiasmo que se notaba en todos los campamentos, al ver terminada felizmente aquella campaña, presentaban escenas animadas, que no es dado describir con la debida brillantez. La dirección de los prófugos fué hacia la barranca de Panzacola, con ánimo de forzar el punto que cubría por aquella parte el corto destacamento del regimiento de la Corona, mandado por el teniente coronel D. Ramón Soto.

Cuando notaron los errantes facciosos el movimiento que hacía el refuerzo de Liñán sobre Panzacola, atravesaron la barranca del mismo nombre, que tenían á su izquierda, á fin de evitar el choque con aquellos valientes;

pero no fué menos desgraciada su tentativa sobre los puestos avanzados y campamento de las tropas del brigadier Negrete, por las que fueron bizarramente rechazados.

Sería la media noche cuando los diversos fuegos anunciaron que los enemigos habían formado dos columnas, con las que volvieron á atacar las mismas posiciones y á recibir iguales descalabros. Al ver la serenidad y firmeza de los realistas decayeron de ánimo y ya no pensaron más que en salvar sus miserables vidas entregándose á una precipitada fuga. Habían quedado apagados todos sus fuegos cuando el refuerzo de que se ha hecho mención, compuesto de tropas del regimiento de Zaragoza y Corona, que ya á este tiempo había podido penetrar por la referida barranca de Panzacola, los atacó repentinamente por la espalda.

Este fué el último golpe de terror y espanto: arrojar las armas, sucumbir la mayor parte á las bayonetas realistas, y desbarrancarse los demás, fué la obra de pocos instantes.

Las sienes del caudillo español quedaron ceñidas de inmarcesibles laureles: la toma de un fuerte, que era reputado por el más formidable de cuantos se habían construído desde el principio de la revolución; la muerte de 500 facciosos, entre ellos los cabecillas Juan Hidalgo, Cruz Arroyo, y algunos extranjeros que habían acompañado al insensato Mina; más de 400 prisioneros, sin contar un crecido número de mujeres y niños, distinguiéndose sobre todos ellos el segundo de Mina, Diego Novoa, Muñiz, Becerra, Jiménez del Río, Florencio Dueñas y otros de menor nombradía; 15 cañones, 180 fusiles y carabinas, un inmenso surtido de pertrechos y provisiones de guerra y boca, entre las cuales 540 arrobas de plomo, 180 ídem de azufre, 500 tercios de trigo, 1.200 fanegas de maíz y otros muchos efectos profanos y de iglesia, y hasta un cuño de moneda y un gran número de diplomas masónicos, hallados entre los equipajes, fueron los tro-

feos principales de esta memorable jornada, que hará época en los anales de México.

Empero estos triunfos, aunque sumamente gloriosos, fueron comprados con dolorosos sacrificios: 2 jefes realistas, 15 oficiales y 166 soldados fueron contados entre los muertos; otro jefe, 38 oficiales y 297 soldados sellaron con sus heridas su bizarría y decisión; 269 individuos de todas armas y graduaciones conservaron por algún tiempo las gloriosas contusiones recibidas en este campo de honor. Jefes, oficiales y soldados se superaron á sí mismos en sufrimiento, en constancia, en valentía y en fidelidad. Pocos ejemplares nos ofrece la historia de tantos padecimientos y de tanto heroísmo; el nuevo general español dejó bien acreditada en esta primera campaña su inteligencia y arrojo; el digno virrey agregó nuevos títulos á su fama.

Deseoso el Soberano español de premiar tan importantes servicios, concedió al primero la Gran Cruz de Isabel la Católica, y al segundo un título de Castilla con el nombre del punto en que fué aprehendido el aventurero Mina. Los jefes y oficiales que tuvieron más ocasión de distinguirse participaron asimismo de las gracias del Monarca; y fué tal el entusiasmo general por tan brillantes victorias, que hasta el individuo menos condecorado que hubiera tenido parte en ellas era considerado con respeto y admiración.

Así terminaron los descabellados planes del aventurero español, quien expió con todos los auxilios cristianos su horrible delito el día 11 de Noviembre en el Crestón del Bellaco, cuartel general de los realistas, sin haber querido hacer clase alguna de revelación. El espíritu revolucionario, que desde Europa había sido trasladado á las playas del Nuevo Mundo, recibió en esta ocasión uno de sus más terribles golpes.

Mina estaba apoyado por todos los republicanos de nuestro continente; eran íntimas sus relaciones con personas de la más alta jerarquía. México debía ser la fragua

de Vulcano, de donde habían de partir los rayos con que los bulliciosos regeneradores pensaban abrasar los tronos de Europa. A su loca fantasía se representaba de fácil ejecución cuanto adulaba sus pérfidas miras; el nombre de Mina inspiraba una ciega confianza; corrieron de todas partes á alistarse en sus banderas oficiales de sobresaliente mérito, sujetos condecorados con cruces de nobleza y signos de honor y valentía; el espíritu masónico unió de un modo sólido esta cruzada, compuesta de tantas y tan diversas naciones.

Todo, pues, hacía ver los poderosos recursos con que contaban aquellos revolucionarios; mas éstos y sus más decididos conatos se estrellaron contra la fidelidad y bizarría de los españoles. La codicia de algunos especuladores, que había concurrido á llenar de sangre y luto uno de los más hermosos países del mundo, recibió una terrible lección de sus injustos procederes: 14.000 uniformes, 6.000 fusiles, 6.000 carabinas, 30 cañones, un gran surtido de armas de corte, municiones y demás pertrechos de guerra, siete buques, los lujosos vestidos, las pagas y adelantos hechos á aquellos 600 aventureros, otros muchos efectos y caudales, que hicieron subir los gastos de aquella expedición á más de dos millones de duros; todo se perdió para los necios proyectistas.

Los amantes de la legitimidad, los hombres de juicio, de probidad y de justificación, todos los que no habían participado de las aberraciones del siglo, vieron con el mayor placer el malogro de una empresa proyectada por la ambición y por el proselitismo republicano, principiada por la temeridad y llevada á cabo por la torpe logrería. ¡Ojalá sirva este escarmiento para que los especuladores no empleen neciamente sus fondos en atizar las guerras civiles y en ultrajar la humanidad, llenando el mundo de sangre, desolación y ruina!

Como nuestro ánimo había sido seguir al pérfido Mina hasta su exterminio, no hemos hallado un lugar oportuno hasta el presente para describir los sucesos ocurridos en

los primeros pueblos que pisó aquel atrevido caudillo al desembarcar en el territorio mexicano.

A los pocos días de haber quedado sola en el fuerte de Soto la Marina la guarnición, que debía servir de punto de apoyo en caso de una retirada, se apoderó de todos sus individuos el mayor desaliento y desconfianza: 60 anglo-americanos, al mando del titulado coronel Perri y mayor Gonton, habían abandonado aquella posición y se retiraban por tierra hacia su país por el camino de Nacogdoches; pero alcanzados en 18 de Junio en el sitio llamado los dos Corrales por el coronel D. Antonio Martínez, se retiraron á un bosque nombrado el Perdido, en donde fueron cercados, sin que la intimación que el jefe realista les dirigió para rendir las armas les retrajese de su temerario intento de morir con ellas en la mano.

El teniente D. Francisco la Hoz, que había quedado al frente del enemigo con 70 caballos y 30 infantes, por haber salido Martínez en aquella misma noche con el resto de las tropas contra otra partida, que al mando del desleal español Vicente Travieso se dirigía sobre el presidio de la Bahía, fué atacado á la mañana siguiente con el mayor ímpetu por los forajidos, que trataban de abrirse paso á todo trance.

Toda la entereza y decisión de este bizarro jefe y de sus valientes tropas, aunque compuestas en gran parte de paisanaje, habría sucumbido tal vez á la fiereza de los golpes que sacudían aquellos despechados revolucionarios, si en lo más vivo de la pelea no le hubieran llegado 40 hombres de refuerzo.

Habían sido éstos destacados de la columna del referido Martínez desde el momento en que supo la variación de ruta de Travieso; el vigor que comunicó á los realistas la llegada tan oportuna de sus compañeros les hizo triunfar completamente de sus contrarios: 26 de éstos quedaron tendidos en el campo de batalla, entre los que se contaron el coronel y mayor, y 14 fueron hechos prisioneros, cuya suerte cupo al indigno español Manuel Castilla, que

sucesivamente sufrió el castigo debido á su horrendo crimen.

El citado Travieso se separó de su partida, y en compañía de cuatro ó seis de sus más adictos se dirigió hacia la provincia de Tejas, superando los tropiezos que le ofreció en su tránsito el comandante de armas del Refugio D. Enrique Villarreal, en cuyo poder dejó, sin embargo, más de 700 bestias que llevaba robadas para los Estados Unidos; los demás, en número de 28, fueron alcanzados en el rancho de la Barra por el comandante D. Luciano García, y hechos prisioneros con todas sus armas, municiones y pertrechos.

En el día 14 del mismo mes de Junio había sido rendido por el brigadier Arredondo, comandante de las provincias internas de Oriente, el citado fuerte de Soto la Marina con 300 hombres de todas clases que lo guarnecían, apoderándose de todas sus armas, municiones y pertrechos.

El apóstata P. Mier, que se halló en el número de los prisioneros, fué conducido á las cárceles de México, de cuyo reino fué expulsado, sin que hubiera calculado entonces el Gobierno que este genio inquieto no había de descansar hasta que hubiera vuelto á blandir de nuevo la tea de la discordia en aquel desgraciado país.

Después de haber recorrido las sangrientas páginas de la historia de Mina, tenderemos la vista por todos los ángulos de aquel extenso reino, para no pasar en silencio las principales glorias que al mismo tiempo adquirían varios jefes realistas destruyendo las muchas guerrillas que vagaban por diversos rumbos.

Uno de los que más se distinguieron fué el teniente coronel D. Miguel Francisco Barragán, quien con sólo 200 caballos, con los que fué enviado por el comandante general de Valladolid, coronel Aguirre, en persecución de la gavilla de Víctor Rosales, compuesta de 400 hombres, los alcanzó en el sitio de la *Campana*, distrito de Pátzcuaro, les causó la pérdida de la mitad de su fuerza

entre muertos y prisioneros, y les tomó 120 fusiles, 30 pares de pistolas, 150 caballos, 65 sables y machetes, algunos trabucos y bastantes municiones.

El teniente coronel D. Manuel Francisco Casanova, destinado por el comandante general de Querétaro, brigadier Rebollo, á construir algunas fortificaciones en las montañas de Jalpa, rechazó en el mes de Junio las gavillas de Lucas Flores, el Giro, Barroso, Gervasio y toda la indiada de Chamacuero, Neutla, Santa Cruz, San Miguelito, San Juan de la Vega, Amoles e Ixtla, que se habían arrojado impetuosamente sobre sus parapetos medio levantados, llevando por objeto destruir aquel baluarte que podía ser el mayor obstáculo para sus correrías. Aunque los realistas no estaban preparados á recibir un ataque tan brusco, triunfaron, sin embargo, al favor de su imperturbable serenidad y acierto de sus fuegos; quedó escarmentado el enemigo y se retiró en desorden, dejando 34 muertos en el campo de batalla.

Hacia el mismo tiempo se apoderó el benemérito coronel D. José Santa Marina del fuerte de Palmillas, situado en la provincia de Puebla, que fué evacuado por los rebeldes no pudiendo ya resistir el peso de sus contrarios: las minas, caminos cubiertos, baterías de faginas y salchichones, reductos de sacos de tierra y otras obras proyectadas para derribar aquella fortificación, podrían formar por sí solas el elogio del jefe que con tanta inteligencia y celo las había dirigido. Siete piezas de artillería, 85 fusiles, porción considerable de municiones, algunos víveres y 75 prisioneros que pudieron hacerse en la fuga, entre ellos el cabecilla Couto, fueron el premio de tan grandes fatigas.

El capitán D. Juan Isidro de Marrón, dependiente de la división del coronel Armijo, sostuvo una brillante acción contra el cabecilla Vargas, que capitaneaba 300 hombres entre infantería y caballería, al que derrotó completamente en 28 de Junio en la ranchería llamada de *Cincuenta arrobas*, causándole la pérdida de 50 muertos,

29 prisioneros, varios fusiles, machetes, caballos, monturas y otros pertrechos.

Es digna asimismo de especial recuerdo la expedición del teniente coronel D. Pío María Ruiz, por la serranía de Huétamo, recorriendo pueblos por los que no habían penetrado todavía los realistas en todo el período de su revolución á causa de la aspereza y escabrosidad de las sendas, que son los únicos caminos para llegar á ellos, especialmente á San Juan, que lleva el nombre de dicha sierra. Después de haber caminado ciento treinta y tres leguas por aquel fragoso territorio en el espacio de veintiocho días que duró la referida expedición, logró destruir la facción de Benedicto López, matándole 15 hombres, haciéndole 30 prisioneros y apoderándose de una porción considerable de armas de fuego y corte, municiones y caballos.

En los primeros días del mes de Agosto dieron las tropas del general Cruz dos golpes importantes á los rebeldes, é introdujeron en ellos bastante desorden; se verificó el primero en el pueblo de La Piedad, atacado por 500 infantes y 1.300 caballos mandados por el padre Torres, Huerta, Lucas Flores, Calixto Aguirre y otra porción de cabecillas del Bajío; el comandante D. Anastasio Brizuela, que mandaba aquella plaza, se hizo acreedor á los mayores elogios por su bizarro comportamiento, á cuyas enérgicas disposiciones y á la firmeza de sus soldados se debió la vergonzosa retirada de aquellas hordas forajidas después de haber perdido 100 hombres en sus infructuosas aunque obstinadas tentativas para rendir la citada guarnición.

El otro golpe lo recibieron los rebeldes en el pueblo recientemente fortificado de Mazamilla, que fué asimismo atacado por 350 hombres capitaneados por José María Hermosillo: la gloriosa defensa, dirigida por el comandante D. Rafael Ceballos, le hizo partícipe de los premios destinados al sobresaliente mérito; el descalabro de 150 hombres que sufrió aquella facción la desconcertó

totalmente, al paso que elevó al más alto grado de entusiasmo el ánimo de los realistas.

El teniente coronel D. Mateo Quilti, el de igual clase D. Manuel Gómez y todas las tropas que estaban al mando de estos dos bizarros jefes se cubrieron de gloria en una acción que tuvieron en el mes de Octubre contra 2.000 rebeldes que se hallaban en el pueblo de Alahuistlan, distrito de Zacoalpan, matando 110 de ellos y apoderándose de muchas de sus armas y municiones.

Hacia este mismo tiempo fué tomado el fuerte de Cóporo por asalto; el benemérito coronel Márquez y Donallo, bien conocido en aquel teatro guerrero por su bizarría y decisión, selló ésta de nuevo con los infinitos padecimientos, riesgos y sacrificios, por medio de los cuales se abrió las puertas de aquella fortificación. Los facciosos que se habían encerrado en ella abundaban en toda clase de recursos para hacer una obstinada defensa; gente esforzada, armas, municiones, víveres y sobre todo un desesperado valor, eran elementos terribles que debió superar la constancia realista.

Los ataques continuados, la construcción de baterías que hicieran callar los fuegos contrarios, el cegamiento de fosos por medio de faginas, y finalmente un vigoroso asalto; todo fué necesario para hacer titubear á los rebeldes. Al ver éstos empeñadas las tropas realistas en sus murallas, se arrojaron precipitadamente por un derrumbadero llamado las *Cuevas de Pastrana*. El fruto de esta victoria fué la aprehensión de 277 prisioneros dentro y fuera de la plaza, entre ellos varios cabecillas de bastante prestigio en el país, la toma de 8 cañones, 236 armas de fuego, abundancia de municiones y pertrechos de guerra.

Se señaló asimismo en Noviembre la bravura del sargento mayor D. Juan Flores, comandante de una división del ejército de Nueva Galicia: situado este benemérito jefe á las fronteras de la provincia de Guanajuato con encargo de arreglar las fortificaciones y la defensa de toda

la línea, salió con 50 caballos de realistas con el nombre de *Acordada de San Pedro* á los pueblos del Rincón de León, sitio principal de reunión de las gavillas de los Pachones, y sorprendió una avanzada, por la que supo que más de 400 caballos enemigos trataban de atacar al pueblo de San Pedro Piedra Gorda, punto de apoyo de la división del citado Flores.

Conociendo lo apurado de su situación, y que sólo con un atrevido golpe de mano podía paralizar aquel peligroso movimiento, arengó á sus soldados con todo el ardor que es propio de un entusiasmado militar, y arrojándose á la carrera sobre dicho pueblo del Rincón, envolvió completamente á sus contrarios, introdujo por todas partes el terror y la muerte, puso en completa dispersión aquellas hordas desalmadas que buscaron su salvación en la espesura de las huertas contiguas á dicho pueblo, hizo morder el polvo á 150 hombres, entre ellos al titulado coronel Magdaleno Medina, se apoderó de la caballada, de muchas armas de chispa y corte, y dejó en el país un eterno recuerdo de su bizarría y de los heroicos esfuerzos de sus 50 soldados.

Se dieron asimismo en el mes de Diciembre varias acciones importantes que agregaron nuevos blasones á las tropas realistas: entre aquéllas merece un lugar de preferencia la destrucción del rebelde cabecilla Vergara, su indulto sucesivo y el de su gavilla en el campamento del Arenal, distrito de Jalapa, por el teniente coronel don José Rincón y por el capitán D. Diego Rubín de Celís, dependientes de la división del brigadier D. Diego García Conde; la derrota de los rebeldes de la sierra de Nayarit por el teniente coronel D. Joaquín Mondragón, comandante militar de Tepic, jurisdicción de Guadalajara; los descalabros causados á la gavilla de Encarnación Ortiz, compuesta de 200 infantes y 300 caballos en las cercanías de Ojuelos por el capitán D. José Gaspar de Ochoa, de la división del general Cruz, quien se hizo más notable por su arrojo que por su prudencia en haber

aceptado con un puñado de valientes un combate tan desigual, del que hubo de desistir con bastante quebranto á pesar de su extraordinaria valentía; y, finalmente, la prisión de los cabecillas Nicolás Bravo, Vázquez, P. Talavera y otros oficiales de aquella facción, que fué totalmente deshecha en el paraje llamado de Dolores, distrito de Teloloapan, con pérdida de todos sus cañones, fusiles, municiones, monturas y remonta, por el brigadier Armijo.

El citado Bravo, que con tanto tesón y constancia había perseverado en las filas de los insurgentes, era uno de aquellos hombres que merecían ser respetados, aunque del gremio de los amantes de la independencia. Su carrera fué una serie no interrumpida de acciones generosas; sus principios habían sido más nobles que los de la mayor parte de los caudillos rebeldes; si la mano de la cultura se hubiera ejercitado en él, habría hallado un terreno reconocido.

Jamás participó Bravo del espíritu de sangre y exterminio que animaba á sus compañeros; se han notado, por el contrario, en su conducta rasgos de nobleza poco comunes: algunos años antes había sido hecho prisionero su padre, y fusilado en la capital; todos creían que sacrificaría á su odio y despecho una porción de oficiales realistas que tenía en su poder á tiempo que recibió aquella triste noticia; ¡pero cuál fué la admiración de los mismos presos cuando recibieron en su vez la libertad bajo la condición de que publicasen por todas partes el modo generoso con que aquel caudillo vengaba sus agravios!

Ni fué esta la sola vez que puso en claro sus virtudes en medio de su extravío político: fué infatigable en salvar del cruento sacrificio infinidad de víctimas españolas que habían sido destinadas á él por las desalmadas partidas. Estos repetidos actos de humanidad y grandeza de alma hicieron que los realistas le consideraran como un reo por equivocación de cálculo, y de ningún modo como alevoso insurgente; el generoso trato que recibió del Gobierno es-

pañol acabó de ganar su corazón, y participando sucesivamente del indulto real se conservó obediente á la autoridad superior, dedicado exclusivamente al cultivo de sus haciendas.

Parecía sinceramente arrepentido de sus pasados errores, cuando el revolucionario Itúrbide supo en 1820 hacer brecha en su corazón con sus seductores manejos, despertar en él la antigua llama de la libertad, y hacerle tomar nuevamente partido para sacudir la dependencia española.

Triunfó Itúrbide, y Bravo estuvo muy lejos de adquirir altanería con la victoria, en la que tuvo una parte muy activa. Triunfaron sucesivamente los republicanos centralistas, y Bravo ocupó uno de los puestos principales de aquel estado. Se suscitaron varias discordias civiles, y Bravo ha sido respetado por todos los partidos. Este generoso enemigo, en quien los principios de moderación y orden no sufrieron jamás la menor alteración, se estrelló contra los anarquistas y por ellos fué desterrado del país.

Este es acaso el único revolucionario, cuya historia merezca ser trazada con benignas tintas por una pluma española; permítasenos hacer esta digresión en obsequio de la imparcialidad, que es nuestra divisa, y en testimonio de gratitud por los servicios que prestó á los realistas durante el largo período de aquella funesta guerra civil.

Por la relación de tantos y tan importantes sucesos ocurridos en este año se vendrá en conocimiento del carácter activo que desplegó en él el genio revolucionario.

Aunque triunfaron completamente los principios de orden y de justicia, quedó sin embargo estremecido el reino, agitados los espíritus y no sin alguna aprensión el Gobierno desde que había visto la facilidad con que un aventurero había sabido formarse una peligrosa opinión en el país, y ponerse en actitud de desafiar su poder. Debió

por lo tanto redoblar sus afanes para disipar la inquietud producida por aquellas borrascosas oscilaciones; mas no pudo conseguirlo hasta fines del año siguiente, que fué cuando el reino de México empezó á gozar del fruto de la pacificación.

CAPITULO X

(1819)

Reflexiones sobre el carácter de la revolución.—Reconcentración de ésta en las provincias de Veracruz, Guanajuato, Querétaro y Acapulco.—Varias acciones parciales sostenidas con gloria por los realistas.—Prisión del feroz Andrés Delgado, alias el Giro.—Sumisión de los indios Moquinos y destrucción de los Nabajoes.—Toma del fuerte de San Gaspar en el cerro de la Goleta.—Aprehensión de Borja y del licenciado Ayala.—Presentación al indulto de un gran número de facciosos.—Estado próspero de los negocios.—Formación de cuerpos de dichos realistas, ó sea milicias urbanas.—Arreglo de nuevos pueblos para los indultados.—Importantes servicios del ministro plenipotenciario de S. M. en los Estados Unidos don Luis de Onís para sofocar la insurrección de América.—Tratado de límites celebrado por este diplomático con dicha república.

Parece increíble que un fuego tantas veces apagado hubiera de renacer de sus mismas cenizas. Lo ocurrido en la revolución americana se nos presenta como una de las pruebas más evidentes de lo peligroso que es poner en acción á la muchedumbre insensata, y de las dificultades que encuentran los gobiernos para volver al imperio de las leyes á las masas desordenadas cuando les han sido aflojados los resortes que las contenían. Debieron servir estos tristes sucesos de amarga lección no sólo á los gobiernos, sino á los mismos partidos, cuya suerte final es la de correr unos en pos de otros hacia su exterminio, y la de recibir el impulso que les dan alternativamente los

hombres más despreciables, que, sin más títulos que los de un furioso arrojo, ó los de un alma más encruelecida en el vicio, llegan á entronizar como autoridad el resultado de su violencia.

Varias veces se había creído realizada la absoluta pacificación del reino de México; pero la costumbre de vestirse el pobre con los despojos del rico, el estremecimiento universal que había causado la sangrienta lucha de tantos años en un país que siempre se había distinguido por su docilidad y mansedumbre, y la facilidad con que habían aprendido las clases más abyectas y despechadas á hacer la rápida transición de criado á señor; todos estos elementos de desarreglo y desorden social hacían que muy pronto hallase partidarios cualquier genio atrevido que tomase la divisa de cabecilla rebelde.

Por estos principios resucitó muy pronto el espíritu sedicioso en las provincias de Veracruz, Querétaro, Guanajuato y Acapulco. Siendo la primera de las mencionadas la que presentaba caracteres más serios y alarmantes, se dirigió el virrey al general Liñán, como el más acreditado para importantes empresas, á fin de que llevara á cabo esta última. Aunque su destino de subinspector le daba suficiente ocupación para ejercitar sus talentos, fué preciso, sin embargo, acceder á los deseos de la autoridad principal, y ponerse en camino para el citado punto de Veracruz, al que había llegado ya á fines del año anterior.

Las eficaces medidas que tomó el referido general Liñán para destruir la insurrección produjeron los más felices resultados: las varias columnas que dirigió por distintos rumbos adquirieron los más gloriosos títulos de aprecio y de recomendación. La que mandaba el capitán D. Antonio López Santana ganó ya en el mes de Enero, con su dulce comportamiento, los corazones de los cabecillas Manuel Salvador, Félix González y Mariano Cenobio, que, con 230 hombres montados y armados, se acogieron al Real indulto. El teniente coronel D. José Alvar

González, dependiente de la columna del marqués de Vivanco, que operaba bajo las órdenes del citado Liñán, obtuvo asimismo felices resultados en sus correrías por el paso Naranjo, barranca de Palmas, paso del Macho, Mafra, San Jerónimo y San Antonio Huatusco, durante las cuales recogió 65 armas de fuego y más de 600 indultados.

No eran menos los progresos que hacían las armas realistas en las demás direcciones. El capitán D. Sixto de Manso, con parte de la columna del teniente coronel don Juan Isidro Marrón, dependiente del coronel comandante general del rumbo del Sur, D. José Gabriel de Armijo, alcanzó en las cercanías de Curzamala la gavilla de Pedro Ascensio, á la que puso en completa dispersión, causándole la pérdida de 20 facciosos que quedaron tendidos en el campo, y de mayor número de prisioneros, entre ellos los cabecillas Gómez y Trujillo, y apoderándose de varios caballos, armas, acémilas y municiones.

Por la parte de Querétaro se distinguió asimismo el teniente coronel D. Manuel Francisco Casanova atacando con 100 soldados de caballería y 115 de infantería á la numerosa gavilla de Borja, compuesta de más de 600 caballos, que fueron derrotados completamente en las inmediaciones de la hacienda de Ixtla. En la misma provincia, y en el punto llamado *Casasviejas*, ganó á los pocos días una acción importante el teniente coronel D. Epitacio Sánchez sobre el cabecilla Mateo Hernández, á quien hizo prisionero con siete más de su cuadrilla, después de haber dado muerte á otros nueve, y de haberse apoderado de varios caballos y armas.

El capitán D. Antonio Casariego, dependiente de la columna del ya citado marqués de Vivanco, deshizo en Puebloviejo, poco distante de San Juan Coscomatepec, las gavillas de José María Escobar, Cleto, Casas y otros, causándoles bastante pérdida, de la que fué su inmediato resultado la presentación de varios facciosos al indulto.

Como hechos de armas correspondientes al mes de Marzo debe hacerse particular mención del que sostuvieron las tropas de D. Miguel Torres, comandante del Real de Temascaltepec en el paraje llamado puerto del Capulin, contra 300 insurgentes, que fueron batidos completamente con pérdida de 30 muertos, entre los que se contó el cabecilla principal José María Reinoso, su segundo José Jaimes, alias *El Cuervo*, y la de un número mayor de heridos. El capitán D. Sixto Manso aumentó el catálogo de sus brillantes servicios persiguiendo á los rebeldes por los pueblos de San Jerónimo, Porochuco, Santiago, Huetamo, Santa Cruz y otros puntos de Tierra Caliente.

El teniente coronel D. Vicente Lara, correspondiente á la sección de Valladolid, emprendió una importante expedición con 150 hombres contra los rebeldes Huerta y Buenrostro, que se habían dirigido hacia dicha provincia; y aunque estos facciosos contramarcharon en varias direcciones para burlar los ataques de los realistas, fueron alcanzados, sin embargo, en *Cuenco*, en donde fué sorprendido un capitán de la escolta del citado Huerta con 15 hombres, y sucesivamente cerca del pueblo de Huaniqueo, obteniendo por resultado de tan viva persecución el desaliento de aquellos rebeldes, la muerte de algunos, la presentación de otros al indulto, la aprehensión de 60, 46 de los cuales fueron pasados por las armas, la dispersión de todos los demás, y la toma de varias armas de chispa y corte, caballos, mulas y equipajes.

El teniente coronel D. Miguel Francisco Barragán y el capitán D. Joaquín José de la Sota completaron la derrota de los facciosos por este mismo rumbo, y apresaron la maestranza y cuantos enseres había reunido el cabecilla Bedoya en el fuerte de las Ánimas. El coronel D. Antonio Bustamante, en combinación con el teniente coronel D. Eusebio Moreno, obtuvo iguales triunfos por la jurisdicción de Pénjama, haciendo prisionero al brigadier insurgente Antonio Ramírez, y dando muerte á 13 indivi-

duos de aquella partida con otros muchos que fueron aprehendidos con varias armas y caballos.

Se hallaban en el mes de Mayo acantonadas en el pueblo de San Felipe, al Norte de Guanajuato, cuatro compañías del regimiento de Zamora, cuando se presentaron al amanecer del día 20 ocho hombres á caballo penetrando hasta la misma plaza, y disparando un pistoletazo al centinela que guardaba el recinto de la iglesia, en la que estaba acuartelada dicha fuerza, que llegaba escasamente á 280 infantes y 20 caballos.

Su comandante D. Gregorio Arana mandó salir en persecución de aquellos osados sediciosos á la cuarta compañía, compuesta sólo de 64 plazas. No se descubría viviente alguno en todo aquel llano de seis leguas que rodea al citado pueblo, ni más tropiezo que las ruinas de unas grandes trojes á tiro de cañón de las últimas casas sobre el costado derecho, detrás de las cuales había un pequeño arroyo de bastante profundidad para ocultar alguna gente. El astuto y animoso oficial de dicha fuerza, D. Francisco Sanz, conoció muy pronto que detrás de aquellas ruinas había alguna emboscada, no siendo presumible que solos ocho hombres se atreviesen á hacer necios ensayos de su valentía alrededor de los realistas.

Caminando con esta precaución, preparó sus tropas con una enérgica arenga, y dispuso que uno de sus oficiales con solos 15 hombres se moviese en aparente persecución de los citados ocho caballos, disparando algunos tiros y haciendo una pequeña correría de solos 20 pasos con órdenes terminantes de volver en seguida á su puesto.

Apenas se había principiado este movimiento, cuando el cabecilla principal, que se hallaba al frente, hizo las señales convenidas para que saliese su tropa de la emboscada y acometiese al gran galope á este puñado de héroes. La fuerza enemiga se componía de 1.400 hombres; mas no por eso perdió Sanz su impavidez y firmeza: formando los 64 soldados un impenetrable muro de bronce, mandó romper el fuego á quemarropa de los rebeldes, y

muy pronto mordieron el polvo 80 de éstos, chamuscadas sus caras y vestidos.

Titubea aquella chusma al ver la firmeza de los españoles y el horrible estrago que hacían sus balas; se desconcierta y se entrega por fin á una retirada llena de desorden y confusión; siguen los realistas dirigiendo sus tiros con acierto, reunen lo restante de la tropa que había quedado en el pueblo y van en persecución de los dispersos, causándoles nuevos quebrantos. Pocos ejemplos nos presenta la historia de tanta decisión y serenidad; el nombre de Sanz no podrá menos de ser recordado con admiración por los que sepan apreciar el verdadero mérito; los demás oficiales y tropa que formaban su pequeña columna, adquirieron un derecho indisputable á la gloria, y ocuparán siempre un lugar distinguido entre los valientes; los demás individuos de la división se hicieron asimismo acreedores á los mayores elogios.

El capitán D. Antonio Castañeda y el teniente D. Mariano Salas, ambos del batallón provincial del Sur, correspondiente á la división del coronel Armijo, sostuvieron dos acciones brillantes: el primero, en 25 de Abril, en la hacienda de Tetitlan, contra los rebeldes de Montes de Oca y Mongoi, quienes perdieron cerca de 80 hombres en la refriega; y el segundo recogió parte del fruto de la misma, apresando á varios individuos de aquellas gavillas, y apoderándose de porción de fusiles y machetes.

Por la parte de las provincias internas de Occidente, lograron considerables ventajas las tropas del Rey, mandadas por el brigadier D. Antonio Cordero. Los indios de los *Moquinos* se habían separado de la obediencia al Soberano español desde fines del siglo XVII, y como se hallasen cruelmente hostigados por la limítrofe nación de los *Nabajoes*, pasaron á implorar el auxilio de los españoles.

Saliendo éstos á campaña contra aquel pueblo inquieto y feroz, lograron ahuyentarlo de la frontera, con pérdida de 33 muertos y 14 prisioneros. Estas ventajas, la toma

de un gran número de cabezas de ganado menor, la humillación de aquel nuevo enemigo, y la alianza cordial de los moquinos, fueron el fruto principal de las correrías de los realistas sobre estos países.

Los jefes españoles que más se distinguieron en el mes de Mayo fueron el capitán D. Ramón Herbella, comandante de una partida que le confió su coronel Márquez y Donallo, con la que hizo frente en el paraje llamado la Haciendita, dependiente de la jurisdicción de Pénjamo, á más de 300 hombres de las gavillas del Bajío, y los obligó á retirarse, dejando 20 hombres en el campo de batalla, y llevándose un número mayor de heridos.

El teniente coronel D. José Antonio Echávarri adquirió un nombre que en lo sucesivo fué funestamente célebre, apoderándose por asalto del formidable cerro de Santiago, llamado vulgarmente de Barrabás; y de todos sus defensores, menos del titulado coronel Velázquez, y de tres ó cuatro individuos que pudieron ocultarse entre las cuevas y cavidades de los peñascos que se hallan en la cima del citado cerro.

El coronel D. Matías Martín y Aguirre, que había salido en persecución de las gavillas de Huerta, logró desbaratarlas en gran parte, matando algunos de los que las formaban, dispersando á los más, y ganando la voluntad de 70, que se acogieron al Real indulto con armas y caballos, incluso 16 oficiales, entre ellos Juan Ramsay y Santiago Brusch. El coronel Márquez y Donallo confirmó su infatigable celo en la persecución de los rebeldes del Bajío, á los que batió cuantas veces pudo alcanzarlos, habiendo sido segundado poderosamente en la mayor parte de sus movimientos por el teniente coronel don Eusebio Moreno, quien dió nuevas pruebas de su acreditada bizarría, conteniendo en Río-Turbio, con sólo 66 dragones, el impetuoso ataque dirigido por 300 caballos enemigos.

El coronel D. Francisco Orrantia aterró con sus bien concertados movimientos sobre la tierra de Guanajuato á

la gavilla de los Ortices, á los que mató 24 hombres y quemó las rancherías de aquellas inmediaciones, de las que sacaban toda clase de recursos. Las partidas destinadas por este bizarro jefe al mando del teniente coronel D. Gregorio Arana y del capitán D. José María Quintero, llenaron satisfactoriamente sus respectivos encargos, no habiendo sido menor la gloria que obtuvo al mismo tiempo el teniente coronel D. Manuel Bezanilla sobre otra reunión de rebeldes que tuvo la osadía de aproximarse á la hacienda de Santo Tomás, de la jurisdicción de Salvatierra, sufriendo la pérdida de 12 muertos y de muchos heridos, que fué comprada con la preciosa sangre de cuatro soldados del regimiento de Zelaya y de su sargento Antonio Ibáñez, quien llevado de su indiscreto valor se metió con solos seis hombres entre la chusma enemiga.

Una de las acciones más importantes sostenidas en el mes de Junio fué la del teniente coronel D. Pablo María de Mauliaá contra las gavillas de Jalpa, situadas en el territorio de San Luis de la Paz, á las que batió bizarramente, persiguiéndolas hasta la inmediación de *Corral de Piedras*, dejando el campo cubierto de muertos y heridos, habiéndose contado 30 de los primeros, y entre ellos al más valiente de los cabecillas, Francisco Mansilla, al comandante Gómez y algunos oficiales; cinco prisioneros, 18 caballos ensillados y varias armas de fuego y corte contribuyeron á ilustrar el mérito de aquella jornada. En ella se distinguieron asimismo los nuevamente indultados D. Patricio y D. Marcelo González, el sargento Francisco Munguía y cuantos tuvieron la gloria de pelear con las tenaces turbas.

Por la parte de Querétaro ejercitaba útilmente su actividad el teniente coronel D. Manuel Velázquez de León, haciendo correrías desde el presidio de Santa María Peñamilla, jurisdicción de Cadereita, y atacando en una de ellas en las alturas del Aguacate y Cerro de Dios á las gavillas del doctor Magos, Vital García y Cristóbal Mejía, que fueron derrotadas sin embargo de su excesi-

va superioridad numérica; 16 facciosos muertos, cinco prisioneros, una caja de guerra, varios fusiles, lanzas, machetes, caballos ensillados y acémilas coronaron los esfuerzos de las tropas realistas.

El alférez D. Manuel Arana, que con 20 hombres había sido separado de la columna del coronel Aguirre en la exploración que se hacía del territorio de Chucándiro después de haber sido disueltas las reuniones de Huerta, Buenrostro y otros cabecillas que lo habían infestado, se encontró inesperadamente con 100 insurgentes mandados por el caudillo Cervantes, compañero del Giro. Contando los facciosos con un triunfo seguro se arrojaron al arma blanca sobre la partida realista; pero fué tan heroica la firmeza con que aquel puñado de valientes recibió la impetuosa carga de los contrarios, que desconcertados al momento, perdida la cuarta parte de su gente y muerto el mismo cabecilla Cervantes, hubieron de retirarse precipitadamente, salvándose por este medio de la total ruina que les amenazaba el capitán D. Ignacio Sota, de quien dependía la citada partida; 30 caballos ensillados, varias armas de chispa y corte y la considerable pérdida de que se ha hecho mención fueron los trofeos que dieron el más brillante concepto al impávido Arana y á los bizarros soldados que habían tenido la gloria de medir victoriosamente sus armas con tanta desigualdad de fuerzas.

El teniente D. Manuel José Martínez, comandante de la hacienda del Jaral, jurisdicción de Guanajuato, se granjeó el más brillante concepto militar rechazando en el día 9 del mes de Junio los furiosos ataques dirigidos contra su destacamento por los rebeldes Ortices á los pocos días de haber sido éstos batidos por el comandante general Orrantia en la sierra del mismo nombre; 15 muertos, 20 heridos y dos prisioneros fueron los memorables recuerdos que dejaron de su mengua y cobardía los referidos cabecillas, reunidos con el apóstata padre Torres.

El coronel D. Anastasio Bustamante tuvo los más feli-

ces encuentros en las inmediaciones de Pueblo Nuevo, Pantoja y Santiaguillo en los días 21, 22 y 23 del citado mes de Junio con la partida de Antonio García, segundo del cabecilla el Giro, siendo uno de sus resultados la muerte de varios facciosos, inclusive el titulado capitán Damián Robles, el rescate de un dragón y un tambor realistas, y la toma de 24 caballos ensillados y de muchas armas blancas y de fuego.

El referido caudillo el Giro ó Andrés Delgado fué aprehendido con tres de sus secuaces el día 3 de Julio en el rancho de la *Laborcilla*, poco distante de Salamanca, por el mismo coronel Bustamante, quien agregó á su brillante carrera militar este nuevo timbre, tanto más estimable cuanto mayores habían sido las dificultades y esfuerzos de los realistas para destruir un enemigo tan feroz que había llenado de sangre y luto aquellos países, cuya tranquilidad era incompatible con la existencia de aquel malvado.

Entre las varias acciones correspondientes á este mismo mes de Julio, no debe omitirse la que sostuvo el capitán D. José Bulnes, comandante de Huetamo, atacado en este mismo pueblo, con la mayor furia, por 150 rebeldes, mandados por los cabecillas Rafael Gómez, Valdés y otros. Aunque era muy inferior á la fuerza realista, pagaron los contrarios muy cara su osadía, dejando en el campo 21 muertos, inclusos el capitán Antonio Gómez y el teniente Francisco García, habiéndose llevado porción considerable de heridos, entre los que se contó el mismo Rafael Gómez, que murió á las pocas horas. La pérdida que hicieron asimismo los insurgentes de una crecida cantidad de armas y de caballos, concurrió á ilustrar aquel triunfo, conseguido por los realistas con la sola pero sensible muerte del benemérito comandante de los paisanos de aquellas inmediaciones, D. Francisco Maldonado, y de un dragón.

Se hizo no menos acreedor á los elogios públicos el teniente coronel D. Miguel Torres, rechazando los encar-

nizados ataques dirigidos contra el Real de Temascaltepec, confiado á su mando, por las gavillas del P. Izquierdo, Pedro Asensio y los Ortices, que habían llegado á reunir la fuerza de 400 á 500 hombres armados y una inmensa chusma de indios, provistos de hondas y garrotes. La bizarra defensa de este punto, y la anteriormente descrita de Huetamo, excitaron tan vivo entusiasmo en las autoridades superiores, que fueron creados dos escudos de distinción para las tropas que habían tenido parte en tan gloriosos combates.

El teniente coronel D. Miguel Francisco Barragán, que había sido enviado por el comandante general de Valladolid, coronel Aguirre, con 225 infantes contra las gavillas de Guerrero y Bedoya, se dirigió al cerro de San Cristóbal, en cuyo fuerte se había encerrado el segundo, después que el primero se hubo retirado desde el Sauz á Cuizcan.

Habiendo llegado el citado Barragán á tiempo de haber despachado Bedoya 130 hombres con dos cañones en auxilio de Guerrero, fué completamente sorprendido con los 40 infantes que le habían quedado para defender aquella posición. Arrojándose todos ellos por las fragosas cañadas del cerro, perecieron despeñados los unos, acuchillados otros, hechos prisioneros los demás en número de 23, excepto Bedoya y 3 ó 4 de sus compañeros, que hallaron la fortuna propicia á segundar su evasión. Una pieza de á 12, cuatro de á 4, 53 fusiles y carabinas, 30 lanzas, 9 pares de pistolas, 24 granadas, porción considerable de municiones, abundantes herramientas de fragua y provisiones de todas clases, fueron los trofeos de los realistas en la toma de la citada fortificación.

El alférez D. Mariano Guevara, dependiente de la sección de Querétaro, se hizo altamente recomendable por haber dado muerte en el rancho de la Yerbabuena, camino de la Noria, al cabecilla Guadalupe Moreno y á 8 individuos más de su partida, de la que fueron hechos

asimismo dos prisioneros, y fueron cogidos algunos caballos y armas, habiéndose fugado, aunque malheridos, un hermano del mismo Moreno y otros dos facciosos.

Había todavía 800 insurgentes de caballería con multitud de indios que seguían los negros estandartes de rebelión, y dominaban una parte de la dilatada é inaccesible montaña, llamada Sierra Gorda. El virrey, cuyo celo por la absoluta pacificación del reino era inimitable, había dado la comisión al brigadier y comandante general de Querétaro, D. Melchor Alvarez, de destruir aquellas madrigueras; las columnas destinadas á esta importante empresa, mandadas por los tenientes coroneles D. Pablo María Mouliaá y D. Epitacio Sánchez, bajo la dirección inmediata del coronel D. José Cristóbal Villaseñor, desempeñaron con tanto lustre en el mes de Septiembre sus respectivas expediciones, que á los pocos días ya no existían más que 27 rebeldes con las armas en la mano.

Aunque los insurgentes habían sido deshechos cuantas veces habían tenido la osadia de hacer frente á las armas del Rey, se presentaron sin embargo con más de 1.000 hombres armados de fusiles y carabinas y con 900 indios provistos de machetes y palos á obstruir la marcha del teniente coronel D. Alejandro de Arana, que conducía un convoy del Real de Temascaltepec.

Los cabecillas Guerrero, Izquierdo y Pedro Asensio se habían colocado con 300 hombres en uno de los pasos más precisos, llamado Piedras de Amolar, defendido con un parapeto de piedra; pero nada era capaz de arredrar á los valientes realistas, aunque sólo contaban con 196 infantes de Ordenes militares y 35 dragones de Toluca y Cuernavaca. Atacada aquella posición fué tomada á los doce minutos, á pesar del terrible fuego de cañón y fusiería que hacían los rebeldes. Fué rechazado asimismo el cabecilla Pablo Campos, que se había arrojado sobre el convoy por retaguardia y costado con una fuerza numerosa de caballería é infantería.

Siguiendo los realistas su marcha por Ixtapan fueron

asaltados nuevamente por el cabecilla Lorenzo Ortiz, cuya derrota contribuyó á ilustrar los triunfos anteriores y á aumentar los trofeos de la columna del citado Arana, que consistieron en la muerte de 40 facciosos, en la toma de un cañón, de 20 armas de fuego y tres cajones de municiones, y en el rescate de 22 soldados de varios cuerpos que se hallaban en poder de aquellos forajidos; esta expedición fué tanto más brillante cuanto que se llevó á feliz término con la sola pérdida de tres realistas muertos, nueve heridos y seis contusos.

El capitán D. Juan José Cenón Fernández, perteneciente á la división del coronel Orrantia, destruyó con 100 caballos una partida de 40 rebeldes que halló en el camino del rancho de Fuentes, distrito de San Felipe, al mando del cabecilla Encarnación Ortiz; y como los pocos que hubieran sobrevivido á esta refriega se hubiesen incorporado á la reunión que se hallaba en Caña Honda, acaudillada por el padre Torres, por el licenciado Ignacio Ayala y por los mismos Ortices, la cual no bajaba de 260 hombres, se resolvió el citado Fernández á atacarlos con firmeza á pesar de la desigualdad de sus fuerzas. Habiendo distribuído las suyas bajo la más perfecta combinación, se dirigió contra aquéllas, á las que puso en la más desordenada fuga, causándoles la pérdida de 31 muertos, muchos heridos, tres prisioneros, porción de armas de fuego y corte, caballos, municiones y pertrechos.

Se habían vuelto á reunir á principios de Octubre aquellos cabecillas con el padre Izquierdo y Pedro Asensio en la misma sierra de Guanajuato y en la fortificación llamada de la Goleta, cuando huyeron de nuevo y abandonaron dicho fuerte luego que vieron cruzar á corta distancia tres divisiones dirigidas contra ellas, mandadas por el coronel Quintanar y por los tenientes coroneles Córdoba y Arana. A los pocos días fué tomada otra fortificación llamada de San Gaspar, que se hallaba en la misma sierra, por el coronel D. Juan Rafols, á cuyos esfuerzos y actividad se debió la pacificación de doce pueblos re-

beldes del distrito que le había confiado el comandante general Armijo.

Por la parte de Valladolid se iba allanando asimismo el camino hacia la total pacificación de aquella provincia. Quedaba en ella todavía el cabecilla Bedoya, quien habiendo reunido una chusma considerable en Tacámbaro trataba de destrozar los pueblos y ranchos, protegidos ó formados por los realistas en sus inmediaciones. Encargado el capitán D. Patricio Auje del exterminio de aquel caudillo, reunió todas sus fuerzas, que consistían en 150 caballos, y entregó 80 de éstos al sargento de realistas Celso Solórzano para que saliera en descubierta, quedando los demás emboscados en Solicuario.

Noticioso Celso de que 200 rebeldes mandados por Soto se hallaban en la sierra de Serrano, se dirigió valerosamente contra ellos y los alcanzó á poca distancia de su primera posición. Ver al enemigo y arrojarse ciegamente sobre él, sin pararse á reflexionar sobre lo arriesgado de una empresa acometida con fuerzas tan inferiores, fué la obra de un solo momento; pero su excesiva confianza fué recompensada por la agradecida fortuna. Cincuenta y cuatro facciosos muertos en la refriega, entre ellos los capitanes y sargento Rocha, Sota y Morales, 14 más en el alcance, 51 caballos con sus monturas, y bastantes armas de fuego y de corte, fueron el premio de su arrojo.

El indomable Guerrero sufrió asimismo en el mes de Diciembre los más amargos desengaños y funestos reveses. No pudiendo resistir á la gran preponderancia de las armas del Rey, dividió su fuerza en varias partidas, esperando que por este medio le sería más fácil burlar la persecución de sus contrarios; pero habiendo caído afortunadamente sobre la principal, mandada por él mismo, las tropas del coronel D. José Pío María Ruiz, comandante general del distrito de Ixtlahuaca, fué destrozada y puesta en la más horrorosa dispersión, quedando tendido en el campo el titulado coronel José María Carmonal,

siendo aprehendidos los de igual clase José Uruzu, Francisco Chivilini y Manuel Elizalde, que fueron pasados inmediatamente por las armas: 30 muertos, 22 prisioneros, 11 rescatados, 50 armas de fuego y dos pedreros fueron los trofeos de aquella ilustre jornada, que habría sido completa si el citado Guerrero hubiera hallado al desbarrancarse su bien merecida muerte en vez de la libertad que debió á su feliz destino.

Quedaba enteramente libre de insurgentes la provincia de Querétaro, y para asegurar su tranquilidad sólo faltaba perseguir algunas gavillas que podían venir desde el Bajío á turbarla. A este fin fué comisionado por el comandante general de Querétaro el teniente coronel don Pablo María de Mouliaá, quien alcanzando en la hacienda de San Lorenzo á la del cabecilla Pablo Esquiver, reducida ya al corto número de poco más de 20 hombres, hizo morder bien pronto el polvo á 16 de ellos con su mismo jefe, cayendo en poder de los realistas los caballos y armas de aquella partida, la que perseguida de nuevo quedó completamente exterminada.

El cabecilla Borja fué aprehendido en el mismo mes de Diciembre en la cañada nombrada de García, territorio de la provincia de Guanajuato, por las tropas del coronel D. José Cristóbal Villaseñor: igual suerte cupo á 8 de aquellos partidarios, quienes perdieron asimismo 28 caballos ensillados, algunas armas y papeles interesantes. Hacia el mismo tiempo fueron hechos prisioneros el licenciado Ignacio Ayala, titulado presidente de la Junta rebelde, y el teniente de húsares de la escolta del Pachón, José María Yáñez.

Los Ortices fueron derrotados por los bien combinados movimientos de las tropas de los tenientes coroneles Otaño y Arana y del capitán Galindo. Los débiles restos de los rebeldes de Cuyusquihuí, que tuvieron la osadía de atacar á Papantla, se estrellaron asimismo en la fidelidad y bizarría de las tropas realistas, quedando con este terrible contraste enteramente desconcertada aquella fac-

ción. Esta fué la época de mayor complacencia para los que tantos sacrificios habían hecho por sostener los derechos de la Monarquía española. Por todas partes les había mirado la fortuna con agrado. Todas las columnas destinadas á la persecución de los rebeldes habían visto coronados sus esfuerzos con los más brillantes resultados. Los acobardados insurgentes se apresuraban á impetrar la gracia del indulto. Sólo un puñado de despechados conservaba las armas en la mano en las impenetrables madrigueras de Tierra Caliente. Todo anunciaba un porvenir dichoso, y daba las más fundadas esperanzas de que el país había de volver muy pronto á su antiguo estado de opulencia y felicidad.

Para asegurar la obediencia y lealtad de los indultados había sido la mayor parte de los jefes y oficiales incorporada á las filas de los realistas, y los sencillos aldeanos fueron reunidos con sus familias en pueblos y aldeas, formadas por la actividad y celo de los respectivos comandantes. El general Liñán vió levantarse bajo su inmediata dirección ocho de dichos pueblos, que fueron Medellín, Jamapa, San Diego, el Tamarindo, Huehuistla, Paso de Ovejas, la Antigua y Santa Fe, formando entre todos ellos una población de 2.637 almas.

Fué verdaderamente útil en sus principios la medida adoptada por el celoso virrey de formar en todas las provincias y distritos cuerpos del país con el título de realistas para conservar la tranquilidad en los respectivos puntos de su demarcación. Produjo asimismo los más felices resultados la incorporación á dichos cuerpos, que podían llamarse más propiamente milicias urbanas de los referidos cabecillas indultados, los que, con muy pocas excepciones, se condujeron con lealtad y decisión en su nueva carrera.

Empero era de temer que estos mismos hombres, armados é instruídos por los españoles, pudieran ser un día su azote y exterminio. Ellos, sin embargo, se hicieron acreedores á una ilimitada confianza, y tal vez no habrían

abusado de ella si imprevistas circunstancias no hubieran variado la escena política. El sistema que se había planteado en casi todo el reino, de mantener partidas de tropa de línea en los pueblos centrales, correspondiendo con las fuerzas urbanas y hasta con las de los mismos ranchos ó haciendas, cuyos dependientes formados militarmente obedecían la voz del mayoral ó jefe, daba las más firmes garantías de que pudiera ser duradera la pacificación.

Apenas se formaba una gavilla, aun en los puntos más ocultos é impenetrables, cuando los trabajadores de las haciendas más inmediatas salían á destruirla; y no siendo aquella fuerza suficiente, concurrían sin dilación los individuos alistados en los pueblos inmediatos, y finalmente se ponía sobre las armas la misma tropa de línea que formaba el centro, de donde partían los combinados movimientos en todas direcciones.

Al favor de estas medidas y del infatigable celo desplegado por todas las autoridades civiles y militares, se vió correr este país á pasos agigantados hacia su antiguo lustre y esplendor. Terminó, pues, el año 1819, bajo los más favorables auspicios. El tratado conciliante que había ajustado en 2 de Febrero de este mismo año el ministro plenipotenciario D. Luis Onís con el presidente de los Estados Unidos de América, hacía esperar que aquel Gobierno desistiría de toda tentativa sobre este reino desde sus provincias confinantes, y que pondría algún coto al fanatismo con que los ciudadanos de aquella república habían fomentado la insurrección mexicana.

El citado Sr. Onís, que había estado en continua lucha con el Gobierno anglo-americano para separarlo de su coalición con los rebeldes hispano-americanos, aquel digno y sabio ministro, que se dedicó con inimitable y asiduo afán á sostener los intereses del Soberano español en América por todos los medios que estuvieron á su alcance, ya poniendo trabas á la remesa de auxilios para los insurgentes de la América española, viendo que muy

á su pesar no le era posible impedirlo talmente, comunicando noticias oportunas de proyectadas expediciones, y finalmente enviando barcos cargados de armas, municiones y pertrechos, que cruzando más de una vez por el Cabo de Hornos, llegaron al mismo virreinato de Lima; este hábil negociador, que tantos servicios había prestado á la causa real en el Nuevo Mundo, completó el lustre de su carrera marcando con límites fijos la vasta extensión de la Lusiana en sus confines con Nueva España. La parte más septentrional que se asignaba antes á este reino eran las misiones de San Francisco, situadas cerca de los 38 grados, y por dicho tratado se extendieron hasta los 42 (1).

El expresado Onís ha dejado los más gratos testimonios del recto y celoso desempeño de su ministerio, y su

(1) Aunque el extracto de lo concerniente á este punto se halla ya en la Geografía universal publicada por el autor de la presente historia en 1828, no será desacertado insertarlo aquí de nuevo, para que no carezcan de estos importantes conocimientos los que no hubieren leído la citada obra.

«La línea divisoria entre México y los Estados Unidos arrancará del seno mexicano á la embocadura del río Sabina en el mar, seguirá al N. por la orilla occidental de este río hasta el gr. 32 de lat.; desde allí irá recta al N. hasta el gr. de lat. en que entra en el río Rojo de Natchitoches (Red River), y continuará por el curso del río Rojo al O. hasta el gr. 100 de long. occidental de Londres y 23 de Wáshington, en que cortará este río y seguirá por otra línea recta al N. por el mismo gr. hasta el río Akanzas, cuya orilla meridional seguirá hasta su nacimiento en el gr. 42 de lat. sept., y desde dicho punto se tirará otra línea recta por el mismo paralelo de lat. hasta el mar del Sur; todo según el mapa de los Estados Unidos de Melish, publicado en Filadelfia y perfeccionado en 1818. Pero si el nacimiento del río Akanzas se hallase al N. ó S. de dicho gr. 42 de lat., seguirá la línea desde el origen de dicho río recta al S. ó N., según fuese necesario, hasta que encuentre el expresado gr. 42 de lat., y desde allí por el mismo paralelo hasta el mar del Sur. Pertenecerán á los Estados Unidos todas las islas de los ríos Sabina, Rojo, Natchitoches y Akanzas en la extensión de la línea descrita; mas el curso de las aguas y la navegación del Sabina hasta el mar, y de los expresados ríos Rojo y Akanzas, será común á los habitantes de las dos naciones.“

memoria no podrá menos de ser respetada por cuantos se interesan en la felicidad de la monarquía española. Algunos censuraron la cesión de las Floridas, hecha por el mismo tratado al referido gobierno anglo-americano; pero si se hubieran parado á reflexionar sobre el verdadero estado de los negocios, no podrían menos de ensalzar la pericia de aquel diplomático, quien en medio de tantos elementos de oposición y en el acto de autorizar el desprendimiento de un territorio que pertenecía á la Corona de España, supo sacar todo el partido que hubiera podido esperarse de otra posición más favorable y menos forzada.

CAPÍTULO XI

(1820)

Estado próspero de los negocios á principios de este año.—Ultimas acciones gloriosas dadas á los facciosos.—Número de combates trabados por las tropas del Rey desde la entrada del virrey Apodaca en el mando, y de los rebeldes acogidos al indulto.—Completa pacificación del reino, si se exceptúan algunas barrancas en el rumbo del Sur.—Males producidos por la malhadada constitución española.—Estado del ejército y de los demás ramos de la administración.—Empeño de algunos celosos realistas por derrocar dicho sistema liberal.—Juntas de la Profesa, de las que resultó un triunfo completo para los disidentes encubiertos por los mismos medios inventados para el primer objeto.—Nombramiento de Itúrbide para dar ejecución á aquellos planes.—Carácter y circunstancias de este revolucionario.—Su expedición contra las gavillas de Guerrero, refugiadas en Tierra Caliente.—Ocupación por él mismo de 700.000 pesos pertenecientes á los manilos.—Maniobras de este astuto insurgente con el citado Guerrero, precursoras de su abierta rebelión.

Ofrecía el reino de México á principios de 1820 la más halagüeña perspectiva de que se había de disfrutar en él de todos los beneficios de la paz, comprada con diez años de padecimientos y sacrificios. El genio de la rebelión había sido sofocado por las acertadas disposiciones del virrey y por los esfuerzos de sus tropas. Sólo unas cortas gavillas, que más podían titularse de salteadores y bandidos, iban huyendo de sierra en sierra de la afortu-

nada espada de los realistas. Pocos fueron los encuentros que se recuerdan de esta época; los recorreremos, sin embargo, aunque sea con rapidez, para no dejar este vacío en la historia, y para que no queden olvidados los servicios de los dignos militares á los que fué confiado el encargo de completar la pacificación.

Los que tuvieron ocasión de distinguirse, principalmente en el mes de Enero, fueron el teniente coronel D. Dionisio Fernández, de la división de Valladolid, quien atacando con denodado espíritu en el puerto del Aguila al rebelde Magaña, logró matarle nueve hombres de su partida y cogerle 12 prisioneros con varias armas y caballos. También el coronel D. Hermenegildo Revuelta acreditó nuevamente su celo yendo en persecución de los Ortices, que se habían refugiado en la provincia de Nueva Galicia, causándoles pérdidas de consideración. El teniente coronel D. Manuel de Bezanilla se hizo igualmente recomendable por haber sabido limpiar enteramente de facciosos el distrito de Salvatierra y todas sus dependencias, recibiendo la entrega de las armas de los cabecillas Valentín Montes, Manuel Calderón y de otros varios.

Se hizo no menos acreedor á los públicos elogios el capitán de Zaragoza D. Juan Antonio Galindo, por el acierto de sus operaciones en su penosa correría, que duró desde fines de Diciembre hasta principios de Febrero, sobre la provincia de Guanajuato y rumbo del Sur, derrotando á los exánimes facciosos cuantas veces pudo llegar á las manos con ellos. El teniente coronel D. Ignacio Corral, dependiente de la división de Temascaltepec, se batió gloriosamente con los cabecillas Reinoso y padre Izquierdo, impidiendo su reunión con Guerrero y Montes de Oca, únicos jefes de algún influjo y opinión existentes en todo el reino de México, además de los cabecillas Asensio y Campos, quienes ejerciendo todavía sus sediciosos estragos por el rumbo del Sur con 300 indios y criollos, fueron batidos por el teniente co-

ronel D. Manuel Ignacio Baena, comandante de Alahuistlan, dejando más de 30 muertos delante de dicho punto, que tuvieron la osadía de atacar, habiéndose creado expresamente un escudo para los que hubieran tenido parte en tan bizarra defensa.

Entre los jefes que más señalaron su bravura en el mes de Febrero, merecen particular mención el ya citado teniente coronel D. Ignacio del Corral y el de igual clase D. José Fernández de Córdoba, derrotando al cabecilla Campos en el cerro de los Calabozos, distrito de Temascaltepec, causándole la pérdida de 30 muertos que quedaron en el campo de batalla, la de más de 100 caballos y mulas, con bastante número de armas, de que se apoderaron, é impidiendo con este oportuno golpe la reunión del citado Campos con la gavilla de Pedro Asensio.

El coronel D. Francisco de Orrantia adquirió nuevos títulos de recomendación pacificando tan completamente la provincia de Guanajuato, que los habitantes, y aun los indios por sí solos, se arrojaban con decidido valor sobre cualquiera cuadrilla que se presentaba en aquella demarcación, como lo verificaron con la de Rosas y otros insurgentes del rumbo de Santa Cruz, que fueron batidos con bastante pérdida.

El teniente coronel D. Carlos Moya defendió con la mayor firmeza el convoy de platas que custodiaba para Acapulco, sosteniendo en 21 del citado mes de Febrero una empeñada acción en el paraje del Agua del Perro contra 200 insurgentes, capitaneados por los cabecillas Alvarez, Mateo y el Chino, á los que puso en vergonzosa dispersión, matándoles 19 hombres y apoderándose de varias armas y caballos.

El capitán D. José María de Armijo, dependiente de la división del coronel Echávarri, sostuvo cuatro días antes otra acción no menos brillante en la ranchería de Tarétano sobre el rumbo del Sur contra Rafael Ramírez, alias el *Izucareño*, que había sido enviado por su jefe Vicente Guerrero á sorprender aquella partida realista y en busca

de víveres para sus campamentos. Habiendo reunido este cabecilla más de 100 hombres, luego que se le hubo incorporado el cabecilla Mondragón, se rompió el ataque contra los realistas, que escasamente llegaban á 60; pero, á pesar de esta desigualdad de fuerzas, fueron aquéllos bizarramente rechazados con bastante pérdida en muertos y prisioneros, habiéndose hallado entre estos últimos el citado Ramírez, que fué fusilado en el acto.

Presentado al indulto en esta época el temible insurgente Encarnación Ortiz, trató el virrey de comprometerlo más en el servicio por la buena causa, formando á sus órdenes una partida titulada de realistas para perseguir á los demás facciosos que todavía conservaban las armas en la mano. A su consecuencia fueron destruídas por las acertadas disposiciones del benemérito coronel Orrantia y recto desempeño del capitán Galindo, las gavillas de Bocanegra y Murillo, que hacían sus correrías por San Miguel el Grande y rumbo de Chamacuero, habiendo sido aprehendido el primero de dichos cabecillas por el esforzado teniente de realistas D. Juan de Dios Márquez, y habiéndose acogido el segundo al real indulto. El caudillo Reinoso había logrado sustraerse con la fuga al adverso destino que cupo á su compañero Murillo en la acción que trabaron con el coronel Orrantia; pero hostigado por las tropas del teniente coronel don Pedro Ruiz de Otaña, entregó en el mes de Marzo sus armas y las de varios de sus secuaces.

El teniente coronel D. Ramón Domínguez, dependiente de la sección del coronel Rafols, sostuvo en el mismo mes de Marzo una de las acciones más reñidas que recuerda la historia de este año. Con la fuerza de 60 hombres se dirigió á reconocer el punto del cerro de las Ánimas, la barranca de Tepehuaxtitlan, las orillas del río Ixtapan y otros varios puntos del distrito de Temascaltepec. Al llegar á los conocidos con el nombre de la *Goleta* se halló improvisamente con las gavillas del indomable Pedro Asensio, y aunque la fuerza de este cabecilla era incom-

parablemente mayor que la del jefe realista, no se excusó el ataque, al que se lanzaron los facciosos con el más ciego furor, haciendo un fuego vivísimo por el espacio de siete cuartos de hora; y si bien cedieron en esta primera tentativa, trabaron segundo combate á las pocas horas, redoblando su ardor y su decidido empeño. Mas haciendo prodigios de valor las tropas de Domínguez, tuvieron constantemente atada á su carro la fortuna, y obligaron á retirarse, con la mayor mengua, á los 180 hombres de que se componia la citada facción de Asensio, dejándose más de 50 muertos, y porción considerable de armas y pertrechos.

Fué asimismo digno de particular recomendación el choque que empeñó en la plaza de Tusantla el teniente coronel D. Liborio Borobia, con 42 infantes y 19 caballos, contra 400 facciosos capitaneados por el citado Asensio, padre Izquierdo, José Figueroa, Vicente Ponce, Telesforo de los Ríos, Serrano, Juan María Estrada, Agüero y otros. Los desesperados esfuerzos que hicieron estos rebeldes para apoderarse de dicha plaza se estrellaron en los firmes pechos de aquel puñado de valientes, en cuyo obsequio, y para perpetuar la memoria de su bizarría, fué creado un escudo de honor.

No se recuerdan más que dos acciones dadas en el mes de Abril á los rebeldes; pero ambas de la mayor importancia, por los rasgos de valentía que desplegaron en ellas los realistas, y por el descalabro de los enemigos. Fué sostenida la primera por el sargento mayor D. Juan Domínguez, comandante de la cuarta sección de Nueva Galicia, contra 300 infantes y 400 caballos capitaneados por varios cabecillas, y principalmente por Guzmán, en cuyas filas causó tan horribles estragos, que no bajó de 60 el número de muertos, y en igual proporción el de heridos, quedando asimismo en poder de los realistas una porción considerable de caballos y de armas blancas y de fuego. Aunque todavía se mantuvo la gavilla de Montes de Oca parapetada en un fortín, no fué menor el mé-

rito de la victoria, por el espantoso escarmiento que hizo Domínguez en aquellos forajidos.

La otra acción, que merece ocupar un lugar de preferencia en la presente historia, la dió el coronel Rafols, comandante de la división de Temascaltepec, á la chusma de Asensio, compuesta de 400 hombres situados en el cerro de la Rueda, poco distante de los Palmares, y reforzados sucesivamente con otros 100, al mando del feroz Pablo Ocampo.

Era impenetrable el frente que presentaban los rebeldes desde su formidable posición; mas dirigiéndose los realistas, por la derecha, á tomar una altura que distaba tiro y medio de fusil de la ocupada por los facciosos, se introdujo en ellos un pánico terror, y, entregándose á la más vergonzosa fuga, se salvó la mayor parte por una barranca, si bien quedaron muchos sepultados en ella por las victoriosas tropas que habían salido en su perseguimiento, no siendo pocos los que perecieron en los varios choques que se trabaron antes de la citada dispersión.

Después de las mencionadas acciones, ya no se ven más que impotentes esfuerzos para arrastrar una precaria y penosa existencia los moribundos facciosos. Una gavilla de 300 de ellos, capitaneados por los cabecillas Miguel Avila, su hermano Andrés y Bernabé Padilla, fué derrotada, en el mes de Mayo, en la hacienda de Santa Efigenia, provincia de Valladolid, por el capitán D. Rafael Sáez, dependiente de la sección del teniente coronel don Miguel Francisco Barragán: 12 rebeldes muertos, inclusos un capitán y dos alféreces, un prisionero y dos soldados realistas rescatados, 13 fusiles y carabinas, varias armas de corte, 29 caballos y más de 40 indultados, fueron el premio del valor desplegado por la citada columna.

Otra reunión de facciosos, mandados por Velázquez, Víctor Rosales, Dañesta y Marcelo Michel, sufrió asimismo un fuerte descalabro en la cañada de *Cinga*, provincia de Nueva Galicia, en el mismo mes de Mayo, por el esforzado empeño del capitán D. Mariano de la Madrid,

destacado de la columna del comandante D. Anastasio Brizuela, habiéndose contado entre los trofeos de aquel combate 22 muertos, muchos heridos, 4 prisioneros, 80 caballos y algunas armas.

Las gavillas de Bedoya y Gamiño, en número de 500 hombres, que hacían todavía sus correrías por la provincia de Valladolid en el mes de Junio, fueron batidas en las cercanías de Zinapecuaro con pérdida de 23 muertos, entre ellos el coronel Angón y el capitán Rodríguez. Este ilustre triunfo, tanto más recomendable cuanto que fué conseguido con fuerzas muy inferiores, costó, sin embargo, el sensible precio de la vida del comandante de realistas del citado punto de Zinapecuaro, D. José Calderón, y la de 10 soldados más que quedaron muertos en la refriega, de la que salieron otros 5 heridos de gravedad y 8 ligeramente.

La gavilla de Villarreal fué alcanzada en el mes de Junio al retirarse sobre Tierra Caliente, en el puesto de La Lejía, distrito de Tomendan y provincia de Valladolid, por la columna del teniente coronel D. José María Vargas; y aunque los facciosos se defendieron con furor y desesperación, murieron, sin embargo, 26 de ellos, se les hicieron 6 prisioneros, entre los cuales el mismo cabecilla Villarreal y los capitanes Gaona y Palma; fueron rescatados 24 prisioneros realistas y acabaron de ser destrozados los restantes de aquella partida por el alférez D. Mariano Villegas, que los fué persiguiendo por el espacio de legua y media.

Empero la empresa más brillante de esta época fué la que el teniente coronel D. José Antonio de Echávarri llevó á cabo en el día 30 del mismo mes de Junio sobre los rebeldes que ocupaban el cerro del puerto de Coyuca, en el rumbo del Sur. El obstinado Guerrero había adquirido algunas ventajas en sus últimas correrías sobre el cerro de Ajuchitlan, Tlapchuala y Coyuca, con el apoyo de Asensio, Campos y otros cabecillas que llamaban la atención simultáneamente por Cuaulotitlan y Tlalchapa; y era

preciso, por lo tanto, dar un golpe decisivo á estas gavillas, que puede decirse eran ya las únicas capaces de dar algún cuidado á las tropas del Rey.

Encargado de esta operación el citado Echávarri por el comandante general de Valladolid D. Matías Aguirre, la principió con solos 40 dragones que le habían quedado disponibles, y llegó con ellos á Coyuca, en donde supo que dicho Guerrero había tomado posición del inaccesible cerro del Puerto, que por hallarse entre el citado pueblo y Ajuchitlan impedía la comunicación con el comandante español de este último punto, D. José María Armijo; y averiguó asimismo que había colocado dos atrincheramientos en las márgenes del río que pasa por el pie del cerro, con los que protegía al pueblo de Tanganguato y el costado opuesto, en el que se habían situado igualmente 200 rebeldes al mando de un inglés y de los cabecillas Camilo y Melchor.

Era la posición de Echávarri la más crítica y apurada; pero su esforzado espíritu no se abatió en lo más mínimo, y se debió, por lo tanto, á su constancia y sufrimiento el triunfo completo que obtuvo sobre aquellas formidables masas. El citado capitán Armijo había hecho una inútil correría y se hallaba ya de regreso en el mencionado pueblo de Ajuchitlan, dispuesto á operar con 120 hombres en combinación con Echávarri. El teniente de granaderos D. Ignacio Vitra llegó en 22 del mismo mes de Junio con otros 150 á reunirse con el mismo Coyuca. Aunque las fuerzas de estas tres columnas eran todavía muy inferiores, resolvió Echávarri, sin embargo, arrojarse sobre el enemigo, esperando que la fortuna recompensaría pródigamente su confianza.

Se había fijado la marcha sobre el Puerto para el día 23; mas fué preciso diferirla hasta el día siguiente por la noche, en que se llevó á efecto á pesar de los fuertes aguaceros que habían sido causa de aquella detención. Habiendo llegado en la siguiente mañana al frente de los atrincheramientos, tomó las más prontas disposiciones

para que fueran atacados, mientras que el mismo Echávarri ocupaba las alturas de la derecha á fin de proteger aquel movimiento. Habiéndose retirado los rebeldes precipitadamente al fuerte apenas observaron aquellas maniobras, fué enviado Armijo á defender la única retirada que tenía el enemigo para la Sierra Madre, y dividió lo restante de su tropa en cuatro trozos para estrechar el sitio.

Ya el día 25 les había sido cortada el agua, cuya ventaja habría bastado por sí sola para abatir el ánimo de los rebeldes, si los aguaceros que continuaron todavía en la misma noche no les hubieran proporcionado hacer algún acopio de ella. Seguía en el entretanto el jefe realista practicando toda clase de tentativas para vencer con la dulzura y con la oferta de un generoso indulto la indomitez de aquellos forajidos; mas viendo la inutilidad de sus esfuerzos, y deseoso de apoderarse con un pronto y atrevido golpe de aquella posición, resolvió darle el asalto en la madrugada del 30.

Dispuestas con este fin algunas escalas, y venciendo los más terribles obstáculos, se aproximaron los realistas al ataque con noble intrepidez, despreciando los estragos de una furiosa borrasca, que parecía empeñada en contrariar tan heroico empeño. Al hacer uso de las hachas para abrir aquel fragoso camino se alarmaron los facciosos, y rompieron el fuego, que fué contestado con ardor por los realistas. Ni éste, ni las gruesas piedras que arrojaban aquéllos, ni todos cuantos obstáculos se ofrecían á la vista, debilitaron tan noble resolución, en cuyo feliz resultado estaba comprometido el honor de aquellas tropas. Haciendo, pues, prodigios de valor, y trepando de roca en roca con las armas á la espalda, llegaron al punto donde debian situarse las escalas, después de haber sostenido cuatro horas de fuego por escalones.

Empero lo que más desalentó á los rebeldes fué el impetuoso ataque que les dió el capitán Galeana por la única puerta ó abertura de dicho cerro, por la cual entró

pisando cadáveres sacrificados por la bizarría de sus tropas. Ya desde este momento sólo trataron los insurgentes de ocultarse en las cavidades de aquellos peñascos, ó de arrojarse por ellos para sustraerse á la formidable espada de los vencedores. De este modo y á expensas de la vida y heridas de 21 realistas, cayó en poder de éstos el citado cerro, habiéndose contado entre sus trofeos la muerte de 37 facciosos, inclusos el cabecilla Mondragón, dos capitanes y un teniente, la toma de seis prisioneros, tres cañones, 25 fusiles, porción de espadas y machetes, y el rescate de 107 individuos de los pueblos inmediatos que se hallaban en aquella fortificación en la clase de rehenes.

El cabecilla Guadalupe Hernández sufrió en el mes de Agosto un fuerte descalabro por el alférez D. Tiburcio González, de la compañía del comandante accidental de Ario en la provincia de Valladolid, D. José Ignacio de Olavarrieta. Catorce rebeldes muertos, seis prisioneros, entre ellos el referido cabecilla y su segundo Francisco López, 25 caballos ensillados y varias armas de chispa y corte, fueron el fruto de tan feliz combate.

El último choque de alguna importancia que se recuerda en este año fué el que sostuvo el teniente D. Francisco Novoa, dependiente de la división de Nueva Galicia, defendiendo en principios de Noviembre el punto de Santa Ana de Amatlan contra las gavillas de Montes de Oca y Guzmán, que habían reunido una numerosa chusma de 160 hombres. Aunque esta guarnición se componía de solos 70 soldados, desplegó, sin embargo, un valor tan firme y desesperado, que viendo los facciosos el poco fruto que iban á sacar de sus esfuerzos, se retiraron á los dos días de haber empeñado un vivo fuego y de haber intimado la rendición con el más imponente aparato de ridícula soberbia y vanidad. Quince facciosos muertos, incluso el cabecilla Trinidad Sánchez, segundo de Guerrero, y el capitán Corona, con un número proporcionado de heridos que se llevaron al retirarse, sin más pérdida

por parte de los realistas que la de 10 soldados, fueron los mejores testimonios del buen comportamiento y del feliz resultado de la lealtad y decisión de aquellos valientes.

En el mismo mes de Noviembre obtuvo el coronel don José Barradas por resultado de su penosa expedición sobre el Cuyusquihui la presentación de todos los rebeldes que se conservaban todavía por aquel fragoso territorio, la entrega de 200 fusiles, y la promesa de rendir también sus armas los que guarnecían el punto de Palo Gordo, como se verificó á los pocos días, quedando así sometido del todo aquel país que había sido constantemente el abrigo de los malvados.

El celoso virrey llegó á concebir las más lisonjeras y bien fundadas esperanzas de restablecer muy pronto en el reino de México el estado de tranquilidad y opulencia de que disfrutaba antes de aquella bárbara revolución. Desde principios de este año habían sido recibidos de casi todas las provincias los más satisfactorios despachos de sus respectivos comandantes, de hallarse totalmente pacificadas las que estaban confiadas á su mando. Sería arriesgado conceder á unos más elogios que á otros, puesto que todos desempeñaron sus deberes del modo más recomendable.

Se había conseguido sofocar enteramente la revolución y confinar los débiles restos de los obstinados Guerrero, Montes de Oca y Asensio al rumbo del Sur, en cuyas impenetrables madrigueras ocultaban su vergüenza, dispersándose cuando eran perseguidos por una fuerza mayor, y reuniéndose de nuevo para ejercer de tiempo en tiempo sus dilapidaciones y tropelías. Desde que el virrey Apodaca había tomado el mando de México se contaron hasta fines de este año más de 300 acciones sostenidas por sus valientes tropas, y no bajó de 30.000 el número de individuos acogidos al real indulto. Parece que no se necesitan mayores pruebas para venir en conocimiento de sus relevantes servicios, así como para graduar el

acierto de sus operaciones y el mérito de su fina política hasta dicha época.

Si se exceptúan, pues, algunas barrancas de Tierra Caliente, todo el resto del reino disfrutaba de la más perfecta tranquilidad, si bien se presentó á mediados de este mismo año un enemigo el más terrible que pudiera ofrecerse á la estabilidad del dominio del Rey. Fué éste la constitución transmitida desde la Península á las playas de México á fines de Mayo, y que apenas hubo llegado á Veracruz fué proclamada solemnemente por algunos genios díscolos y bulliciosos sin esperar la necesaria orden del virrey. Este se vió asimismo precisado á dar ejecución al decreto de su jura, porque de no obedecer al Gobierno aunque ilegítimo establecido entonces en España, podían haber resultado males de mayor transcendencia; mas no se ocultaban á su exquisito juicio y sagaz previsión las desgracias en que podía envolver á todo aquel reino un sistema tan funesto que ofrecía á los conspiradores todos los medios de sazonar impunemente sus planes.

Veía con dolor que lejos de venir de la madre Patria el consuelo para cicatrizar las llagas de la sofocada rebelión, recibía la fatal Caja de Pandora, la que abierta en tan críticas circunstancias en que se mantenía todavía el reino estremecido con el terrible sacudimiento del encono de los partidos, iba á arrebatarle la gloria adquirida á costa de tantos sacrificios, y á sus valientes tropas el mérito de sus padecimientos y extraordinarios servicios.

El mal se presentaba con síntomas de la mayor gravedad, y era preciso, ya que no fuera posible cauterizarlo, usar á lo menos de todos los medios de energía y vigor para evitar sus progresos. Redoblando, pues, su vigilancia, consiguió sostener con lustre por todo este año y aun por una parte del siguiente el dominio de aquellos países en medio de las escenas acaloradas de los partidos, como consiguientes al abuso de la imprenta y á las reuniones populares para las elecciones de diputados á

Cortes y de miembros de los Ayuntamientos y Diputaciones.

Brilló por lo tanto más que nunca en esta ocasión el celo de dicho virrey y de las demás autoridades y jefes para contener el desplome de otros males, que tal vez habrían quedado encubiertos sin la funesta adopción del nuevo sistema, y que desde este momento ya no estuvo en su mano aplicarles un remedio eficaz. Aunque habían triunfado las tropas realistas, habían tenido sin embargo considerables bajas, y no se presentaba la menor apariencia de que pudieran ser reemplazadas con fuerza europea, pues que el Gobierno llamado Constitucional, demasiado ocupado en calmar la efervescencia de las pasiones y en sofocar el pronunciamiento de la opinión á favor de los Reales derechos, no se hallaba en estado de hacer nuevas expediciones; ni parece era otra su voluntad con respecto á los establecimientos de Ultramar, sino la de entrar en transacciones, que creía podrían ser de recíproca conveniencia, sentada ya la base de la libertad general y de la igualdad absoluta entre americanos y españoles.

Estas mismas voces que los ocultos conspiradores tenían buen cuidado de extender por todo el virreinato de México; la relajación del freno popular; la brecha que aquel ominoso sistema había hecho en la disciplina militar, habiéndose concedido al soldado una importancia peligrosa, usándole miramientos y consideraciones que eran más bien signos de debilidad que la efusión de sentimientos liberales; la suspensión de licencias á muchos de estos mismos soldados que habían cumplido el tiempo de su alistamiento; el atraso de pagas en algunos cuerpos; la escasez de fondos, como resultado del trastorno general de aquellas provincias desde el año 1810, y del entorpecimiento de todos los ramos productivos; la necesaria subdivisión de tropas por compañías, destacamentos y aun piquetes, con la idea de tener guarnecido todo el país, de cuya providencia, si bien resultaba una conocida ventaja en poder sofocar al momento cualquiera partida insurgen-

te que se sublevase aun en los puntos más ocultos y despoblados, emanaba otro inconveniente, que era el desarreglo de los militares, viviendo separados de sus jefes, y la imposibilidad de que éstos sostuviesen la disciplina y cuidasen de su instrucción; el abuso que algunos jefes hicieron de la misma fuerza armada para sus especulaciones particulares, descuidando enteramente el servicio: todas estas razones reunidas debilitaban considerablemente los cimientos principales sobre que estaba fundada la conservación del dominio del Rey.

Los cuerpos armados del país eran numerosos, y aunque no tenían la instrucción y la actitud guerrera de los europeos, no dejaban de dar graves cuidados al gobierno La administración de justicia había recibido con la constitución las más terribles trabas, la civil de los pueblos había sufrido una total alteración; y se principiaba á notar alguna decadencia en la Real hacienda, cuyo ramo había principiado ya á caminar á pasos agigantados hacia su antiguo lustre, habiendo tenido el conde de Venadito la dulce satisfacción de haber visto, aunque por breve tiempo, cultivadas de nuevo las tierras abandonadas por un efecto de la horrorosa revolución, y dedicados los facciosos indultados á sus anteriores tareas de industria, comercio y arriería, en términos que los convoyes de platas para la Real hacienda habían llegado á recorrer centenares de leguas sin escolta, del mismo modo que se practicaba en los tiempos tranquilos.

Los verdaderos realistas y los hombres sensatos atribuían el estado poco próspero que iban presentando los negocios al maléfico influjo de las ideas liberales, y se ocuparon por lo tanto en meditar los medios de cortar el naciente mal. Se dirigió todo su afán á derrocar la malhadada constitución, que preveían había de burlar tarde ó temprano la vigilancia, la política, el valor y el heroísmo de los fieles. Las primeras reuniones de los que más detestaban aquel sistema se celebraron en el convento de la Profesa, ó de San Felipe de Neri, de la ciudad de Méxi-

co, bajo la presidencia del europeo P. Monteagudo, prepósito de dicho convento y canónigo de aquella catedral, y del americano doctor Tirado, ambos inquisidores y acérrimos enemigos de los liberales.

Desconfiando al principio de las mismas autoridades y aun de las tropas, entre las que si bien había muchos dignos sujetos prontos á sacrificarse por su soberano, no escaseaban los adictos á los principios liberales, no se atrevieron á confiar aquellos ocultos planes, en la duda de hallar oposición y resistencia aun en las personas que más hubieran acreditado su buena opinión, recelando de que la delicadeza en unos y la desconfianza en otros paralizase los impulsos de la verdadera fidelidad.

Parece, pues, que estas fueron las razones de no haber contado al principio con el virrey, con el general Liñán y con otros varios jefes civiles y militares que tenían bien probada su adhesión á la soberana autoridad del monarca español y su aversión al titulado sistema regenerador. Dichas juntas clandestinas de la Profesa se fueron haciendo numerosas gradualmente, habiendo sido admitidos en ellas muchos ilustres individuos del clero secular y regular, algunos hacendados y comerciantes, y sucesivamente varios empleados civiles y militares, aunque no de la primera jerarquía. Una porción de taimados americanos, que vestidos con la piel de oveja ocultaban toda la fiereza de sus designios, lograron introducirse en dichas juntas con la más refinada hipocresía, aparentando un fingido celo por el triunfo del Altar y del Trono, que estaba bien distante del verdadero objeto de sus planes.

Todos, al parecer, obraban en el mismo sentido; pero estos últimos tiraban diestramente sus líneas para lograr su apetecida independencia. Como conocían que las primeras autoridades, por su mayor previsión é inteligencia, habían de atravesar sus fementidos designios si se les daba entrada en aquellas reuniones, procuraron alejarlas de ellas, excitando en los individuos que de buena fe asistían á la Profesa una fundada desconfianza, y los

más injustos recelos acerca de la opinión de aquéllas. Esta especie de asociación antiliberal se fué extendiendo de tal modo, que llegó á ramificarse en la Puebla de los Angeles, bajo la dirección de su reverendo obispo, y en otros puntos.

Cuando ya hubieron sazonado su plan, y adquirido el necesario vigor para dar el golpe, trataron de nombrar un fiel y hábil ejecutor de sus deseos: después de haber pasado en revista todos los jefes militares emprendedores y de prestigio, se fijaron en el coronel D. Agustín Itúrbide, quien agregaba á su extremada osadía y arrojado valor unas exterioridades de religión y austeridad capaces de deslumbrar aun á los hombres menos virtuosos. La frecuente práctica del sacramento de la penitencia, su asidua asistencia á los templos de Dios, su diaria costumbre de rezar con su familia el santo rosario, y finalmente otras desmostraciones de pura devoción y acendrado catolicismo, daban las más sólidas garantías de su recto desempeño para la citada comisión.

Convenidos, pues, en la elección de este jefe, era preciso inventar un medio plausible que lo pusiera en actividad; pero esta empresa se presentaba con todos los caracteres de impracticable. Se necesitaba hacer ver al virrey la utilidad é importancia de crear una comisión extraordinaria, y al mismo tiempo la conveniencia de confiarla al citado Itúrbide. Lo primero se logró fácilmente, porque el digno virrey abundaba en las mismas ideas, reducidas á enviar una respetable división de tropas contra las únicas gavillas insurgentes de Guerrero, que se abrigaban en el rumbo del Sur.

Era incomparablemente más difícil la segunda parte, á causa de hallarse Itúrbide en aquella época procesado por varias concusiones, extorsiones y tropelías cometidas en Guanajuato mientras que estuvo á la cabeza de aquella provincia, y probadas por el cura de Silao, D. Antonio Lavarrieta, paisano del mismo Itúrbide y antiguo amigo de su familia. Se le había permitido en el entretanto la

libre residencia en la capital, y se iba demorando su sentencia por los buenos oficios del regente de la Real Audiencia, Bataller, en consideración á los relevantes servicios que aquél había prestado á la causa de la Monarquía. A pesar de estos legítimos estorbos supieron los asociados de la Profesa influir indirectamente y del modo más astuto en el ánimo del virrey, á fin de que dicho Itúrbide fuera nombrado para la mencionada comisión (1), quedando sobreseída su causa.

Como la fama adquirida por Itúrbide durante las anteriores campañas hubiera resonado por todos los ángulos del virreinato de México, y como estuviese adornado de una gallarda presencia, del porte más fino y amable, de aventajadas luces naturales, de refinada política y demás cualidades capaces de aprisionar la voluntad del soldado, de granjearse el aprecio de los pueblos y aun de desarmar á los rebeldes, tal vez sin necesidad de recurrir á las armas, no fué difícil persuadir al virrey de que dicho jefe era el más á propósito para aquella empresa; y en su consecuencia se le habilitó con todos los medios necesarios para llevarla á cabo. Se presentan en esta época tres partidos, y todos creen lograr sus respectivos fines por los esfuerzos del citado Itúrbide.

El virrey trataba de destruir los únicos restos de la insurrección confinada en las barrancas de Tierra Caliente y de consolidar la autoridad real sin venir á un rompimiento con la Península, temeroso de que serían más funestas las consecuencias si negando la obediencia al Gobierno, aunque ilegítimo, de entonces, se constituía en

(1) Se creyó generalmente que el virrey Apodaca hubiera estado de acuerdo con los miembros de aquellas juntas, y era tanto más natural dar asenso á tales voces cuanto que dicho virrey tenía dadas irrefragables pruebas de su aversión al sistema constitucional desde que fué mandado de capitán general á la isla de Cuba en 1812; pero como el autor de la presente historia ha oído de su misma boca desmentir estos asertos, sería temeridad sostener una opinión rebatida por el vivo testimonio de quien por su elevado rango, probidad y acrisoladas virtudes tiene un derecho indisputable de ser creído por su palabra.

estado de emancipación y quedaba reducido á sus propios recursos.

Los antiliberales de la Profesa no consultaban sino sus deseos de ver derrocada la constitución y restablecido en su antiguo estado el esplendor del Altar y del Trono. Los independientes aspiraban á la absoluta separación de la Metrópoli; pero no tuvieron bastante fuerza para expresar sus ideas en el acto de extenderse el primer plan de operaciones, que fué entregado á Itúrbide bajo la sola base de abolir dicho sistema constitucional.

Para acabar de deslumbrar á los fieles realistas, pasó Itúrbide á hacer unos ejemplares ejercicios en el dicho convento de la Profesa, durante cuyo tiempo recibió de todos los asociados los más útiles consejos y enérgicas amonestaciones; mas si bien aparentaba este pérfido confidente un aire exterior edificante y una dócil conformidad con las instrucciones de sus maestros, tenía ya premeditado burlar á unos y á otros, y valerse de tan favorables elementos en su propio provecho.

La primera persona á la que confió Itúrbide el sigiloso plan de la Profesa, fué á una de las señoras principales de México, en la que la naturaleza había prodigado de tal modo sus favores, que parecía se había empeñado en formar un modelo de perfecciones. Su talle elegante, su rubicundo color, sus ojos rasgados, la frescura de su tez, sus bien delineadas formas, y el más interesante conjunto de gracias, competían con la amabilidad de su carácter, con la dulzura de su voz, con la sutileza de sus conceptos, sagaz previsión, agudeza de talento, rara penetración y práctica de mundo. No es extraño, pues, que un ser adornado de tan seductores atractivos hubiera merecido toda la confianza de quien tenía bien acreditada su afición á quemar incienso ante los profanos altares del amor (1).

---

(1) Tenía ya dicha señora más de cincuenta años y conservaba tan fresca su belleza, que nadie que la haya conocido en aquel tiempo dirá

Esta nueva *Ninette L'Enclos* trató desde aquel momento de adquirir una celebridad en el templo revolucionario fomentando la ambición en quien estaba muy inclinado á seguir sus impulsos, y fortificando en él la idea de proclamar la independencia para vincular en sus manos el mando supremo. Quedó, pues, convenido entre ambos que se cometiera al licenciado Zozaya el encargo de reformar el plan de la Profesa en el sentido de la independencia; y como este letrado no supiese pedir prestadas á su dominante pasión por el juego las horas necesarias para este trabajo, se encargó de él el licenciado don Juan José Espinosa de los Monteros, quien formó el que luego fué conocido con el nombre de *Plan de Iguala.*

Los asociados de la Profesa, que ignoraban estos pérfidos amaños y artificiosos manejos, trabajaban incautamente por proporcionar á Itúrbide, para destruir la constitución, los medios que luego sirvieron para asegurar el triunfo de la rebeldía. Había salido D. Antonio Terán de México para Guadalajara á ponerse de acuerdo con los generales Cruz y Negrete, á fin de que los planes del héroe americano no sufrieran por este lado el menor tropiezo. Como era necesario investir en dicho Itúrbide extraordinarias facultades, se le confirió la comandancia general de las provincias del Sur por enfermedad de su propietario Armijo; y le fué asimismo encargada la conducción á Acapulco de 700.000 pesos pertenecientes á los manilos, con el objeto encubierto de que echara mano de ellos para sus primeros movimientos.

Los realistas de la Profesa querían que Itúrbide derrotara á Guerrero y que se proclamara en seguida cabeza del partido antiliberal, formando un centro de unión para todos los que profesasen aquellas ideas, y proceder, después de haber adquirido fuerzas respetables, contra la capital, en el caso que ésta se negase á reconocer la le-

---

que hay exageración en el cuadro que acabamos de trazar: bastará éste por sí solo para no equivocarse en su designación, aunque por decencia se suprima su nombre.

gitimidad de aquella reacción. Los antiespañoles, por el contrario, deseaban que su campeón se uniera con Guerrero, y con todas las partidas insurgentes, para dar el grito de independencia; en esto último convenía aquel ingrato, si bien le parecía conducente á sus fines principiar por la derrota del citado caudillo, á fin de cautivar mejor su voluntad y ejercer sobre él libremente aquel predominio, que temía pudiera serle disputado por quien contaba mayores timbres y blasones en la carrera que él iba á abrazar. Empero no habiéndole surtido buen efecto sus maniobras hostiles, y convencido de lo difícil que había de ser domar aquel esforzado insurgente, varió de conducta, y se dirigió á conquistarlo con la dulzura y con la invocación del nombre de libertad é independencia, entablando con él las relaciones de amistad y unión, de las que se tratará en la historia del año 1821, á la que pertenecen.

CAPITULO XII

(1821)

Primeras artificiosas operaciones de Itúrbide por el rumbo del Sur.—Su correspondencia con Guerrero.—Ventajas conseguidas por el teniente coronel Verdejo.—Reconciliación de los dichos Guerrero é Itúrbide.—Perfidia de este último y proclamación del plan de Iguala.—Formación de un ejército á las órdenes del general Liñán.—Salida de la vanguardia realista mandada por el coronel Márquez Donallo hacia la hacienda de San Gabriel, y retirada de los iturbidistas.—Razones por que no avanzó la división de Liñán contra el enemigo.—Movimientos en la capital contra la autoridad del virrey.—Fuerzas de Itúrbide cuando dió el grito de rebelión.—Maniobras de éste para apoderarse de la plaza de Acapulco.—Llegada á este puerto de las fragatas *Prueba* y *Venganza.*—Arresto del disidente Cavalery y su evasión.—Crítica posición de Itúrbide en el principio de su sedición.—Acciones favorables á los realistas.—Bizarría del coronel Hevia.—Progresos de los independientes.—Bravo, Herrera, Osorno, Santana, Victoria y otros caudillos.—Bustamante, Cortázar y Filisola desertan, con sus tropas, á las filas rebeldes.—Destreza de Itúrbide para hacer su revolución.—Causas que embotaron el valor y decisión de los realistas.—Choques parciales gloriosos á las armas del Rey.—Novoa, Hevia.—Muerte de este último.—Defección de Quintanar.—Debilidad de Horbegoso.—Acción de Tetecala.—Expedición de Márquez Donallo á Acapulco.—Desgracias de los realistas en San Luis de la Paz, Querétaro y San Juan del Río.—Sus triunfos en Veracruz, Arroyo Hondo y hacienda de la Huerta.—Nuevos reveses de los realistas por todas partes.—Brillante defensa de la guarnición de Durango.—Cruz, Negrete, Zamora, Ruiz.—Rasgos particulares de heroísmo.—Apurada situación de los negocios.—Violenta deposición del conde del Venadito.—Reflexiones políticas.—Nombramiento del general Novella,

en reemplazo del legítimo virrey.—Infructuosos esfuerzos de aquél.—Llegada del general O Donojú.—Tratado de Córdoba.—Batalla de Etzcapuzalco.—O Donojú, reconocido jefe principal de las tropas realistas, y vocal de la Junta insurgente.—Entrada de los independientes en la capital de México.—Entereza del general Dávila.—Honrosa capitulación de todas las tropas europeas.—Su acantonamiento y medidas para embarcarse.

Se hallaba Itúrbide maniobrando á principios de este año por el rumbo del Sur, más bien con la intriga y con la falsedad que con la nobleza de sus armas. Ya desde fines del anterior había emprendido sus operaciones contra Guerrero; pero, lejos de darle el golpe que quería precediese á su reconciliación, habían sufrido sus tropas algunos reveses parciales; y como llegase á conocer que este enemigo era más terrible de lo que se había figurado, trató de hacer sus primeras aberturas pacíficas, que allanasen el camino á su traición. Para llegar á este fin era preciso valerse de mil fingidos rodeos, y se necesitaba una extraordinaria travesura para no estrellarse en alguno de sus escollos.

Es innegable que su plan fué, desde el principio, la independencia á su modo; pero no podía desenvolverlo francamente hasta que hubiera conciliado el partido de los insurgentes antiguos y tranquilizado el ánimo de las autoridades realistas, y aun de las mismas tropas que tenía á sus órdenes inmediatas. Principió en 10 de Enero su correspondencia con Guerrero desde Cualotitlan, exhortándole á unirse á su partido, con la seguridad de que los diputados mexicanos, que ya habían salido para el Congreso de la Península, habían de trabajar por la felicidad de aquel país, estableciendo una perfecta igualdad entre los hijos de ambos continentes, y aun le indicaba que tal vez pasaría á Nueva España nuestro amado Soberano, ó alguno de sus augustos hermanos.

A fin de inspirarle mayor confianza, le hacía saber que ya los principales caudillos de la insurrección, que se ha-

llaban presos, D. Ignacio Rayón, D. Sixto Verdusco, don Nicolás Bravo y otros, habían sido puestos en libertad, en prueba de la liberalidad de sentimientos de que abundaban todas las autoridades realistas. Le invitaba asimismo á que le enviase un comisionado de toda su confianza para declararle libremente sus ideas, que daba á entender eran conformes á las de dicho Guerrero, si bien se notaba todavía alguna diferencia en los medios de la ejecución.

Lo que no dejará de parecer extraño en este primer despacho fué la amenaza que le hizo de tener tropas suficientes para imponer á los insurgentes y la facilidad de recibir de la capital cuantas pidiese y pudiese necesitar, anunciándole al mismo tiempo la marcha por Tlacotepec de una fuerte sección al mando del teniente coronel don Francisco Antonio Verdejo, y su salida con otra por el camino de Teloloapan, si bien añadía que el citado Verdejo estaba prevenido de suspender las hostilidades hasta que se hubiera recibido su resolución.

Se pierde la imaginación en hacer cálculos sobre el giro que dió Itúrbide á estas primeras comunicaciones: quien hubiera de formar un juicio sobre las ideas de este revolucionario por el citado oficio, creería que estaba aquél bien distante de abrigar ideas de independencia; y no se sabría cómo descifrar este misterio, sino considerándole empeñado en humillar á los antiguos insurgentes para que bajo ningún aspecto pudiera serle disputado el mando sobre ellos.

Quería, pues, que dichas partidas se acogiesen bajo su protección después de haberlas reducido á un estado de impotencia, ó convencido de la inutilidad de sus esfuerzos para resistirle. Esta es la causa por que asumió aquel ambicioso caudillo un tono de arrogancia y sólida fuerza, y el carácter de un generoso bienhechor que iba á rescatarlos de la esclavitud, de la miseria, de la ruina y de la desesperación.

No fué feliz Itúrbide en esta primera travesura de su

ingenio. Guerrero respondió con fecha de 20 del mismo mes desde el Rincón de Santo Domingo con tanta entereza y dignidad que le habría hecho altamente recomendable si hubiera sostenido una causa más noble; desechó con indignación toda propuesta que no llevase por base la independencia absoluta del país; despreció todo el aparato imponente de sus fuerzas, y se valió de argumentos tan convincentes y persuasivos en su viciosa clase, que ya no le quedó más arbitrio á Itúrbide que el de descubrir sus ocultos proyectos sin conseguir su preliminar intento, que era el abatimiento de los que temía pudieran ser un día sus más furiosos rivales.

El teniente coronel D. Francisco Antonio Verdejo, que estaba bien ajeno de pensar en la perfidia que ya á este tiempo estaba fraguando su jefe, seguía su marcha para Chilpancingo, cuando supo que estaba interceptado por los insurgentes el camino de la hacienda de Chichihualco. Como todo el afán de este bizarro oficial se dirigía á la destrucción de las gavillas, trató de venir á las manos con ellas sin esperar las órdenes de su superior, proponiéndose asimismo el objeto de salvar la guarnición que se hallaba en el referido punto de Chichihualco.

Cuando llegó á él la citada columna, que fué á las doce de la noche del 26 de Enero, se habían fugado ya los rebeldes con dirección á Jaliaca, llevándose una porción considerable de ganado, maíz y otros efectos robados: después de haber dado Verdejo un corto descanso á su tropa, salió en persecución de dichas gavillas, con las que empezó ya á tirotearse á un cuarto de legua, y continuó su marcha hasta el sitio de la Cueva del Diablo, en donde encontró al grueso de ellas.

Era esta posición ventajosísima por su elevación, por sus formidables trincheras y por la escabrosidad de los caminos que conducían á ella; mas nada era capaz de retraer al esforzado comandante realista de su decidida resolución de dar un día de gloria á las armas españolas. Conociendo que un ataque brusco dado de frente, aun-

que produjese felices resultados, había de ser comprado con la preciosa sangre de aquellos valientes, trató de suplir con los ardides de la guerra los recursos de la fuerza.

Emprendiendo una falsa retirada con la idea de que se arrojasen sobre él aquellas orgullosas masas que no bajaban de 700 hombres capitaneados por el mismo Guerrero, vió enteramente cumplidos sus deseos de un modo que superó todavía sus esperanzas, pues que saliendo de dicha posición los insurgentes con increíble ardor y ferocidad, hubo de recurrir á la bayoneta para contener sus furiosas cargas.

El choque fué sangriento por ambas partes; cuatro veces fueron atacados los realistas al arma blanca; duró el vivo fuego desde las siete de la mañana hasta la misma hora de la noche; las tropas de Verdejo consumieron todas sus municiones y sufrieron la pérdida de 15 muertos y 36 heridos; pero la de los facciosos fué incomparablemente mayor, habiéndose contado 40 de los primeros en el campo de batalla y un número proporcionado de los segundos, que algunos hicieron subir hasta 100. El campo, sin embargo, quedó por los realistas, sin que de su inmenso botín hubieran podido salvar los rebeldes sino sus caballos.

Estos esfuerzos, sin embargo, no podían producir efecto alguno cuando ya estaba tan próximo el momento en que su jefe principal diese el grito de la rebelión. Tal vez ni aun esta gloria habrían tenido las armas españolas si Itúrbide hubiera recibido oportunamente la carta de Guerrero, de que se ha hecho mención; pero como hubiera sufrido algún tropiezo y mayor tardanza de la necesaria para llegar á sus manos, no tuvo tiempo para evitar aquel golpe. Así se lo manifestó este desleal en los nuevos despachos que dirigió al expresado Guerrero con fecha de 4 de Febrero, en los que desenvolvía con más claridad sus planes de avenirse con las ideas de aquel insurgente, á quien invitaba para una entrevista á fin de ponerse de acuerdo y establecer el modo de asegurar la indepen-

dencia del país. Continuando Itúrbide en su carrera de falsedad y engaño, participó á dicho Guerrero los planes que luego fueron conocidos con el nombre de Iguala, y llegó á convencerle de la necesidad de que sirvieran de base para sus operaciones, pues que no de otro modo podía contarse con la adhesión de los varios partidos en que estaba entonces dividido el reino.

No ocultándose al citado Guerrero la necesidad de contemporizar con el partido europeo, que era numeroso, reconoció la fuerza de las razones del nuevo campeón rebelde sobre llamar un individuo de la casa reinante de España para gobernar independientemente aquel Estado con las formas constitucionales, si bien ni uno ni otro creían que aquella idea se llegase á verificar, ni pensaban de modo alguno en apoyarla sino el tiempo necesario para conseguir su objeto favorito de la emancipación.

Vencidas ya por Itúrbide todas las dificultades para su reconciliación con Guerrero, trató de asegurarse de la aprobación y obediencia de las tropas realistas que tenía á sus órdenes, y lo consiguió en gran parte con su acostumbrada astucia y refinada hipocresía. Al darles conocimiento de los planes que iba á proclamar, se esmeró en probarles que nadie le aventajaba en verdadero amor al Rey y á la nación española, y pretendía demostrar que de cuantos servicios había prestado hasta entonces á la monarquía, ninguno tenía un mérito tan relevante como el que iba á contraer con el mencionado motivo.

Sus planes, daba á entender, realizarían una perfecta fusión de partidos y unirían sólidamente europeos y americanos; harían desaparecer para siempre el espíritu de sedición; y dejarían vinculada la corona de México en la familia reinante de España. Los hijos de uno y otro hemisferio serían considerados bajo el más riguroso pie de igualdad; ambos Estados estrechamente unidos presentarían una fuerza que impondría á todas las naciones del globo; con la total cesación de la guerra se levantaría muy pronto México de su estado de abatimiento y mise-

ria, y con el apoyo de nuevas leyes, adecuadas á las necesidades de los tiempos, volvería á su antigua opulencia y á formar un brillante imperio que excitaría la admiración universal.

Estos capciosos discursos no dejaron de hacer impresión en el ánimo de sus tropas, si bien una parte de ellas, al ver la franca comunicación que tenía con los insurgentes de Guerrero, desconfió de las halagüeñas promesas de su jefe, y se entregó á la deserción. Itúrbide tenía en el entretanto adormecido al virrey con la falsedad de sus despachos. Seis días antes de dar el grito de insurrección en Iguala le había escrito que ya Guerrero se había puesto á sus órdenes con 1.200 hombres bajo las bases de una perfecta sumisión, sin más diferencia que la de haber solicitado no se le considerase como indultado y sí como adherido á la causa que defendía dicho jefe.

Añadía Itúrbide que recibiría muy pronto igual sumisión de parte de las gavillas de Asensio, Montes de Oca, Guzmán y demás que se hallaban situadas desde Mazatlan á Colima bajo la dirección de dicho Guerrero, cuya fuerza se regulaba en 3.500 hombres; y pedía para estos jefes una ocupación honrosa que les asegurase cómodamente su subsistencia; pero bien se dejó de ver por el mismo curso de los sucesos que estas comunicaciones al virrey no eran más que artificiosos amaños forjados con la idea de ganar el tiempo que todavía necesitaba para quitarse totalmente la máscara.

Cuando ya creyó hallarse suficientemente apoyado por sus mismas fuerzas y por las de Guerrero, y que la opinión estaba dispuesta á recibir la nueva forma de gobierno, dió el grito en Iguala en 24 del mismo mes de Febrero, de cuyo pueblo tomó su nombre el plan, que se juró en el acto y que formó la base de aquella revolución (1).

(1) Las bases de dicho plan eran la emancipación de la Metrópoli, el establecimiento de una monarquía moderada, que debería principiar en nuestro augusto Soberano, y, en su defecto, en los serenísimos señores infantes, por el orden de su nacimiento; la creación de una Jun-

Apènas tuvo noticia el citado virrey de tamaña traición, dió una enérgica proclama para embotar los tiros de la seducción de aquel pérfido confidente; y el Ayuntamiento de la capital dirigió con igual presteza una elocuente y animada representación consignando en ella los sentimientos de la más acendrada lealtad. La primera y la más importante providencia dictada por dicho virrey fué la formación de un ejército denominado del Sur para salir contra aquel nuevo insurgente.

El honor de este mando fué conferido al general don Pascual Liñán, que tantas pruebas tenía dadas de fidelidad y decisión. Mientras que se ocupaba con infatigable celo en el arreglo del ejército, trataba con dicho Itúrbide haciendo los posibles esfuerzos para distraerle de su desleal carrera por todos los medios de la dulzura, de la persuasión y del halago.

Este hombre ambicioso trabajaba por su parte con igual ardor en dar vigor á su ilegítimo empeño: por todos los caminos se cruzaban los correos que conducían su sediciosa correspondencia; no hubo cuerpo al que no tratase de seducir con el sutil veneno de los citados planes; todas las partidas insurgentes se pusieron en movimiento

---

ta gubernativa, hasta la reunión de públicos representantes; el respeto de la propiedad; la conservación de todos los empleos civiles, militares y eclesiásticos; la formación de un ejército con la denominación de Trigarante, ó de las tres garantías, cuales eran *la conservación de la religión católica apostólica romana, la independencia bajo las bases enunciadas y la íntima unión entre americanos y europeos*. Los demás artículos de dicho plan comprendían la parte de arreglo y de ejecución como emanaciones de aquellos principios. La Junta gubernativa designada por dicho Itúrbide no fué del agrado de los independientes, y lo habría sido mucho menos de una porción de beneméritos realistas, á quienes la sola proposición les hubiera excitado toda la irritabilidad de su carácter, y, por lo tanto, no llegó á plantearse; debía componerse, según la lista de Itúrbide, del conde del Venadito, como presidente; del regente Bataller, como vicepresidente, y de los vocales Alcocer, conde de la Cortina, Lobo, Monteagudo, Yáñez, don José María Fagoaga, Espinosa, Azcárate y Pereda; y como suplentes, Sánchez de Tagle, Osés, Morales y Aguirrevengoa.

para secundarlos. Los enemigos de la Metrópoli que habían permanecido ocultos hasta entonces, asomaron la cabeza y se convirtieron en tantos falsos apóstoles de aquellas perversas doctrinas. El fuego corría violentamente y amenazaba un incendio general. Abundaban en la capital los comisionados, confidentes y partidarios de Itúrbide; y los había también cerca del mismo gobierno, los que al favor de su hipocresía y refinado disimulo contribuían á estremecer el edificio realista, y tenían una parte no pequeña en la paralización de las sabias medidas proyectadas por el virrey.

La situación de este digno general era la más apurada; no podía tener confianza ni aun en aquellas personas que más la habían merecido hasta entonces: unos por odio á la constitución, y otros por amor á gobernarse por sí mismos y vincular en sus manos los principales destinos, estaban más ó menos complicados en aquellos peligrosos movimientos. La prueba de que había al lado del virrey enemigos encubiertos, la suministraron los mismos insurgentes con las anticipadas noticias que recibían de muchas de las órdenes que emanaban del gobierno superior; y no lo indicaba menos la facilidad con que eran atravesadas las benéficas miras y las disposiciones de dicho virrey.

No se ocultaban tales maniobras á la penetración de este noble español, y por lo tanto despachaba por sí mismo los negocios más delicados é importantes; pero como estaba viciada una parte de los órganos por los que le eran transmitidas las noticias del estado del país, no era extraño que hubiesen llegado en algunos momentos á ofuscarle, ó á lo menos á hacerle dudar de la verdad de los hechos.

Desde los primeros momentos de haber declarado Itúrbide su traición, hizo avanzar una sección de sus tropas sobre la hacienda de San Gabriel, distante nueve leguas de Cuernavaca, á observar los movimientos que hicieran las tropas de la capital, y á ponerse de acuerdo con el subdelegado de aquel pueblo, el español D. Miguel Cava-

leri, á cuya travesura y espíritu revolucionario se debieron en gran parte los progresos de los trigarantes.

Parecía que la medida más oportuna en tan críticas circunstancias habría sido la de presentar prontamente respetables fuerzas al frente de Itúrbide antes que éste hubiera tenido lugar de engrosarse: así lo creía el previsivo virrey, y aunque solamente habían podido reunirse 2.600 hombres disponibles, tuvo Liñán la orden de salir con ellos en los primeros días de Marzo hacia el rumbo del Sur.

Obedeciendo fielmente este general las órdenes superiores, se situó en la hacienda de San Antonio, distante tres leguas de la capital, y envió su vanguardia al mando del coronel Márquez Donallo á la villa de Cuernavaca, de la que tomó posesión el día 8; y recibida á los pocos días la noticia de haberse retirado el enemigo de dicha hacienda de San Gabriel, que distaba otras nueve leguas, se adelantaron á aquel punto las tropas realistas, extendiéndose hasta el Real de Tasco, desde cuyo punto hubieron de retroceder por órdenes procedentes de la capital.

Fué sentida generalmente esta retirada en unos momentos en que con menores esfuerzos era más fácil conseguir un triunfo absoluto: de aquí se tomaron varios motivos para censurar las operaciones del virrey, unos por exceso de celo, y los más porque conocían de cuánta utilidad había de ser el desconcepto del primer jefe del reino para que prosperase el partido de la independencia. Este digno general tenía al parecer razones muy poderosas para haber mandado la retirada de dichas tropas.

La capital ardía en el fuego de la sedición; las tropas que la guarnecían no eran suficientes para haber contenido su explosión; si las tropas de vanguardia sufrían algún revés, podía éste precipitar la ruina del Estado. No se atrevió por esta misma razón á mandar al general Liñán la continuación de su marcha con toda la división, porque en tal caso habría quedado todavía más desguarnecida

dicha capital, y doblemente expuesta á ser envuelta por algún golpe de mano de los rebeldes.

El ánimo de dicho virrey estaba devorado por las más terribles angustias: conocía más que nadie la necesidad de mover sus tropas contra Itúrbide; pero no se atrevía á alejarlas de su lado por los expresados motivos. Todo su afán se dirigió entonces á hacer venir á marchas dobles nuevos cuerpos europeos á la capital, como lo verificaron, entre otros, el batallón de Castilla en 16 de Marzo desde las villas de Córdoba y Orizaba, y el del infante D. Carlos al día siguiente desde el Saltillo.

Cuando ya dicho virrey hubo reunido mayor número de tropas para guarnecer la capital sin necesidad de la división que mandaba Liñán, había adquirido Itúrbide mayor prepoderancia y orgullo con algunos batallones que se le habían agregado, y no era prudente exponer dicha división á los azares de la guerra, porque su derrota, si la suerte le hubiera preparado aquella fatalidad, habría producido el pronunciamiento de todos los que se retraían de declarar su adhesión á los trigarantes, por no hallar todavía bastante estables los fundamentos de aquella causa.

He aquí otra de las razones por que no llegó á verificarse la activa persecución de Itúrbide por las tropas de Liñán. Perdidos ya los primeros momentos, era preciso arriesgar una batalla general, y tales eran los planes del virrey Apodaca, resuelto á hacer los últimos esfuerzos de su valor y entereza, antes que dejarse arrebatar de la mano aquellos dominios, cuando ocurrió uno de los lances más terribles, cuyo odioso principio sólo imperiosas circunstancias, los apuros del Estado, la desconfianza y el desaliento de los buenos, la altanería de los contrarios y, en fin, la inminente ruina del gobierno, ó faltas muy graves, han podido hacer disimulable alguna vez, si bien ha sido reprobado constantemente por las leyes, y afeado por nosotros siempre que hemos tenido que tratar de esta clase de sucesos: hablamos de la insubordina-

ción y rebeldía contra la primera autoridad, de la que hemos visto, por desgracia, repetidos ejemplos en la moderna revolución de América; pero antes de dar cuenta de este ruidoso suceso, pasaremos á recorrer las operaciones de las varias columnas realistas que se hallaban de guarnición en las provincias.

Cuando Itúrbide dió el grito de independencia en Iguala contaba con el apoyo de seis compañías del regimiento de Murcia, y 200 hombres del de Fernando VII, ambos expedicionarios; con el de la Corona, y el batallón de Santo Domingo infantería de línea, con la compañía fija de la costa de Acapulco, con los regimientos provinciales de Celaya, Tresvillas y batallón del Sur, con dos compañías de dragones del Rey, otra de los titulados de España, dos escuadrones del Sur y otro de Epitacio Sánchez, con varias compañías sueltas de realistas urbanos, y finalmente, con las dos gruesas divisiones de los rebeldes Pedro Asensio y Guerrero, que componían en todo una fuerza de 6.000 hombres. Para inspirar á este último la debida confianza, y á fin de comprometerlo más fuertemente en su partido, le confió los caudales tomados á los manilos, con orden de que los condujese al cerro de Barrabás, en donde debería formar respetables fortificaciones que lo pusieran al abrigo de toda sorpresa.

Uno de los primeros cuidados del citado Itúrbide había sido el de apoderarse de la plaza de Acapulco, á fin de tener abiertas por mar sus comunicaciones con otros puntos rebeldes de la costa. Había hecho salir con esta mira ya desde el día 20 de Febrero la escasa guarnición con su gobernador D. Nicolás Basilio de la Gándara, y la había reemplazado con 174 hombres del regimiento de la Corona, mandados por el capitán D. Vicente Enderica, en quien depositaba aquel revolucionario toda su confianza. Correspondió éste con efecto á las esperanzas que de él se habían concebido, influyendo en el Ayuntamiento para que fuera reconocido el sistema proclamado por Itúrbide, y que fué comunicado á dicho pueblo en el día 27.

No había muchas horas que tremolaba el pabellón trigarante cuando fondearon en aquel puerto las dos fragatas de guerra *Prueba* y *Venganza*, al mando de los capitanes Villegas y Soroa. Los buenos realistas que habían sido sobrecogidos en el mismo día por los despachos de Itúrbide, y por la temible influencia de su nuevo gobernador, respiraron al ver por un medio tan inesperado el necesario auxilio para sostener la autoridad real. El teniente coronel D. Francisco Rionda, que se hallaba con alguna fuerza en el punto de Ayutla, fué informado por su hermano D. Ramón, contador de las Cajas del referido pueblo de Acapulco, de la variación que se acababa de hacer en el Gobierno, y trató de acudir á derrocar la facción rebelde.

Acapulco se sostenía en el entretanto en la mayor incertidumbre y vacilación; volvió el antiguo gobernador Gándara, seducido por Itúrbide, para asegurar el nuevo dominio; el Ayuntamiento no se adhirió á sus planes; los rebeldes no se atrevían á hacer uso de la fuerza ni de la violencia por hallarse con muy pocas tropas para resistir la temida expedición de Rionda desde Ayutla, de acuerdo con los marinos. Llevada ésta, finalmente, á efecto en la tarde del 15 de Marzo, fué restablecido en todo su esplendor el Gobierno del Rey.

No tenía Itúrbide conocimiento del estado de los negocios por esta parte; deseaba, por lo tanto, hacer los mayores esfuerzos para conservar sumisa á su voluntad aquella población; pero como se hallase entonces en la incapacidad de dividir sus tropas por el temor de que se aumentase la deserción, comisionó á su amigo y confidente, D. Miguel Cavaleri, para que, con letra abierta por 40.000 duros, ó por sumas mayores si las necesitaba, supliese la falta de la cooperación armada. Cuando salió Cavaleri del cuartel general de Itúrbide, se creía que Enderica estaría mandando dicha plaza á nombre de los trigarantes, y que, por lo tanto, llegaría sin obstáculo á aquel punto para ejercer libremente en él sus intrigantes

manejos, que debían ser extensivos á las mismas fragatas.

Cavaleri había servido antiguamente en la Marina española, tenía muchas relaciones con los individuos de aquel Cuerpo, poseía un gran fondo de astucia y travesura, le asistía una afluente verbosidad, abundaba en destreza para granjearse la voluntad y confianza, y era, finalmente, el hombre más á propósito para conducir planes revolucionarios. Caminaba muy desprevenido, figurándose que hallaría el camino sembrado de rosas, cuando cayó en poder de las tropas realistas, que en aquel corto intervalo que había mediado desde que él emprendió la marcha, habían derribado la divisa trigarante. Era demasiado conocido este sujeto para que no se gozasen aquellas fieles autoridades con tan rica presa.

Después de haber dado parte al virrey de este feliz encuentro, se dispuso tener bien asegurado dicho individuo hasta que la autoridad superior determinase el destino que debía dársele. Se creyó que en el entretanto se hallaría más bien custodiado á bordo de una de las fragatas, cuyos buques eran considerados como barreras inexpugnables del honor y de la fidelidad.

Empero esta creencia lisonjera fué muy fatal á la buena causa. Desde el momento en que Cavaleri puso el pie en dichos buques, se dedicó á corromper á los oficiales y tripulación con sus venenosas máximas y doctrinas: se dirigió su principal empeño á convencer á sus capitanes Villegas y Soroa de lo irremediable de su ruina si no se amoldaban á las circunstancias; les hizo ofertas las más lisonjeras y pomposas, precedidas por la del pronto desembolso del valor de dichos buques; y no perdonó medio alguno para atraerlos á su partido.

Villegas, sin embargo, ó creyó que era muy efímera la revolución principiada por Itúrbide, ó no estaba dispuesto todavía á hacer traición á su honor y á su carrera; y rechazó por lo tanto las proposiciones de Cavaleri, si bien le facilitó la fuga en una lancha que lo condujo á un

punto de la playa, libre de la influencia realista, desde donde volvió dicho Cavaleri á reunirse con su protector. La causa de éste no se presentaba al principio bajo el halagüeño aspecto que él se había prometido: había principiado á desertarse una parte de las tropas seducidas por la perfidia y por la intriga; el teniente coronel don Tomás Cajigal había abandonado las banderas de aquel rebelde con 200 hombres, y se había puesto á las órdenes del coronel Donallo, comandante de la vanguardia, en el día 10 del mismo Marzo.

El bizarro D. Manuel de la Concha, comandante general de los llanos de Apan, entró el 21 en el pueblo de Hauachinango después de haber ahuyentado las partidas que ocupaban aquella posición, en la que halló un obús, cinco cañones y porción considerable de armas que lo precipitado de su retirada no les había permitido transportar. A beneficio de un destacamento de dragones que salió en persecución de los prófugos, se logró la presentación de 40 de éstos, y sucesivamente la de otros 100, inclusos cuatro capitanes, tres tenientes y cuatro alféreces con otra porción de armas; de modo que ya en el día 24 contaba Concha con cuatro obuses, ocho cañones, 180 fusiles y 20 cajones de municiones; todo de pertenencia de los disidentes.

El ya mencionado coronel Donallo, á quien se le había dado la comisión de hacer una correría sobre Acapulco á fin de dar mayor solidez al dominio del Rey en aquel país, se dirigió á sorprender al cabecilla Pedro Asensio, que había tomado posición con su gavilla en el Real de Zacualpan. Habiendo llegado el 10 de Abril á la hacienda Nueva, supo que dicho Asensio había salido dos días antes hacia Sultepec para avistarse con el padre Izquierdo dirigiendo una partida á la hacienda del Lavadero, cerca de Toluca, otra al rumbo de Teloloapan, y dejando la tercera en el pueblo de Sosocola, inmediato á Zacualpan.

Noticioso asimismo de la aproximación de una avan-

zada salida de este último punto, se dedicó á sorprenderla con los dragones del Rey, que tenía á su lado; y lo logró con tanta felicidad, que á los pocos minutos se hallaban ya mordiendo el polvo siete de aquellos facciosos, y en su poder otros seis, todos heridos, así como ocho fusiles, ocho caballos y varios efectos de guerra.

El teniente coronel D. Jorge Henríquez, encargado por el comandante general de Toluca, coronel D. Nicolás Gutiérrez, de perseguir al sedicioso Inclán, logró sorprenderlo á las tres de la mañana del 16 de Abril en la hacienda de la Gavia, habiendo sido el resultado de tan bien concertado movimiento y de la bizarría de sus tropas la aprehensión de dicho caudillo, la del teniente Ballesteros y la del alférez Heras, con 34 soldados, 36 carabinas, 17 machetes, 50 caballos y algunas provisiones de guerra y boca.

El valiente coronel D. Francisco Hevia, á cuya salida de las villas de Orizaba y Córdoba para México, por llamamiento del virrey en los primeros momentos de alarma, se habían sublevado aquellos territorios, hubo de volver de nuevo á reponer la autoridad Real en todo su esplendor, y lo consiguió en parte, cubriéndose primeramente de gloria en los días 23 y 24 del mismo mes de Abril, en que rechazó á las gavillas de Herrera, Bravo, Osorno y otros cabecillas que se habían aproximado á Tepeaca, causándoles la pérdida de 50 muertos y 100 heridos, cuya acción fué altamente recomendable y excitó doble entusiasmo, á causa del espíritu de sedición que había empezado á propagarse por todas partes. Recorriendo este jefe una brillante carrera de triunfos, entró en Orizaba, ahuyentando de aquel pueblo á los disidentes, y se preparó á atacarlos en la de Córdoba, en la que se habían fortificado, con el ánimo de hacer una vigorosa defensa.

Itúrbide había tenido que sufrir los mayores contrastes y amarguras en los primeros días de su revolución; pero ya desde el mes de Abril había principiado á mirarle la

fortuna con sonrisa y á pagarle con una prodigalidad superior á sus cálculos la ciega confianza con que se había arrojado á aquella temeraria empresa. Además de las partidas de Herrera, Bravo y Osorno, que habían comenzado á llamar la atención de los realistas por la parte de las villas, se sublevó el entonces capitán del Fijo de Veracruz, D. Antonio López Santa Ana, hoy en día general de aquella república, y puso sobre las armas á los *jíbaros*, ó gente de color de la costa, con los que, y con una parte de la columna de granaderos provinciales y dragones de España, salió á dar el grito de independencia al rancho de las Vigas, situado en la montaña llamada Cofre de Perote, á seis leguas de Jalapa, desde cuyo punto intentó sorprender, pero infructuosamente, el castillo llamado también de Perote. Hacia el mismo tiempo se unieron á Itúrbide el coronel Bustamante y el teniente coronel Cortázar, con la respetable división que mandaban, en el bajío de Guanajuato, compuesta de 2.000 dragones provinciales, los más bizarros de Nueva España, y de alguna infantería, después de haber hecho prisionero al comandante general de la provincia, D. Antonio Linares.

En la provincia de San Luis de Potosí se insurreccionaron varias compañías de caballería é infantería del valle del Maíz, San Francisco y Ríoverde, á las órdenes del teniente coronel Tobar y capitán D. Cenón Fernández. Un escuadrón de dragones de Sierragorda abandonó asimismo el destacamento de San Luis de la Paz, del distrito de la comandancia general de Querétaro, y se pasó á los disidentes. Fué seguido este fatal ejemplo por otros varios piquetes y compañías enteras de infantería y caballería en la provincia de Valladolid, á las órdenes de los tenientes coroneles Parres y Barragán.

El enemigo se había reforzado asimismo con 1.000 hombres, que le entregó el capitán D. José Herrera, entre granaderos provinciales y otras partidas sueltas. Otro de sus grandes apoyos fué el teniente coronel Filisola, quien, deponiendo á su coronel, D. Pío María Ruiz, y colocán-

dose á la cabeza de la división de Zitácuaro, compuesta de 2.000 soldados, constituídos en el mejor estado de armamento y disciplina, pasó á ofrecer al nuevo revolucionario el homenaje de su rebeldía y traición.

Los efectos de la revolución fraguada por Itúrbide eran tan diferentes de los de la primera como lo habían sido, al parecer, los planes y la divisa de ambos partidos. Los antiguos insurgentes habían hecho una guerra cruel á todos los europeos, y aun á los americanos realistas, si poseían haciendas y riquezas con las que pudiera cebarse el espíritu de rapacidad que los dirigia. Itúrbide, por el contrario, respetaba la propiedad, enfrenaba la plebe y protegía á los hombres acaudalados é influyentes, cualesquiera que fueran sus opiniones.

Conociendo que el partido europeo era el solo capaz de marchitar sus aciagos laureles, si con su imprudente conducta llegaba á irritarlo, empleó en su vez todos los recursos de la falsedad é hipocresía para atraerlo á su partido, dándole una decidida preferencia en todos los destinos, y halagándolo con toda clase de lisonjeras promesas y venenosas frases de amistad, consideración y respeto. Si bien este sistema era mirado con desagrado por los antiguos insurgentes, no desistió de él Itúrbide, por hallarse persuadido de que sin la cooperación de los europeos no podía realizar sus planes.

Hubo mil incautos españoles que cayeron en la red que les tendió este astuto insurgente; hubo asimismo varios jefes y oficiales que olvidándose del honor militar y de sus deberes hacia el Soberano y hacia la Nación que les había dado el ser, se dedicaron con el mayor tesón y actividad á levantar el gran edificio imperial, sin calcular que ellos eran unos estúpidos andamios que serían derribados tan pronto como su ídolo hubiera visto consolidada aquella fábrica. Recibían en el entretanto continuas demostraciones de cordialidad y confianza de parte del jefe que necesitaba en estos momentos de sus servicios.

Las noticias de la filantropía y nobleza de sentimientos desplegada por Itúrbide recorrieron rápidamente todos los ángulos del reino de México, y ya no pensaron los realistas en comprometer como en el año de 1810 sus personas é intereses, porque llegaron á persuadirse de que aquel nuevo campeón no desmentiría con su conducta sucesiva el buen concepto que le habían granjeado sus primeras operaciones en la carrera de su revolución.

Esta fatal creencia determinó á algunos á segundar activamente sus proyectos, enfrió el ardor de otros, y enervó aquella gloriosa decisión con que por tantos años había sido combatido el genio de la insurrección. Los soldados del país, de que se componía la mayor parte del ejército realista, se preparaban á abandonar sus banderas para engrosar las filas del decantado héroe americano, cuya fama había llegado á conmover la entereza aun de aquellos que más servicios habían prestado á la monarquía.

En medio de la desmoralización general del ejército y del pronunciamiento de muchos pueblos por la independencia, se contaron algunos choques gloriosos á las armas del Rey y rasgos particulares de bizarría y esfuerzo de parte de algunos individuos: tales fueron los del coronel D. José María Novoa, natural de México, quien derrotó en 23 de Mayo en el campo del Tasquillo, sobre el puerto de Ixmiquilpan y camino de Zimapan, á las gavillas del doctor Magos, causándoles la pérdida de 59 muertos, 39 presentados, 14 prisioneros, 63 fusiles y carabinas, seis lanzas, siete machetes, cuatro cajones de municiones, 18 monturas y 28 caballos, habiendo sido el mayor mérito de este empeñado combate la ninguna baja que experimentaron los realistas en medio de tan arrojada empresa.

También el esforzado coronel D. Francisco Hevia, después de haber hecho prodigios de valor, se había abierto ocho dias antes las puertas de la inmortalidad en el asalto que dió por la brecha de la casa *de la Torre* á la villa de Córdoba, ocupada por los facciosos, y si bien su dig-

no sucesor en el mando, el de igual clase D. Blas del Castillo y Luna, sostuvo con empeño el honor de las armas españolas, fué tan notable la ferocidad y despecho de los sitiados, que se vieron precisados los realistas á retirarse á la villa de Orizaba, rechazando con impavidez los furiosos ataques que les dirigió el envalentonado enemigo en su retirada, sin que se hubiera interrumpido la viveza de la persecución hasta las garitas de dicha villa.

Aunque los insurgentes tuvieron la pérdida de 40 muertos y de más de 200 heridos, que fué dos tercios mayor que la de los realistas, la de éstos, sin embargo, se hizo doblemente sensible por la calidad de los sujetos que fueron víctimas de su fidelidad y honor y especialmente por la falta que había de hacer un jefe tan acreditado y de tan distinguidos talentos militares y políticos, para apoyar la vacilante nave del Estado.

Aunque estos empeños guerreros dieron algún lustre al nombre español en aquella aciaga época, no eran suficientes, sin embargo, para hacer cambiar el curso á la adversa fortuna, á pesar de la sana intención del virrey Apodaca, quien no omitió medio alguno de cuantos se ofrecieron á su alcance para contener el furioso torrente de la rebelión. Creyendo que una junta permanente de guerra hallaría mayores recursos para sostener la autoridad Real en tan apurados momentos, la formó de los mariscales de campo D. Pascual Liñán y D. Francisco Novella, subinspector general el primero del reino, y el segundo de artillería, del brigadier Espinosa, del comandante de ingenieros D. Juan Sociat y de D. Antonio Morán, secretario interino del virreinato, para que actuase en ella con el mismo carácter. Se redoblaron desde entonces los preparativos de defensa de la capital, se activó la fortificación de toda la línea, y se tomaron cuantas precauciones dicta el verdadero celo para hacer una resistencia vigorosa.

De día en día se presentaba más crítica la posición de los negocios. El coronel D. Luis Quintanar, comandante

de las tropas que guarnecían la provincia de Valladolid, se había pasado á los enemigos, capitulando con ellos su segundo Cela en 31 de Mayo sin hacer la menor resistencia, si bien aseguró la franca salida para la capital de 600 hombres que se mantuvieron fieles bajo la palabra de no tomar las armas en aquella guerra.

La guarnición de Jalapa, á las órdenes del coronel don Juan de Horbegoso, se había entregado también á los trigarantes en 4 de Junio, sin haber hecho la oposición que estaba en la línea del deber; pero en medio de estos reveses tuvieron algunas ventajas las armas del Rey, las que si bien no pudieron contener el impetuoso torrente de la insurrección, son dignas, sin embargo, de particular mención para que no queden privados de estos honoríficos recuerdos los que tuvieron parte en ellas.

Fué de esta clase la gloriosa acción que dió el capitán D. Cristóbal Huber y Franco en San Francisco Tetecala á las gavillas de Pedro Asensio, que fueron completamente batidas en 3 de Junio, habiendo quedado muerto en el campo de batalla el mismo indomable caudillo. La expedición del coronel Márquez Donallo sobre Acapulco fué asimismo dirigida con inteligencia y acierto; y si bien debió regresar muy pronto á la capital por orden que le comunicó el virrey con fecha de 10 de Junio por haberse agravado el estado de los negocios, dejó por todas partes señales inequívocas de la bizarría de su columna, aunque no se logró el objeto principal de aquel movimiento, que fué el de llevar víveres y fondos á aquella plaza, pues que los primeros se consumieron en el camino y los segundos nunca pudo llegar á reunirlos.

Otro de los triunfos gloriosos conseguidos por las armas del Rey aun en esta época de fatalidad y de desgracia se debió á la guarnición de Querétaro: se hallaba ésta incomunicada desde fines de Mayo y amenazada por todas partes; y aunque se dudaba de la entereza del comandante general, brigadier D. Estanislao Loaces, se conservaba, sin embargo, la mayor decisión en una parte de sus

oficiales y soldados, quienes acreditaron su bizarría y arrojo saliendo 200 infantes y 120 caballos á picar la retaguardia de la división de 3.000 hombres que al mando de Itúrbide cruzaba por los arrabales de dicha ciudad en dirección de la hacienda del *Colorado* sobre el camino real de México.

El comandante del segundo batallón de Zaragoza don Froilán Bocinos, á quien fué encargada la citada comisión, la desempeñó con tanto brillo y felicidad, que alcanzando á dicha retaguardia enemiga en Arroyo Hondo, distante tres cuartos de legua de la ciudad, sostuvo una reñida acción á pesar de estar sus fuerzas en proporción de uno á tres con respecto á las del enemigo, y aunque la pérdida de los realistas fué considerable, no fué menor la de los disidentes.

Los que hostilizaban la plaza de Veracruz lograron, en la noche del 7 de Junio, escalar las murallas contiguas á los baluartes de San José y San Fernando, abandonados momentáneamente, á causa de un furioso chubasco, por la marinería mercante que los guarnecía, y apoderarse de la puerta de la Merced, por la que se introdujeron hasta la plaza del mercado; pero pasando del castillo de San Juan de Ulúa 150 hombres á las órdenes del capitán Polledo, tomó nuevo aliento la guarnición realista, la que procediendo al ataque en armonía y perfecta combinación, desalojó al enemigo de la ciudad después de haberle causado una pérdida considerable que se graduó en 200 hombres entre muertos, heridos y prisioneros.

A consecuencia de la toma de Valladolid marchó Filisola con una sección de 1.500 insurgentes sobre Toluca, guarnecida entonces por los batallones del Infante y de Fernando VII, con cuyos cuerpos trabaron los enemigos, reforzados ya en la hacienda de la Huerta con otras tropas hasta el número de 3.000, una empeñada acción en la que brilló del mismo modo que en la de Arroyo Hondo el valor y bizarría de las tropas reales mandadas por el coronel D. Angel Díaz del Castillo.

Aunque las fuerzas de éste eran muy inferiores á las de los disidentes, quedó sin embargo dueño del campo, cubierto de cadáveres. Las provincias internas tanto de Oriente como de Occidente empezaban ya á manifestar los síntomas de la sedición, y se esperaba de un día á otro su definitivo pronunciamiento por la independencia. El fuerte que habían construído los realistas en Teutitlan del Camino, provincia de Oajaca, y que servía de depósito y de apoyo para las expediciones de la Misteca, cayó en poder del enemigo en 18 de Junio, por capitulación con una compañía de la Reina que lo guarnecía.

Se agravaban ya los cuidados del virrey en el mes de Mayo, por lo que mandó que saliesen las tropas que guarnecían la ciudad de San Luis de Potosí en auxilio de Querétaro; y como se notase lentitud en dar ejecución á estas disposiciones, repitió las órdenes más urgentes á principios de Junio para que á todo trance, y aun á costa de perder aquel punto, se llevase á efecto sin la menor tardanza. Dicha guarnición constaba entonces del segundo batallón expedicionario de Zaragoza y de 220 hombres entre cazadores y granaderos del regimiento de Zamora, situado en Durango, que había sido dirigido á San Luis con el indicado objeto. Se hallaba asimismo en esta capital el marqués del Jaral, sujeto el más influyente del reino de México por lo ilustre de su cuna, por la opulencia de su casa, por su sólida opinión y por su acendrada lealtad al Soberano español.

Aunque resentido por haber sido desatendida la oferta que había hecho al principio de la insurrección de Itúrbide, de montar y armar de 4 á 5.000 individuos de sus haciendas para sostener la causa de la legitimidad, no por eso dejó de mostrar menos ardor para segundarla en este momento en que dicho virrey apeló á sus esfuerzos.

El teniente coronel San Julián, que mandaba aquellas fuerzas, así como toda la provincia, se alarmó al recibir los citados premurosos despachos, y comunicó á toda la población sus mismos temores, mandando impolíticamen-

te que las bandas de tambores saliesen por las calles á tocar la generala. Temeroso el vecindario de que á la salida de aquellas tropas pudieran repetirse las trágicas y devastadoras escenas del año 1810, rogaron al benemérito marqués del Jaral con el más vivo encarecimiento no los abandonase en tan críticos momentos.

Por influjo de este ilustre americano se suspendió la salida de las tropas hasta el día siguiente, durante cuyo tiempo se tomaron las medidas más oportunas para que aquéllas no careciesen de los auxilios más necesarios, y asimismo para hacer menos sensible la evacuación. Consolados los habitantes con las generosas ofertas que les había hecho de no abandonarlos, se creyeron seguros de todo desacato y tropelía con su sola presencia.

Se hallaba á aquella sazón el comercio en posesión de 5 á 6 millones de duros que habían llegado en pasta desde las provincias internas y que no habían podido ser transmitidos á la capital á causa de la interceptación de los caminos. La casa del referido marqués era considerada como un sagrado depósito que ninguno de los partidos contendientes dejaría de respetar: todos, pues, trasladaron á ella sus caudales en el silencio de aquella noche, y sin que tuviera conocimiento de esta operación sino un oficial de toda su confianza, juntamente con uno de los sirvientes más experimentados de la casa.

Entre la una y dos del día siguiente emprendió la marcha dicha división, compuesta de los cuerpos ya citados, de un escuadrón de dragones de San Luis y dos piezas de artillería, que ascendería á 700 infantes y 100 caballos disponibles. Dos eran los jefes que se hallaban al frente de estas tropas: el citado San Julián y el coronel D. Rafael Bracho, que ya hemos dicho había venido á aquella ciudad con las compañías de Zamora; y aunque el mando de todas correspondía á este último por ser de mayor graduación, no quiso San Julián desprenderse de él hasta el pueblo de Santa María del Rio, que fué el punto de descanso en la segunda jornada.

Los dragones de San Luis se entregaron á una completa deserción á consecuencia de haber sido desechada con desabrimiento su petición acerca de ser pagados sus haberes, sin embargo de haber en la división un fondo sobrante de 65.000 duros. Serían las dos de la tarde del quinto día de marcha cuando llegaron estas tropas á la hacienda de la Sauceda; y al día siguiente se dirigieron con la mayor confianza á San Luis de la Paz, destacando dos leguas antes de llegar á dicho pueblo á un teniente de Zamora para hacer el alojamiento sin más escolta que la de 4 dragones, con la que el mismo comandante San Julián quiso adelantarse; pero no bien se habían alejado pocos pasos de la vista de la división, cuando reconocieron las primeras avanzadas de los independientes.

Informado el coronel Bracho de este inesperado encuentro, formó sus tropas é impartió las órdenes convenientes para el ataque. A poco tiempo se oyeron clarines de la caballería enemiga, y se dejaron ver entre la espesura del bosque algunos oficiales y soldados insurgentes. Rompióse el fuego en el acto; pero habiéndose adelantado un ayudante de Zaragoza á hablar con uno de los jefes enemigos, D. Manuel Tobar, mandó suspender el ataque, y no sin la menor repugnancia cedieron aquellos valientes, desconfiando justamente de la entrevista que proponían á los citados jefes Bracho y San Julián. Verificada ésta con un misterio que estaba muy lejos de tranquilizar los ánimos, se presentó el desleal europeo brigadier Echávarri y se mandó á la división descansar sobre las armas.

Estos primeros emisarios trataron de ganar tiempo para asegurar su triunfo, haciendo ver á los jefes realistas que no teniendo más objeto que el de pasar á Querétaro y á la ciudad de Méjico, era seguro que Itúrbide no se opondría de modo alguno á su marcha, como podría verse enviando un oficial de cada parte á comunicarle aquellas ocurrencias al pueblo de Casas Viejas, situado á 12 leguas de distancia, donde aquél se hallaba.

En el entretanto la división se puso en marcha para San Luis de la Paz, y al concluir el bosque se divisó toda la fuerza enemiga, que sería de unos 200 caballos y 400 infantes con 4 piezas de artillería, y era la misma que había llegado la noche anterior á dicho punto de San Luis. Ambos partidos se alojaron en la referida población separadamente unos de otros: al día siguiente retrocedieron los realistas á la hacienda de San Isidro, que se halla á una legua de distancia; dos días se pasaron sin recibir noticias de los enviados al campo de Itúrbide; el descontento se iba propagando; todos estaban recelosos del resultado de aquellas negociaciones; creció la agitación al ver la tenacidad con que se negaban los jefes á pagar á la tropa sus atrasos.

En este estado de murmullo y desorden amanecieron sitiados al tercer día por una fuerte división de infantería y caballería que habían reunido los insurgentes aprovechándose de los momentos tan preciosos que habían perdido los realistas, quienes si hubieran usado de mayor actividad y energía habrían podido destrozar completamente las primeras fuerzas que se les opusieron, y sucesivamente cuantos refuerzos hubieran llegado. Se dejaron, pues, perder aquellos jefes tan favorable coyuntura, cuyos resultados podrían haber sido con toda probabilidad la derrota general de los rebeldes, la salvación de Querétaro, la conservación de la columna que se perdió sucesivamente en San Juan del Río, y un triunfo absoluto capaz de haber variado el aspecto de los negocios y de haber cubierto su nombre de gloria.

Por tal descuido sufrieron en su vez el bochorno de rendir las armas, que fué más sensible todavía por el modo altanero con que les fué intimidado por Itúrbide este violento decreto, que si bien ponía en claro su alevosía y perfidia, no descubría menos la imprevisión y falta de cautela de nuestros jefes.

Aunque la situación de los soldados realistas era la más apurada, se llenaron de coraje sin embargo al ver el

modo áspero y orgulloso con que eran tratados por los insurgentes, y resolvieron morir todos con las armas en la mano antes que rendirlas con tanto desdoro. Conociendo aquéllos la imprudencia de sus primeros pasos, variaron prontamente de conducta, y se dedicaron á adularlos con las frases más cordiales y expresivas, á fin de borrar la primera impresión recibida. No fué, pues, el número de 3.000 desleales el que triunfó de aquel puñado de valientes, sino la elocuente persuasión del general Bustamante, que supo desarmarlos con sus dulces promesas y con la falsedad de sus alabanzas y caricias.

Se alucinaron los soldados con tan intrigantes manejos: algunos oficiales conocían el fatal desenlace que iban á tener aquellos sucesos; pero no hallaban medio para reparar su desgracia. Uno de ellos, sin embargo, D. Francisco González, trató todavía de excitar su furor al tiempo que se dirigían á San Luis de la Paz á dejar sus armas; arrodillándose delante de ellos y vendándose los ojos, les dirigió la arenga siguiente:

"Yo no puedo sobrevivir á la mengua de haber sido vencido sin combatir por esta chusma fementida; asestad contra mí vuestros tiros; la muerte es el don más precioso que pueda yo recibir en este momento; sin honor y sin patria es insoportable la vida; todo mi afán era de perderla peleando á vuestro lado contra los enemigos del Rey; el descuido é impericia por una parte, y el dolo y la perfidia de que somos ahora víctimas por otra, son dos males que no podrán borrarse jamás de mi memoria. Sea yo el blanco de vuestros fuegos; emplead los últimos instantes en que conserváis las armas en vuestras manos para librarme de esta afrenta; bien pronto seréis reducidos á la clase de miserables esclavos, y lloraréis amargamente la precipitación con que os despojáis de esos distintivos, emblemas de tantas victorias."

Enternecidos los soldados abrazaron á este digno oficial, y le hicieron las más solemnes protestas de admiración y cariño; pero ya era tarde para hacer resistencia, y

por lo tanto se encaminaron á San Luis de la Paz, en cuya población entraron con todos los honores militares y tambor batiente.

Esta malograda división conservó en medio de su desgracia los más ardientes sentimientos de fidelidad y pundonor; muy pocos fueron los que se adhirieron al partido de la independencia; los demás fueron remitidos á San Luis de Potosí en la clase de prisioneros. Todo, pues, quedó en poder de los disidentes: armas, municiones y las cajas de aquellos cuerpos. Un inocente error es á veces causa de los mayores reveses. Con un poco más de actividad en las marchas, y con menos indecisión de parte de los jefes, habría podido tal vez aquella división ser la restauradora del orden y el sostén principal del edificio monárquico. Fué, por lo tanto, este golpe de los más sensibles para los buenos realistas.

El tan esforzado como criminal Echávarri se dirigió desde aquel punto á San Luis de Potosí, amenazó al mismo tiempo á Zacatecas, y aproximó sobre el Saltillo una de sus columnas, la que en combinación con la que mandaba el teniente coronel D. Cenón Fernández, impuso á las provincias internas de Oriente, obligando á capitular en San Antonio de Tula á los restos de una pequeña sección que, á las órdenes del bizarro capitán de caballería D. José de Castro, había salido de observación desde Aguayo, colonia del Nuevo Santander.

Llegan á este tiempo al Saltillo desde Monterrey un batallón del fijo de Veracruz y 150 caballos, con el fin de extraer los caudales existentes en aquellas cajas reales; se insurreccionan dichas tropas y proclaman la independencia.

La pérdida de la división que había salido de San Luis activó el ataque de los rebeldes contra la ciudad de Querétaro, de cuyos arrabales se hallaban ya posesionados desde el día 19 de Junio. Reducida la guarnición á solas cinco compañías del segundo batallón de Zaragoza, se defendió con obstinación de los 1.500 hombres con 2

piezas, de que se componía la fuerza sitiadora bajo la dirección del coronel Quintanar; pero después de haber sufrido cuatro días de un vivo fuego de artillería y fusilería, destruído el parapeto nombrado de la Academia y asaltado el del Carmen en la tarde del 20, hubo de retirarse la acosada guarnición al convento de la Cruz, en donde desfalleció su ánimo al considerar su crítica posición y la ninguna esperanza de ser socorrida, y capituló, por lo tanto, con todos los honores de la guerra el día 28 con el mismo Itúrbide, que fué quien entró en la ciudad á la cabeza de sus tropas victoriosas. El brigadier Loaces, que al parecer se había conducido con honor hasta aquel momento, varió de conducta y tomó partido con los disidentes con una parte de la misma tropa capitulada.

Este fué el golpe más terrible para las autoridades superiores. Se estremeció la capital, temieron los buenos, se ensoberbecieron los descontentos, se exaltaron los oficiales más fogosos y se aceleró la erupción del volcán político contra el íntegro y honrado virrey; pero antes de dar cuenta de este suceso acabaremos de pasar la revista sobre todas las provincias para que se vea sin interrupción el fatal desenlace y la casi simultánea cesación del dominio español en los diversos puntos de aquel vasto imperio.

El infatigable virrey, que conocía la importancia de conservar la posesión de Querétaro, había mandado salir asimismo de Toluca, en auxilio de aquella ciudad, al batallón de Murcia con la fuerza de 300 plazas; y como al llegar á San Juan del Río se hallase con la columna del bizarro coronel Novoa, quien después de su victoria contra el Dr. Magos había debido replegarse á aquel punto por temor de una gruesa división enemiga, procedente de Valladolid, se disponían los comandantes respectivos á llenar el objeto de su misión cuando supieron la rendición de la columna de Bracho, y la aproximación de los vencedores contra ellos. Jefes y oficiales estaban dispuestos á sellar con su sangre la fidelidad que debían al So-

berano español; mas siendo los enemigos muy superiores en fuerzas, habiéndoseles pasado la mayor parte de su caballería y muchos soldados de infantería, y no llegando á tiempo los socorros prometidos, hubieron de rendir las armas mediante una honrosa capitulación. Fué tanto más sensible este fatal desenlace cuanto parece que si á dichas fuerzas se hubieran unido las de Bracho, usando de mayor celeridad en los movimientos, podían haber llegado á tiempo de salvar la referida ciudad de Querétaro, y de salvarse á sí mismas.

El brigadier Alvarez, coronel del regimiento de la Reina, que había salido de Méjico con una columna de 1.500 hombres en auxilio de las tropas situadas en San Juan del Río, se replegó á la capital luego que supo su rendición; y llevó á sus alcances, hasta las inmediaciones de la misma ciudad, la caballería enemiga sosteniendo algunos choques parciales.

Las tropas de la provincia de Guadalajara se pasaron igualmente á los enemigos con el brigadier Negrete y el coronel Andrade; y el comandante general de esta provincia, D. José de la Cruz, se retiró á Durango, en cuya ciudad, si bien se hizo una heroica defensa, no templó de modo alguno la agitación de los buenos realistas al ver desmoronarse precipitadamente aquel grandioso edificio monárquico, cimentado con su sangre, con sus sudores y con costosos sacrificios de tres siglos.

La defensa que hicieron las tropas que guarnecían la citada ciudad de Durango fué muy recomendable por haber sido en la que más se señaló el altivo carácter español dando un terrible ejemplo de lo que pueden los valientes cuando ven comprometido su pundonor militar. No había esperanza alguna de que aquellos esfuerzos pudieran tener resultados favorables. La mayor parte del reino había sucumbido al irresistible impulso de la opinión extraviada; su guarnición se componía de unos 700 hombres; los sitiadores, dirigidos por el tan activo y esforzado como desleal europeo D. Celestino Negrete, con-

taban con una fuerza seis veces mayor; los dictados de la prudencia clamaban por la pronta rendición y por el ahorro de la inútil sangre que iba á derramarse; pero la bizarría de algunos jefes y oficiales se hizo superior á toda otra consideración que no llevase por base el esplendor de las armas españolas.

Entre éstos se distinguieron los coroneles D. José Ruiz y D. Felipe Zamora y Bueso, quienes se encargaron del mando de las tropas por indisposición del general Cruz y por desaliento y flojedad del mariscal de campo D. Alejo García Conde, que mandaba aquella ciudad, quien abrumado con el peso de una numerosa familia, escaso de medios é inhábil para abandonar el país, suscribió sucesivamente á las ideas de O-Donojú y tomó partido con los insurgentes.

Para la mayor claridad de estos sucesos, los tomaremos desde su origen. El referido coronel Zamora, tan acreditado por su valor como por su fidelidad y amor de gloria, había estado mandando el regimiento provincial de Guadalajara, situado en la villa de Tepatitlan, distante 20 leguas de la citada capital de Nueva Galicia, cuando á las cinco de la tarde del 12 de Mayo se le sublevó la tropa y le amenazó con la muerte si se empeñaba en contrariar su intento, que era el de reunirse con Itúrbide. Zamora se dirigió entonces solo y por caminos extraviados hacia dicha ciudad de Guadalajara á tiempo que su comandante general salía á tener una entrevista con Itúrbide, con la mira ostensible de paralizar sus movimientos.

El general Cruz, á su regreso de aquella infructuosa expedición, se había dedicado á fortificar la plaza y á hacer los más vigorosos preparativos para la defensa: teniendo la mayor confianza en el sobresaliente mérito de Negrete, había mandado que desde la Barca, en donde estaba situado desde fines de Junio, se trasladara al pueblo de San Pedro, distante una legua de dicha capital de Guadalajara; pero no bien había llegado á este punto aquel pérfido europeo, cuando dió el grito de indepen-

dencia, se dirigió á sorprender á su general, quien noticioso de tan inesperado movimiento se retiró al punto fortificado llamado Jalostotitlan, que se hallaban á 19 leguas de distancia.

Apenas llegó á este sitio reunió la división que mandaba el teniente coronel Revuelta, y otras varias partidas sueltas, con las que formó un total de 1.000 caballos é igual número de infantes. Nombrado entonces el citado coronel Zamora para introducirse ocultamente en la referida ciudad de Guadalajara, á explorar el ánimo de los fieles y averiguar si era posible intentar una reacción, evacuó en muy pocos días, pero sin fruto, esta espinosa comisión; y convencido Cruz de la inutilidad de sus esfuerzos, se dirigió hacia las provincias internas, recogiendo á su paso por la de Zacatecas dos compañías del batallón ligero expedicionario de Barcelona, mandadas por el benemérito coronel D. José Ruiz, con cuya tropa y con 50 hombres, que fueron los únicos que dejaron de desertarse de la primera división reunida en Jalostotitlan, llegó á Durango después de una marcha de más de 100 leguas, en cuya ciudad halló seis compañías de Zamora que la guarnecían.

Estando reunidos en el Ayuntamiento todos los individuos que componían este cuerpo, el gobernador García Conde y varios jefes militares y civiles para tratar de medidas de salud pública, se traslucieron por el pueblo en la noche del 25 de Julio noticias de la aproximación de los rebeldes; y creyendo los partidarios que se hallaban en esta misma plaza hacerse célebres en los anales de la revolución si con un anticipado pronunciamiento lograban derribar la autoridad real, se diseminaron por las calles en numerosos grupos proclamando la independencia y profiriendo voces de odio y execración contra los españoles. El valiente Zamora, que se hallaba asimismo en el Ayuntamiento, cogió 8 hombres de los 15 que habían sido colocados de guardia; y puesto á la cabeza de tan corto número de valientes, se arrojó con furia sobre las

desenfrenadas masas, las llenó de terror, las obligó á retirarse á sus casas, y quedó muy pronto restablecida la tranquilidad, habiendo podido entonces los congregados en el Ayuntamiento discutir sosegadamente los planes de defensa.

Se decretó ésta con efecto, y se hicieron vigorosos preparativos para recibir al orgulloso enemigo, que muy pronto se presentó contra aquella ciudad. La poca tropa que la guarnecía hizo prodigiosos esfuerzos bajo la dirección de los dos citados coroneles Ruiz y Zamora. El enemigo conoció desde sus primeros ataques la necesidad de estrechar un sitio formal para triunfar de unos militares dotados de tan terco y desesperado valor.

Había ya colocado aquél su artillería en puntos ventajosos, desde donde causaba los mayores quebrantos á las tropas del Rey: la posición de éstas sólo se podía mejorar apoderándose de un torreón que dominaba los citados puntos. El denodado Zamora se dirigió con algunos soldados taladrando casas, saltando patios y azoteas y llegó á apoderarse por sorpresa de dicho torreón, desde donde dirigió un fuego tan acertado sobre los sitiadores, que desbarató por entonces todos sus planes; mas estos rasgos de valentía y arrojo no eran suficientes para asegurar el triunfo sobre enemigos tan poderosos, apoyados por todos los elementos guerreros y por la misma opinión.

Cansados ya éstos de la tardanza que experimentaban sus armas en rendir aquella ciudad, le dieron un ataque general en el día 30 de Agosto, que duró desde el amanecer hasta las ocho de la noche, habiendo obtenido por resultado de su temeridad un gran destrozo en muertos y heridos, y entre estos últimos el mismo general insurgente, y el vergonzoso malogro de sus tentativas, que se estrellaron todas en los pechos de bronce de los defensores, dignos por cierto de una suerte más feliz que la que les estaba preparada. Cuando se entregaban estos esforzados militares á la satisfacción que era propia por tan bizarra defensa, recibieron las comunicaciones y pro-

clamas del general O'Donojú, que ya á este tiempo había llegado á Nueva España y había suscrito á la venta de aquellos dominios.

Ya desde este momento se introdujo el mayor desaliento, y en algunos la desesperación bajo las más tristes formas: entre estos últimos se contó el pundonoroso coronel Zamora, quien deseoso de sacrificarse en las aras de la monarquía española antes que presenciar un desacato tan horrible al nombre español, salió de los parapetos y presentó impávidamente su pecho á los tiros de la artillería que estaba situada á doscientos pasos de distancia; pero la fortuna se empeñó en salvar esta noble víctima para que en momentos menos aciagos pudiera su patria sacar brillantes ventajas de tanta decisión y fidelidad. Fué vuelto dicho Zamora á sus trincheras, y se estipuló á su consecuencia una honrosa capitulación, que abrió el paso á aquellos esforzados militares para retirarse á la capital del reino á incorporarse con las demás tropas que conservaban todavía las armas en la mano (1).

Ya á fines de Junio ofrecía el virreinato de México la más triste perspectiva: todos los esfuerzos del virrey y demás autoridades habían sido ineficaces para contener el extravío de la opinión; no se oía más que defección de unos, rendición de otros y levantamiento general de pueblos y provincias. En medio de aquel general desconcierto parece que debiera haberse conservado el camino desde México á Veracruz; y reconcentradas las tropas realistas en este último punto, en Jalapa, Perote, Puebla y aun en las villas de Córdoba y Orizaba, haberse sostenido algún tiempo hasta el arribo de nuevos refuerzos; pero la ninguna esperanza de que éstos llegasen mientras que estuviese regida la España por la forma de gobierno que había sido planteada en Marzo del año anterior, los

(1) Fué tan grande la complicación de los sucesos en esta funesta época, que no es fácil seguir un orden riguroso en su narración, porque de querer sujetar los conceptos á este invariable método, sería preciso truncar algunos puntos sin haberlos dilucidado suficientemente.

reveses que ya habían sufrido nuestras armas en varios puntos de los designados, á impulso del desertor Santana, de los indultados Bravo, Herrera y Osorno, del indomable Guadalupe Victoria, que también había salido de sus barrancas, en las que había estado metido por espacio de dos años, y otras causas que tal vez habrían podido remediarse en sus principios si no se hubiera llamado á México al batallón de Castilla, que era tan necesario para conservar la tranquilidad en aquellos puntos, dieron ya un carácter de imposibilidad á este primitivo plan, é hicieron más crítica la posición del gobierno.

Como generalmente sucede que en momentos de desgracias se designa como causante de ellas á la primera autoridad, empezó á ser el virrey Apodaca el blanco de los tiros de la maledicencia, y se principiaron asimismo á concebir planes para derribarle de su encumbrado puesto. Una porción de oficiales de los más bulliciosos formaron sus reuniones, con el objeto de desacreditar dicho jefe; y como paso preliminar que allanase la ejecución de sus proyectos, estaban recogiendo firmas para dirigirle una representación, á fin de que se instalase una Junta de guerra, en la que tuviesen entrada los subalternos, quienes podrían ayudar con sus luces á sostener la decaída opinión, cuando el general Liñán dió los avisos oportunos de estos planes subversivos, los que se cortaron oportunamente con la prisión del oficial que más parte había tenido en aquella reprensible maniobra.

Empero estaba ya la trama muy adelantada, y no fué posible sofocarla. Los mismos oficiales que habían principiado los expresados manejos, hicieron la explosión entre ocho y nueve de la noche del 5 de Julio. Puestos por ellos sobre las armas los regimientos de Ordenes y Castilla, y el escuadrón de la Integridad, ocuparon todas las avenidas del palacio, de cuya puerta se apoderaron asimismo con el apoyo de la guardia de realistas y de dos compañías de Marina, á las que estaba confiada la seguridad del digno virrey. Los jefes de dichos cuerpos, que

fueron enviados para contener aquel alboroto, vieron desobedecida y atropellada su autoridad. El regimiento del Infante, que se hallaba en Lerma, á doce leguas de la capital, abandonó al coronel de Fernando VII, D. Angel Díaz del Castillo, que mandaba aquel distrito, y se puso en marcha con su teniente coronel, apostándose en la garita de San Cosme en la misma noche, para sostener la deposición, y, si era necesario, tomar la ciudadela á la fuerza.

En el momento de haber estallado esta aciaga sublevación, se hallaba congregada en palacio la Junta de guerra de que se ha hecho mención anteriormente; y habiéndose dispuesto que se preguntase á los amotinados cuál era el objeto de su rebeldía, manifestaron que el ejército, cuya voz habían usurpado, pedía la renuncia del virrey en uno de los subinspectores en quienes tenía más confianza para salvar la nave del Estado de tan tremenda borrasca.

Contestóles el ultrajado virrey con la mayor calma y compostura su ninguna repugnancia en dimitir el mando en tan apuradas circunstancias si no se hallase comprometido su honor, y si no conociese que esta decisión había de acarrear la inevitable y pronta ruina de aquellos dominios que el Rey había confiado á su celo. El general Liñán y los demás individuos de la Junta se esforzaron en afear aquel atentado, y en llamar al orden á los conjurados; mas todo fué en vano, y sus últimas intimaciones encerraban alarmantes amenazas á la seguridad del virrey, si no entregaba el mando en el acto al general Novella.

Habiendo tenido el brigadier Espinosa la feliz ocurrencia de proponerles que sería nombrado para mandar las armas dicho Novella, en quien habían manifestado tener más confianza, conservando el conde del Venadito las demás atribuciones de virrey y jefe político, por cuyo medio obtenían ellos su principal intento, y no se llegaba á efectuar el horrible desacato á la autoridad legítima, quedaron desconcertados los pretendidos órganos de las tro-

pas, y pidieron salir á consultarlas sobre este nuevo incidente; pero volvieron á poco rato, insistiendo en que sin demora abdicase el mando dicho virrey, firmando el documento que á este objeto llevaban escrito. Los términos indecorosos en que estaba concebido aquel papel irritaron de tal modo el ánimo del prudente y juicioso conde del Venadito, que lo hizo pedazos en su misma presencia, y escribió otro de su puño, por el que se hacía menos bochornosa aquella violenta tropelía, con la idea de evitar los males que pudiera producir en el público con menoscabo de su bien cimentada opinión.

Salieron los amotinados llenos de gozo por haber conseguido el fruto de sus maquinaciones, después de haber firmado otro documento que ponía á cubierto la persona de dicho virrey. Esta renuncia se presentó al público con todos los caracteres de espontánea en la gaceta de 7 de Julio, á fin de que no quedase entorpecido el curso de los negocios, ni recibiese el menor contraste la autoridad, aunque ilegítima, que había sido instalada en la persona del general Novella para representar al Soberano.

Repetidas veces hemos visto esta clase de violencias contra los primeros jefes del Estado, y constantemente hemos manifestado nuestra oposición á tamaños excesos, extendiéndonos más ó menos en su acriminación según las circunstancias que los habían precedido. Sensible nos es declarar en esta ocasión que no hallamos motivo alguno que haga excusable esta violenta tropelía; y aunque se quisiera convenir en que sus autores fueron arrebatados por un ardiente celo hacia la conservación de la autoridad real, siempre habría llevado aquel acto todos los caracteres de la ilegalidad é injusticia, y bajo este aspecto ha incurrido en el desagrado del Soberano español, al paso que el conde del Venadito ha recibido públicos testimonios del Real aprecio.

Si se perdieron, pues, los dominios de Nueva España en el año 1821, fué por el mismo irresistible curso de los sucesos, y por el general pronunciamiento de la opinión

por la independencia, al que no parecía posible oponer un dique que lo contuviera. Tal vez se habría podido sostener más tiempo el prestigio Real en aquellos países si hubiera sido enviada prontamente contra Itúrbide la división que se formó á las órdenes del general Liñán, ó bien sobre el bajío de Guanajuato, donde habría podido contener la defección de Bustamante, y el desbordamiento de la rebeldía; pero la facilidad con que todas las provincias se unieron á este ominoso sistema era el mejor comprobante de la predisposición de los ánimos á separarse de la España.

Ni era posible destruir aquel maléfico influjo mientras que subsistiese tan desairada la autoridad del Soberano en la Península á causa de la innoble revolución, fraguada por las tropas que habían sido reunidas en la isla de León para pasar al Nuevo Mundo á restablecer en todo su lustre y esplendor los derechos de la monarquía española.

El grito que dió Itúrbide en Iguala resonó por todas partes con el seductor aliciente de quebrantar las supuestas cadenas que les habían impuesto los españoles por el espacio de trescientos años; no habiéndose parado los mexicanos á considerar si les sería dable sustituir un gobierno que los hiciera más felices, se lanzaron gustosos á la empresa de la emancipación. En sus primeros transportes de arrebato y entusiasmo formaron causa común, y se empeñaron en sofocar hasta las más cordiales relaciones que los unían con sus hermanos los peninsulares si no estaban de acuerdo en su favorita causa.

La anomalía más extraña que se presenta con este motivo fueron los aplausos tributados por muchos indignos hijos del suelo español á las proclamas incendiarias y groseros insultos proferidos generalmente contra los titulados opresores de trescientos años, siendo precisamente de este número los mismos autores de tan infames libelos ó los propaladores de tan absurdas doctrinas.

Apenas cesó esta primera efervescencia, empezó el

encono de los partidos entre los mismos mexicanos, los acalorados debates en sus cámaras, la persecución de bandos, la guerra civil y la anarquía con todos sus horrores. Este suelo, el más felíz y opulento del Nuevo y aun del Antiguo Mundo, ha quedado reducido á un montón de escombros y ruinas, habiendo desaparecido de él la riqueza de las minas, la agricultura, el comercio y la seguridad personal. Si los innovadores hubieran previsto un desenlace tan fatal, no habrían manifestado ciertamente tanto entusiasmo por segundar los pérfidos impulsos del campeón Itúrbide.

Por la misma razón puede asegurarse que si el destino tiene decretados nuevos esfuerzos de los españoles para reponer la autoridad Real en aquellos dominios, no se repetirán escenas tan tristes y aflictivas. La experiencia de los quebrantos sufridos será la mejor muestra para la conducta sucesiva de aquellos pueblos.

La fragilidad humana llega á tal punto, que no se creen los males hasta que llegan á tocarse; la presunción y el orgullo nos hacen ver generalmente que somos capaces de sobrepujar en todas materias á nuestros mayores; el espíritu de innovación ha hecho terribles progresos en este siglo, y se necesitan, por lo tanto, lecciones prácticas de los escollos en que se estrellarán siempre el desvarío é inconsciencia de los entendimientos formados con las teorías de una vana é insubstancial filosofía.

Doloroso es, por cierto, que los tronos hayan sido estremecidos por este genio destructor; pero tal vez habrán ganado mucho en solidez y permanencia con tan repetidos escarmientos y costosos desengaños de los que han tratado de separarse de la senda trazada por el honor, por la conveniencia, por la justicia, por la sabiduría y por la larga experiencia. ¡Quiera Dios que sean éstos los últimos ensayos de los insensatos, que imbuídos en las superficiales ideas modernas, se han dejado arrebatar por la corriente de sus vicios, y que disfruten los Estados de la paz y felicidad que sólo es dada obedeciendo sumisa-

mente á los legítimos soberanos á quienes la Providencia ha confiado el dominio de los pueblos!

Empero volvamos á tomar el hilo de estos importantes sucesos. Apenas se encargó del mando el general Novella, dió las más enérgicas proclamas para comprometer á todos los habitantes de la capital en la defensa de la autoridad Real; resucitó los bandos y medidas adoptadas ya por el gobierno del conde del Venadito, llamando de nuevo al servicio activo á los militares retirados, promoviendo el alistamiento de todos los hombres útiles para las armas, influyendo para que el Ayuntamiento ofreciese cuantiosos premios á los que abandonasen las filas del disidente Itúrbide, interponiendo la mediación apostólica del ilustrísimo arzobispo para sostener la opinión, expidiendo reglamentos de policía adecuados á las circunstancias, conteniendo entre sus útiles disposiciones la de eximir de derechos de puertas á todos los comestibles que se introdujeran para el abasto de la ciudad, y valiéndose, finalmente, de cuantos recursos sugiere el más ardiente deseo del acierto para distinguir si era posible el principio de su gobierno con resultados favorables á la causa del Rey, que borrasen la mancha de la elección ó el viciado origen de su mando; mas eran demasiado opuestos y contradictorios los elementos que se le ofrecían para tan ardua empresa, y se malograron, por lo tanto, todos los impulsos de su firmeza y decisión.

La guarnición de Puebla, que fué uno de los puntos más firmes en la defensa, capituló en 27 de Julio, obligándose á entregar la ciudad en 1.° de Agosto. Aunque se habia agitado con calor en la capital la cuestión de socorrer este punto interesante, cuyo retardo fué una de las causas alegadas por los enemigos del conde del Venadito para arrojarle del mando, no fueron más diligentes los nuevos gobernantes, pues que sólo después de un mes de haber conseguido el triunfo de su sublevación, movieron una columna de diez hombres, á las órdenes del coronel Concha, la que llegó á San Martín de Temesluca, distan-

te nueve leguas de Puebla, cuando ya había capitulado su escasa guarnición, reducida á unos 800 europeos, pues que todos los demás Cuerpos del país se habían desertado.

Algunos censuraron la poca firmeza del comandante general brigadier D. Ciriaco de Llano, de quien se esperaba que repitiese en esta ocasión los magníficos ejemplos que tenía dados de su bizarría y arrojo; otros quisieron manifestar que el disgusto recibido por la violenta deposición del virrey Apodaca, y la desconfianza de que los nuevos gobernantes pudieran salvar la nave del Estado con tan débiles remos, había embotado su anterior energía é irresistible valor; mas todos estos cargos no pasan de ser unas meras presunciones, que se desvanecen al examinar la crítica posición de los negocios.

Tanto este jefe como el benemérito coronel D. Benito Armiñán, que era la segunda autoridad, extendieron la defensa de la plaza aún más allá de lo que prescribe el deber militar. Acosados por los sitiadores, sin recibir ni aun noticias de la capital, convinieron con éstos en entregarles aquella ciudad si veían confirmadas por dos oficiales de la confianza de los realistas las tristes noticias comunicadas por los disidentes acerca de la rendición de la mayor parte de las guarniciones del reino; y como hubieran vuelto, con efecto, dichos dos oficiales informando con certeza del desastroso estado de los negocios; no pareciendo, por otra parte, auxilio alguno de la capital, ni siendo posible sostenerse más tiempo con tan poca fuerza contra una población de 80.000 almas, en la que habían cundido considerablemente las ideas revolucionarias, ni mucho menos emprender la retirada careciendo de caballería, en cuya arma eran muy fuertes los sitiadores, hubieron de cumplir su promesa, quedando por este medio ilusorias las tardías medidas dictadas por el gobierno de la capital.

Mientras que Novella se ocupaba con infatigable celo en los medios de sostener su moribunda autoridad, tuvo

noticia de la llegada á Veracruz de D. Juan O'Donojú, nombrado capitán general y jefe político de aquellos reinos. Se le había dado dicha investidura en España apenas supo el gobierno constitucional, vigente en aquella época, esta nueva revolución, que ya desde el principio se presentó con los caracteres más alarmantes. Informado Itúrbide del desembarco de dicho O'Donojú, salió á la ligera á ponerse en comunicación con él, consiguió atraerlo á una entrevista en Córdoba, y celebraron ambos jefes con fecha de 27 de Agosto un tratado que tomó el nombre de la misma villa (1). Fundado este nuevo jefe en la crítica posición á que se veía reducido por hallarse todo el reino de Méjico en poder de los disidentes, sin que pudiera contar con más apoyo que con las cortas guarniciones del castillo de San Juan de Ulua, Veracruz, Perote, Acapulco y la capital, y aun ésta en poder de una autoridad intrusa; apoyado en los despachos que había dirigido al gobierno, apenas puso el pie en aquel continente, que fué en 31 de Julio, remitió otros con fecha de 13 de Septiembre por el conducto de dos comisionados, desenvolviendo los mismos principios, reducidos á manifestar la imposibilidad de sostener la autoridad Real contra el torrente de la opinión, que se empeñaba en probar se había pronunciado simultáneamente á favor de la independencia.

Aunque trató de pintar sus operaciones en dichos des-

(1) Los principales artículos de dicho tratado fueron el reconocimiento de aquellos dominios como imperio soberano é independiente; la designación de nuestro augusto Monarca ó de alguno de los serenísimos señores infantes para ocupar aquel trono con el título de emperador constitucional; la formación de una junta provisional gubernativa; la elección de una regencia de tres individuos para ejercer interinamente el Poder ejecutivo; la convocación de Cortes para formar su constitución; la inviolabilidad de las propiedades; la libertad para salir del país cuantos lo solicitasen con todos sus intereses, sin más traba que la de satisfacer los derechos de exportación, y la promesa de O'Donojú de que las tropas españolas evacuasen la capital mediante una honrosa capitulación.

pachos del modo más ingenioso con particular esfuerzo de que llevasen la convicción al ánimo de los gobernantes peninsulares, fueron altamente desaprobadas por el augusto Monarca español; y aun las mismas Cortes, con las que tenía las más estrechas relaciones de amistad y conformidad de ideas, estuvieron muy distantes de ver con agrado el descaro con que había traspasado los límites de sus facultades. Toda la nación oyó con horror tamaño exceso; y aunque salieron á la palestra algunos apologistas, nadie podrá negar los irreparables males que produjo aquella malhada transacción, por la que quedaron completamente paralizados los últimos medios de resistencia que todavía se ofrecía á los realistas, y fortalecida la causa de la independencia con la regia aunque usurpada sanción que le dió aquel indigno representante español.

Algunos días antes de haberse firmado por O'Donojú el tratado de Córdoba, las tropas del Rey, al mando del coronel D. Manuel de la Concha, habían dado inequívocas pruebas de su firmeza y decisión por sostener el honor de sus armas. Se hallaba situada el 19 de Agosto en Tacuba la vanguardia del ejército de operaciones, compuesta de los batallones del infante D. Carlos, Castilla, Ordenes, Murcia, Zaragoza, compañía de la Reina y de granaderos de Barcelona, y de los dragones del Rey, provincial de México, de San Luis, Fieles de la misma ciudad, Príncipe y Sierragorda, urbanos de Toluca, Pachuca é Ixtlahuaca, realistas de Malinalco, Coatepec y Salto, compañía de Integros y de Tanepantla, cuya división, aunque formada de cuerpos en esqueleto y de partidas sueltas, ascendería á unos 3.000 hombres.

Presentado el enemigo con fuerzas muy superiores, rompió un vivo fuego de artillería y fusilería contra el primer cuerpo avanzado á las órdenes del sargento mayor de Castilla D. Francisco Buceli; el coronel Concha, que se hallaba con otros dos cuerpos en la villa de Tacubaya, acudió al auxilio del primero, y dirigió todos sus

conatos á rechazar á los rebeldes por el rumbo de Etzcapuzalco, al cual debió replegarse con las dos piezas que había presentado en el campo. Reforzado Concha con otros cuerpos se dirigió sobre dicho punto de Etzcapuzalco, que fué evacuado por los rebeldes tan pronto como vieron el continente marcial y la firmeza con que nuestras tropas caminaban contra ellos. Habiendo salido aquéllas en su persecución, llegaron hasta la hacienda de *Careaga,* en donde se hicieron firmes los contrarios favorecidos por su buena posición; y aunque los realistas se empeñaron en darles repetidas cargas con el mayor entusiasmo, hubieron de retirarse á Etzcapuzalco por habérseles inutilizado un cañón de á ocho sobre el que apoyaban sus operaciones.

Engreídos los insurgentes con este pequeño triunfo, atacaron á su vez las posiciones de los españoles, quienes habiéndose provisto de otro cañón de igual calibre que el primero, y dirigiendo sus fuegos con el mayor acierto, consiguieron rechazarlos; mas como hubiera recibido á este tiempo el coronel Concha noticias de la dirección de dos columnas de caballería enemiga sobre Tacuba, pasó á reforzar la corta guarnición que había en aquel punto, dejando á Buceli en Etzcapuzalco, quien terminó la acción á poco tiempo de haberse ausentado Concha, quedando nuestras tropas dueñas del campo.

Esta jornada, aunque brillante para los realistas por las ventajas conseguidas, así como por haber causado al enemigo pérdidas de consideración, y que hubieran podido ser todavía mayores con mejor orden y dirección de parte de los jefes, fué comprada sin embargo con el caro precio de 114 soldados de infantería entre muertos, heridos, extraviados y contusos, 7 de artillería y 42 de caballería; de cuyo descalabro se consolaron al considerar que aquella preciosa sangre, derramada con tanta gloria en el campo de la batalla, podía fecundar todavía los agostados campos de la fidelidad y del honor; pero estaba ya decretada la ruina de aquel estado, y no produjeron por lo

tanto el menor efecto los últimos esfuerzos de los leales en la batalla del 19.

Conociendo Novella que las transacciones de O'Donojú habían acabado de extraviar la opinión y de enfriar el ardor que todavía conservaban muchos realistas por segundar los impulsos de los que defendían la causa de la metrópoli; y convencido ya de que todo plan de ulterior resistencia no podía tener más resultado que la inútil efusión de la sangre de hombres decididos y valientes, cuyos manes habían de clamar contra su mal calculada obstinación y temerario empeño, se decidió á someterse á la autoridad de dicho O'Donojú, aunque estuviera muy distante de aprobar el reconocimiento que aquel jefe acababa de hacer de la independencia mexicana.

Cediendo dicho O'Donojú á los planes de Itúrbide, admitió el puesto que le fué ofrecido en la junta provisional, se presentó con el referido jefe insurgente á las inmediaciones de la capital con la idea de ordenar la evacuación á las tropas del Rey y de allanar todo obstáculo para la entrada de los trigarantes. La entrega del mando la hizo Novella en manos de O'Donojú en 13 de Septiembre en la hacienda de la *Patera*, poco distante de dicha capital, desatendiendo los útiles consejos é instrucciones que se le habían dado en la junta directiva de la guerra, y haciendo una completa sumisión sin haber asegurado antes todas las ventajas que podían esperarse.

Parece que el nombre de O'Donojú le hizo caer las armas de las manos, y desde que llegó á conferenciar con este burlado general no tuvo acción para separarse de la carrera que aquél quiso trazarle. ¡Tal es el prestigio de una autoridad que se presenta con todos los caracteres de legítima ante otra que reconoce su origen de una conmoción militar! En el acto de informar Novella al público de haber entregado su mando al citado O'Donojú, dió á reconocer por jefe de las armas al general D. Pascual Liñán hasta que aquél hiciera su entrada en la capital; mas repugnando al pundonoroso Liñán el bochornoso trance de

mandar la salida de México á las valientes tropas, cargadas de cicatrices y heridas que habían recibido en once años de una lucha tan terca como constantemente gloriosa, hizo renuncia de su mando, del que se encargó el mismo O'Donojú aun antes de entrar en la referida ciudad.

Quisiéramos borrar de la memoria tan tristes y lamentables sucesos. Triunfó Itúrbide, aunque sin una degradante humillación para las armas de Castilla. Hubo, sin embargo, algunos jefes y oficiales que se cubrieron de ignominia abandonando las banderas á las que estaban ligados con solemnes juramentos y por su propio honor. Hubo asimismo algunos excesos de insubordinación y falta de respeto á las autoridades constituídas; hubo también defectos de tibieza y desconfianza; y los hubo finalmente como emanaciones de las ponzoñosas ideas que regían en la Península; pero la generalidad de los españoles se condujo con la delicadeza que es propia de sus elevados sentimientos.

Un conjunto de inesperados accidentes conducidos por la fatalidad y por lo adverso del destino les obligó á ceder al furor irresistible de la revolución; pero no llegaron á rendir las armas, pues que todos estipularon en sus capitulaciones respectivas la necesaria condición de conservarlas, y salieron por lo tanto del territorio mexicano con todos los honores de la guerra, habiendo sido mayor todavía la gloria de las tropas de la capital, las que, obedeciendo las órdenes de O'Donojú, pasaron á tomar nuevos cantones sin haber recibido la menor intimación de los trigarantes ni clase alguna de desdoro.

Verificada la solemne entrada de Itúrbide en México en 27 de Septiembre, cesó la resistencia de Acapulco, Perote y Veracruz, si bien en este último punto fué donde se hicieron los últimos esfuerzos por el digno general D. José Dávila, quien no pudiendo resistir más tiempo una lucha tan desigual con los disidentes y con el mismo O'Donojú, cuya autoridad no quiso reconocer desde que la vió menoscabada con sus ilegítimos manejos, hubo de

retirarse al castillo de San Juan de Ulua, en donde rechazó con heroísmo y firmeza las repetidas intimaciones que le dirigió el jefe de los imperiales valiéndose de los acostumbrados medios de una falsa lógica y de su no menos hipócrita lenguaje, al que había debido sus rápidos triunfos en la nueva carrera.

Las tropas españolas habían sido acantonadas en los puntos de Toluca, San Joaquín, Tacuba y Cuautitlan mientras que se disponía su embarque para la Península por los puntos de Campeche, Tampico, Tuspan y Alvarado. Seguían en el entretanto los disidentes celebrando la entrada triunfante de su héroe fantástico, y planteando el gobierno trigarante, cuando ocurrió la muerte de O'Donojú en el día 8 de Octubre con síntomas demasiado alarmantes para que los enemigos de Itúrbide no ejercitaran toda la fuerza de sus malignos tiros.

Tomó entonces el mando de aquellas tropas el general Liñán, quien solícito siempre por el honor y conveniencia del pabellón español, obtuvo de Itúrbide que en vez de llevarse á efecto el embarque por puntos tan distantes en que debían carecer necesariamente de los principales auxilios, se formasen dos divisiones, la primera de las cuales debería salir por el puerto de Veracruz en 14 de Enero de 1822, y la segunda dos días después.

Estaban ya tomadas las necesarias medidas para emprender las tropas aquel movimiento, cuando ocurrió uno de los lances más terribles que pueden ofrecerse para probar la entereza de un jefe militar idólatra de su honor y reputación, cuya relación quedará suspendida hasta la época de 1822, á la que pertenece.

CAPITULO XIII

(1822)

Planes de Itúrbide para coronarse emperador.—Empeñados debates para desarmar á las tropas españolas capituladas.—Decretada la salida de éstas para embarcarse en Veracruz.—Marcha de la primera división hacia aquel destino con el general Liñán.—Reacción intentada por la segunda al mando del coronel Buceli y otros jefes.—Su rendición, desarme y embarco.—Proclamación de Itúrbide.—Primeros movimientos de los republicanos contra el quimérico emperador.—Triunfo de éstos.—Abdicación de Itúrbide y su expatriación.—Proyecto de sus partidarios para reponerlo en el trono.—Sublevación de la provincia de Guadalajara. — Malogro de las primeras tropas enviadas por los centralistas para sujetarla.—Su triunfo en la segunda expedición.—Llegada de Itúrbide á Liorna.—Su salida para Londres.—Su expedición para México, y su muerte.—Momentánea consolidación de la república.—Rendición del castillo de San Juan de Ulua.—Horribles disensiones.—Alborotos del mes de Diciembre de 1828.—Expedición del brigadier Barradas en 1829. Reflexiones políticas.

El ambicioso Itúrbide, que según algunos había ya empezado á lisonjearse con la idea de ceñir la corona imperial desde Etzcapuzalco, y según otros desde Puebla, en donde los inciensos y adoraciones de aquellos habitantes le habían endiosado, necesitaba de algún golpe de intriga que hiciera ver al pueblo mexicano la necesidad de tener vinculada en su mano la autoridad suprema para la seguridad del Estado. Discurrió, pues, que el expediente más

plausible, y que había de ganarle más partidarios de sus desaforados proyectos, había de ser la insurrección de las tropas europeas situadas en los puntos de que se ha hecho mención en el capítulo del año anterior; pero como aun en medio de la desgracia obedecían aquéllas á unos jefes prudentes y juiciosos que tenían el mayor empeño en mantenerlas bajo el más riguroso orden de disciplina, no había el menor asomo de que se las pudiera sublevar, á menos que no se las hiciera la tropelía de privarlas de aquellas armas que habían sabido conservar con honor al favor de sus solemnes capitulaciones.

Este fué, pues, el ardid al que recurrió Itúrbide para introducir en aquel campo los elementos del sobresalto, del alarma y de la subversión. Se dirigió sin rodeos al general Liñán con fecha de 10 de Enero, dándole parte de las disposiciones que tenía dadas para que salieran de México sus tropas imperiales á desarmar las europeas con orden de pasarlas á cuchillo si hacían la menor resistencia, alegando que no de otro modo podía cortarse la supuesta conspiración, de cuyos progresos daba á entender estaba positivamente informado.

Indignado Liñán por este rasgo de malignidad y perfidia, y bien persuadido de que las intenciones de Itúrbide no eran otras sino las de subir al trono imperial por encima de las palpitantes entrañas y humeantes cadáveres de unos soldados que formaban todo el objeto de su cuidado y predilección, pasó á avistarse con el citado Itúrbide, y logró con su entereza y persuasión revocar aquel decreto horrible de proscripción y deshonra; mas no bien había llegado á Toluca, cuando recibió segunda intimación insistiendo Itúrbide en la necesidad de desarmar dichas tropas de grado ó por fuerza; y para darle una prueba de que no eran ilusorias sus amenazas, hizo caminar para Lerma, dos leguas de Toluca, una de sus divisiones con el objeto de dar ejecución á tamaña violencia.

La exaltación de los realistas subió al último grado con la noticia de tan bárbaro ultraje; varias fueron las opinio-

nes de los jefes y oficiales para evitar tan furioso golpe. El coronel D. Manuel Martínez, comandante del cantón de Toluca, reunió junta de oficiales, en la que manifestó Buceli la necesidad y conveniencia de emprender la marcha en aquella mísera noche para Veracruz; y aunque su dictamen fué aplaudido por algunos, los más se opusieron á él manifestando razonadamente la imposibilidad de recorrer 100 leguas de camino sin ninguna clase de auxilios, llevando en su persecución un enemigo tan osado y tan superior en número y en recursos de toda especie. Después de una acalorada discusión prevaleció el dictamen de que pasara el coronel Rafols á verse en Lerma con los jefes mexicanos, y á asegurarles de su resolución de perecer todos con las armas en la mano antes que sufrir la humillación de rendirlas.

Viendo el general Liñán que se aproximaban el día 12 los trigarantes sobre Toluca, convocó otra junta de jefes para tratar de la defensa; todos estuvieron acordes al principio en que se llevase á efecto tan honrosa disposición; pero al volver Liñán á dicha junta después de una corta ausencia, necesaria para dar órdenes á los comandantes de los cuerpos que estaban alrededor de México, notó ya alguna frialdad de parte de los mismos que habían emitido con más ardor su opinión de no sufrir la mengua de que estaban amenazados. La aflicción y el desconsuelo rebosaron todas las medidas de su grande alma al recibir una representación verbal del cuerpo de sargentos del regimiento de Ordenes, en la que manifestaba la abierta oposición de la tropa á corresponder á las duras pruebas que iban á exigirse de su constancia y decisión.

Viéndose dicho Liñán en tan apuradas circunstancias, no le quedó más recurso que el de salir precipitadamente para México, adonde llegó en aquella noche; y encerrándose con Itúrbide en su mismo despacho, supo pintarle con tanta energía la desesperada resolución de sus tropas á no pasar de modo alguno por la decretada afrenta; le

hizo ver con tanta viveza los horribles efectos de aquella orden injusta; le presentó el cuadro de la desolación que ofrecerían bien pronto aquellos campos empapados en sangre de tan esforzados campeones, cuyos manes clamarían contra un atentado tan inhumano; le sobrecogió de tal modo con la exaltación de su celo llevado hasta el punto de hacer aquella cuestión personal; y fueron finalmente tan fuertes los impulsos de la elocuencia dictada por la santidad de la causa que defendía, que se revocó sinceramente aquel fatal decreto, y se restableció la calma y la confianza en el campo realista.

Itúrbide, sin embargo, no perdía de vista el objeto predilecto de sus complacencias, que era su elevación al trono imperial. Insistía en la necesidad de diseminar dichos cuerpos europeos, manifestando temores de movimientos subversivos si se mantenían reunidos: todos conocían que éstos eran estudiados pretextos para realizar por último lo que desde tanto tiempo tenía proyectado; y para evitar la reproducción de tan tristes escenas propuso y obtuvo el general Liñán del mismo Gobierno de México, al que recurrió con este objeto, la salida para Jalapa de una de las dos divisiones destinadas para el embarco, la que emprendió su marcha en 4 de Febrero, compuesta de 186 jefes y oficiales y de 1.163 soldados.

La segunda división, compuesta de 1.400 hombres, debía emprender su marcha tan pronto como el general Liñán avisase el embarco de la primera, y situarse en el entretanto en Cuautitlan, Tezcuco, Cuernavaca, Guadalupe y Nopalucan. Habiendo llegado dicha primera división á Veracruz, escribió el general Liñán en 14 de Marzo á Itúrbide dándole parte de que en 21 del mismo mes se verificaría dicho embarco, y pidiendo los auxilios necesarios para que se dirigiesen hacia aquel punto los cuerpos que formaban la segunda.

Para dar mayor actividad á esta operación envió de comisionado á México al coronel Rafols con el encargo especial de allanar todos los obstáculos que se opusieran

á la pronta realización de aquel proyecto. Contestó Itúrbide á los pocos días ofreciendo cumplir cuanto tenía prometido apenas tuviese noticia de la salida de las primeras tropas; pero cuando ya se creía tocar el momento de que las demás evacuasen aquel territorio sin que se las hiciera género alguno de tropelía, se suscitaron nuevas intrigas, fomentadas al parecer por los disidentes, aunque se presentaron con el carácter de haber sido producidas por la imprudente conducta de los mismos realistas.

Ya desde fines del año anterior habían principiado á formar en Toluca misteriosas reuniones algunos jefes y oficiales, entre los cuales se notaron aquellos mismos que más parte habían tenido en la violenta deposición del virrey Apodaca. Se repitieron dichas juntas en el mes de Marzo en una celda del convento de San Francisco de Tezcuco, y se celebraron otras asimismo en un caserío situado á la mitad del camino de Nopalucan. Habiéndose esparcido á fines de este mes, con malicia ó por impolítico celo, noticias alarmantes de que Itúrbide había decretado de nuevo el desarme de dichas tropas, se resolvió que el teniente coronel D. José de la Peña, que mandaba el regimiento de Ordenes, saliera para México, como lo verificó en el día 2 de Abril, á fin de parar tan terrible golpe con su mediación é influjo.

Puesto á la cabeza de aquel cuerpo su segundo jefe D. Francisco Buceli, temeroso tal vez de que Peña no pudiera salvarlos de la mengua y afrenta á que habían sido condenados, y esperando que la fortuna no miraría con desagrado á los que iban á hacer un voluntario sacrificio arrojándose ciegamente en sus brazos, determinó salir para Cuernavaca con la idea de proclamar el gobierno del Rey de acuerdo con el regimiento de Castilla, al que pensaba encontrar en el camino, y en combinación con el de Zamora, que debería seguir la misma dirección.

Formado al medio día el citado regimiento de Ordenes con la fuerza de 560 plazas, emprendió la marcha entre

una y dos de la tarde, y después de algunos descansos llegó á la mañana siguiente al pueblo de Juchi, en donde se alojó traquilamente y sin el menor recelo. Serían las dos de la tarde cuando se tuvo la primera noticia de la proximidad de los enemigos; y aunque se tocó generala al momento, y desplegó Buceli la posible energía y firmeza para sostener el precipitado empeño que había contraído, no pudo evitar el desorden que se introdujo en sus tropas, del que se aprovecharon los jefes imperiales, y entre ellos el mismo Bustamante, que mandaba aquella fuerza, para adelantarse á arengar á los soldados españoles excitándoles á desistir de su temeraria empresa, en la que iban á ser víctimas de la imprudente conducta de sus oficiales.

Se convirtió en estupor é irritación la antigua bizarría de dichos soldados, quienes arrepentidos de haber tomado parte en tan insensata insurrección, prorrumpieron en amargas quejas contra los que tan torpemente los habían comprometido. Rendidos á discreción y desarmados en el acto, fueron encerrados en la parroquia del citado pueblo de Juchi, y conducidos el día 4 á Chalco, en donde permanecieron hasta la mañana del 6, en que se les trasladó á la capital en medio de un inmenso gentío que los esperaba para llenarlos de baldones é improperios, desfogando sobre aquellos desgraciados la ira de que estaba entonces poseído su ánimo contra el nombre español.

Habiendo ocurrido la violenta proclamación imperial de Itúrbide en 18 de Mayo, disfrutaron de la libertad que fué concedida á todos los prisioneros con tan ruidoso motivo, y pasaron á embarcarse en Veracruz para la Habana, como lo verificaron en 20 de Julio. Las cuatro compañías de Zaragoza, que al mando del teniente coronel D. Juan Antonio Galindo habían salido de su acantonamiento de Nopalucan con el mismo designio de Buceli, fueron atacadas al día siguiente por los habitantes de Zacapocutla, rendidas al quinto día de su movimiento

por la milicia urbana, y desarmadas en la hacienda de la Concepción, habiendo seguido sucesivamente la misma suerte que el regimiento de Ordenes. El de Castilla, aunque iniciado en los planes de sublevación, no llegó á moverse de su cantón y, por lo tanto, no sufrió más pena que la del desarme. El de Zamora, que nunca suscribió formalmente á separarse de los empeños contraídos con los enemigos, conservó sus armas y pasó á embarcarse con ellas en los primeros días de Junio.

Este fué el fin desgraciado de las últimas tropas peninsulares que pisaron el territorio mexicano. Por más pureza que se quiera dar al carácter de la tentativa para sublevar este puñado de valientes contra el gobierno de Itúrbide, estamos muy lejos de aprobar una resolución tan desesperada, que había de envolver necesariamente la ruina de aquellos restos de la fidelidad española y la mengua y desdoro de las reales banderas. Es tan culpable imprudencia atacar de frente á un gobierno, aunque instruso, en los primeros momentos de la efervescencia popular, como sería laudable todo esfuerzo que se hiciera con tan noble objeto, siempre que pudiera contarse con medios de probabilidad para el buen resultado.

No era éste el caso en que se hallaban los jefes y oficiales autores de los referidos movimientos. Carecían de artillería, de municiones, de fondos y de opinión: es verdad que abundaban en valor; mas éste debe estar sujeto á ciertas reglas para que no degenere en reprensible temeridad. Algunos han querido imitar la arrojada empresa de Carlos XII de Suecia en Bender; pero se han expuesto asimismo á que se les califique de locos frenéticos como á aquel ilustre guerrero.

Sea como quiera, las consecuencias de este proyecto fueron muy fatales á la seguridad y al honor de aquellas tropas, al paso que allanaron á Itúrbide el camino á su apetecido trono. Desde el momento en que cesó el dominio español tomaron su asiento todas las furias del averno en este desgraciado país. No es nuestro ánimo

describir la historia de los independientes sino en cuanto ha tenido relación con nuestro gobierno ó con las operaciones de nuestros ejércitos; ha dado fin, por lo tanto, nuestro encargo por lo que respecta al reino de Nueva España; tan sólo añadiremos una ligera reseña de las fases de sus guerras civiles para confusión de los que creían que, emancipándose de la generosa y benéfica Madre patria, iban á vincular en su país todas las felicidades que el Criador ha dispensado á los mortales.

En el día 18 de Mayo fué proclamado Itúrbide emperador de México por los sargentos del regimiento número 1.°, por el regimiento de Celaya y por algunos léperos ó chusma del barrio del Salto del Agua, dirigidos por un puñado de ambiciosos que deseaban medrar á la sombra de aquel genio revolucionario. No dejaron de tener parte en tan atrevido proyecto algunos eclesiásticos regulares y seculares, quienes debiendo optar entre la república ó el imperio, se decidieron por éste con la esperanza de poder un día desbaratar con facilidad el ídolo, al que forzadamente quemaban un profano incienso. Con igual desorden y violencia fué aprobada por el ya instalado Congreso nacional la citada proclamación, cuyo eco resonó por las provincias, al parecer con agrado y satisfacción en lo general de la población; pero un Gobierno que no tiene bases firmes y permanentes será siempre el juguete de los hombres.

A los pocos días principió ya dicho Congreso á maquinar contra el soñado Monarca; y si bien supo éste cortar los vuelos oportunamente á los primeros movimientos, formando causa á los diputados delincuentes y suprimiendo aquella asamblea, que tomó nueva forma bajo la dirección de una parte de los vocales que habían mostrado su adhesión al imperio, quedó, sin embargo, estremecida aquella naciente fábrica, levantada precipitadamente por la vanidad, por el desvarío y por la ambición.

Había tratado Itúrbide de asegurarse en su trono comprometiendo en su causa á las tropas y á las primeras fa-

milias: á aquéllas con grados, distinciones y con fingidas frases de amistad, consideración y confianza; y á éstas con brillantes empleos, pomposas decoraciones y lujosas placas de la orden de nuestra Señora de Guadalupe, que había creado con aquel designio. Mas todos sus ardides y grandes miras de política y de bien general no la libertaron de ser el blanco de los tiros de los republicanos, quienes triunfaron, reuniéndose en Veracruz el general imperial Echávarri con el caudillo Santa Ana, que había sido el primero en dar el grito contra el emperador.

Aunque estos movimientos revolucionarios no tendían abiertamente á la abolición del imperio, y sí al restablecimiento de la representación nacional, fácil era prever que la ejecución de aquel intento no estaba separada de éste sino el tiempo necesario para declararlo con seguridad. Bien lo conoció Itúrbide; y creyendo que una espontánea abdicación calmaría los ánimos al paso que le granjearía mayor opinión, la llevó á efecto conteniendo el impulso de sus más ardientes secuaces, que querían á todo trance sostener la autoridad imperial, seguros del triunfo contra los republicanos.

Resignado el mando supremo en los individuos del mismo Congreso, que había sido el objeto del odio y persecución de Itúrbide, se embarcó éste para Liorna en Italia, á cuyo puerto arribó en Agosto de 1823. Desde la llegada de este bullicioso personaje á Europa, se traslució en él una extremada agitación de ánimo, un vivo resentimiento que, por más que tratase de disimularlo, no dejaba de asomarse á su semblante si entrando á discutir aquellos sucesos, llegaba á rozarse diestramente la conversación con su mal encubierta herida; y se notaba finalmente un engreimiento de su mérito y una fatal persuasión de que no podían los mexicanos ser felices sin su apoyo, y de que no había de transcurrir mucho tiempo sin que fuese solicitada su presencia para fijar la suerte y tranquilidad de aquellos pueblos, en cuyo caso creía asegurar su dominación con bases indestructibles.

Sus partidarios en el entretanto movían todos los resortes de la intriga para abrirle las puertas de aquel reino. Se tramaron varias conspiraciones que llevaban por objeto su reposición en el trono; mas todas se estrellaron en la vigilancia de los republicanos. Conociendo los iturbidistas que era más difícil su empresa de lo que se habían figurado al principio, tiraron oblicuamente sus líneas, pero con tanta destreza, que á los pocos meses se hallaban en estado de dictar la ley á sus antagonistas. Como se había sustituído al gobierno imperial el republicano central, ejerciendo el poder ejecutivo por turno tres individuos sacados del mismo seno del Congreso, principiaron las provincias á murmurar de aquella forma y á pedir la federal.

La de Guadalajara, titulada Estado de Jalisco, se hallaba dirigida por Quintanar, como gobernador de dicho Estado, y por Bustamante, comandante de la provincia, ambos acérrimos iturbidistas. Los de este partido se fueron reuniendo á la sombra de dichos dos jefes, quienes bajo el pretexto de sostener la opinión general que suponían haberse pronunciado á favor del republicanismo federal, se consituyeron en estado de guerra abierta contra el gobierno de la capital, ó, lo que es lo mismo, contra los enemigos de su ídolo.

Penetrando éstos las solapadas miras de los iturbidistas, dirigieron sus tropas á fines de año, á las órdenes de Bravo y bajo la dirección inmediata del desleal europeo Negrete, contra dicha provincia de Guadalajara; pero apenas llegaron á avistarse, cuando se pasaron todas á las filas de Bustamante, quedando solos en el campo los jefes republicanos, los que se vieron precisados á huir precipitadamente para dicha capital llenos de deshonor y corridos de vergüenza.

Este terrible é inesperado contraste alarmó de tal modo á los centralistas, que se resolvieron á hacer una nueva expedición concertada con todos los medios de seducción é intriga necesarios para asegurar la felicidad del resul-

tado. Como á este tiempo hubieran recibido las primeras remesas metálicas del empréstito que había ajustado en Londres el agente Migoni, determinaron dedicarlas exclusivamente á corromper la fidelidad de las tropas de dicho Bustamante y la de los principales baluartes de aquel peligroso partido. Precedidos, pues, por este poderoso auxiliar, á cuyo encantador aliciente se rindió la voluntad del comandante de artillería, y de una porción considerable de jefes, oficiales y soldados, se presentaron los centralistas al frente de los federalistas.

Quintanar y Bustamante, con el apoyo de otros comandantes que habían sido insensibles á la penetrante voz del cohecho, trataron de desplegar toda la energía de que era susceptible su firme carácter; pero sus atrevidos impulsos fueron paralizados por la frialdad con que la tropa contaminada oyó las animadas arengas de aquellos campeones. Recurrieron éstos entonces á los halagos, á las promesas y á las amenazas; mas todo fué en vano; y viendo la imposibilidad de poner en actividad su enervado valor, hubieron de capitular con dichos centralistas, quienes entraron triunfantes en el mes de Junio de 1824 en la referida capital de Guadalajara, restableciendo en ella en todo su vigor el gobierno absoluto republicano, y destruyendo hasta el último elemento con que se contaba para entronizar al decaído emperador.

Cansado éste de la vida oscura á que había quedado reducido en la ya mencionada ciudad de Liorna, y aun amenazado por el Gobierno toscano, que no veía con gusto en sus estados la permanencia de un revolucionario odiado por la España y perseguido por sus mismos paisanos, se dirigió á Londres, esperando que le sería más fácil fomentar desde allí su partido, y tal vez hallar los medios necesarios para hacer una expedición á imitación de la del joven Mina en 1817, ó más bien entablar negociaciones con el Gobierno español para coronar emperador de Méjico á uno de nuestros augustos infantes, en conformidad con su primitivo plan de Iguala y tratados de

Córdoba, por los que se manifestaba sinceramente decidido (1).

Es de inferir que ninguno de sus proyectos fuera segundado como se había prometido, cuando se observó que pasaba á fijar su residencia en Bath, ciudad distante 33 leguas de Londres, con toda la apariencia de soli-

---

(1) Puedo asegurar que si á nuestro amado Soberano hubiera podido convenir este último proyecto, se habría llevado á efecto con perfecta seguridad y con muy pocos sacrificios. A este fin se encaminaban las relaciones que contraje en aquella época con el citado Itúrbide, esperando que este servicio pudiera ser grato á Su Majestad. Hay ciertos momentos de efervescencia en que oponer fuerzas al enemigo es aumentar las que ya tiene; guiado por este axioma político, creí que aquél era el único medio decoroso de rescatar á Nueva España de su exterminio y de salvar los intereses de la Monarquía española. Los seis años que han transcurrido han abierto un campo más vasto á las esperanzas de reponer en aquel país la autoridad Real en todo su esplendor, y han acreditado la sagaz previsión del Gobierno en haber desechado unas ideas que llevaban á lo menos el sello de la buena fe y lealtad del oficioso negociador.

Algunos enemigos encubiertos, que lo son más bien de la presente obra que de mi persona, pues que tengo la orgullosa confianza de que nadie pueda presentarse á decir con verdad que haya recibido de mí el menor daño, á pesar de las pasadas épocas de calamidad, desorden y encono personal; no atreviéndose á atacar de frente esta importante empresa, que debe excitar y ha excitado la más furiosa irritación en los enemigos del Rey Nuestro Señor y de la España, se han valido de engañosas apariencias para deprimirla. Es siempre una vileza herir con esta clase de armas.

Conozco á algunas de las personas á las que comprende esta nota: sé lo que han valido y lo que valen; y desearía que diesen sus nombres para poder yo publicar sus ocultas proezas. Sepan en el entretanto que no sólo he tenido relaciones íntimas con Itúrbide, sino también con Riva Agüero, con el que fué su ministro de la Guerra, con el que lo fué de Estado de San Martín, y con otros varios jefes de la insurrección de América, á quienes he tratado en Londres y en París; pero sepan asimismo que el noble embajador, bajo cuya dirección seguía yo estas políticas comunicaciones, tiene bien informado al Gobierno de Su Majestad de la pureza de mis fines y de lo interesante de mis servicios, y que existen además otras pruebas bien positivas para acreditar que he sido siempre un fiel vasallo de Su Majestad y un buen español.—*(Nota del Autor.)*

dez y duración. Mas no bien había llegado á este punto, que fué á fines de Marzo, cuando empezó á recibir la correspondencia de sus amigos de México, quienes contando por seguro su triunfo desde que vieron disuelta la primera expedición republicana que había salido contra las tropas de Guadalajara, le excitaban con el más vivo encarecimiento á volver á su apetecido Imperio.

Predispuesto como ya se hallaba este iluso sedicioso á escuchar tan lisonjeros avisos, tardó poco en resolverse á acometer aquella arrojada empresa. Sin dinero, sin armas, sin más acompañamiento que parte de su familia, un coronel polaco y dos eclesiásticos, se hizo á la vela en Southampton á bordo de un buque inglés mercante el día 11 de Mayo, entregado á la ciega fortuna, la que no siempre protege á los incautos y desprevenidos.

Así sucedió en esta ocasión; habiendo tenido Itúrbide la imprudencia de desembarcar en Soto la Marina en 11 de Julio sin ningún apresto guerrero, figurándose que con sus tiernas amonestaciones y patrióticas protestas había de amansar cual otro Orfeo aquellas fieras, tragó muy pronto el anzuelo de la perfidia revolucionaria, y depositando una ilimitada confianza en D. Felipe Lagarza, comandante militar de aquella provincia, se le hizo saber el horrible decreto de proscripción, expedido por el Congreso mexicano con fecha de 29 de Abril del mismo año, á consecuencia de un pliego que le dirigió aquel miserable desde Londres ofreciéndole su espada para defender la independencia que consideraba amenazada por la Santa Alianza.

Sus primeras conferencias con dicho Lagarza suspendieron la ejecución de la sentencia hasta que resolviese el mismo Congreso si podía tener vigor y fuerza dicha proscripción, cuando estaba demostrada la imposibilidad moral de que hubiera tenido conocimiento de ella. En el entretanto le usó Lagarza las mayores consideraciones y le hizo ver la necesidad de dirigirse á las Tamaulipas, que era la cabeza de aquel Estado, en donde se hallaba reuni-

do el Congreso provincial. Cayó Itúrbide nuevamente en la red: hallándose ya muy cerca de dicho punto, supo que se habían fugado los congresistas, y aunque debía desconfiar de algunos de ellos, reconocidos por enemigos suyos personales desde la primera insurrección, tuvo con todo la desacertada política de convocarlos, anunciándose como un ángel tutelar de aquellos dominios que venía á rescatarlos de la anarquía y de su ruina.

Apenas se reunieron dichos vocales con tan necia salvaguardia decretaron la muerte de su pretendido protector, y por más protestas, ruegos y lamentos que empleó este desgraciado para hacer revocar aquel bárbaro decreto, tuvo, sin embargo, su debido cumplimiento á las tres horas de haberle sido notificado, expiando por las manos de sus mismos paisanos el negro crimen de traición y perfidia que había cometido contra el más generoso de los Monarcas, á quien había debido toda su importancia y distinguido rango que ocupaba en las filas realistas.

A la muerte de este fantástico revolucionario adquirió nuevo vigor la república mexicana; se adoptó el plan de federación, en torno al cual se reunieron todos los iturbidistas y demás partidos en que estaba dividido el reino; se creó un presidente á imitación del sistema observado en los Estados Unidos; Guadalupe Victoria fué el primero que recibió aquella investidura, y Nicolás Bravo fué nombrado vicepresidente. Se propusieron grandes planes para mejorar la hacienda pública; se extendieron las relaciones diplomáticas; se levantaron nuevos empréstitos para comprometer en la conservación de aquel gobierno á las naciones europeas; se formaron compañías para la explotación de minas, y se trató de dar al país una precipitada actividad y pujanza de la que no era todavía susceptible.

Empero muy pronto principiaron á chocar varios partidos que jamás podrá extinguir la decantada república; la tropa adquirió una altanería intolerable; los hacendistas henchían sus bolsillos y las cajas estaban por lo tanto

exhaustas de fondos; una parte del producto de los préstamos quedaba en poder de los agiotistas y manipulantes, y el resto se invertia en buques, armamento, vestuario y otros objetos menos útiles, de los que no sacaba aquel vacilante gobierno sino efímeras é insignificantes ventajas.

A pesar de varios golpes de fortuna que tuvieron los revolucionarios, y el principal de todos la rendición en 1826 del castillo de San Juan de Ulua, que sostuvo con honor por algunos años la autoridad Real hasta que, agotados sus recursos y enferma casi toda la guarnición por no haberla relevado á tiempo, hubo de aceptar la honrosa capitulación que le fué propuesta; y aunque habian armado los mexicanos una escuadra respetable mandada por el acreditado marino anglo-americano Porter, sus desórdenes iban creciendo de día en día, y se repetían con frecuencia las sublevaciones parciales movidas por los amantes del Soberano español.

En medio de estas oscilaciones políticas se conservó sin embargo el gobierno de Victoria hasta el mes de Diciembre de 1828, en que, irritados los partidarios del mulato Guerrero al ver privado á este furioso insurgente de la presidencia á que aspiraba, se pronunciaron contra Gómez Pedraza, que le había sido preferido; y conmoviendo las desordenadas masas del feroz populacho, entraron en la capital por la fuerza de las armas, y la condenaron á un horroroso saqueo, en el que quedaron más de seiscientas familias reducidas á la mendicidad, sin haber respetado las casas extranjeras, que fueron las que más sufrieron los horrorosos efectos de aquel vandalismo.

Esta furiosa anarquía y la sucesiva promulgación de la violenta ley de expulsión, por la que hubieron de abandonar aquel suelo todos los españoles que lo habitaban pacíficamente, dedicados al cultivo de sus propiedades y al fomento de su comercio é industria, acabó de formar el más negro cuadro de horror y desolación.

Deseando el benéfico Soberano español dar algún alivio á tan graves males, dispuso que una corta pero va-

liente división de 3.000 hombres saliera en el mes de Julio de 1829 de la Habana á ofrecer un centro de unión á sus amados hijos de América, que gemían bajo el yugo de los demagogos. La mala elección del punto de desembarco, que fué la desierta costa de Tampico; lo poco favorable de la estación; la escasez de víveres, y las enfermedades consiguientes á las enunciadas causas, debilitaron considerablemente dicha fuerza antes que pudiera internarse á recibir el homenaje de los afectos á la Monarquía, y antes que éstos pudiesen franquear la Sierra Madre para reunirse con sus libertadores. Se vieron por lo tanto precisados estos valientes á capitular con los republicanos, no sin haber ceñido antes sus sienes de laureles en varios encuentros que tuvieron con ellos, en los que confirmaron el arrojo, sufrimiento y firmeza, que son las características de los españoles.

Algunos creen que pueda deducirse de este ligerísimo contraste la abierta oposición de los mexicanos á reconocer la autoridad del Gobierno legítimo. Sería éste un error tan grande como el pretender que la España hubiera sido adicta al ominoso sistema constitucional, sin más razón que la de haberse sostenido este orden de desbaratada administración por el espacio de tres años.

En una y en otra parte se halla bien demostrado que el pueblo estaba oprimido por los revolucionarios; pero como tenían á su favor la acción del Gobierno, y como había algunos cientos de despechados en estado de no poder capitular con la virtud y con el orden á causa de sus anteriores crímenes ó compromisos políticos, fué preciso que una fuerza auxiliar bastante respetable viniera á la Península á despedazar las cadenas de la tiranía liberal. Si 15 ó 20.000 hombres se hubieran presentado en las playas de México, en vez de la corta división titulada de vanguardia, su paseo por aquel inmenso territorio habría sido tan glorioso como el de las tropas francesas en España en 1823, y aun se habrían experimentado menos tropiezos.

Esta es la opinión general de los que acaban de recorrer dichos dominios cubiertos de luto y horror, de los que conocen á fondo el vacilante estado de los negocios, de los que están bien informados del cansancio de los ánimos, de la irritación de los partidos y de la nulidad é impotencia á que han quedado reducidos los facciosos.

ÍNDICE

Páginas.

CAPÍTULO PRIMERO

(1809)

CAPÍTULO II

(1810)

Páginas.

Capítulo III

(1811)

Páginas.

Capítulo XIII

(1822)

BIBLIOTECA DE AUTORES VARIOS

(ESPAÑOLES Y AMERICANOS)

SE HAN PUBLICADO:

I.—OFRENDA DE ESPAÑA Á RUBÉN DARÍO, por Valle-Inclán, Unamuno, Antonio Machado, Cávia, Pérez de Ayala, Díez-Canedo, González Olmedilla, Cansinos-Assens, etc, etc.

Precio: 3,50 pesetas.

II.—ANDRÉS GONZÁLEZ-BLANCO: *Escritores representativos de América.*—(**Rodó. Blanco-Fombona. Carlos A. Torres. Carlos O. Bunge. J. Santos Chocano.)**

Precio: 4,50 pesetas.

III.—RAFAEL ALTAMIRA: *España y el programa americanista.*

Precio: 3,50 pesetas.

IV.—POESÍAS INÉDITAS de Herrera el divino, Quevedo, Lope de Vega, Argensola (Lupercio), Góngora, Marqués de Ureña y Samaniego, María Gertrudis Hore, Alvaro Cubillo de Aragón, Juan de Matos Fragoso, Cristóbal del Castillejo, Luis Gálvez de Montalvo, Zaida (poetisa morisca), Tirso de Molina, Baltasar de Alcázar.

Precio: 3 pesetas.

V.—PEDRO DE RÉPIDE: *Los espejos de Clío.*

Precio: 3,50 pesetas.

VI.—ANTONIO MANERO: *México y la solidaridad americana.*

Precio: 3,50 pesetas.

VII.—EDMUNDO GONZÁLEZ-BLANCO: *Voltaire.* (Su biografía.—Su característica.—Su labor.)

Precio: 4,50 pesetas.

VIII.—E. GÓMEZ CARRILLO: *Tierras mártires.*

Precio: 3,50 pesetas.

IX.—MANUEL MACHADO: *Sevilla y otros poemas.*

Precio 2,50 pesetas.

BIBLIOTECA DE AUTORES CÉLEBRES

(EXTRANJEROS)

SE HAN PUBLICADO:

I.—SOREN KIERKEGAARD: *Prosas.*
Con análisis de Kierkegaard por el profesor danés Harald Hoffding y un estudio crítico del mismo por H. Delacroix.
Traducción de Alvaro Armando Vasseur (obra inédita en castellano).—Precio: 3,50 pesetas.

II.—ENRIQUE HEINE: *El Cancionero.* (Das Buch der Lieder.) *Intermezzo lírico. Baladas. El regreso...*
Traducción de Juan Antonio Pérez Bonalde.
Con un comentario sobre Heine por Josué Carducci.—Precio: 3,50 pesetas.

III.—EÇA DE QUEIROS: *París.*
Traducción y prólogo de A. González-Blanco (obra inédita en castellano).—Precio: 4 ptas.

IV.—EUGENIO DE CASTRO: *Belkis.*
Traducción de Luis Berisso.

V.—JOSUÉ CARDUCCI: *La vida es sueño*, *Don Quijote y otros ensayos...* Traducción y prólogo de J. Sánchez Rojas (obra inédita en castellano).—4 ptas.

VI.—LAFCADIO HEARN: *Fantasmas de la China y del Japón.*
Traducción de Alvaro Armando Vasseur (obra inédita en castellano).—Precio: 4 pesetas.

VII.—EDGARDO A. POE: *Cuentos de lo arabesco y lo grotesco.*
Traducción y prólogo de R. Lasso de la Vega (obra inédita en castellano).—4 ptas

VIII.—GIOVANNI PAPINI: *El crepúsculo de los filósofos.*
Traducción y prólogo de José Sánchez Rojas (obra inédita en castellano).—4 pesetas.

IX.—SAINTE-BEUVE: *La mujer y el amor en la literatura francesa del siglo XVII.*
Versión de María Enriqueta (obra inédita en castellano).—3,50 pesetas.

BIBLIOTECA ANDRÉS BELLO

Obras publicadas (á 3,50 ptas. tomo).

I.—M. GUTIÉRREZ NÁJERA: *Sus mejores poesías.*
II.—M. DÍAZ RODRÍGUEZ: *Sangre patricia* y *Cuentos de color.*
III.—JOSÉ MARTÍ: *Los Estados Unidos.*
IV.—JOSÉ ENRIQUE RODÓ: *Cinco ensayos.*
V.—F. GARCÍA GODOY: *La literatura americana de nuestros días.*
VI.—NICOLÁS HEREDIA: *La sensibilidad en la poesía castellana.*
VII.—M. GONZÁLEZ PRADA: *Páginas libres.*
VIII.—TULIO M. CESTERO: *Hombres y piedras.*
IX.—ANDRÉS BELLO: *Historia de las Literaturas de Grecia y Roma.*
X.—DOMINGO F. SARMIENTO: *Facundo.* (Civilización y barbarie)
XI.—R. BLANCO-FOMBONA: *El hombre de Oro.* (Novela.)
XII.—RUBÉN DARÍO: *Sus mejores Cuentos y sus mejores Cantos.*
XIII.—CARLOS ARTURO TORRES: *Los Idolos del Foro.* (Ensayo sobre las supersticiones políticas.)
XIV.—PEDRO-EMILIO COLL: *El Castillo de Elsinor.*
XV.—JULIÁN DEL CASAL: *Sus mejores poemas.*
XVI.—ARMANDO DONOSO: *La sombra de Goethe.*—4 pesetas.
XVII.—ALBERTO GHIRALDO: *Triunfos nuevos.*
XVIII.—GONZALO ZALDUMBIDE: *La evolución de Gabriel d'Annunzio.*
XIX.—JOSÉ RAFAEL POCATERRA: *Vidas oscuras* (Novela.)—4 pesetas.
XX.—JESÚS CASTELLANOS: *La conjura* (Novela)
XXI.—JAVIER DE VIANA: *Gurí y otras novelas.*
XXII.—JEAN PAUL (JUAN PABLO ECHAGÜE): *Teatro argentino.*
XXIII.—R. BLANCO FOMBONA: *El hombre de Hierro.* (Novela.)
XXIV.—LUIS MARÍA JORDÁN: *Los atormentados.* (Novela.)
XXV.—C. ARTURO TORRES: *Estudios de crítica moderna.*—4 ptas.
XXVI.—SALVADOR DÍAZ MIRÓN: *Lascas.* Precio: 2,75 pesetas.
XXVII.—CARLOS PEREYRA: *Bolívar y Washington.*—1,50 pesetas.
XXVIII.—RAFAEL M. MERCHÁN: *Estudios críticos.*
XXIX-XXX.—BERNARDO G. BARROS: *La caricatura contemporánea.*
XXXI-XXXII.—JOSÉ ENRIQUE RODÓ: *Motivos de Proteo.*
XXXIII.—MANUEL GUTIÉRREZ NÁJERA: *Cuentos color de humo y Cuentos frágiles.*
XXXIV.—MIGUEL EDUARDO PARDO: *Todo un pueblo.* (Novela.)
XXXV.—M. DÍAZ RODRÍGUEZ: *De mis romerías* y *Sensaciones de viaje.*
XXXVI.—ENRIQUE JOSÉ VARONA: *Violetas y Ortigas.* (*Notas críticas* sobre Renan, Sainte-Beuve, Emerson, Tolstoy, Nietzsche, Castelar, Heredia, etc.)
XXXVII.—F. GARCÍA GODOY: *Americanismo literario.* (Estudios críticos de José Martí, José Enrique Rodó, F. García Calderón, R. Blanco-Fombona.)
XXXVIII.—ALVARO ARMANDO VASSEUR: *El Vino de la Sombra.*—2,75 ps.
XXXIX.—JUAN MONTALVO: *Mercurial Eclesiástica* (*Libro de las verdades*) y *Un vejestorio ridículo ó Los Académicos de Tirteafuera.*
XL-XLI.—JOSÉ ENRIQUE RODÓ: *El mirador de Próspero.*
XLII.—R. BLANCO-FOMBONA: *Cancionero del amor infeliz.*—2,50 pesetas.
XLIII.—RAFAEL MARÍA BARALT: *Letras españolas.* (Primera mitad del siglo XIX.)
XLIV.—EDUARDO PRADO: *La ilusión yanqui.* (Traducción, prólogo y notas de Carlos Pereyra.)
XLV.—JOSÉ RAFAEL POCATERRA: *El doctor Bebé.* (Novela.)
XLVI.—MIGUEL ANTONIO CARO: *Páginas de crítica.*
XLVII.—MARIANO ANTONIO BARRENECHEA: *Ensayo sobre Federico Nietzsche.*
XLVIII.—CARLOS PEREYRA: *El pensamiento político de Alberdi.*
XLIX.—AURELIO MITJANS: *Historia de la literatura cubana.*
L.—CECILIO ACOSTA: *Cartas venezolanas.* (Apreciación de Cecilio Acosta, por José Martí.)



